
AIRMAN
UNA TRAICIÓN CONVERTIDA EN LEYENDA
EOIN COLFER
Lectulandia

Conor remontó el vuelo a tal velocidad que parecía estar cayendo en picado. Era una pesadilla en pleno día…

Conor Broekhart nació para volar o, más exactamente, mientras volaba. No es de extrañar que se convirtiera en lo que más tarde fue. En una época de inventos y descubrimientos, muchos fueron los que soñaron con volar; pero para Conor el vuelo humano era más que un sueño. Era su destino. Una noche, en la isla de Great Saltee, una oscura conspiración destrozará su vida y le arrebatará su futuro. Conor es solo un joven. Un joven que deberá enfrentarse a todo para enmendar una terrible equivocación.

Eoin Colfer

Airman

Una traición convertida en leyenda

ePUB v1.0
Chris07dx 19.11.12

Título original: *Airman*
Eoin Colfer, 2007.
Traducción: Montserrat Nieto Sánchez

ePub base v2.1

Prólogo

Conor remontó el vuelo a tal velocidad que parecía estar cayendo en picado. Era una pesadilla en pleno día…

Conor Broekhart nació para volar o, más exactamente, mientras volaba. No es de extrañar que se convirtiera en lo que más tarde fue. En una época de inventos y descubrimientos, muchos fueron los que soñaron con volar; pero para Conor el vuelo humano era más que un sueño. Era su destino. Una noche, en la isla de Great Saltee, una oscura conspiración destrozará su vida y le arrebatará su futuro. Conor es solo un joven. Un joven que deberá enfrentarse a todo para enmendar una terrible equivocación.

Conor Broekhart nació para volar o, más exactamente, mientras volaba. Aunque la leyenda de Broekhart está plagada de relatos fantasiosos, la historia de su primer vuelo, en el verano de 1878, habría sido la más inverosímil de no haber contado con miles de testigos. De hecho, la noticia de su nacimiento en un globo de aire caliente puede leerse en el reportaje publicado por el diario francés Le Petit Journal, disponible al público por una módica cantidad en la hemeroteca de la Librairie Nationale.

Encima del artículo se aprecia una desvaída fotografía en blanco y negro, de una nitidez extraordinaria para la época y tomada por un periodista que en ese momento se encontraba con su cámara en los jardines de Trocadero.

En la imagen se reconoce con facilidad al capitán Declan Broekhart, así como a su esposa Catherine. Él, muy apuesto con su uniforme oro y carmesí del cuerpo de Tiradores de Élite de las islas Saltee; ella, aturdida pero sonriente. Y allí, protegido en el hueco del codo de su padre, se encuentra el recién nacido Conor, con el cabello rubio de los Broekhart y la frente lúcida y despejada de su madre. Con tan sólo diez minutos de edad, ya sea por una ilusión óptica o un error fotográfico, da la impresión de que Conor enfoca la vista. Imposible, claro está. Pero si imaginamos por un momento que así fuera, la primera visión del bebé habría sido un cielo francés libre de nubes que se desplazaba a toda velocidad. No es de extrañar que Conor se convirtiera en lo que más tarde fue.

PARÍS, VERANO DE 1878

La Exposición Universal iba a ser la más espectacular nunca conocida, con la participación de más de mil expositores procedentes de todos los rincones del planeta.

El capitán Declan Broekhart había viajado a Francia desde las islas Saltee a instancias de su rey. Catherine le había acompañado por voluntad propia, ya que era la persona de ciencia de la familia y anhelaba conocer la aclamada Galerie des

Machines, donde se exhibían inventos prometedores de un futuro mejor. El rey Nicholas los había enviado a París con objeto de que investigasen la posibilidad de crear una división de vuelo aerostático para custodiar las murallas de Saltee.

En la tercera jornada del viaje la pareja tomó una calesa en la Avenue de l'Opéra para dirigirse a la exhibición de globos de aire caliente que el Ministerio del Aire iba a celebrar en los jardines de Trocadero.

Catherine tomó la mano de su marido y se la colocó en el vientre.

—¿Lo notas? —preguntó—. Nuestro hijo da patadas para ser libre; desea contemplar todos estos milagros con sus propios ojos.

Declan se echó a reír.

—Nuestro hijo, o nuestra hija, tendrá que esperar. Dentro de seis semanas el mundo seguirá en el mismo sitio.

Cuando los Broekhart llegaron a los jardines de Trocadero encontraron al Escuadrón Aeronáutico a la sombra de la Estatua de la Libertad o, mejor dicho, de la cabeza de ésta. Una vez concluida, la escultura sería regalada a Estados Unidos; pero, por el momento, tan sólo la cabeza de la dama era objeto de exhibición. La estructura de cobre eclipsaba la mayor parte de los objetos expuestos, y costaba imaginar lo colosal que resultaría el monumento al completo cuando, con el tiempo, montara guardia en el puerto de la ciudad de Nueva York.

El Escuadrón Aeronáutico había inflado un dirigible ahora situado en una zona de césped y, con delicadeza, mantenía apartados a los curiosos por medio de un cordón de terciopelo. Declan Broekhart se acercó al centinela de guardia y le entregó su carta sellada de presentación, escrita por el embajador francés en las islas Saltee. En cuestión de minutos, se unió al matrimonio Victor Vigny, el capitán del escuadrón.

Vigny era un hombre atlético y bronceado, de nariz aguileña y con una mata de cabello negro que se mantenía erguido sobre el cuero cabelludo como si de un cepillo de cerdas se tratara.

—Bonjour, capitán Broekhart —dijo, quitándose un guante blanco y estrechando con cordialidad la mano del oficial de las islas Saltee—. Le estábamos esperando —el francés hizo una profunda reverencia—. Y usted debe de ser la señora Broekhart —Vigny examinó la carta de presentación con fingido desconcierto—. Pero, madame, aquí no dice lo hermosa que es usted.

La sonrisa del francés era tan encantadora que los Broekhart no pudieron sentirse ofendidos.

—Bueno, capitán —dijo Vigny, desplegando hacia atrás el brazo con gesto ostentoso para enseñar su globo—. Le presento a Le Soleil. ¿Qué le parece?

El dirigible era magnífico, sin lugar a dudas. La envoltura de color oro y forma alargada se mecía suavemente sobre la barquilla, forrada de cuero. Pero a Declan Broekhart la estética no le preocupaba; lo que le interesaba era una descripción

detallada del aeróstato.

—Parece un poco más… puntiagudo que otros que he visto —observó.

—Aérodynamique —corrigió Vigny—. Se desliza por el cielo como su homónimo, el sol.

Catherine desenganchó el brazo del de su marido.

—Es una mezcla de algodón y seda —comentó, echando la cabeza hacia atrás para contemplar el globo con ojos entrecerrados—. Y lleva hélices gemelas en la barquilla. Un trabajo muy cuidado. ¿A qué velocidad se desplaza?

Vigny se sorprendió ante semejantes observaciones de carácter técnico por parte de una mujer, pero disimuló su asombro con una serie de parpadeos fugaces y, en tono calmado, ofreció su respuesta.

—A dieciséis kilómetros por hora, con la ayuda de Dios y de un viento favorable.

Catherine despegó una esquina del cuero, dejando al descubierto la urdimbre de la cesta.

—Mimbre y ramas de sauce —indicó—. Proporcionan una amortiguación excelente.

Vigny estaba fascinado.

—Sí. Absolument. Esta barquilla resistirá quinientas horas en el aire. Las cestas francesas son las mejores del mundo.

—Très bien —respondió Catherine.

Acto seguido, alzó sus enaguas y subió los escalones de madera que conducía a la barquilla, dando muestras de una agilidad extraordinaria para una mujer embarazada de ocho meses. Ambos caballeros dieron un paso al frente para oponerse, pero Catherine no les dejó oportunidad de hablar.

—Me atrevería a decir que sé más sobre la ciencia aeronáutica que ustedes dos juntos. Y, francamente, no he atravesado el mar Céltico para quedarme esperando en un hermoso prado mientras mi marido disfruta de una de las maravillas del mundo.

Catherine mostraba una serenidad absoluta mientras hacía su exposición, pero sólo un necio habría pasado por alto la nota de acero en su voz.

Declan exhaló un suspiro.

—De acuerdo, Catherine; siempre que el capitán Vigny lo permita.

Vigny se limitó a encogerse de hombros de una manera que decía: «¿Permitirlo? Compadezco al hombre que trate de interponerse en el camino de esta mujer».

Catherine esbozó una sonrisa.

—Muy bien; está decidido. ¿Soltamos amarras?

***

Le Soleil levó anclas poco después de las tres de esa misma tarde y en seguida

ascendió a más de cien metros de altura.

—Esto es el paraíso —suspiró Catherine, apretando con fuerza la mano de su marido.

La joven pareja levantó la vista hacia la vela hinchada del globo. La seda rielaba a causa de la brisa y lanzaba destellos por el sol. Olas doradas ondeaban en la superficie produciendo un ruido sordo, como de truenos distantes.

Desde las alturas, los jardines de Trocadero parecían lagos de color esmeralda y la cabeza de la Estatua de la Libertad descollaba sobre el terreno como un titán legendario.

Vigny alimentó un pequeño motor de vapor, propulsando así las hélices. Por fortuna, el viento predominante alejaba el humo de la barquilla.

—¿Impresionante, non? —gritó el francés por encima del estruendo del motor—. ¿Cuántos están pensando en encargar?

Declan fingió indiferencia.

—Tal vez ninguno. No sé si esas hélices tan pequeñas resistirían el viento oceánico.

Vigny estaba a punto de argumentar los méritos de su dirigible propulsado a vapor cuando un nítido estallido sordo resonó a través del firmamento. El ruido resultaba familiar a ambos militares.

—Un disparo —señaló Vigny, escudriñando el suelo.

—Es un arma de largo alcance —añadió Declan Broekhart con tono sombrío. Como capitán de los Tiradores de Élite de las Saltee, conocía bien el sonido—. Puede que sea un rifle Sharps. Mire, allí.

Una pluma de humo gris azulado se elevaba hacia el cielo desde el límite occidental de los jardines.

—Humo de arma de fuego —señaló Vigny—. Me pregunto cuál será el blanco.

—No hay necesidad de conjeturas, monsieur —intervino Catherine con voz inestable—. Mire hacia arriba. Disparan al globo.

Los dos hombres inspeccionaron la envoltura de tono dorado en busca de alguna perforación. Ambos encontraron una. La bala había entrado por el cuadrante inferior a estribor y salido a través de la sección superior a babor.

—¿Cómo es que seguimos vivos? —se preguntó Declan.

—La bala no ha sido suficiente para quemar el hidrógeno —explicó Vigny—. Un proyectil incendiario lo habría conseguido.

Catherine se encontraba en un estado de profunda agitación. Por primera vez en su breve vida veía la muerte de cerca, y no sólo la propia. Al subirse a la barquilla del globo, había puesto en peligro la vida de su hijo. Cruzó los brazos por encima del vientre.

—Tenemos que descender. Ahora mismo. Antes de que se rasgue la vela.

En los tensos minutos que vinieron a continuación, Vigny dio muestras de su pericia como aeronauta. Se encaramó al borde de la cesta, agarrando un puntal con una mano y, con la otra, el conducto de salida del gas. Con un toque de la bota hizo girar el timón y Le Soleil dio la vuelta trazando un suave arco. Vigny tenía la intención de hacer aterrizar la aeronave dentro del perímetro del cordón de terciopelo.

Declan Broekhart se mantuvo al lado de su mujer. Por fuerte y obstinada que Catherine fuera, el disparo había conmocionado su organismo provocando que el hijo que esperaba se adelantara con respecto a la fecha prevista. El cuerpo de la madre había entendido que la criatura se encontraba en peligro mortal, de modo que saliendo al mundo tendría mayores posibilidades de supervivencia.

Un espasmo de dolor dobló las rodillas de Catherine, quien se desplomó hacia atrás sujetándose el vientre.

—Nuestro hijo viene de camino —anunció con voz entrecortada—. Se niega a esperar más.

Vigny estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Mon Dieu. Pero, madame, esto es imposible. No puedo permitir que algo así suceda a bordo de mi nave. Ni siquiera sé si trae buena o mala suerte. Tendré que consultar el manual del aeronauta; no me sorprendería que tuviéramos que sacrificar a un albatros.

Vigny tenía la costumbre de hacer bromas sin parar cuando se sentía intranquilo; en su opinión, el ingenio en momentos de peligro era un signo de caballerosidad. Pero semejante circunstancia no le impedía cumplir con su obligación. Guió el dirigible con destreza hacia el lugar elegido para tomar tierra, compensando las fugas con hábiles tirones al conducto del gas.

En el reducido espacio del suelo de la barquilla, Catherine se esforzaba por dar a luz a su hijo. Cuando el dolor apretó, una pierna le salió disparada involuntariamente. El reflejo resultó afortunado, pues propinó a su marido una patada en la espinilla, disipando así el pánico que empezaba a embargarle.

—¿Qué puedo hacer, Catherine? —preguntó, manteniendo la voz firme y el tono ligero, como si un parto a bordo de un dirigible en rápido descenso fuera lo más natural del mundo.

—Sujétame bien —respondió Catherine apretando los dientes—. Y echa tu peso sobre mí para ayudarme a empujar.

Declan obedeció sin rechistar y, volviendo hacia atrás la cabeza, se dirigió a Vigny.

—Tranquilo, amigo. Mantenga un ritmo estable.

—Dígaselo al Todopoderoso —replicó el francés—. Es Él, y no yo, quien lanza las rachas de viento.

Dadas las circunstancias, las condiciones resultaban bastante favorables. La

envoltura estaba dañada, pero se mantenía en una pieza. Los Broekhart seguían acurrucados en el suelo, absortos en la tarea de traer a su hijo al mundo.

Conseguirían aterrizar sanos y salvos. Vigny estaba imaginando el primer sorbo del champán que pensaba encargar en el momento en que sus pies tocaran tierra firme cuando dos disparos rasgaron el aire. Ambas balas perforaron el globo, en esta ocasión con peores consecuencias. Uno de los proyectiles atravesó la vela de un extremo al otro, como la vez anterior; pero el segundo seccionó una costura, lo que provocó un desgarro que se extendió a toda velocidad hasta la corona del globo. Desde el destrozado dirigible, el aire y el gas aullaban como si de hadas de la muerte se tratara.

Vigny salió propulsado hacia el interior de la barquilla y rebotó sobre las amplias espaldas de Declan Broekhart. Ahora, se encontraban en manos de la Providencia. Con la vela en un estado tan lamentable, el francés no era capaz de ejercer el mínimo control sobre la trayectoria de la aeronave. Sucumbieron a toda velocidad, mientras la desinflada envoltura aleteaba por encima de ellos.

Catherine y Declan hacían caso omiso de su propia suerte, concentrándose en el destino del hijo de ambos.

—Veo al bebé —anunció Declan al viento—. Cariño, ya falta poco.

Catherine Broekhart reprimió la desesperación que vociferaba en su mente y, tras un último impulso, dio a luz a su hijo. La criatura llegó al mundo sin un grito, alargando la mano para aferrarse al dedo de su padre.

—Es un niño —anunció Declan—. Mi hijo, sano y fuerte.

Catherine no se concedió un solo minuto para recuperarse de su fugaz parto. Se inclinó hacia delante y agarró a su marido por la solapa.

—No puedes permitir que muera.

Era una orden, clara y tajante.

Vigny envolvió al recién nacido en la casaca azul del Escuadrón Aeronáutico.

—Sólo nos queda rezar —musitó.

Declan Broekhart se puso en pie y, de una ojeada, se percató de la gravedad de la situación. La barquilla descendía en caída libre, cortando el viento en dirección este, directa a la cabeza de la Estatua de la Libertad. Cualquier impacto considerable traería como resultado la muerte del bebé, y su esposa le había prohibido expresamente que la permitiera. Pero ¿qué podía hacer?

La fortuna los salvó, al menos de momento. La envoltura exhaló su último aliento y acto seguido fue a ensartarse en el tercer y el cuarto rayo de la corona de la estatua. La tela se desgarró, se apelotonó y quedó atascada entre los rayos de cobre, deteniendo así el descenso homicida de la barquilla.

—La Divina Providencia nos ha salvado la vida —dijo el capitán Broekhart con voz entrecortada.

La cesta oscilaba como un péndulo, rozando con cada movimiento la parte inferior de la mejilla de la Dama de la Libertad. El busto de cobre repicaba, atrayendo a los boquiabiertos espectadores como una iglesia a sus devotos. Catherine se aferraba a su varón recién nacido, tratando de mitigar el impacto lo mejor que podía. Los jirones de la vela soltaban chasquidos que recordaban a disparos.

—El globo no resistirá —advirtió Vigny—. Aún estamos a unos seis metros de altura.

Declan asintió con la cabeza.

—Tenemos que amarrarlo a la estatua —recogió las anclas de Le Soleil y le lanzó una de ellas a Vigny—. Una caja del mejor vino tinto si lo consigue.

Vigny calculó el peso del instrumento.

—Champán, si no le importa.

Los dos hombres arrojaron hacia arriba sus respectivas anclas para fijarlas a los rayos de uno y otro extremo de la corona.

Acertaron en el blanco y ambas piezas chocaron contra los tirabuzones de la estatua; luego, bajaron deslizándose hacia atrás, levantando chispas a medida que las superficies metálicas friccionaban entre sí. Las anclas se trabaron a ambos lados de la corona y quedaron enganchadas. Sin perder un momento, Declan y Vigny pasaron una cuerda a través de los anillos situados en la proa y en la popa de la barquilla y tiraron con fuerza.

Actuaron en el momento justo: con el chirrido de una gaviota, el tejido del globo acabó de desgarrarse y se desprendió de la corona de la estatua. Al mismo tiempo, la barquilla sufrió un angustioso desplome por espacio de un metro, hasta quedar colgada de los cabos de las anclas. Las cuerdas gruñeron y se estiraron al máximo, pero al final resistieron.

—Ahora, mi cesta se ha convertido en una cuna para el bebé —jadeó Vigny, y añadió—: Champán. Una caja. Cuanto antes, mejor.

Declan se colocó en cuclillas por debajo del borde superior de la barquilla al tiempo que tiraba de la manga del francés para que éste también se agachara.

—Puede que al cazador le queden balas —indicó.

—Es cierto —convino Victor Vigny—, pero me figuro que habrá huido. Ya no somos un blanco tan grande; además, a estas alturas, los gendarmes le estarán persiguiendo. Debe de tratarse de un anarquista. Han estado amenazándonos últimamente.

En los jardines de Trocadero, todos los asistentes se hallaban congregados debajo de la cesta. Habían acudido a la Exposición Universal en busca de espectáculo, pero aquello superaba todas las expectativas. El Escuadrón Aeronáutico procedió a apoyar elevadas escaleras de mano contra la cesta de mimbre para rescatar a los desamparados tripulantes de Le Soleil. Catherine bajó en primer lugar, ayudada por

un solícito capitán Vigny. Luego apareció el orgulloso padre, acunando entre sus brazos al prodigioso recién nacido. La multitud ahogó un grito y se abalanzó hacia adelante. «¡Un niño! No había ningún niño en la barquilla cuando el globo despegó». Era como si jamás se hubiera visto un bebé en la faz de la tierra.

«Nacido en el cielo. ¡Imagínate! Un auténtico milagro».

Las damas y los caballeros se abrían paso a codazos sin ningún reparo, anhelando ver el rostro angelical, por fugazmente que fuera.

«Mira, tiene los ojos abiertos. Y el pelo es casi blanco. ¿Será por la altura?».

Alguien descorchó una botella de champán y un conde italiano empezó a repartir puros habanos. Era como si el gentío al completo celebrara la supervivencia del recién nacido. Vigny enganchó la botella y dio un prolongado trago.

—Perfecto —dijo, pasándosela a Declan Broekhart—. Es un niño mágico. ¿Cómo piensa llamarle?

Broekhart, henchido de alegría, esbozó una amplia sonrisa.

—Engel, tal vez. Al fin y al cabo, ha llegado del cielo. Además, nuestro apellido es de origen flamenco.

—No, Declan —terció Catherine, acariciando el cabello albino de su pequeño—. Aunque, en efecto, es un ángel, tiene la frente de mi padre. Su nombre es Conor.

—¿Conor? —preguntó Declan con fingida reprobación—. Irlandés por parte de tu familia. Flamenco por parte de la mía. Este chico es un mestizo.

Vigny encendió dos puros habanos y le pasó uno al eufórico padre.

—No es momento para discusiones, mon ami.

Declan asintió con un gesto.

—Nunca lo es. Se llamará Conor. Es un nombre de peso.

Vigny golpeó con un nudillo el mentón de la estatua.

—Se llame como se llame, este muchacho ha contraído una deuda con la Libertad.

Fue el segundo augurio de la jornada. Con el transcurso del tiempo, Conor Broekhart pagaría su deuda con la libertad. El primer augurio había sido, por descontado, su nacimiento en el aire. Tal vez se habría convertido en piloto aeronáutico incluso sin Le Soleil, o acaso algo despertó en él ese mismo día, una obsesión con respecto al cielo que consumiría su propia vida y las de cuantos le rodeaban.

***

Unos días después del célebre nacimiento de Conor, el capitán Declan Broekhart y su familia zarparon desde Francia de regreso al pequeño estado soberano de las islas Saltee, a escasa distancia de la costa irlandesa.

Las islas habían sido gobernadas por la familia Trudeau desde 1171, cuando Enrique II, rey de Inglaterra, se las otorgó a Raymond Trudeau, poderoso caballero de grandes ambiciones. Resultó una broma no exenta de crueldad, pues las Saltee eran poco más que islotes rocosos plagados de gaviotas. Al colocar a Trudeau al cargo de las islas, Enrique cumplía con el acuerdo de otorgar a su caballero una propiedad en Irlanda, pero también dejaba claro lo que les ocurría a los súbditos demasiado ambiciosos.

Cuando Raymond Trudeau puso objeciones a la concesión por parte del monarca, Enrique pronunció la «Amonestación Trudeau», tan a menudo citada.

«Estáis en desacuerdo con una autoridad nombrada por el mismísimo Dios —reprobó el rey según rezan los archivos—. Tal vez monsieur Trudeau se considera a sí mismo por encima de su soberano. Tal vez monsieur Trudeau se considera apto para ostentar el trono. Que así sea. Recibiréis las islas Saltee con mi bendición, mas no en calidad de miembro de la nobleza. Sois el rey de las islas. El rey Raymond I. Junto con vuestros descendientes, gozaréis a perpetuidad de la exención de diezmos y tributos a mi favor y, como recompensa añadida, se os permitirá lucir la corona en mi corte. Lo que quiera que encontréis en esas pródigas islas será de vuestra exclusiva propiedad».

Trudeau no tuvo más remedio que hacer una reverencia y expresar su agradecimiento con voz entrecortada, pese a lo amargo de las palabras del monarca. Se trataba de un insulto terrible, ya que en los islotes no se podía encontrar más que aves marinas y sus excrementos, y apenas nada crecía en aquellos terrenos dado que durante las mareas encrespadas ambas islas quedaban anegadas por trombas de espuma de mar que, salvo el nombre, «islas de sal», nada otorgaban a las Saltee.

Pero la fortuna de Raymond Trudeau no resultó tan adversa como habría sido de esperar. Una vez que se hubo hecho efectivo el destierro del caballero a las islas, uno de sus hombres —que se afanaba en prender fuego para ahuyentar a las gaviotas— descubrió una insólita y luminosa cueva. La gruta era un depósito glacial rico en diamantes. Se trataba de la mina más grande jamás descubierta y la única en toda Europa. Enrique II había elegido a Raymond Trudeau como rey del estado más valioso del mundo.

Setecientos años más tarde, la familia Trudeau se mantenía en el poder, a pesar de más de una docena de intentos de invasión por parte de ingleses, irlandeses y hasta ejércitos de piratas. Las famosas murallas de las Saltee ejercían de protección contra cañones, rifles y arietes, y los célebres tiradores de élite de las islas eran entrenados hasta el punto de poder afeitar los bigotes de un pirata a más de un kilómetro de distancia. En las Saltee sólo existían dos sectores de interés: los diamantes y la defensa.

La cárcel de Saltee estaba abarrotada hasta los topes de criminales de la peor

ralea, procedentes de Irlanda y de Gran Bretaña. Trabajaban en la mina de diamantes hasta que cumplían su condena, o bien hasta que morían. Casi todos morían. Una condena en Little Saltee, la de menor tamaño de las dos islas, era una condena a muerte. A nadie le importaba gran cosa, en realidad. Las Saltee llevaban siglos enriqueciendo a muchas personas, y ninguna de ellas deseaba que el statu quo se alterara.

No obstante, soplaban vientos de cambio. Ahora, un nuevo monarca ocupaba el trono de las islas, un norteamericano, el rey Nicholas I, o el Buen Rey Nick, como era conocido por un número de familias que iba en aumento. En apenas seis meses de gobierno, el rey Nicholas había mejorado drásticamente la calidad de vida de sus tres mil súbditos, aboliendo impuestos y construyendo un moderno sistema de alcantarillado que discurría a través de la localidad de Promontory Fort, en la punta septentrional de Great Saltee, la mayor de las dos islas.

Cuando El Alcatraz, la embarcación real, se aproximó al muelle de Saltee al amanecer, después de una travesía de tres jornadas desde Francia, el rey Nicholas en persona se encontraba allí para recibirlo. A decir verdad, el soberano no se asemejaba en aspecto a otros reyes de la época. Se trataba de un hombre de treinta y siete años, de aspecto juvenil y ataviado con gruesas prendas de caza confeccionadas con cuero y una gorra plana. Llevaba las patillas recortadas hacia atrás y el cabello muy corto, al estilo militar. Tenía el rostro bronceado, y en su frente se apreciaban desvaídas cicatrices en forma de tres en raya causadas por un cercano encuentro con una mina terrestre. Un forastero podría dar por sentado que Nicholas era el guardabosque del rey, pero nunca el propio monarca. No había pompa o circunstancia en aquel hombre, que vivía con tanta sencillez como le era posible en un majestuoso palacio. Nicholas había prestado servicio como combatiente y aeronauta durante la guerra civil norteamericana, y se decía que dormía en el asiento bajo la ventana de su cámara real porque la cama se le antojaba demasiado blanda.

Nicholas representaba una nueva estirpe en la realeza europea, y estaba decidido a hacer uso del poder que ostentaba para mejorar la vida de tantas personas como resultara factible. El Buen Rey Nick. Declan Broekhart le quería como a un hermano.

Declan atracó el barco de proa y bajó al embarcadero de un salto para saludar a su monarca.

—Majestad —dijo, al tiempo que hacía una leve reverencia.

El rey Nicholas le devolvió el saludo y luego propinó a su amigo un puñetazo en el brazo.

—¡Declan! ¿Cómo has tardado tanto? Me enteré por la prensa del milagroso nacimiento de tu hijo en el aire. No puedo más que rezar para que haya heredado los rasgos de su madre.

Mientras ambos compartían unas ligeras risas, Catherine apareció en la pasarela,

sujetando su precioso cargamento envuelto en una manta.

—Catherine —dijo Nicholas, cogiéndola del brazo—. Deberías estar descansando, ¿no te parece?

—Ya he descansado bastante a bordo —Catherine retiró la manta del rostro de Conor hasta debajo de la barbilla—. Mirad, vuestro súbdito más joven desea conocer a su rey.

Nicholas dirigió la vista al envoltorio de ropa y, entre las sombras, encontró el rostro de un bebé. Se quedó un tanto desconcertado al descubrir que el recién nacido enfocaba la mirada, al parecer, sacando sus propias conclusiones.

—Ah —dijo el monarca, retrocediendo ligeramente—. Parece tan… despierto.

—Sí —respondió Catherine con orgullo—. Tiene los ojos de tirador de élite de su padre.

Pero el rey Nicholas percibía algo más.

—Tal vez; pero asimismo tiene la barbilla de los Broekhart, obstinada a más no poder. Sin embargo, ha heredado tu frente, Catherine. Puede que se dedique a la ciencia, como su madre —le hizo cosquillas al pequeño Conor en la barbilla—. Nos hacen falta científicos. Existe un nuevo mundo que nos llega desde Norteamérica, y también desde Europa. Las islas Saltee no lograrán conservar su independencia a menos que tengamos algo que ofrecer al mundo, y la mina de diamantes de Little Saltee no durará para siempre. Científicos, eso es lo que necesitamos —el rey Nicholas se puso de un tirón sus guantes de montar—. Catherine, adiéstrale bien.

—Lo haré, Majestad.

—Y llévale a palacio. Preséntaselo a Isabella.

—Le llevaré después del desayuno —prometió Catherine.

Nicholas esbozó una sonrisa triste.

—La madre de Isabella habría tenido un regalo preparado y perfectamente envuelto. El obsequio ideal —el rey se quedó en silencio unos instantes, recordando a su esposa. Al poco, salió del ensimismamiento—. Y ahora, Declan, lamento tener que arrastrarte a la fuerza, pero parece ser que varios contrabandistas de opio se han escondido en la cueva de La Dama Paseante. Justo delante de nuestras narices.

—Me haré cargo del asunto, Majestad. ¿Os importaría acompañar a Catherine a nuestras habitaciones?

—Buen intento, capitán —respondió Nicholas con una amplia sonrisa al tiempo que batía palmas—. Ya veo que tratas de apartarme del peligro.

El rey volvía a mostrarse emocionado; el antiguo soldado que llevaba dentro anhelaba la persecución aunque, al contrario que a la mayoría de los antiguos militares, no le atraía la matanza. Aquellos contrabandistas serían enviados a la cárcel de Little Saltee a trabajar en la mina de diamantes, pero no sufrirían daños a menos que resultara inevitable.

—¡Venga! Disponemos de la luz del amanecer y la marea está baja. A los delincuentes no les gusta madrugar, de modo que los pillaremos durmiendo.

El rey volvió la atención a Catherine y se llevó la mano a la gorra. Acto seguido, se alejó a zancadas por el embarcadero en dirección a una reducida compañía de caballería. De hecho, se trataba de la división montada del ejército de Saltee al completo: una docena de expertos jinetes a lomos de sementales irlandeses. Dos de los caballos estaban desocupados.

A Declan le habría gustado quedarse con su mujer, pero en mayor medida deseaba cumplir con su obligación.

—Catherine, tengo que irme. Temo que el rey pueda lastimarse al entrar en esas grutas tan estrechas.

—Vete, Declan. Mantenle a salvo; las islas necesitan al Buen Rey Nick.

El capitán Broekhart besó a su esposa y a su hijo y luego siguió al monarca hasta donde aguardaba la caballería. Las monturas estampaban los cascos sobre las planchas de madera del embarcadero, haciendo saltar virutas en forma de espiral.

—Despide a tu padre, el héroe —dijo Catherine al pequeño Conor, agitando la diminuta mano en dirección a Declan—. Ahora nos iremos a casa a prepararte para conocer a una princesita. ¿Te apetece conocer a una princesita, mi testarudo científico?

Conor soltó un gorgorito. Daba la impresión de que la perspectiva le agradaba.

Primera Parte

Broekhart

La princesa y el pirata

Conor Broekhart era un niño extraordinario, circunstancia que ya quedó patente en los comienzos de su idílica infancia. La naturaleza acostumbra a ser avarienta con sus dones, y los reparte con cicatería; pero a Conor le brindó cuanto tenía que ofrecer. Parecía haber heredado todas las cualidades de sus antepasados: inteligencia, gallardía y elegancia.

Conor también era afortunado en cuanto a sus circunstancias. Nacido en el seno de una comunidad acaudalada que se regía por los valores de la igualdad y la justicia —al menos en apariencia—, creció con firmes convicciones sobre el bien y el mal que no se vieron enturbiadas por situaciones de privación o violencia. Para el niño, la diferencia estaba clara: el bien se encontraba en Great Saltee, la mayor de las islas; el mal, en Little Saltee, la más pequeña.

Ahora es fácil sacar a la luz algunos acontecimientos de los primeros años de Conor y afirmar: «Se veía venir que un niño como él llegaría a convertirse en el hombre de hoy». Pero la mirada retrospectiva es una disciplina poco fiable y, a decir verdad, acaso existió un único incidente en los primeros años de Conor en el palacio que pudo dar a entender su potencial.

El incidente en cuestión ocurrió cuando contaba con nueve años de edad y se dedicaba a recorrer los pasillos de servicio que serpenteaban tras los muros de la capilla del castillo y el edificio principal. Su acompañante en estas excursiones era la princesa Isabella, un año mayor que él y siempre más intrépida. Resultaba poco frecuente ver a Isabella o a Conor sin la compañía del otro, y ambos solían encontrarse embadurnados de barro, sangre u otras sustancias censurables hasta el punto de que el niño apenas podía distinguirse de la princesa.

Aquella tarde de verano, una vez que hubieron agotado la diversión consistente en seguir hasta su comienzo la trayectoria de una chimenea en desuso, decidieron lanzar un ataque pirata por sorpresa a los aposentos privados del rey.

—Tú eres el capitán Crow —indicó el pequeño Conor, lamiéndose el hollín que le rodeaba la boca— y yo, el grumete que le clavó un hacha en la cabeza.

Isabella era una niña hermosa, con rostro de duende y grandes ojos castaños; pero, en ese momento, más que una princesa parecía un golfillo deshollinador.

—De eso nada, Conor. Tú eres el capitán Crow y yo, la princesa cautiva.

—No hay ninguna princesa cautiva —declaró Conor con firmeza, molesto por el hecho de que Isabella, una vez más, acomodara la leyenda en beneficio propio. En ocasiones anteriores había incluido un unicornio y un hada que ni mucho menos formaban parte de la historia original.

—Desde luego que la hay —replicó Isabella con tono beligerante—. La hay porque yo lo digo, y yo soy una princesa de verdad, mientras que tú naciste en un

globo de aire caliente.

Isabella pretendía insultarle, pero para Conor no existía orgullo mayor que haber nacido en un globo aerostático.

—Gracias —repuso con una sonrisa.

—No tiene nada de bueno —vociferó Isabella—. El doctor John dice que tus pulmones debieron dañarse por culpa de la altura.

—Son mucho mejores que los tuyos. ¡Mira! —Conor comenzó a ulular al viento para demostrar el buen estado de salud de su aparato respiratorio.

—Bueno, basta ya —repuso Isabella, impresionada—. Pero sigo siendo la princesa cautiva. Y harás bien en recordar que, si me fastidias, puedo hacer que te ejecuten.

A Conor no le inquietaba gran cosa que Isabella decretara su ejecución, pues aunque ordenaba que le ahorcaran unas diez veces al día, hasta el momento no se había llevado a efecto la disposición. Más le preocupaba el hecho de que Isabella no estaba resultando ser tan buena compañera de juegos como habría sido de esperar. En realidad, Conor deseaba la compañía de alguien que accediera a participar en los juegos que a él le gustaban, los cuales por lo general tenían que ver con lanzar aviones de papel al aire o engullir insectos. Pero últimamente Isabella empezaba a decantarse por los disfraces y los besos, y sólo accedía a explorar las chimeneas si Conor se prestaba a fingir que eran Diarmuid y Gráinne, los legendarios amantes, que escapaban del castillo de Fionn.

Ni que decir tiene, Conor no deseaba en lo más mínimo ser un amante legendario. Los amantes legendarios rara vez volaban a ninguna parte, y casi nunca comían insectos.

—Muy bien —claudicó—. Eres la princesa cautiva.

—Excelente, capitán —repuso Isabella con dulzura—. Ahora, llévame a rastras hasta la cámara de mi padre para exigir el rescate.

—¿Qué te lleve a rastras, dices? —preguntó Conor, ilusionado.

—Pero sólo jugando, no de verdad, o mandaré que te ahorquen.

—Bueno, pues haré como que te arrastro. ¿Puedo matar a cualquiera que nos encontremos?

—Absolutamente a cualquiera, salvo a mi padre; primero tengo que ver lo triste que está.

«Absolutamente a cualquiera».

«Algo es algo», pensó Conor mientras blandía su espada de madera y reflexionaba que la hoja cortaba el aire como el ala de una gaviota.

«Igualito que un ala».

La pareja procedió a atravesar la barbacana. Ella, lanzando «ahs» y «ohs»; él, gritando «¡arr!» al tiempo que se granjeaban miradas cariñosas, aunque también

precavidas, de cuantos hallaban a su paso. Los dos únicos niños residentes en el palacio eran queridos por todos, aunque no mimados, y hacían gala de un comportamiento aceptable cuando sus padres se encontraban por los alrededores; pero también tenían las manos muy largas, y en sus excursiones diarias afanaban cualquier cosa que se les antojara.

Pocos días antes, cierto artesano nativo de Italia y experto en pan de oro había regresado una tarde al querubín que estaba revistiendo y se encontró con que faltaban su pincel y sus láminas doradas. Más tarde, el oro apareció extendido sobre las alas de una gaviota muerta una semana atrás que «alguien» había tratado de hacer volar desde las almenas de la muralla.

Atravesaron el puente hasta llegar a la torre principal, que albergaba la residencia del rey, así como su despacho y las salas de reuniones. En condiciones normales, la pareja habría recibido el alto —siempre en tono amistoso— por parte del centinela; pero el propio rey acababa de asomarse por la ventana para apremiar al soldado a que cogiera el barco en dirección a Wexford con objeto de apostar diez chelines en las carreras de la playa de Curracloe a un caballo en particular con el que el monarca se había encaprichado. El palacio contaba con un sistema telefónico, pero los cables aún no llegaban a la costa, y los corredores de apuestas en territorio irlandés no aceptaban mensajes comunicados por señales.

Durante tan sólo dos minutos, para enorme regocijo de la princesa y el pirata, la torre principal se quedó sin protección. Entraron a zancadas, como si el castillo les perteneciera.

—En la vida real, claro está, poseo de veras un castillo —le confió Isabella, quien aprovechaba cualquier oportunidad para recordar su elevado estatus a Conor.

—¡Arrr! —soltó Conor con toda intención. La escalera de caracol atravesaba tres plantas, todas ellas abarrotadas de personal de la limpieza, abogados, científicos y funcionarios; pero gracias a una combinación de buena suerte y rastrera astucia infantil, la pareja se las ingenió para superar los pisos inferiores hasta llegar a la entrada que conducía a los aposentos privados del rey: una impresionante puerta de madera de roble. En cada una de las dos hojas aparecía tallada la mitad de la bandera de las Saltee junto al lema de las islas. Vallo Parietis, rezaba la consigna. «Defiende la muralla». La bandera mostraba franjas verticales en oro y carmesí y, estampada en el centro, una torre de bloques blancos.

La puerta se hallaba entornada.

—Está abierta —comentó Conor.

—Está abierta, princesa cautiva —rectificó Isabella.

—Perdón, princesa cautiva. Veamos qué tesoros nos aguardan.

—Conor, se supone que no debo entrar.

—Capitán pirata Crow —puntualizó su acompañante mientras se deslizaba por el

hueco de la puerta.

Como de costumbre, el aposento de Nicholas estaba abarrotado de materiales utilizados para una decena de experimentos. Sobre la alfombra de la chimenea se veía una dinamo desguazada, de cuyo interior sobresalían cables de cobre.

—Mira, una criatura marina con las tripas fuera —comentó Conor, entusiasmado.

—¡Puaj! Eres un pirata repugnante —replicó Isabella.

—Pues si soy un pirata repugnante, deja de sonreír todo el rato. Los rehenes tienen que llorar y lamentarse.

En el interior de la propia chimenea había botes llenos de mercurio y combustibles experimentales. Nicholas se negaba a que sus empleados los trasladaran al piso de abajo. Demasiado volátiles, explicaba. Además, en caso de incendio, las llamas se limitarían a ascender por el tiro de la chimenea.

Conor señaló los botes.

—Mira, veneno sacado del culo de un dragón. Lo hueles una vez y te evaporas.

La posibilidad parecía bastante real, e Isabella estuvo tentada de echarle cuenta.

Sobre la chaise longue descansaban varios cubos con fertilizante, dos de los cuales humeaban levemente.

—También salen del culo de un dragón —entonó Conor con aire de sabio.

Isabella se esforzó para no soltar el grito que le acechaba los labios, el cual, en cambio, salió disparado a través de la nariz.

—Es fertilizante —se apresuró a aclarar Conor, sintiendo lástima de la princesa —, para que crezcan plantas en la isla. Isabella le miró con el ceño fruncido.

—Te ahorcarán al anochecer. Palabra de princesa.

Para un par de niños libres de vigilancia, el aposento real era una auténtica cueva del tesoro. En un rincón, una banderola con barras y estrellas cubría los hombros de un oso negro disecado. Una colección de prismas y lentes lanzaba destellos desde una caja de madera cubierta por una tapa en uno de los extremos, y enormes pilas de libros tanto antiguos como modernos se elevaban cual columnas de un templo en ruinas.

Conor empezó a vagar entre estos pilares de conocimiento, siempre tentado a tocar lo que veía, pero conteniendo el impulso, a sabiendas de que los sueños de otros hombres no deben ser perturbados.

De pronto, se quedó inmóvil. Tenía una misión que cumplir. Tal vez no se le volviera a presentar la oportunidad.

—Debo apoderarme de la bandera —anunció con voz entrecortada—. Eso es lo que hacen los capitanes pirata. Voy a subir al tejado en busca de la bandera y la gloria.

—¿La bandera y la noria?

—Gloria.

Isabella puso los brazos en jarras.

—Has dicho «noria», idiota.

—Eres una princesa, ¿verdad? No creo que insultar a tus súbditos sea un ejemplo muy bueno.

Isabella se mostró impenitente.

—Las princesas hacen lo que les viene en gana. Además, no tenemos ninguna noria en el tejado.

Conor no malgastó el tiempo discutiendo. Era imposible ganar una disputa con quien podía ordenar que te ejecutaran.

Salió corriendo hacia la puerta que conducía a la azotea blandiendo su espada contra tropas imaginarias. Esta puerta también se encontraba abierta. Qué suerte más increíble. En las cien ocasiones anteriores que Isabella y él habían tendido una emboscada al rey Nicholas, todas y cada una de las puertas del castillo estaban cerradas con llave. Además, ambos habían sido advertidos con severidad por sus respectivos padres de que nunca, jamás, se aventuraran al tejado si no iban acompañados. La distancia hasta el suelo era inmensa.

Conor se paró a reflexionar.

«¿Padres o bandera?».

«¿Padres o bandera?».

—Menudo pirata estás hecho —se mofó Isabella con tono altivo—. Ahí de pie, sin saber qué hacer, rascándote con una espada de juguete.

«Bandera, no se hable más».

—¡Arrr! A por la bandera voy, princesa cautiva —luego, con su propia voz, añadió—: Isabella, no toques ninguno de los experimentos; sobre todo, las botellas. Mi padre dice que un día el rey va a hacernos volar por los aires por culpa de sus inventos, así que deben de ser peligrosos.

Conor subió los escalones a toda velocidad, antes de que el valor le fallara. Le separaba del aire libre una corta distancia, acaso doce peldaños. Por fin, emergió de los confines del hueco de la escalera de la torre y puso pie en el tejado de piedra. De las tinieblas a la luz en cuestión de segundos. El panorama cortaba la respiración: un radiante cielo azul cuyas nubes se encontraban lo bastante cerca como para tocarlas.

«Yo nací en un lugar como éste», pensó Conor.

«Eres un niño especial —le decía su madre a diario—. Naciste en el cielo, donde siempre habrá un sitio para ti».

Él mismo así lo creía. En las alturas a las que otros temían ascender era donde siempre se había sentido más dichoso.

Se subió a lo alto del parapeto y se sujetó con fuerza al asta de la bandera. El mundo giraba a su alrededor y el sol de color naranja pendía como un faro de Kilmore Quay. El mar, más plateado que azul, lanzaba destellos desde abajo, y el

cielo llamaba a Conor como si éste fuera un pájaro. Durante unos instantes, quedó hechizado por el espectáculo; luego, con el rabillo del ojo divisó una esquina de la bandera.

«Arrr —pensó—. He ahí la bandera, orgullo de las Saltee». La bandera se mantenía en posición completamente rectangular, con sus franjas en oro y carmesí y su torre, tan blanca que resplandecía. Un marco de bambú mantenía rígido el paño, de modo que el emblema de las islas se exhibiera en todo su esplendor fueran cuales fuesen las condiciones del tiempo. A Conor se le ocurrió que él mismo se encontraba en lo alto de la torre representada en la enseña.

En un isleño de más edad, semejante circunstancia podría haber causado una punzada de orgullo patriótico; pero para un niño de nueve años tan sólo significaba que su propia imagen debía ser incluida en la enseña de las islas.

«Me dibujaré después de robarla», decidió. Isabella salió al tejado, parpadeando a causa de la repentina luz.

—Baja del parapeto, Conor. Estamos jugando a los piratas, y no al niño pájaro.

Conor se mostró horrorizado.

—¿Y dejar la bandera? ¿Es que no lo entiendes? Seré un pirata famoso, más conocido que el mismísimo Barbarroja.

—Conor, te digo que ese muro es muy viejo; puede desmoronarse. ¿Recuerdas las tejas de pizarra que se desprendieron de la capilla durante la tormenta del año pasado?

—¿Y qué pasa con la bandera?

—Olvídate de la dichosa bandera. Me muero de hambre. Venga, bájate de ahí antes de que ordene que te ahorquen.

Conor, ahora enfurruñado, se bajó del murete de un salto. Estaba a punto de desafiar a Isabella, de decirle que adelante, que le mandase ahorcar, le traía sin cuidado; que ella sólo era una maldita rehén y desde cuándo los rehenes se dedicaban a dar las órdenes. Tendría que aprender a llorar y a lamentarse como era debido, en lugar de amenazar cien veces al día con ejecutarle.

Estaba a punto de decir todo esto cuando desde abajo llegó un golpe sordo que hizo temblar los bloques de piedra a sus pies. Una nube de humo púrpura salió disparada del hueco de la puerta, como si alguien hubiera limpiado una tuba.

Las sospechas de Conor no iban descaminadas.

—¿Has tocado algo? —preguntó.

Isabella no abandonaba su actitud altiva ni a la hora de enfrentarse al desastre.

—Soy la princesa de este palacio, y tengo derecho a tocar lo que me plazca.

La torre volvió a temblar. Esta vez, el humo era verde e iba acompañado de un olor pestilente.

—¿Qué has tocado, Isabella?

La princesa del palacio se puso tan verde como el humo.

—Puede que haya levantado la tapa de la caja de madera, la que guarda esas lentes tan bonitas.

—¡Madre mía! —se lamentó Conor—. Me parece que vamos a tener problemas.

En cierta ocasión el rey Nicholas le había explicado el funcionamiento de la caja de las lentes, encantado al descubrir que el niño mostraba una pasión por el conocimiento semejante a la suya propia.

«Están colocadas en un orden muy particular —había comentado el monarca, agachándose de modo que su ojo parecía monstruoso a través de la primera lente—, así que cuando retiro la tapa y la luz entra por un extremo, es concentrada por las sucesivas lentes hasta que llega a prender fuego a un papel situado en el extremo contrario. Con este pequeño artilugio se podría iniciar un incendio desde la distancia. La mecha con menos riesgo jamás conocida».

Conor recordaba haber pensado en aquel momento que si dejabas la caja junto a la ventana, podía encenderte la chimenea por las mañanas, tarea a la que no era demasiado aficionado. Y ahora Isabella había levantado la tapa.

—¿Has movido la caja?

—¡Cuida ese tono, plebeyo!

«¿Plebeyo?». La princesa debía de estar de veras aterrorizada.

—¿Y bien, Isabella?

—Quizá la coloqué sobre la mesa, junto a la ventana, para ver cómo pasaban los colores.

Era evidente que el dispositivo había atrapado la luz de la tarde, lanzando la potencia de las lentes en dirección al laboratorio, atestado de fertilizantes y carburantes, así como una variedad de materiales explosivos. Sin lugar a dudas, la luz concentrada había ido a parar a alguna sustancia combustible.

—Tenemos que marcharnos —dijo Conor, olvidado todo pensamiento del capitán Crow. La potencia de los explosivos no le resultaba desconocida. Su padre, que estaba a cargo de la defensa de las murallas, había llevado a Conor a una incursión para hacer volar la cueva de unos contrabandistas. No sólo se trataba de un regalo de cumpleaños, sino también de una lección para que se mantuviera apartado de cualquier cosa que explotara. La pared de la cueva se había desplomado como una construcción de cubos de juguete a la que un niño de meses propina un manotazo.

La torre tembló de nuevo. Varios de los bloques de piedra que conformaban el suelo empezaron a agitarse y acto seguido cayeron al aposento de más abajo. Una oleada de llamas azules y anaranjadas empezó a brotar por los huecos. El chasquido de cristales rotos y el crujido del metal al retorcerse asustaron a los dos niños.

—Arriba, al parapeto —apremió Conor—. El suelo se está hundiendo.

Por una vez, Isabella no se detuvo a polemizar. Aceptó la mano de Conor y le

siguió hasta el borde del pretil.

—El suelo tiene treinta centímetros de ancho y el parapeto, más de un metro —explicó, gritando por encima del rugido de las llamas—. Resistirá.

Las explosiones se sucedían más abajo como fuego de cañón; cada una de ellas emitía un hedor diferente y distintas tonalidades de humo. Los vapores eran tóxicos, por lo que Conor se figuró que tenía el semblante tan verde como el de Isabella.

«No importa si el parapeto aguanta o no —se dijo, tras caer en la cuenta de la situación—. Las llamas nos alcanzarán mucho antes».

Isabella y Conor tenían la sensación de que el mundo entero se estuviera zarandeando. El hueco de la escalera vomitaba humo y fuego como si un dragón acechara más abajo, y del patio del castillo llegaban los gritos de los isleños mientras la torre se caía a pedazos que se estampaban contra el suelo.

«Tenemos que salir de aquí —reflexionó Conor—. Nadie puede salvarnos, ni siquiera mi padre».

Con semejante infierno, no había forma alguna de bajar a pie. Sólo existía un método posible: echar a volar.

***

El rey Nicholas se encontraba al otro lado del pasillo, en el retrete, cuando su hija Isabella hizo estallar sus aposentos privados. Estaba admirando el nuevo inodoro de porcelana Royal Doulton, provisto de un grifo para hacer circular el agua, que había mandado colocar recientemente en su propio cuarto de baño. Nicholas había contemplado la posibilidad de instalarlos por todo el palacio, pero corrían rumores de que estaba por llegar un novedoso inodoro de cisterna y sería una lástima ir un paso por detrás del progreso.

«Debemos abrazar el progreso, colocarnos a la vanguardia; de otro modo, las Saltee quedarán ahogadas por un maremoto de innovación».

Cuando la primera explosión hizo vibrar la torre, a Nicholas se le pasó por la mente que tal vez su propias cañerías internas fueran las culpables de semejante estrépito; pero al instante cayó en la cuenta de que ni siquiera la botella de cerveza casera que había consumido con Declan Broekhart la noche anterior podía tener como resultado tamaño alboroto.

Entonces, ¿se trataba de un ataque por sorpresa? Poco probable, a menos que un barco hubiera conseguido aproximarse sin ser visto en una despejada tarde de verano.

De pronto, se le ocurrió una idea.

¿Y si no había colocado la tapa en la caja de las lentes? Con sólo una chispa que llegase volando a esa cámara…

El rey Nicholas dio por terminada su real ocupación y de un impulso abrió la

puerta, que volvió a cerrar a la velocidad del rayo cuando una enturbiada nube de humo y de llamas invadió el cuarto de baño, abrasándole los pulmones. Sus aposentos debían de estar destrozados, eso seguro. Por fortuna, tanto su cámara como la azotea se encontraban desiertas, de modo que los demás ocupantes de la torre podrían escapar sin dificultad.

«Pero no así el rey. Nicholas el Estúpido está atrapado por culpa de sus dichosos experimentos».

Había una ventana, claro; Nicholas creía firmemente en las ventajas de una buena ventilación. También era un devoto de la meditación, si bien no parecía el momento más indicado para practicarla.

El monarca introdujo una toalla por debajo de la puerta para evitar que una corriente de aire invitara al fuego a entrar y luego abrió la ventana de par en par. Cristales y ladrillos caían por el aire y la estructura al completo se convulsionó cuando otra explosión estalló en la torre. Nicholas asomó la cabeza para mirar hacia un lado justo a tiempo de ver un penacho de humo multicolor que emergía de su sala de estar.

«Ahí van los botes de combustible».

Más abajo, en el patio, reinaba el caos. El cuerpo de bomberos, con una celeridad digna de elogio, ya había transportado hasta la base de la torre el vehículo dotado de bomba hidráulica y empezaba a aplicar una cierta presión a la manguera. Si algo sobraba en las islas Saltee era precisamente el agua. Cualquier otro día, el oleaje del mar habría apagado el incendio; pero a pesar de que soplaba una fuerte brisa, la superficie estaba plana como un espejo.

Un hombre se encontraba a corta distancia de la torre. Con su cazadora de aviador francés y su gorro con plumas ofrecía un aspecto muy airoso. A sus pies se encontraba una maleta de cuero de tamaño considerable, y la situación provocada por el edificio en llamas parecía divertirle en gran medida.

Nicholas le reconoció de inmediato y le llamó desde lo alto.

—Victor Vigny. ¡Has venido!

El hombre, satisfecho, esbozó una blanca sonrisa que contrastaba con su rostro bronceado.

—He venido —gritó con el acento francés que uno esperaría de alguien ataviado de semejante guisa—. Y menos mal, Nick. Por lo que se ve, aún no has aprendido a mantener un laboratorio a salvo.

Se produjo otra explosión que provocó una humareda azul, así como una sacudida que hizo temblar la torre hasta sus cimientos. El rey se agachó, ocultándose de la vista, y luego volvió a aparecer en la ventana.

—Muy bien, Victor. Ya está bien de bromas. Ahora, bájame de aquí. Supongo que tu célebre ingenio te habrá acompañado a través del Atlántico.

Victor Vigny soltó un gruñido y luego paseó la vista por el patio del castillo. El carro de bomberos llevaba una escalera y una cuerda enganchadas a un costado. Ninguna tenía la longitud suficiente para llegar hasta el rey.

—¿Quién ha diseñado este cacharro? —mascullό, echándose sobre el hombro la cuerda enrollada—. Torres altas y escaleras cortas. Está claro que en todas partes hay idiotas.

—Pero ¿qué está haciendo? —preguntó un miembro del cuerpo de bomberos—. ¿Quién le ha dado permiso para coger eso?

Vigny levantó el pulgar en dirección al cielo.

—Él.

El bombero frunció el ceño.

—¿Dios?

El francés dio un respingo. En efecto, idiotas en todas partes.

—No apunto tan alto, mon ami.

El bombero miró hacia arriba y vio al rey junto a la ventana.

—Haz lo que te diga —rugió Nicholas—. Ese hombre me salvó la vida en el pasado, y espero que me la vuelva a salvar.

—Sí, Majestad, estoy a vuestra… a su disposición.

Victor señaló la escalera.

—Apóyela contra la pared, debajo de la ventana.

—No va a alcanzar —repuso el bombero, ansioso por decir algo inteligente.

—Limítese a hacer lo que le digo, monsieur. El rey empieza a perder la paciencia.

El bombero echó mano de un compañero y entre los dos apoyaron la escalera en la torre. Antes de que los largueros chocasen contra la pared, Victor Vigny ya había subido hasta la mitad.

Los travesaños vibraban violentamente a causa de las convulsiones de la estructura de piedra y Victor entendió que en cuestión de minutos la parte superior de la torre saldría disparada por el aire como una bala de cañón. Los aposentos reales y todo cuanto tuvieran encima no tardarían en convertirse en polvo y en recuerdos.

A la velocidad del rayo ascendió hasta lo alto de la escalera y, ensartando las piernas entre los travesaños, descolgó la cuerda que llevaba al hombro y se la colocó en el brazo.

—Hábil, ¿verdad? —comentó el bombero a su colega—. Pero yo, que entiendo de estas cosas, ya le he dicho que la escalera no alcanza.

Los escombros caían ahora en tromba: cascotes, cristales rotos y bloques enteros de granito. Los tres hombres apostados en la escalera no tenían manera de esquivarlos y soportaban los golpes a base de gruñidos y hombros encorvados.

—Échenla hacia atrás —gritó Victor bajando la mirada hacia los hombres mientras del rostro le resbalaban goterones de sudor. Su gorro con plumas empezó a

arder y, al quitárselo, dejó al descubierto la mata de pelo hirsuto que le había granjeado el apodo de La Brosse, «el cepillo»—. Nicholas, me debes un sombrero. Este lo conservaba desde Nueva Orleans.

Los bomberos sujetaron la escalera con el parisino a cuestas y la apartaron a un metro de la pared de la torre. Victor Vigny agarró una media docena de anillos de cuerda y los lanzó hacia arriba con fuerza. Había calculado acertadamente, y el extremo final de la soga fue a aterrizar a manos del rey Nicholas.

—Átala bien fuerte, y date prisa.

Victor amarró la cuerda al travesaño superior y luego bajó resbalando por un larguero de la escalera lo más rápido que pudo sin despellejarse las palmas.

—La escalera no alcanza —señaló el bombero mientras Victor zambullía las manos en el cubo de agua más cercano.

—Ya lo sé, monsieur. Pero la escalera alcanza la cuerda, y la cuerda alcanza al rey.

—Ah —respondió el bombero.

—Ahora, den un paso atrás. Conozco a Nicholas, y sé que esa torre contiene más explosivos que un cañón de las mismas proporciones. No me extrañaría que estuviéramos a punto de derribar a la mismísima luna.

El cuerpo de bomberos se dio por vencido. No conseguían bombear con la presión suficiente para llegar al fuego, y aunque así hubiera sido, aquellas llamas eran de tantos colores diferentes que al arrojarles agua podían enfurecerse aún más.

De modo que los bomberos se mantuvieron apartados del alcance de los proyectiles que el castillo arrojaba, aguardando a ver si el último varón de los Trudeau en la línea de sucesión conseguía escapar de una muerte factible.

***

En el interior del cuarto de baño, el rey Nicholas sometió a su inodoro de porcelana Royal Doulton a la más rigurosa de las pruebas. Cierto era que el retrete había sido fabricado para soportar el peso de un adulto corpulento, pero probablemente no el de un hombre colgado de una soga, a su vez atada a la cañería del propio aparato sanitario. Con una toalla empapada sobre la frente, el rey enrolló la cuerda a la tubería de evacuación con cuatro vueltas y ató varios nudos en el extremo.

«Quiera el cielo que no estalle esta tubería. Ya es bastante malo quemarse vivo para que encima te encuentren cubierto de inmundicias».

La recia puerta de madera del cuarto de baño comenzaba a agrietarse por el calor, como si un grupo de combatientes tratara de reventarla desde fuera. Las bandas de acero se combaron y empezaron a arrojar remaches metálicos que rebotaban por la estancia como si de balas se tratara.

Nicholas, sin cejar en su empeño, se limpiaba los ojos con la toalla mientras avanzaba con lentitud hacia el borroso triángulo amarillo que debía de ser la ventana. No es que la nube de humo hubiera disminuido, tan sólo se apreciaba un débil resplandor en el centro.

«Sigue la cuerda —se dijo a sí mismo—. No es tan difícil. Sigue hacia delante y no la sueltes».

Nicholas atravesó el hueco de la ventana a trompicones, siempre aferrado a la cuerda, que, al tensarse, le detuvo en el aire con un violento tirón, como si fuera un condenado a la horca.

—¡Nick! ¡Basta ya de gandulear! —vociferó Victor Vigny—. Baja de una vez. Una mano detrás de la otra. Hasta un simplón como este bombero sería capaz de conseguirlo.

—¡Claro que sí! —gritó el aludido, decidiendo que más tarde se encargaría del insulto, si es que no lo pasaba por alto.

Bajo el penacho de humo, el rey Nicholas volvía a respirar. Cada sucesiva boqueada de aire fresco alejaba las toxinas de su organismo y devolvía la fuerza a sus extremidades.

—¡Baja ya, hombre! No he viajado desde Nueva York para ver cómo te columpias en las alturas.

Nicholas esbozó una amplia sonrisa que dejó al descubierto su impecable dentadura.

—Victor, he estado a punto de morir; un poco de simpatía no me vendría mal.

Estas sencillas palabras supusieron un esfuerzo considerable, y cada frase fue acompañada de un arranque de tos.

—Así me gusta —repuso Vigny—. El Nick de siempre. Venga, a bajar se ha dicho.

El rey fue descendiendo poco a poco, si bien su trayecto se vio interrumpido por varias explosiones. Una vez que hubo colocado los pies en el travesaño más alto, descendió por la escalera a toda velocidad. Al fin y al cabo, las vidas de otros estaban en juego, y si Victor moría por culpa de la imperdonable imprudencia del monarca, el francés no dejaría de atormentarle desde el más allá.

Victor agarró a Nicholas por los codos antes de que las botas de éste llegaran a rozar los adoquines y se lo llevó a toda prisa hacia la muralla, que ofrecía una relativa seguridad. Desde un baluarte contemplaron la escena mientras la escalera por la que había bajado el rey se chamuscaba y ennegrecía.

—¿Qué diablos tenías ahí adentro? —preguntó Victor.

La garganta del rey emitía un silbido con cada laborioso intento por respirar.

—Pólvora. Material pirotécnico. Un par de botes con combustible experimental, nitroglicerina procedente de Suecia. Cinta fusible. Hemos estado utilizando el viejo

granero que hay debajo como depósito de armas provisional. Y, claro está, fertilizante.

—¿Fertilizante?

—Victor, el fertilizante resulta fundamental en las islas Saltee. Es nuestro futuro —de pronto, un pensamiento le vino a la mente—. Isabella. Tiene que enterarse de que he salido ileso; debe comprobarlo por sí misma —paseó la mirada por el patio—. No la veo. No… Pero, claro, alguien la habrá llevado a un lugar seguro. Porque está a salvo, ¿verdad, Victor?

Victor Vigny no sostuvo la mirada de su amigo; sus ojos se dirigían por encima del hombro del rey hacia el parapeto de la torre principal. Había dos objetos en medio de la humareda y las llamas. No, ¡eran dos personas! Un niño y una niña, de unos nueve o diez años de edad.

—Mon Dieu —susurró el francés—. Mon Dieu.

***

El tejado de la torre se había separado por completo de los irregulares bloques que formaban las paredes, como si el dragón hubiera aumentado de tamaño y ahora ocupara la totalidad de la estructura. A través de las cortinas de humo y de fuego, Conor era testigo de cómo la mampostería se desmoronaba y las vigas se venían abajo.

Una gruesa columna de humo brotaba desde el interior del edificio, que, en efecto, se había convertido en una chimenea y atraía el aire desde abajo para alimentar las llamas. El humo se elevaba como un árbol nudoso de proporciones gigantescas, un espectro negro que contrastaba con el cielo de verano.

Isabella no parecía histérica en lo más mínimo; al contrario, una estremecedora calma había descendido sobre ella y se mantenía de pie sobre el parapeto con los ojos vidriosos, como si estuviera medio dormida y no llegase a comprender el alcance de la situación.

«La única manera de bajar de aquí es echar a volar», pensó Conor. Desde mucho tiempo atrás albergaba el sueño de volver a remontar el vuelo, si bien las condiciones presentes no eran las ideales.

Había estado a punto de salir volando el día que cumplió los cinco años, cuando los Broekhart fueron de excursión a Hook Head, en Irlanda, para visitar la célebre torre del faro. Le habían regalado una enorme cometa con los colores de las Saltee. La acababan de soltar en un prado azotado por el viento, junto a la costa, cuando una ráfaga repentina levantó al niño hasta ponerle de puntillas, y le habría arrastrado hasta el mar si su padre no le hubiera agarrado por el codo.

«Cometa. Los colores de las Saltee. La bandera».

Desde lo alto del parapeto, Conor se abalanzó sobre el asta y se puso a deshacer los nudos que sujetaban el marco de bambú. Los nudos se le escapaban de las manos, impulsados por el viento que sacudía la enseña de las islas.

—Isabella, ayúdame —vociferó—. Tenemos que desatar la bandera.

—Olvídese de la bandera, capitán Crow —respondió Isabella con tono apagado —. Y de la noria. No me gustan las norias. Son unos artilugios absurdos.

Conor continuó luchando contra los nudos. Las cuerdas eran más gruesas que sus delgados dedos, pero el calor las había vuelto quebradizas y no tardaron en romperse. Con un tirón de enorme trascendencia, arrancó la ondeante bandera y con grandes esfuerzos consiguió llevarla hasta el parapeto. Se revolvía y restallaba por debajo de él como si de una alfombra mágica se tratase, pero Conor la mantenía sujeta con su propio cuerpo.

Apenas distinguía a Isabella, quien, envuelta por la humareda, recordaba a un fantasma. Trató de llamarla, pero el humo se le colaba por la garganta y le impedía articular palabra. Como si fuera una foca, empezó a dar arcadas y a emitir chirridos mientras aleteaba los brazos en dirección a la princesa. Ella ignoró su llamada y optó por tumbarse en el parapeto a la espera de que su padre acudiera a rescatarla.

A tientas, Conor desabrochó la hebilla de su cinturón y extrajo la tira de cuero de las presillas del pantalón. Entonces, se tumbó de espaldas y pasó el cinturón por detrás de las cañas de bambú que rodeaban la bandera.

«Es un plan descabellado. No eres el pirata de una aventura fantasiosa».

Pero no se trataba de un plan; no había tiempo para planes. Era más bien un acto desesperado.

A pesar del alboroto provocado por el humo, las explosiones y las llamaradas, Conor consiguió levantarse, manteniendo la punta de la bandera en una posición baja, ocultándola del viento.

«Todavía no. Todavía no».

Estuvo a punto de tropezarse con Isabella. Parecía estar durmiendo. Cuando le sacudió la cara, no reaccionó.

«Muerta. ¿Está muerta?».

El niño de nueve años notó que las lágrimas le surcaban las mejillas y se avergonzó. Tenía que ser fuerte, por la princesa; un héroe, como su propio padre.

«¿Qué haría el capitán Declan Broekhart?».

Conor imaginó el rostro de su progenitor frente a sí.

«Haz algo, Conor. Utiliza ese gran cerebro del que siempre habla tu madre. Construye tu máquina voladora».

«No es una máquina voladora, papá. No tiene mecanismo. Es una cometa».

Las llamas ascendían por la pared del parapeto, ennegreciendo la piedra con sus fieros lametazos. Vigas, alfombras, carpetas y muebles iban cayendo en el insaciable

fuego, avivándolo.

Conor tiró hacia arriba de la princesa hasta ponerla de pie.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, malhumorada. Entonces, el humo se le metió por la tráquea y sus palabras dieron paso a un ataque de tos.

Conor se mantuvo erguido mientras notaba que la formidable bandera aleteaba y chasqueaba bajo el viento.

—Es como una cometa grande, Isabella —explicó con voz áspera. Las palabras le arañaban la garganta como cristales—. Voy a sujetarte por la cintura, así, y entonces nos movemos hacia…

Conor no consiguió terminar sus instrucciones porque otra explosión, canalizada por el hueco de la torre, causó una corriente ascendente de proporciones colosales que arrancó a los niños del parapeto y lanzó la bandera por los aires como si fuera una gigantesca hoja de otoño.

Las circunstancias eran verdaderamente excepcionales. Si hubieran saltado al vacío, según el plan de Conor, no habrían dispuesto de suficiente altura para que la bandera pudiese retrasar la velocidad del descenso. Pero la corriente ascendente atrapó la improvisada cometa, les hizo elevarse otros treinta metros y luego los empujó en dirección al mar. Allí se quedaron suspendidos en lo alto, en el punto muerto del túnel de aire. Ingrávidos. Con el cielo sobre su cabeza y el mar a sus pies.

«Estoy volando —pensó Conor—. Recuerdo esta sensación».

Entonces cesó el planeo y comenzó la caída, que, si bien ralentizada en gran medida por la bandera, se antojaba endemoniadamente rápida. El panorama se disolvió en un caleidoscopio de fragmentados tonos azul y plata.

La bandera atrapó una brisa baja y empezó a aletear con vigor. Conor observó cómo las nubes giraban por encima de él y se estiraban hasta formar corrientes de color crema. Mientras tanto, agarraba a Isabella con tanta fuerza que los dedos le ardían.

Lloraba y reía a la vez, consciente de que la caída sobre el agua resultaría dolorosa.

Se estrellaron contra el océano. Y la caída resultó dolorosa.

***

Al ver a su hija sobre el parapeto, el rey Nicholas trató de encaramarse al muro del baluarte como el perro que sale trepando de un pozo. En cuestión de segundos, se destrozó las uñas y los dedos le sangraban.

Victor Vigny había tirado de él para apartarle del muro.

—Espera, Nick. Aún no ha terminado. Espera. El niño… está…

Los ojos de Nicholas se veían desorbitados, angustiados.

—¿Qué? ¿Qué hace?

—Tienes que verlo. Vamos. Necesitamos una barca, por si el viento los arrastra.

—¿Una barca? Pero ¿qué estás diciendo?

—Venga, Nick. Vamos.

Nicholas soltó un aullido y cayó postrado de rodillas al ver que su hija salía volando por los aires.

Victor contemplaba la escena, atónito. Ese niño, quienquiera que fuese, era especial. Debía de rondar los nueve años; en todo caso, no tendría más de diez. Qué ingenio tan extraordinario.

La explosión impulsó a ambos crios hacia las alturas. Victor observó la trayectoria y luego salió corriendo en dirección al embarcadero, arrastrando al rey tras de sí.

—La bandera podría ahogarlos —jadeó—. Cuando el marco se rompa, el tejido los envolverá.

El rey, ya recuperado, no tardó en aventajar a los demás y, a todo correr, atravesó la entrada de las mercancías y tomó el camino del embarcadero. Media docena de barcas se dirigían a la bandera caída. La primera en alcanzarla fue una batea que dos fornidos pescadores tripulaban por encima de las olas. Una hilera de embarcaciones más lentas los seguía hasta el embarcadero.

—¿Viven? —rugió Nicholas, pero la distancia era demasiado grande—. ¿Están vivos?

Arrancaron la bandera del mar y de ella salieron rodando dos bultos empapados. Victor sujetó al rey y le apretó los hombros con fuerza.

La pequeña batea trazó un círculo cerrado y los pescadores tomaron rumbo a la orilla; sus remos levantaban una cortina de espuma al chocar contra el agua. La noticia corrió más deprisa que sus protagonistas y fue pasando de una embarcación a la siguiente. Las palabras, inaudibles en un primer momento, fueron tornándose más claras con cada nueva llamada.

—¡Vivos! Están vivos. Los dos.

Nicholas se hincó de rodillas y dio gracias a Dios. Victor sonrió en primer lugar, y luego rompió a aplaudir con deleite.

—Vine a dar clases a la princesa —anunció a nadie en particular—; pero también instruiré a ese niño, o acaso él me enseñará a mí.

La Brosse

Conor Broekhart fue considerado un héroe durante una buena temporada. Todos los habitantes de las islas se acercaron a visitarle a la enfermería del castillo para escuchar la historia de su planeador improvisado, así como para dar un golpecito en la escayola que protegía su pierna rota, lo que traía buena suerte

Isabella acudía a diario, con frecuencia acompañada de su padre, el rey Nicholas. En una de estas visitas el monarca trajo consigo su espada.

—No tenía la intención de saltar desde la torre —se defendió Conor—. Fue lo único que se me ocurrió.

—Ya veo que no lo entiendes —repuso Nicholas—. Esta es la espada ceremonial de los Trudeau. Voy a otorgarte el título de caballero.

—¿Caballero? —preguntó Conor, poco convencido—. ¿Es una broma o algo así?

Nicholas esbozó una sonrisa.

—Depende de cómo se mire. Con un toque de esta espada te convertirás en sir Conor Broekhart. Tu padre pasará a ser lord Broekhart y tu madre, lady Broekhart.

A Conor le seguía preocupando aquella hoja de acero que tenía a diez centímetros de la nariz.

—No tendré que besar eso, ¿verdad?

—No, sólo toca el filo; con un dedo bastará. Cuando te repongas, organizaremos una ceremonia en condiciones.

Conor pasó un dedo por la reluciente hoja. Al rozarla, se escuchó un silbido.

Nicholas apartó la espada a un lado.

—¡Arriba, sir Conor! No ahora mismo, claro está. Tómate el tiempo que necesites. Cuando te encuentres en forma te presentaré al maestro que he elegido para ti. Es un hombre muy particular; trabajaba conmigo cuando me dedicaba a pilotar globos de aire caliente. Conociéndote como te conozco, sé que te encantará.

«¡Globos!».

En lo que a Conor concernía, el rey podía ahorrarse el título de caballero con tal de que le permitiera pilotar dirigibles.

—Me encuentro mucho mejor, Majestad. Tal vez podría conocer a ese hombre hoy mismo.

—Tranquilo, sir Conor —respondió el rey entre risas—. Le pediré que se pase mañana por aquí. Tiene unos cuantos bocetos que podrían interesarte; son de máquinas voladoras más pesadas que el aire.

—Gracias, Majestad. Me hace mucha ilusión.

El rey se rió por lo bajo y alborotó el cabello del niño.

—Salvaste a mi hija, Conor. La salvaste de mi propia imprudencia y de sus manos revoltosas. Nunca lo olvidaré. Jamás —el monarca pestañeó—. Y ella tampoco.

El rey se marchó, dejando atrás a su hija. Esta no había pronunciado palabra durante el encuentro; de hecho, no le había dicho gran cosa a Conor desde el accidente. Pero en aquel momento el brillo de antaño había regresado en parte a los ojos castaños de la princesa.

—Sirrrr Conor —dijo la niña, haciendo rodar el tratamiento por su boca como si de un caramelo se tratara—. Ahora me va a resultar más difícil ordenar que te ahorquen.

—Gracias, Isabella.

La princesa se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en la escayola.

—Nada de eso, sir Conor Broekhart. Gracias a ti.

Otra persona acudió a visitar a Conor ese mismo día, al anochecer, después de que la enfermera hubiera convencido a la madre del paciente para que volviera a casa. La enfermería se encontraba desierta con la excepción de la asistente de noche, que solía ocupar su puesto, al final del pasillo. Ahora, corrió la cortina que rodeaba la cama de Conor y dejó una luz encendida para que pudiera leer.

El niño fue pasando las páginas de Sobre la navegación aérea, obra de George Cayley, donde el autor exponía la teoría de que una aeronave provista de cierta clase de motor y una cola con timón era capaz de transportar a un hombre por el aire.

La lectura resultaba un tanto densa para un crío de nueve años. Lo cierto era que Conor se saltaba gran cantidad de palabras que desconocía, pero al releerlas iba enterándose un poco más.

«Motor y cola —reflexionaba—. Siempre serán mejores para volar que una simple bandera».

Se quedó dormido y empezó a soñar con una reluciente espada envuelta en una enseña que se hundía en el canal de San Jorge.

Le despertó el taconeo de unas botas sobre el suelo de piedra, así como el hondo suspiro de un hombre corpulento. El suspiro era tan ronco que más bien parecía un gruñido. Se trataba de la clase de sonido que empujaba a un niño a fingir que seguía dormido. Conor abrió los ojos lo mínimo posible, procurando mantener una respiración profunda y constante.

Un hombre ocupaba la silla situada junto a la cama; su cuerpo gigantesco quedaba envuelto en las sombras. Por el emblema de color rojo que llevaba en el pecho, entendió que se trataba de un miembro de la Orden de la Sagrada Cruz: el mariscal Bonvilain en persona.

Conor se quedó sin aliento, que luego recuperó con un leve gemido, como atormentado por una pesadilla.

«¿Qué podía andar buscando Bonvilain a esas horas tan intempestivas?».

Sir Hugo era descendiente directo de Percy Bonvilain, quien había servido a las órdenes del primer rey de los Trudeau, siete siglos atrás. Por tradición, los Bonvilain

eran altos oficiales del ejército de las Saltee y habían obtenido aprobación para reunir su propia guardia de la Sagrada Cruz, que en su día realizaba incursiones en territorio irlandés o era contratada por los reyes europeos en calidad de tropa profesional. El actual Bonvilain era el último de la estirpe, así como el más poderoso. De hecho, sir Hugo habría sido nombrado primer ministro de las islas años atrás, tras la muerte del rey Héctor, de no haber sido porque un experto en genealogía descubrió la existencia de Nicholas Trudeau, quien a duras penas se ganaba la vida como aeronauta en Estados Unidos.

Sir Hugo encarnaba una inusual combinación de combatiente y hombre de ingenio. Poseía la corpulencia de un soldado aguerrido, pero también la capacidad para plantear argumentos devastadores con una voz sorprendentemente melodiosa.

«Si ese tipo de las Saltee no acaba contigo de una manera, lo hará de la otra», se decía que había comentado Benjamín Disraeli, el célebre estadista inglés, acerca del mariscal.

En cierta ocasión, el padre de Conor había señalado que la única debilidad de Bonvilain era su encendida desconfianza con respecto a otras naciones, sobre todo en el caso de Francia. Al mariscal le habían llegado rumores sobre la existencia de un ejército de espías franceses, la Legión Noir, cuya misión consistía en reunir información sobre las defensas de las islas Saltee. Bonvilain se gastó miles de guineas en la persecución de miembros de la ficticia organización.

El mariscal respiraba de manera profunda y regular, como si estuviera descansando; tan sólo un dedo enguantado que tamborileaba sobre una rodilla delataba que se encontraba despierto.

—¿Duermes, muchacho? —preguntó de repente. Su voz estaba preñada de dulzura y amenaza—. ¿O acaso estás despierto y finges dormir?

Conor se mantuvo en silencio, con los ojos apretados. De pronto, sin saber por qué, se aterrorizó.

Bonvilain se encorvó hacia delante.

—La verdad, pequeño Broekhart, es que no me había fijado en ti desde que eras un recién nacido. Pero esta vez se podría decir que… en fin, que has salvado a una persona que debería estar muerta. ¡Los Broekhart! Siempre los Broekhart.

Conor escuchó el crujido del cuero al plegarse; Hugo Bonvilain apretaba el puño, enfundado en un guante.

—De modo que decidí venir a verte. Me gusta conocer el rostro de… los amigos de mi rey.

Conor podía oler la colonia del mariscal, y notaba su aliento.

—Pero ya he hablado demasiado, jovencito. Necesitas tranquilidad para recuperarte de tu fuga milagrosa; milagrosa, desde luego. Pero recuerda que te estoy vigilando de cerca. Los caballeros de la Cruz te vigilan.

Bonvilain se levantó con un crujido del peto con la Sagrada Cruz que llevaba sobre su uniforme.

—Muy bien, joven Broekhart; tengo que irme. Tal vez no he venido a verte; quizá estás soñando. Si ése fuera el caso, sería lo mejor para ti.

La cortina que rodeaba la cama se agitó con un susurro cuando el mariscal se dispuso a efectuar su retirada.

Pasados unos instantes, Conor se atrevió a abrir los ojos y descubrió el semblante de Bonvilain a escasos centímetros del suyo.

—Ah, por fin despierto. Magnífico. Se me olvidaba dar un golpecito a la escayola. Un poco de suerte no me vendría mal.

Conor se mantuvo tumbado, en silencio, con el cuerpo rígido, mientras el mariscal le levantaba la pierna rota hasta una altura sumamente incómoda y luego le propinaba dos golpes secos en la escayola.

—Esperemos que no te desprendas de toda esa asombrosa suerte que tienes, joven Broekhart. Podrías necesitarla más adelante.

Bonvilain le guiñó un ojo y se marchó. La cortina se quedó ondeando a sus espaldas como un fantasma.

«Puede que fuera un sueño, después de todo. Una pesadilla, nada más».

Pero aún notaba en la pierna el dolor que Bonvilain le había provocado al levantarla. Conor Broekhart apenas pudo conciliar el sueño durante el resto de la noche.

***

De los mil quinientos millones de personas que poblaban la Tierra, tal vez había unas quinientas que pudieran ayudar a Conor a alcanzar su potencial como piloto aéreo. Una de ellas era el rey Nicholas Trudeau y otra, Victor Vigny. El hecho de que los tres hubieran coincidido en aquella época de grandes inventos rozaba lo milagroso.

La historia de la aviación está plagada de parecidos agrupamientos casuales. William Samuel Henson y John Stringfellow; Joseph Louis Gay-Lussac y Jean Baptiste Biot; y, cómo no, Charles Green y el astrónomo Spencer Rush. Los hermanos Wright no pueden incluirse en esta categoría ya que, al compartir la misma alcoba, resultaba prácticamente inevitable que se conocieran.

Conor estaba al tanto desde mucho tiempo atrás del interés del rey Nicholas por los globos de aire caliente; al fin y al cabo, habían sido su sustento durante largos años. Conor e Isabella habían pasado numerosas noches en los aposentos privados de Nicholas, junto al fuego, escuchando embelesados las increíbles historias de sus aventuras en el aire. Victor Vigny era una figura habitual en semejantes relatos. Por lo

general, era descrito como pequeño de estatura, cerrado de acento y tímido; además, siempre precisaba que el rey Nicholas acudiera en su rescate.

El Victor Vigny que Conor conoció en su primer día de instrucción no coincidía en absoluto con la definición del monarca. Ni menudo ni tímido, era precisamente Vigny quien había rescatado al rey según se comentaba en el castillo.

El día después de su salida de la enfermería, Conor entró a la pata coja en las habitaciones de Victor, situadas en la segunda planta del edificio principal. Este apartamento siempre se había reservado para los miembros de la realeza que visitaban las islas, pero el parisino parecía haberse instalado de manera permanente. Las paredes estaban cubiertas de cartas de navegación, y del techo colgaban maquetas de cuerpos celestes. Un esqueleto emplazado en un rincón lucía un gorro con plumas chamuscado y con sus huesudas manos agarraba una cimitarra. Había otras armas blancas en un estante, ordenadas de más ligeras a más pesadas: floretes, sables y espadas.

El francés se encontraba en el balcón, desnudo de cintura para arriba, y ejecutaba una serie de ejercicios. Era un hombre alto y musculoso y, por la forma en la que se movía, daba la impresión de no ser apocado en lo más mínimo.

El niño se quedó observándole un rato antes de interrumpirle. Los movimientos de Vigny eran lentos y precisos, fluidos y controlados. Conor tuvo la sensación de que aquella disciplina era más difícil de lo que a simple vista parecía.

—Espiar no es de buena educación —le amonestó Victor sin volverse. Su acento no resultaba excesivamente marcado, pero sin duda era francés—. No serás un espía, ¿verdad?

—No estoy espiando —se defendió Conor—. Estoy aprendiendo.

Vigny se enderezó y acto seguido adoptó una nueva postura, con las rodillas dobladas y los brazos estirados hacia un lado.

—Excelente respuesta —aprobó el parisino con una amplia sonrisa—. Sal aquí afuera.

Conor se acercó cojeando hasta el balcón.

—Se llama taichi, y se practica en China desde el siglo XIV. Me lo enseñó un malabarista que conocí cuando me dedicaba a actuar en las ferias. Aquel hombre aseguraba que tenía ciento veinte años. Es una disciplina que ayuda a controlar el cuerpo y la mente. Será nuestra primera clase por las mañanas, a la que seguirá el kárate de Okinawa y, luego, la esgrima. Después de desayunar, empezaremos con los libros. Física y química, matemáticas, historia y literatura. Nos centraremos en lo relativo a la aeronáutica, que es mi pasión, jeune homme. Y apuesto que también la tuya, a juzgar por tus hazañas en el manejo de las cometas.

Kárate y aeronáutica. No parecían actividades adecuadas para una princesa.

—¿Nos acompañará Isabella?

—Sólo a partir de las once. Hasta esa hora estará ocupada con las lecciones de bordado, protocolo y heráldica, aunque de vez en cuando se unirá a nosotros para las sesiones de esgrima. En resumen, durante cuatro horas al día podemos aprender a combatir y a volar.

Conor esbozó una sonrisa. «Combatir y volar». El último profesor que había tenido empezaba la jornada con latín y poesía. El combate y el vuelo se le antojaban al niño mucho más divertidos.

—Y dime, ¿cómo está esa pierna? —preguntó Victor mientras se enfundaba una camisa.

—Rota —contestó Conor.

—¡Vaya! Además de aviador, bromista. Ya te veo soltando una ocurrencia detrás de otra mientras tu planeador se precipita hacia la ladera de una montaña.

«¿Planeador? —pensó Conor—. ¡Voy a tener un planeador! ¿Y qué ha dicho sobre una montaña?».

Victor dio un paso atrás, cruzó los brazos y examinó a su pupilo de arriba abajo.

—Tienes potencial —sentenció por fin—. Complexión delgada; ideal para un aviador. Casi nadie se da cuenta de que para dirigir un globo se requiere una cierta constitución atlética, capacidad de reacción, etcétera. Y me figuro que para pilotar una máquina voladora más pesada que el aire se necesitará mucho más.

El corazón de Conor le estallaba en el pecho.

«¿Una máquina voladora?».

—Además, eres inteligente, como quedó demostrado en el rescate de la torre. Más inteligente que ese rey vuestro, al que no se le ocurre nada mejor que llenar un laboratorio de explosivos. Llevaba años haciéndolo, ¿lo sabías? Sólo era cuestión de tiempo. En cuanto a tu personalidad, la princesa Isabella afirma que eres la persona más odiosa de cuantas habitan el castillo, lo que, viniendo de una mujer, resulta una alabanza de primer orden, sir Conor.

Conor dio un respingo. El tratamiento de sir le resultaba de lo más estrafalario; preferiría que nadie lo volviera a emplear. Aunque aquella mañana la cocinera le había entregado una manzana cubierta de caramelo sin ningún motivo en particular. Para colmo, le hizo una reverencia. ¡Una reverencia! Y eso que era la misma cocinera que le había azotado en el trasero con un rodillo manchado de harina hacía menos de dos semanas.

—Entonces, ¿estás preparado para aprender, muchacho?

Conor asintió.

—Sí, señor. Más que preparado, me muero de ganas.

—Bien —repuso Victor—. Excelente. A ver, acércate. Tengo varios ungüentos que ayudarán a que esa pierna se cure. Y ejercicios para los dedos del pie.

Todo aquello sonaba un tanto descabellado, pero no en mayor medida que una

máquina voladora más pesada que el aire y propulsada a motor. Era la edad de oro de los descubrimientos, y Conor estaba dispuesto a creerse cualquier cosa.

Victor cogió un bote de cerámica de un estante colocado en alto. La tapa consistía en un pedazo de lienzo encerado y atado con hilo de cáñamo. Al quitarla, emanó un olor que Conor jamás había conocido en lugar alguno.

—Un africano del Sahara, que realizaba una actuación con camellos, me enseñó a prepararlo —extrajo un pegote con dos dedos y extendió el ungüento por debajo de la rodilla de Conor, donde terminaba la escayola—. Hay que dejar que penetre por debajo del yeso. Huele al trasero de Belzebú, ya lo sé; pero cuando te quiten la escayola la pierna rota estará en mejores condiciones que la sana.

El ungüento le provocaba un cosquilleo en la piel. Resultaba caliente y frío al mismo tiempo.

—Si somos científicos, ¿por qué tenemos que luchar? —preguntó el niño, manteniendo su tono respetuoso.

Victor Vigny selló el bote mientras meditaba su respuesta.

—Conor Broekhart, doy por sentado que entre tú y yo aprenderemos a volar. Y cuando llegue ese día, cuando dejemos al descubierto nuestra máquina maravillosa, alguien vendrá a robárnosla. Ya me ha ocurrido otras veces. Construí un planeador con ramas de sauce y seda, una auténtica preciosidad. Al surcar el aire, cantaba una melodía. Llevaba a bordo un mono al que elevaba a más de treinta metros de altura. Durante seis semanas fui la máxima atracción de la feria; mi tienda se abarrotaba noche tras noche.

Conor veía el planeador con la imaginación. Un mono a bordo. Sensacional.

—¿Qué pasó?

—Entre los feriantes había un lanzador de cuchillos ruso. Una noche acudió a mi carromato con media docena de amigos. Quemaron el planeador hasta reducirlo a cenizas y me dieron una paliza para que me marchara. Verás, se sentían amenazados por el progreso. A la hora de elegir entre un mono volador y un lanzador de cuchillos, ¿quién elegiría al segundo?

—Tal vez la madre del lanzador.

Victor se pasó los dedos por su cabello negro para asegurarse de que estuviera lo bastante erecto.

—Puede ser, jeune homme. Tiene gracia, sí. Pero no te olvides de que a las mujeres les encantan los monos pequeños y simpáticos. Muchas madres pasarían por alto a sus propios hijos para quedarse boquiabiertas ante un simio volando por los aires. Bueno, el caso es que tienes que estar preparado para cuando lleguen los lanzadores de cuchillos.

Conor se acordó de la visita del mariscal Bonvilain.

«Esperemos que no te desprendas de toda esa asombrosa suerte que tienes, joven

Broekhart. Podrías necesitarla más adelante».

—¿Por dónde empezamos? —preguntó.

Victor cogió del soporte un arma blanca de hoja delgada.

—Empezaremos por el instrumento básico en el manejo de la espada —anunció, cortando el aire hasta que la hoja empezó a silbar—. El florete.

***

Y así comenzó el adiestramiento.

En días futuros y más aciagos, cuando solo y descorazonado Conor Broekhart meditaba sobre su vida, los años que había pasado junto a Victor Vigny destacaban siempre como los de mayor felicidad.

Estudiaron artes marciales, boxeo y el manejo de armas.

—El primer maestro de esgrima que nos dejó un método propiamente dicho fue Achule Marozzo —explicó Victor a su alumno—. A partir de ahora, su Opera nova será tu libro de cabecera. Léelo hasta que llegue a formar parte de ti. Cuando lo hayas destrozado a base de repasarlo, retrocederemos en el tiempo hasta Filippo Vadi.

Pasaron horas sobre las esteras de entrenamiento poniendo en práctica las teorías del maestro.

—Primero, tienes que aprender a blandir una espada. Imagina que es la batuta de un director de orquesta. Si la sujetas como es debido, no existe en el mundo un hombre carente de entrenamiento que pueda enfrentarse a ti.

Con armas terminadas en botón, Conor aprendió a atacar, esquivar, fintar, doblar y responder. Cada mañana perdía grandes cantidades de líquido por el sudor, que luego reponía con una jarra del té oriental de Victor, de sabor repulsivo.

Su primera arma fue un florete de hoja corta, pero a medida que las muñecas se le iban fortaleciendo pasó a emplear la espada, el sable y el estoque. Victor cortó con una sierra la escayola de Conor con un mes de antelación; a cambio, le obligó a llevar un vendaje mojado que teñía la piel —y las sábanas— de color amarillo.

—¿Más trucos de feria? —le había preguntado Conor.

—Nada de eso —respondió el francés—. Un amigo mío norteamericano hace maravillas con sus cataplasmas y sus remedios. De hecho, Nick lo ha mandado llamar. Te daré más información cuando haya terminado su trabajo —y no volvió a mencionar el asunto.

A Victor no le agradaban las armas cuyo peso superara el de un alfanje.

—Nada de espadas anchas, a menos que tengas la intención de lanzarte a una cruzada. Aunque así fuera, mira lo que les pasó a los cruzados: mientras levantaban sus pesadas espadas, Saladino les clavaba una cimitarra debajo del brazo.

El francés también introdujo a Conor en el arte del escapismo.

—Los científicos son enemigos de la tradición —declaró, arrojando sobre la mesa una caja con un surtido de grilletes—, y la tradición es la mayor de las prisiones.

Así que pasaron largas horas forzando cerraduras y mordiendo nudos. Conor descubrió que el taichi le resultaba sumamente útil cuando se encontraba amarrado a una silla mientras que una tentadora manzana le lanzaba destellos desde la mesa que tenía enfrente. Ahora era capaz de llegar a partes de su cuerpo que con anterioridad no habría podido localizar ni con un rascador de espalda y un espejo.

Victor creía firmemente en emplear al hombre idóneo para cada tarea.

—Tienes que hablar con tu padre sobre las armas de fuego —le dijo a Conor—. Nick me ha dicho que Declan Broekhart es el mejor tirador que ha conocido, y eso que pasamos un verano en Abilene con Bill el Salvaje Hickok, por lo que el elogio es considerable.

Declan estaba encantado de colaborar en la instrucción de su hijo y empezó a llevar a Conor a patrullar la muralla, así como a la galería de tiro, donde acudían con una bolsa de lona repleta de armas. El niño disparaba rifles Colt, Remington, Vetterli-Vitalis, Spencer, Winchester y una docena de modelos diferentes. Aprendía con rapidez, y era un tirador por naturaleza.

—Cuando cumplas catorce años, tendrás tu propio Sharps —le prometió su padre—. Para entonces, sabremos cuál te encaja mejor en el hombro. Si de mí dependiera, te regalaría un rifle por tu próximo cumpleaños; pero tu madre insiste en que a los diez años es demasiado pronto.

La única arma sobre la que Victor dio unas cuantas indicaciones a Conor fue su apreciado Colt Peacemaker, que el propio Bill el Salvaje le había regalado.

—Me invitó a acompañarle a Deadwood, pero no era la opción profesional más adecuada para un aeronauta. Los buscadores de oro tienden a derribar los globos de aire caliente. Además, soy demasiado elegante y apuesto para una ciudad minera.

Todo aquel entrenamiento físico estaba bien, pero lo que Conor anhelaba en realidad era el desafío mental. Victor le había prometido que construirían una máquina voladora, y el francés siempre cumplía con su palabra. La habilidad para defenderse era una necesidad, pero la carrera aeronáutica era una obsesión.

—En efecto, es una carrera, jeune homme —le dijo a Conor cierta mañana mientras extendían una pieza de seda sobre un marco de madera de balsa. La madera había llegado a las islas con un cargamento especial traído desde Perú—. Muchos de los grandes inventores y aventureros del mundo han concentrado su atención en este asunto. El hombre llegará a volar; resulta inevitable. Hace más de veinte años, el triplano de Cayley llevó a bordo un pasajero. Wenham y Browning han construido un túnel de viento para estudiar la resistencia aerodinámica. Alphonse Pénaud estaba tan convencido de sus diseños que elaboró proyectos para un tren de aterrizaje retráctil. ¡Retráctil, Conor! La carrera continúa, no lo olvides, y tenemos que ser los primeros

en llegar a la meta. Por fortuna, el rey apoya nuestros esfuerzos, de modo que no nos faltarán recursos. Nicholas es consciente de lo mucho que la aviación proporcionaría a las Saltee. Ya no estarían apartadas del resto del mundo. Los diamantes podrían transportarse sin la amenaza de los bandidos. Sería posible traer medicinas desde Europa en aeroplano. Por los aires, Conor, párate a pensarlo.

Y Conor se paraba a pensarlo. De hecho, no pensaba en otra cosa. Cualquier rato libre con el que se encontraba quedaba ocupado con sus bocetos o sus maquetas. Los juegos de piratas y los insectos comestibles se le borraron de la mente por completo.

A veces, su padre se desesperaba.

—¿No te gustaría tener un amigo? No sé, jugar en el barro, mancharte, cosas así…

Pero la madre de Conor estaba encantada por el hecho de que hubiera heredado de ella el amor por la ciencia.

—Nuestro hijo es un científico, Declan —decía mientras ayudaba al niño a forrar un ala o a tallar una hélice—. La carrera aeronáutica no se gana jugando en el barro.

Conor fabricó una pantalla de lámpara para su habitación. Estaba elaborada con papel y laboriosamente decorada con dibujos del planeador alado de Da Vinci, el globo de los hermanos Montgolfier y el croquis del motor a vapor de Kaufman. De noche, el calor de la bombilla hacía girar la pantalla y Conor, tumbado en la cama, observaba cómo aquellas máquinas fabulosas se proyectaban en el techo de su dormitorio.

«Algún día —pensaba adormecido—. Algún día será».

Isabella

Conor había cumplido catorce años cuando maestro y alumno estuvieron convencidos de tener al alcance de la mano la clave del vuelo tripulado. Habían fabricado un centenar de maquetas y varios planeadores de tamaño natural, todos los cuales se estrellaron y se partieron en pedazos y acabaron arrojados a la hoguera. Los fracasados intentos no sólo avivaban las llamas, sino también las conversaciones en las tabernas. Existía la opinión generalizada de que el francés era un lunático y, por lo que parecía, el chico de los Broekhart iba por el mismo camino. Aun así, al caer la tarde, resultaba entretenido observar a un hombre adulto que saltaba desde lo alto de un muro al tiempo que agitaba sus alas de papel. Además, el rey Nicholas corría con los gastos. Hacía traer motores experimentales desde Alemania y maderas especiales de América del Sur.

«Madera mágica —se mofaban los chistosos en las cantinas—. Cubierta de polvo de estrellas».

No es que los vecinos de las islas protestaran en exceso por la manera en la que el Buen Rey Nick gastaba sus diamantes. Aunque desperdiciara algún que otro puñado en un estrafalario aviador francés, la vida en las Saltee era mejor de lo que había sido durante generaciones. Existía empleo para cuantos lo deseaban, y también la posibilidad de ampliar los estudios: se concedían becas para Londres y Dublín a los jóvenes inteligentes que no querían ganarse la vida trabajando. La enfermería se hallaba bien surtida de instrumentos para manipular los órganos internos de los enfermos. «Si gritas, es que estás vivo», rezaba el refrán. El nuevo sistema de alcantarillado trasladaba los residuos hasta el mar, lo que implicaba un descenso en la tasa de enfermedades; las ratas se convirtieron en cosa del pasado, al menos en Great Saltee, la mayor de las dos islas; y los caballeros de la Sagrada Cruz, liderados por Bonvilain, estaban controlados en mayor medida: se acabaron las palizas injustificadas y los encarcelamientos sin juicio previo a los que el mariscal era tan aficionado. También se proporcionaban subvenciones para modernizar las viviendas y se trazaban planes para establecer una línea telefónica entre Great Saltee y Little Saltee, e incluso entre ambas con Irlanda. De modo que nadie se disgustaba demasiado por el hecho de que el rey se dejara llevar por aquella absurda fiebre científica. Era evidente que el francés jamás conseguiría remontar el vuelo; por mucho que se vistiera de pájaro, un hombre siempre es un hombre.

Los mayores problemas a los que Victor y Conor se enfrentaban eran el peso y la envergadura. ¿Cómo puede un objeto flotar en lo alto cuando pesa más que el aire? Pues consiguiendo que el aire agite las alas a la velocidad suficiente para generar propulsión, que a su vez anula la fuerza de gravedad. Y para generar propulsión se requieren alas grandes, que pesan. Si se emplean alas pequeñas, tienen que ser

impulsadas por un motor, que también pesa. Cada posible solución planteaba una docena de problemas.

A pesar de más de tres años de fracasos, Victor consideraba que el método que seguían era el adecuado.

—Antes de volar con motor, debemos aprender a ejercer el control. El primer paso es la aviación por planeo. Seguiremos el ejemplo de Lilienthal.

El aviador alemán Otto Lilienthal había conseguido desplazarse por el aire con su planeador, el Derwitzer, por espacio de veinticinco metros. Era el héroe más reciente de Victor y Conor.

La Brosse jamás perdía la esperanza durante más de cinco minutos. Y estos cinco minutos, por lo general, los pasaba pataleando el último prototipo fallido. A continuación, regresaba al aula de estudio para trazar nuevos planes.

Por fin, Conor construyó un modelo que contó con la aprobación de su maestro. El alumno contuvo el aliento mientras el profesor examinaba el trabajo.

—Sabes que esto no puede volar.

—Claro —respondió el muchacho—. El piloto es una parte esencial de la nave; sus movimientos la guían. Cuando empuja el timón horizontal a la izquierda, la nave se inclina a la derecha.

—Por lo tanto, no podemos probar tu arquetipo.

—No. A menos que conozcas un mono extraordinariamente inteligente.

Victor sonrió.

—Creo recordar que estuvimos hablando de monos voladores hace algún tiempo. En cualquier caso, los monos son seres lo bastante inteligentes como para quedarse en tierra firme, donde les corresponde.

—Entonces, ¿qué somos nosotros? —preguntó Conor.

Victor recogió la maqueta y se puso a agitarla por el aire, percibiendo el anhelo de la nave por echar a volar.

—Somos visionarios, jeunne homme. Un mono levanta los ojos, ve una fruta madura y ya no mira más. Un visionario mira hacia arriba y ve la luna.

Conor esbozó una sonrisa traviesa.

—Que se parece a una fruta gigante.

—¡Pero bueno! —repuso Victor—. ¿Te atreves a burlarte de mí, tu maestro? Tendrás que pagar por semejante insolencia.

El francés lanzó la maqueta sobre un almohadón y salió disparado en dirección al soporte donde se exponían las espadas. Conor llegó antes que él y sacó su florete favorito, también el preferido de Victor.

—Ah, tarjeta negra, monsieur —dijo Victor, seleccionando para sí un arma algo más corta—. La sanción que mereces por arrebatar la espada al contrario. Veamos cuánto tardas en soltarla.

Conor caminó hacia atrás hasta llegar a la estera, sin apartar los ojos de su maestro.

—¡En garde! —gritó Victor, e inició el ataque.

En los primeros años, cuando la esgrima era una novedad para Conor, el francés le iba dando instrucciones a medida que practicaban.

«Ataque, parada, respuesta. Juego de piernas. Mueve esas piernas, isleño de pies de plomo. Ahí va otro ataque; vamos, esquívalo. Los pies, Conor; los pies».

Ya no había instrucciones. Ahora, al francés le costaba mantenerse en el combate. Se acabaron los golpes contenidos y los toques caritativos con el lateral de la hoja. Era la guerra.

Batiéndose, recorrieron la totalidad de la estancia y luego se desplazaron hasta el balcón.

«Es un auténtico demonio —pensó Victor—. Ni una gota de sudor en la frente. Con sólo catorce años, ya me saca ventaja. Pero a este perro viejo aún le quedan varios trucos».

—Es el mejor prototipo que has construido hasta ahora —jadeó Victor.

«Respuesta y contrarrespuesta».

Conor no contestó. Nunca hay que perder la concentración. Si un oponente se burla de tu madre, apártalo de un golpe como harías al recibir una estocada mal dirigida. Los insultos sólo te harán sufrir si permites que te afecten.

—Deberías ponerle un nombre —comentó el francés.

«Parada con la punta, deslizamiento hacia atrás y respuesta».

El golpe de Victor lanzó un bonsái al vacío desde el balcón; abajo, un burro soltó un indignado rebuzno.

«Está desesperado —pensó Conor—. Lo tengo. Por fin».

Con el pie derecho se impulsó de un salto y trató de realizar un ataque de flecha, que el francés apenas logró esquivar.

Victor cayó hacia atrás sobre el pie izquierdo, si bien mantuvo centrada la punta de su hoja.

—Deberías llamar Isabella a tu maqueta.

El nombre distrajo a Conor tan sólo un segundo, pero bastó para que Victor consiguiera romper la defensa de su adversario. A toda velocidad, el maestro se agachó, impulsó su espada hacia arriba y efectuó una sencilla pasada por debajo. Si la hoja no hubiera estado terminada en botón, habría atravesado el corazón de Conor desde la parte baja de las costillas.

—Touché —dijo Victor, aliviado, y descansó unos instantes sobre una rodilla.

Entre gruñidos, se puso en pie y regresó al frescor de su alcoba.

Conor le siguió sin entusiasmo, y luego introdujo el florete en la correspondiente funda de cuero del estante.

—¿Por qué has dicho eso? —preguntó con voz tranquila.

Victor se encogió de hombros.

—¿Acaso importa? Bajaste la guardia. Nuestro amigo, el mono volador, te podría haber derrotado.

Conor no le vio la gracia a la broma. Más al contrario, le molestó.

—Ha sido una jugada sucia.

—Sigo con vida, así que la jugada no ha sido tan mala. En cuanto a ti, has dejado que te atraviese el corazón.

Conor recogió la maqueta del almohadón donde descansaba y empezó a arrancar trozos de hilo de la cola.

—Bah, no te enfades, te lo ruego —suplicó Victor con grandes dosis de melodrama—. No pasa nada por enamorarse de una infanta real; perder la cabeza por una princesa es el deber de todo joven. Y tú tienes la suerte de contar con una a mano.

—Enamorarme… de una princesa —balbuceó Conor—. ¿A qué te refieres? No entiendo…

Victor se sirvió un vaso de agua.

—Una representación muy lograda, jeune homme. Pero no te lo tomes a mal; acostumbro a reducir a los demás a tartamudeos ininteligibles. Se trata de un don de origen galo. Los italianos también lo tienen, por cierto.

Su alumno se encontraba tan desconcertado que, al final, el francés mostró una cierta compasión.

—Lo lamento, Conor, jeune homme. Sabía que Isabella te gustaba, pero desconocía hasta qué punto. Es la flecha de Cupido, ¿no es verdad?

Conor se limitó a asentir con un leve gesto de cabeza, un movimiento de barbilla casi imperceptible. Estaba sentado en el diván, enderezando el timón de su arquetipo mientras soplaba con delicadeza sobre las alas.

Victor tomó asiento a su lado.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara, como si estuvieras a punto de morir en la horca? Amas a una princesa y ella no te desprecia abiertamente. Alégrate, jeune homme. Vive la vida. El amor de juventud es algo común, si bien no por ello carece de valor.

Conor estaba deseando comentar el asunto. Se trataba de un sentimiento que albergaba desde hacía tiempo. De no haber sido por los planeadores, se habría vuelto loco de tanto darle vueltas.

Victor entendió el estado de ánimo de su pupilo y guardó silencio. No por primera vez, se percató de que, en cuanto al aspecto físico, Conor más parecía un hombre que un muchacho. Era alto para su edad, y fuerte. Por lo general mostraba un semblante serio y, gracias a la práctica de la esgrima, su coordinación era excelente. La mezcla de estas características le daba la apariencia de un joven de más edad. Sin embargo,

en el ámbito emocional, era un adolescente en toda regla; un pozo de sentimientos a punto de desbordarse.

—Isabella es mi amiga desde siempre —empezó a decir Conor con lentitud—. Sólo tengo tres amigos de mi edad, y ella fue la primera. Mi madre dice que la conocí antes de cumplir una semana.

—Pues sí que eras joven, vraiment —repuso Victor—. Recuerdo bien el momento en que naciste. Tuvimos suerte de salir con vida.

—¿Has visto la foto en el periódico francés? Parezco un viejo que ha perdido la dentadura.

—Odio ser mensajero de malas noticias, jeune homme, pero tu aspecto no ha mejorado gran cosa.

La broma tranquilizó a Conor, quien prosiguió dando rienda suelta a unos pensamientos que nunca antes había mencionado.

—No sé si es hermosa o no; me figuro que sí. Me gusta su cara, de eso estoy seguro. A veces no me hace falta verla; con escucharla a mis espaldas me basta para olvidar cualquier otra cosa que tenga en la mente. Por todos los santos, Victor. Ya no tengo doce años, sino catorce. No soporto parlotear sobre tonterías así.

—No te precipites —aconsejó Victor—. Siempre viene bien un poco de parloteo.

—Sucedió en su último cumpleaños. En fin, le entregué un regalo, como de costumbre. Cuando lo desenvolvió, me di cuenta de su desilusión. Ella esperaba algo diferente.

—¿Qué le regalaste? Ya no me acuerdo.

—Un planeador con muelles. ¿Te acuerdas? El que tenía una única ala.

—Ah, claro. El sueño de toda princesa.

Conor se mostraba afligido.

—Ya lo sé. No le gustó nada. Seguro que lo arrojó directamente al canal de San Jorge. Me puse a reflexionar sobre el asunto. Y sobre Isabella. Me pregunté en qué podía haber fallado. Caí en la cuenta de que un planeador no es un regalo acertado para una chica, y ahora no consigo dejar de pensar en ella.

Victor se estiró hasta hacer crujir los hombros.

—Eres afortunado, jeune homme, al tenerme aquí contigo. Porque soy un experto en todas las áreas del conocimiento, incluidas las mujeres.

Conor no parecía convencido.

—Por eso será que sigues soltero pasados los cuarenta.

—Soy soltero por decisión propia —puntualizó el francés al tiempo que agitaba un dedo—. Hay muchas damas que, si pudieran, de buena gana amarrarían a Victor Vigny al poste de su puerta. Si me tomara una gota de champán por cada corazón que he destrozado, hace tiempo me habría acabado una doble magnum.

—Entonces, ¿puedes darme un buen consejo, sin mencionar ningún mono

volador?

—Muy bien, Conor Broekhart. Escucha y sorpréndete —Victor se inclinó hacia delante y colocó los codos sobre las rodillas, como si fuera a presentar un importante tratado académico—. Sospecho que la razón por la que Isabella se desilusionó con el planeador era que esperaba un regalo especial.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre? —preguntó Conor.

—Isabella esperaba algo especial por tu parte —prosiguió Victor, impertérrito—, porque te has convertido en un hombre y ella, en una mujer.

Conor no entendía muy bien lo que estaba escuchando.

—Es una cuestión biológica, Victor. Lo he estudiado.

—No me refiero a eso, imbecile. Ella se fijó en ti como hombre antes de que tú te fijaras en ella como mujer. Albergaba la esperanza de que hubieras cambiado para cuando llegara su cumpleaños; el planeador le dio a entender que no era así.

—Entonces, pensó…

—Isabella pensó que la seguías viendo como a una amiga de la infancia.

—Pero no es verdad; ya no.

—Ella no lo sabe. ¿Cómo iba a enterarse, por proyección mental?

Conor se sujetó la cabeza con las manos.

—Todo esto me resulta desconcertante. Las máquinas voladoras son mucho más sencillas.

—Bienvenido al resto de tu vida, jeune homme. Así son las cosas. Pero déjame concluir mi charla con una nota optimista. Si Isabella no hubiera deseado algo especial de ti, de ti en particular, no se habría desilusionado, ¿es que no lo entiendes?

La expresión de Conor denotaba una profunda confusión.

—Pues no. Está tan claro como el carbón.

—Yo mismo le regalé un libro la mar de aburrido, y se mostró encantada. Pero de ti deseaba algo más que un obsequio; quería una señal.

—Carbón y más carbón. Toneles de carbón.

Victor se dio una palmada en la frente.

—Este chico es un zoquete. Deseaba una señal de afecto por tu parte, porque ella siente afecto por ti.

Una sonrisa iluminó el semblante de Conor.

—¿Eso te parece?

—¡Dios santo! ¿Qué veo? Unos dientes de marfil, por primera vez en el día de hoy. ¡Qué venga el fotógrafo real!

La sonrisa se desvaneció como se extingue una llama con un apagavelas.

—Me parece que estás en lo cierto. Tiene sentido.

—Pues si tiene sentido, ¿por qué pones otra vez esa cara de desgraciado?

—Por la primera razón de todas. Se me había olvidado que el príncipe Christian

de Dinamarca ha solicitado tomar el té con Isabella. Es el primer paso para un noviazgo entre miembros de la realeza. Isabella ha accedido a recibirle hoy, esta misma tarde.

—Bah, no hay por qué preocuparse. Dudo que ese tal Christian pueda echar por tierra catorce años de amistad en una sola tarde.

—Sí, pero él es un príncipe.

—Y tú has sido condecorado con el título de sir. De todos modos, Nicholas es un rey muy moderno. Isabella se casará con el hombre, o el mono volador, del que se enamore.

—¿De verás lo crees así?

—Desde luego. Es como en los cuentos de hadas: el muchacho salva a la princesa y ambos se enamoran. Él inventa una máquina voladora, junto a su gallardo maestro, claro está. Se casan, y a su primogénito le ponen el nombre del gallardo maestro antes mencionado.

Conor frunció el ceño.

—No recuerdo haber oído ese cuento cuando era niño.

—Hazme caso, es un clásico. Deja que Isabella disfrute de su té. Dudo mucho que se anuncie un compromiso. La semana que viene empezaremos a preparar un plan de acción. Tal vez haya llegado el momento de abordar a Shakespeare.

Conor se propinó un puñetazo en la rodilla. Aquello empezaba a prosperar.

—¡Y una porra la semana que viene! Mejor empezamos ahora mismo. Puedo tener un soneto preparado para esta noche.

Victor se levantó y empezó a recorrer de un extremo a otro su despacho, que también hacía las veces de sala de estar y aula de estudio.

—Para empezar, cuida ese lenguaje. Tienes catorce años y estás en un palacio; además, en compañía de un genio. En segundo lugar, esta tarde estaré ocupado; se trata de un asunto importante. Tengo que visitar a un hombre. Y mañana por la mañana debo examinar una serie de artículos de importación en nuestro nuevo laboratorio.

Conor trasladó sus pensamientos de una obsesión a la otra.

—¿Artículos de importación? Te pasas casi todas las tardes en ese nuevo laboratorio. ¿Cuándo me dejarás conocerlo, Victor? Dímelo.

El francés levantó una mano en señal de advertencia.

«Espera —decía el gesto—. No sigas hablando».

Cerró las cristaleras que daban al balcón y luego comprobó que no había nadie escuchando detrás de la puerta.

—Déjame que te haga una pregunta —indicó a su intrigado pupilo—. ¿Por qué no le has hablado a tu padre de estos sentimientos hacia Isabella que albergas desde hace tiempo?

Conor frunció la frente.

—Si por mí fuera, lo habría hecho. Tenemos una buena relación, pero este pasado año le he notado preocupado. La Orden de la Sagrada Cruz adquiere cada vez más fuerza. Se han producido varios incidentes violentos contra ciudadanos y visitantes. Los caballeros incumplen abiertamente las órdenes del rey Nicholas. Mi padre teme por la seguridad de su rey.

—Tiene razón al preocuparse —confió Victor—. Los hombres de Bonvilain se van envalentonando con el transcurso de los días. En el pasado, el mariscal estuvo a punto de convertirse en primer ministro, y considera que aún cuenta con la posibilidad de acceder a ese distinguido cargo. El rey tiene intenciones de formar un Parlamento, pero en ningún caso presidido por los caballeros de la Sagrada Cruz. Se están tramando graves maquinaciones políticas por ambos bandos. Vivimos tiempos en los que la prudencia y el secreto son fundamentales.

—¿Tiene esto que ver con el hombre que vas a ver hoy? ¿O con el nuevo laboratorio?

—Sí, está relacionado con ambos. El hombre arriesga su vida para enviar información acerca del control que ejerce Bonvilain sobre las autoridades de la prisión.

—¿Y el laboratorio?

Victor se arrodilló delante de Conor y le agarró con fuerza por los hombros.

—Está casi preparado, Conor. Por fin. La reforma está terminada, aunque no se aprecie desde el exterior. Además, ha llegado el equipo necesario para construir nuestra máquina voladora.

El corazón de Conor se le desbocó en el pecho.

—¿Todo?

—Sí, todo lo que pedimos, y más aún. Nicholas dobló el pedido, y añadió cuanto se le pasó por la cabeza. Es una auténtica cueva de Aladino para dos aviadores como tú y yo: seis motores, cinco cajones de madera de balsa, rollos de seda y de algodón, cables, llantas neumáticas de caucho, muy caras, sí, pero merecen la pena; dos pares de preciosos anteojos de aviador y las últimas herramientas de precisión. Todo lo que necesitamos para montar un taller sin parangón en el mundo entero y, gracias a la generosa subvención por parte de Nicholas, contamos con una antigua torre de vigilancia costera a las afueras de Kilmore, donde construiremos nuestra máquina. Un lugar donde Bonvilain no estará espiando a nuestras espaldas. Tendremos nuestro propio túnel de viento, jeune homme. Piénsalo.

Las máquinas voladoras ya empezaban a remontar el vuelo en la mente de Conor.

—¿Cuándo me llevarás?

—Pronto —prometió Victor—. Muy pronto. Sólo dos personas en la isla saben de la existencia del equipo; tres, contándote a ti. Para otros, no es más que una colección

de artilugios absurdos de precio desorbitado; la compra de un idiota encerrada entre las paredes de una ruina.

—¿A qué viene tanto secreto?

—Aún no comprendes la magnitud de nuestra empresa. Cuando hayamos triunfado, las islas Saltee serán la joya de la sociedad civilizada y el rey Nicholas, el hombre que enseñó al mundo a volar. Su posición estará a salvo durante lo que le quede de vida. Hasta entonces, es un monarca chiflado que vacía las arcas de las Saltee en beneficio propio. Somos un arma con la que pueden atacarle. El envío del que te hablo es gigantesco; debe mantenerse en secreto hasta que estemos preparados. Mientras tanto, podemos fingir que nuestros desplazamientos son de carácter educativo.

Conor entendió las circunstancias, pero la emoción que le embargaba le empujaba a ser imprudente.

—Maldito Bonvilain, que pone freno al avance de la ciencia.

—No por mucho más tiempo —puntualizó Victor con tono tranquilizador—. De acuerdo, el próximo fin de semana te llevaré a escondidas en el ferry hasta la costa irlandesa. Tendrás la oportunidad de examinar nuestros motores con detenimiento.

—El próximo fin de semana. Perfecto.

—Podemos leer a Shakespeare durante la travesía.

Conor se le quedó mirando con expresión de asombro.

—¿Shakespeare? Yo… —entonces se acordó y se levantó de un salto—. Ah, sí. Isabella debe de estar tomando el té. Tengo que hablar con ella en cuanto se vaya el príncipe. ¿Qué hora es?

El francés hizo caso omiso del reloj colocado en la repisa de la chimenea y consultó el reloj de sol en el balcón.

—Diría que las cinco y cuarto, más o menos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Conor, incrédulo—. Con todas esas nubes, hoy no se ve el sol.

Victor pestañeó.

—Puede que otros hombres no lo vean, jeune homme. Pero yo… Yo soy un visionario.

***

La nueva información bullía en la cabeza de Conor mientras éste atravesaba la torre principal en dirección a los aposentos de los Broekhart. Era un día gris, y una luz opaca descendía sobre los muros de granito, tornándolos casi negros. Nada a su alrededor le distraía de sus pensamientos, sumidos en un mundo de inventos y de romance.

Victor tenía razón. Isabella se sentaba a diario junto a él en las clases de latín, francés, matemáticas y, ahora, estudiarían juntos a Shakespeare. Conor tendría su oportunidad. ¿Y qué mejor manera de impresionar a una chica que construyendo una máquina voladora para ella? Una aeronave de verdad, no de juguete. La llamaría Isabella, si Victor daba su aprobación. Un romántico incurable como La Brosse nunca se interpondría en el camino del amor adolescente.

Atravesó el patio interior, acelerado por la intensidad de sus meditaciones. Ignoraba a los vecinos y no se fijaba en los amigos; pero, en lugar de tomarle por grosero, todos ellos sonreían.

«Mira al joven Broekhart, siempre con la cabeza en las nubes. No es de extrañar. ¿Acaso no nació mientras volaba por los aires?».

Un cerdo se cruzó en su camino y Conor se chocó contra el mugriento costado del animal.

—Lo siento, princesa —soltó el muchacho, confundiendo la imaginación con la realidad.

El porquero se rascó la barbilla.

—¿A quién llamas «princesa»? ¿Al cerdo o a mí?

Conor se disculpó por partida doble; primero, con el animal y, de nuevo, con el dueño de éste. Luego, prosiguió su camino a toda prisa a través del patio, esta vez con los ojos bien abiertos.

—Chuleta, mi cerda, dice que estará libre el miércoles —gritó el porquero a espaldas de Conor, para gran regocijo de cuantos se encontraban al alcance del oído.

Conor, con las mejillas ardiendo, dobló la siguiente esquina, aunque no era la dirección que deseaba tomar; pero al menos se apartaba de la vista del porquero.

Se detuvo a descansar unos instantes apoyado en el muro, hasta que el rubor de tono escarlata acabó por desaparecer. Mientras tanto, hacía caso omiso del trasiego de soldados, funcionarios y comerciantes. Un par de caballeros de la orden de Bonvilain pasaron dando tumbos, borrachos como cubas, cogiendo todo cuanto se les antojaba de los puestos del mercado. No ofrecían pago a cambio, si bien tampoco se les requería.

A través de la ventana abierta de una cocina, Conor escuchó un acento cantarín que no le resultaba familiar.

—… es tan, tan guapo —decía la voz—. Gretchen, ya sabes, esa princesita alemana, la que tiene esas orejas y todas esas tierras. Ella mataría, sí, mataría por tomar el té con el príncipe Christian; pero él ha preferido a vuestra Isabella. Debería sentirse halagada. Si quieres mi opinión, hoy mismo dirá todo lo que tenga que decir. No volverá. A Christian no le gustan los barcos; esas olas tan grandes le marean.

«Christian hoy mismo dirá todo lo que tenga que decir». Conor estuvo a punto de dejarse arrastrar por el pánico en plena calle. El esfuerzo por mantener bajo control

tan intensas sensaciones debía de desfigurarle la frente de alguna manera, pensó.

«Tengo que hablar con Isabella, ahora». Iría a ver a la princesa. Le diría que el planeador de muelles había sido una torpeza por su parte. Cogería unas flores y las envolvería en un papel, en el que escribiría un poema.

«Patético. Me suena patético incluso a mí, y eso que la idea es mía. No soy poeta. Si le gusto a Isabella, no es por mi poesía».

Acudiría a ella y se comportaría tal como era. Le recordaría que él existía antes de que el príncipe Christian la conquistara con intención de llevársela a Dinamarca. Tal vez le contara un chiste. Uno de los de Victor.

«Pero ¿qué me está pasando?», se preguntó.

Conor siempre había considerado que la emoción más fuerte que jamás podría experimentar era la de los descubrimientos científicos, la de hacer algo que nadie en la historia del mundo hubiera hecho jamás. ¿Qué podía compararse con eso?

Pero a partir de cierto momento empezó a ver a Isabella con otros ojos. Notaba cómo la princesa iluminaba el aula de estudio con sus bromas, con su actitud. Incluso los constantes insultos y las amenazas de tortura resultaban, de alguna forma, entrañables. Conor cayó en la cuenta de que los ojos castaños de Isabella hacían desaparecer cualquier otra cosa que hubiera en la estancia, y recordó que siempre deseaba que las mañanas transcurrieran deprisa hasta que ella hacía su aparición.

«Tengo que verla. Ni siquiera mis máquinas voladoras me llevarán hasta Dinamarca».

***

Las habitaciones de la princesa se encontraban debajo de las del rey, en la reconstruida torre principal. En la muralla, por encima de la puerta de acceso a la torre, un centinela montaba guardia. Conor le conocía; era uno de los preferidos de su padre, a pesar de su actitud más bien relajada frente a la autoridad.

«Ese Bates nos llevará a mí y a él mismo a la tumba —solía protestar Declan—. No sé qué es más afilada, su puntería o su lengua». Conor le saludó.

—Bonita tarde, cabo Bates.

—No parece tan bonita cuando estás subido a una muralla y el viento marino se te cuela por la pernera del pantalón.

—Me lo imagino; sólo pretendía ser amable. En realidad, he venido a…

—A ver a Isabella, para variar. Otra vez con esa cara de idiota enamorado. Sube deprisa antes de que ese dinamarco te la robe y se la lleve en su caballo de juguete.

Si Conor hubiera escuchado con atención, la expresión «caballo de juguete» le habría hecho detenerse.

—Se dice danés; pero, dime, ¿crees que podría llevársela? ¿Te has enterado de

algo?

Bates se quedó mirando a Conor como si el muchacho hubiera perdido la cabeza; luego, muy lentamente, esbozó una sonrisa.

—Pues mira, creo que tiene posibilidades. Siendo como es, un chico robusto. Y se come todo lo que le ponen en el plato. Muy encomiable, sí. En tu lugar, yo subiría ahí arriba.

—¿Espero aquí hasta que me anuncies?

—No, nada de eso —respondió Bates—. Sube ahora mismo. Seguro que a la princesa le encantará verte.

—Muy bien, subiré. Gracias, cabo Bates.

Con ademán divertido, Bates hizo un saludo militar.

—No hay por qué darlas, joven Broekhart. Pero no me lo agradezcas ahora; eso sí, encárgate de que me envíen la invitación para la boda.

Conor se apresuró escalones arriba y cuando llegó a la planta de las habitaciones de la princesa le faltaba el aliento. La escalera daba a un vestíbulo abovedado, con cuatro relucientes globos eléctricos, un espectacular tapiz medieval y una fuente con querubines, cuyas dos bombas hidráulicas producían más ruido que el agua en sí. El vestíbulo estaba desierto, con la excepción de Conor, que se recostó en la pared para tranquilizarse mientras se lamentaba por estar manchado de sudor y de barro.

«Menudo día para chocarme con cerdos y subir escaleras corriendo».

Desde el otro lado de la puerta llegaban efusivas carcajadas. Conor conocía bien esa risa. Isabella la reservaba para ocasiones especiales: cumpleaños, bautizos o el primero de mayo. Siempre para momentos agradables.

«Tengo que entrar ahí a toda costa, y al diablo con las consecuencias».

Conor se enderezó, se dio un lametazo en la mano para aplastarse el cabello e irrumpió en los aposentos privados de la princesa.

Isabella se encontraba arrodillada junto a la pequeña mesa dorada de su sala de visitas, con las manos empapadas de rojo.

—¡Isabella! —gritó Conor—. Estás sangrando.

—No es más que pintura —aclaró la princesa con voz calmada—. Conor, ¿qué haces aquí?

Junto a la mesa también había un niño vestido de punta en blanco.

—Este hombre tan raro huele a caca —dijo el pequeño, señalando con un dedo del que goteaba pintura verde.

Conor, de pronto, se sintió morir.

«Oh, Dios mío. ¡Un niño! Le gusta pintar. Se come todo lo que le ponen en el plato».

La expresión de Isabella era severa.

—Sí, hombre raro; dile al príncipe Christian de dónde viene el olor a caca.

—Entonces, éste es el príncipe Christian.

—Pues sí, está pintando para mí una obra maestra, sólo con los dedos.

—Y también con pintura —señaló el pequeño príncipe.

Isabella asintió.

—Gracias, Christian; eres muy listo. Y ahora, Conor, explica lo de ese olor tan extraño.

—Un cerdo cruzó el patio —relató Conor con voz débil—. Más exactamente, una cerda; se llamaba Chuleta, me parece. Nos chocamos.

Christian batió las palmas con regocijo, poniéndose perdido de pintura.

—El hombre raro no tiene dinero para un caballo, por eso monta en un cerdo.

Conor no respondió a la burla; se la merecía, pensó.

«Debo de parecer un imbécil —reflexionó—. Un imbécil que, después de la esgrima, practica la lucha libre con gorrinos».

Isabella se aclaró la garganta.

—Ejem, sir Conor. En el minuto de vida que le queda antes de que ordene ejecutarle, ¿me puede aclarar a qué ha venido?

Ahora que se encontraba allí, Conor no sabía a ciencia cierta qué decir; pero sí estaba convencido de que sus palabras tenían que ser sinceras. Significativas.

—En primer lugar, Alteza, pido disculpas por la intromisión. Isabella, había… hay algo que necesito decirte…

Isabella nunca había escuchado hablar a Conor con ese tono; ni una sola vez en catorce años.

—Sí, dime —le animó ella. El brillo travieso le había desaparecido de los ojos.

—Respecto a tu cumpleaños…

—Aún queda tiempo para mi cumpleaños.

—No me refiero al que viene, sino al anterior.

—¿Qué pasa con mi anterior cumpleaños?

Entonces, se produjo una pausa. Incluso afuera, en el patio, reinaba el silencio, como si el mundo entero aguardara la respuesta de Conor.

—Ese planeador con muelles…

—No querrás que te lo devuelva, ¿verdad? Es que la ventana estaba abierta y yo…

—No, claro que no lo quiero. Verás, se me ha ocurrido que debía decirte que no fue un regalo adecuado. Confío en que esperaras de mí algo diferente, algo especial.

—Un planeador con muelles es algo muy, pero que muy especial —terció con voz respetuosa el príncipe Christian—. ¿Es que la princesa no lo quiere?

Isabella, aparentemente aturdida, sostuvo la mirada de Conor unos segundos. Luego, parpadeó dos veces.

—Muy bien, príncipe Christian. La merienda ha terminado. Espero que hayas

disfrutado del té con pasteles y de la limonada.

El príncipe Christian no mostraba deseos de marcharse.

—Sí, la limonada estuvo bien. ¿Puedo probar el vodka?

—No, Christian —respondió Isabella con voz divertida—. Sólo tienes siete años.

—¿Un coñac, entonces?

—De ninguna manera.

—Pero es que en mi país es una costumbre.

—¿Ah, sí? En ese caso, se lo preguntaremos a tu institutriz.

Isabella tiró de un cordón situado junto a la pared e instantes después una niñera danesa entró en la habitación deslizándose como un carruaje sobre raíles. La mujer se mostraba seria, y daba la impresión de que no sonreía muy a menudo.

Tras lanzar una mirada al príncipe Christian, se arremangó.

—Ahora, a lavar al pequeño príncipe —anunció, agarrando a Christian por el brazo.

—¡Sueltame, criada! —Vocifero en vano—. Soy tu amo.

La institutriz frunció el entrecejo.

—Ya esta bien de hablar de amos y criadas, Christian. Sé un príncipe bueno y tu niñera te preparará wienerbrod para la cena.

Apaciguado de inmediato, el principito se dejó guiar en dirección a la salida, dejando tras de sí un reguero de pintura.

Isabella, sin mediar palabra, se ausentó y entró en su aseo privado. Conor escuchó el sonido del agua al escanciarse.

«Se está lavando la pintura —pensó—. ¿Debo quedarme? ¿Marcharme, tal vez? ¿Cuándo salió de la habitación, me estaba despidiendo?».

De pronto, las cosas habían cambiado. Siempre hablan actuado como iguales, y ahora Conor se preocupaba por cada reacción de Isabella, por cada paso que ella daba.

«Tengo que irme. Hablaremos más tarde».

«No. Me quedo. Definitivamente me quedo. Victor no saldría huyendo. Si me marcho ahora, mañana la confusión seguirá sin aclarar».

—¿Con quién hablas, Conor?

Estaba a punto de afirmar que no estaba hablando cuando cayó en la cuenta de que sus labios se movían.

—Eh, solo pensaba en alto. Cuando estoy nervioso, a veces…

Isabella esbozó una sonrisa amable

—La verdad es que eres un poco Papanatas, verdad, sir Conor?

Conor se relajó. La princesa le estaba tomando el pelo. Ahora se movían en terreno conocido

—Lo lamento, princesa. ¿Me Condenaréis al garrote?

—Prefiero la horca, como bien sabes

Conor respiró hondo y, entonces, se sinceró. Lo hizo con rapidez, como quien se lanza al océano, para librarse de la tensión de una vez por todas.

—He venido porque me dijiste que esta merienda era el comienzo de un noviazgo real.

Isabella tuvo la delicadeza de sonrojarse.

—Puede que lo haya mencionado. Era una broma, claro.

—Acabo de darme cuenta; demasiado tarde para ahorrarme el bochorno.

—El padre de Christian tiene que atender unos asuntos en las islas. Me limito a cumplir con mis obligaciones como miembro de la familia real. Nada de noviazgos.

—Nada.

Conor dejó caer los hombros. Al menos, ya no se sentía como un participante en una especie de competición.

—¿De modo que acopiaste valor y subiste hasta aquí a paso de marcha para declarar tu amor?

—Bueno, yo…

«Tranquilo. No te dejes llevar por el pánico».

—Algo parecido.

Isabella se acercó al balcón y se apoyó en la barandilla tallada. La larga melena oscura le caía en cascada y sus dedos blancos descansaban sobre la piedra. Más allá, las luces de la muralla se iban encendiendo como un regimiento de disciplinadas luciérnagas.

«Debería hablar ahora, mientras está de espaldas. Me resultará más fácil si no le veo los ojos».

—Isabella… las cosas… las cosas están cambiando para nosotros… entre nosotros. Y eso es bueno. Como debería ser. Natural. Es natural que las cosas cambien —Conor gruñó para sus adentros; no le estaba saliendo muy bien.

«Di lo que quieres decir».

—Lo que quiero decir es que los días en los que escalábamos chimeneas se habrán terminado, pero quizá haya cosas nuevas que hacer. Que compartir. Sin la compañía del príncipe danés.

Isabella se volvió para mirarle, y su sonrisa burlona no parecía tan firme como de costumbre.

—Conor, eres un científico de la cabeza a los pies. ¿Es que no hay una manera más breve, más concisa, de decir todo eso?

Conor frunció el ceño.

—Puede que sí; tendría que hacer unos cuantos experimentos. Soy nuevo en esto, y me noto un poco torpe.

Isabella, con gesto exagerado, sirvió un vaso de limonada de una jarra.

—A mí me pasa lo mismo, Conor. A veces tengo la impresión de que hemos creado aquí nuestro propio mundo, y no deseo marcharme. Todo es perfecto. Por ahora, es perfecto.

Conor esbozó una sonrisa vacilante y volvió a ser el mismo de siempre.

—Entonces, no me van a ejecutar.

—Hoy no, sir Conor —dijo ella al tiempo que le entregaba el vaso—. Al fin y al cabo, rescataste a la princesa en la torre. Sólo hay un final para ese cuento de hadas.

Conor se atragantó con un sorbo y roció de limonada sus pantalones manchados de estiércol de cerdo.

—Interesante combinación de olores —comentó Isabella.

—Discúlpame, princesa —dijo Conor—. Es que me ha sorprendido tu amable recepción. A estas alturas, me imaginaba amordazado por guardias daneses.

Isabella le clavó sus pupilas castañas.

—Conor, podría recorrer el mundo en busca de otro científico espadachín, pero dudo que encontrara ninguno como tú —la princesa se percató de que había sido demasiado explícita y se sintió impulsada a añadir—: Aunque seas un zoquete de piernas larguiruchas y cerebro desmesurado.

Conor aceptó la primera mitad del cumplido con una sonrisa y, la segunda, con una mueca.

—Yo siento lo mismo que tú —dijo—. Quitando la parte del científico y el zoquete larguirucho. Ya sabes lo que trato de decir.

—Claro, sir Conor —repuso Isabella, bromeando de nuevo con el título de sir—. Ya lo sé.

Traición y complot

Conor no regresó a casa tras su encuentro con Isabella; estaba demasiado emocionado. Notaba como si el peso del corazón se le hubiera reducido a la mitad. De alguna manera, en contra de las leyes científicas, el simple hecho de haberse sincerado con la princesa le hacía sentirse más ligero. Así, aunque ya era tarde, Conor decidió conservar esa sensación pasando una hora a solas en su escondite favorito, al que no acudía desde hacía meses.

En más ocasiones de las que podía recordar, sus padres le habían prohibido subir a la garita de la torre del homenaje. Por lo general, Conor respetaba sus deseos; pero para todo joven existe una transgresión secreta a la que no puede renunciar. En el caso de Conor consistía en encaramarse en las alturas, sobre el alero que discurría por debajo de la garita. Era el lugar en el que se encontraba más identificado con su propia naturaleza, donde advertía que, efectivamente, un muchacho y su maestro podían alcanzar la victoria en la carrera aeronáutica.

Pero aquel anochecer no pensaba en máquinas voladoras más pesadas que el aire mientras salía al exterior por una estrecha buhedera medieval y trepaba por la hiedra hasta los caballetes de madera que se habían instalado tras el incendio que asolara los aposentos privados del rey Nicholas. Aquella noche pensaba en Isabella. Nada en particular le ocupaba la mente; sólo tenía pensamientos agradables, cordiales. En cuanto apoyó la espalda sobre la familiar mampostería de la torre, una conocida sensación de paz descendió sobre él. Se sorprendió al descubrir lo estrecho que ahora resultaba el escondite; pronto se le quedaría pequeño y tendría que encontrar otro lugar elevado donde acariciar sus sueños de remontar el vuelo.

Permaneció sentado, contemplando cómo el sol se ponía sobre el océano y compartiendo el panorama con una docena de gaviotas que esperaban en vano a que alguien abandonara un barril lleno de pescado en la parte interior del muro cortina. Al otro lado de la bahía, en los alrededores de Kilmore, divisaba una hoguera de grandes proporciones, y el faro de Hook Head ya arrojaba su cono de luz sobre el canal de San Jorge. Era una hermosa noche de comienzos de verano y la estrecha franja de agua que separaba las dos islas brillaba trémulamente bajo la luna como si ambas orillas estuvieran unidas por un puente.

Abajo, a sus pies, una tropa de guardias hacía instrucción. Y sobre la muralla de Great Saltee, Conor divisó a su padre, que caminaba a grandes zancadas entre los puestos de vigilancia mientras su capa de oscuro paño aleteaba a sus espaldas.

No se sintió tentado a llamarle. Mejor sería retrasar lo más posible el castigo con el que tendría que pagar por su desobediencia.

«Podría recorrer el mundo en busca de otro científico espadachín, pero dudo que encontrara ninguno como tú».

Conor esbozó una sonrisa al recordar las palabras de Isabella.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por un taconeo sobre la piedra del interior de la torre; alguien subía las escaleras. En las ocasiones que Conor había escalado hasta su elevado escondite, las únicas pisadas que había escuchado en esos peldaños eran las de su padre, que acudía a buscarle. Declan Broekhart se encontraba quince metros más abajo, sobre la muralla, de modo que no podía tratarse de él.

Conor se giró levemente sobre el estrecho alero y, agarrándose a la enredadera, miró a hurtadillas a través del cristal emplomado de la buhedera. Al inclinarse y abandonar el abrigo de su guarida, el viento le alborotó el cabello y, de golpe, le vino a la memoria cómo, de niño, solía adoptar aquella posición.

«Fingía que volaba. Me acuerdo».

Conor sonrió al recordarlo.

«Muy pronto, ya no hará falta fingir. Victor y yo diseñaremos nuestra máquina y pasaré volando junto a la ventana de Isabella».

Una figura se movió en el interior de la garita. Conor vio en primer lugar una sombra que fluctuaba por el movimiento de una lámpara; luego, percibió la oscura silueta del farol, que alguien mantenía a baja altura para iluminar los escalones. Fragmentos de luz parpadeaban sobre los pliegues de la ropa del recién llegado, y también sobre su rostro. Bajo el resplandor, una forma de color rojo cobró vida: era una cruz. Luego, una frente pronunciada sobre ojos relucientes. Bonvilain.

Conor se mantuvo inmóvil como una gárgola. La capacidad de percepción del mariscal era casi sobrehumana. Podía distinguir la cabeza de una foca en medio del mar tormentoso. Bonvilain contaría con sobradas razones para censurar el hecho de que Conor anduviese rondando a tan corta distancia de la residencia del rey, y estaría justificado que le matase de un tiro, por traidor.

«Me quedaré sentado sin moverme, sin respirar, hasta que el mariscal se haya ido. Luego, me marcharé a casa corriendo».

La visión de las marcadas facciones de Bonvilain envueltas en las sombras había dado al traste con la alegría de la jornada. Y ahí habrían terminado las aventuras del día si otro objeto diferente no hubiera lanzado un destello bajo la luz de la lámpara. Se trataba de algo que Conor conocía bien. Bonvilain agarraba entre sus dedos un revólver de cañón largo con empuñadura de nácar.

Sin lugar a dudas, era el Cok Peacemaker de Victor. Qué extraño. ¿Qué haría el mariscal Bonvilain recorriendo los pasillos de servicio del castillo con el arma de Victor?

«Estás confundido. No puede ser el arma de Victor».

Pero lo era. La aguda vista de Conor había reparado en los detalles suficientes para asegurar que no estaba confundido. Había examinado el revólver infinidad de veces, empañando con su aliento la vitrina de cristal.

«Debe de haber alguna explicación. Desconocer el motivo no implica que éste no exista».

El razonamiento resultaba lógico y sensato; pero Conor era joven, además de científico, combinación que da como resultado la especie con la mayor curiosidad del género humano. No podía desentenderse de la situación, de la misma forma que un convicto es incapaz de pasar por alto una puerta abierta. Si Bonvilain estaba en posesión del arma de Victor, éste lo sabría, y conocería el porqué. Desde tiempo atrás, el francés venía sospechando que el mariscal no era de fiar, y ahí podía estar la prueba.

Conor aguardó unos momentos hasta que el último rastro de luz del farol hubo pasado y la espalda de Bonvilain se hubo sumido en las tinieblas. Luego, con la agilidad de un mono, se impulsó hasta el alféizar de la buhedera, acción que habría provocado que a sus padres, horrorizados, se les encogiera el corazón.

¿Había chirriado la ventana cuando Conor salió por la buhedera? No lo recordaba, pues en aquel momento no había resultado de vital importancia. Dio un ligero empujón al cristal para ponerlo a prueba. Nada de chirridos; sólo el ligero rumor de las bisagras, cubiertas de polvo. No existía riesgo alguno.

Se dispuso a entrar por la ventana. Primero introdujo los brazos y luego fue avanzando con las manos por el suelo hasta que los pies se desplomaron con un golpe.

Conor se agachó sobre las irregulares losetas de granito y aguzó el oído. El sonido de su propio aliento al chocar contra la piedra le resultaba escandaloso. Seguro que Bonvilain lo escucharía.

Pero no fue así. Las pisadas del mariscal proseguían al mismo ritmo y Conor distinguía tenues destellos de la lámpara que llevaba por delante. Giró la cara en dirección a la luz y acto seguido empezó a seguir a Bonvilain, ascendiendo por la escalera de caracol a cuatro patas, avanzando a tientas, manteniéndose al ras del suelo.

Aquel pasaje conducía a la puerta de servicio de los aposentos privados del rey Nicholas, que permanecía con el cerrojo echado y custodiada por un centinela siempre que el monarca se hallaba en su residencia. Pero cuando Conor asomó la cabeza por una esquina, la puerta se encontraba sin vigilancia y abierta de par en par. Si no había guardia, no estaba el rey. Y si el rey Nicholas no se hallaba en sus aposentos, ¿qué hacía Bonvilain acechando ahí arriba, armado con el revólver de otro hombre?

«Infinidad de razones. Hay cosas que desconoces. Por ejemplo, puede que el rey Nicholas haya pedido el arma con objeto de encargar una reproducción, para que Victor tenga una pareja. Un regalo de cumpleaños, tal vez».

Improbable, pero no imposible.

Conor fue arrastrándose hasta el umbral de la puerta, tan silencioso como los curiosos gatos sin cola de la isla de Man que ahora proliferaban en las Saltee. La luz que divisaba por delante era débil, pero uniforme. Bonvilain se había detenido. ¿Habría escuchado algo, o acaso aguzaba el oído? ¿Aguardaba, o espiaba?

Conor notó una punzada en el estómago. Debería volver sobre sus pasos. Sin lugar a dudas. Inmiscuirse en los asuntos del mariscal era un asunto muy serio. Bonvilain no tenía reparos a la hora de lanzar acusaciones de traición y, por mucho menos, había encerrado en un calabozo a hombres honrados.

«Pero ¿por qué lleva el revólver de Victor?».

«Unos cuantos pasos más —prometió Conor a su mitad prudente—. Me asomaré por el próximo recodo y luego me marcharé. Correré poco peligro; tal vez ninguno».

No era verdad, exactamente. De todas formas, Conor prosiguió camino, palpando cada peldaño antes de subirlo. Se mantuvo arrimado a la pared, buscando las sombras más oscuras, y por fin, muy despacio, asomó la cara por el giro final de la escalera de caracol.

Bonvilain se encontraba a unos doce peldaños por encima de él; el farol que descansaba a sus pies lanzaba hacia lo alto afilados triángulos de luz. Bajo el resplandor, el rostro del mariscal parecía el de un demonio. Pero sólo se trataba de un efecto óptico; seguro que sí.

De pronto, Bonvilain giró la cabeza en dirección al lugar donde Conor se encontraba y el muchacho tuvo que frenar el impulso de levantarse y salir huyendo. Al amparo de la oscuridad, resultaba invisible. Tras unos prolongados y angustiosos instantes, Conor cayó en la cuenta de que la intención del mariscal no consistía en bajar la vista hacia la escalera, sino acercar la oreja a la pared. Escuchaba algo. O, mejor, a alguien.

Otra cosa más. En la mano izquierda sujetaba un bulto oscuro. La luz brilló sobre un borde cincelado y Conor vio que se trataba de un ladrillo. Sir Hugo había retirado un ladrillo de la pared y estaba espiando a quienquiera que se encontrara en los aposentos reales.

Un torrente de palabras empezó a descender por la escalera y, debido a la acústica de la torre, resultaban tan nítidas para Conor como, sin duda, para el propio Bonvilain.

«Es la voz de Nicholas. Y la de Victor. Así que el mariscal está espiando a su propio rey».

Conor cerró los ojos y aguzó el oído tratando de encontrar sentido a lo que escuchaba, cuando en realidad debería haber salido corriendo lo más rápidamente que sus jóvenes piernas le permitieran. Debería haber huido en busca de su padre.

***

En la residencia del rey, Victor Vigny se encontraba sentado en una de las dos butacas de estilo Luis XV situadas junto al fuego. La puerta principal se abrió de golpe e hizo su aparición el monarca, que transportaba en una bandeja dos jarras de cerveza cubiertas de escarcha. Con gran pompa y no pocas reverencias, el rey Nicholas I ofreció a su amigo una cerveza gélida.

—Impresionante —comentó Victor tras un largo trago—. Más fría que el trasero de un oso polar. Ya veo que el frigorífico funciona.

Nicholas tomó asiento y probó la cerveza.

—Perfectamente, aunque el amoniaco es un poco peligroso. Esos alemanes tienen que encontrar otra clase de gas.

—Alguien se encargará —aseguró Victor, limpiándose el bigote lleno de espuma —. En eso precisamente consiste el progreso.

—¿Te imaginas las ventajas de una refrigeración fiable?

—¿Además de la cerveza fría, te refieres? —bromeó Victor.

Nicholas se levantó y empezó a recorrer la estancia de un lado a otro. El tema del progreso nunca dejaba de emocionarle.

—Podremos comerciar con Estados Unidos. Importar productos frescos. Y exportarlos.

—Los diamantes no necesitan el frío —se burló Victor.

—Me refiero a otras cosas. El llantén, por ejemplo. Y contaremos con productos congelados fuera de temporada, en un almacén gigante. Tendríamos fresas y salmón los doce meses del año.

De repente, Victor se puso serio.

—Amigo mío, tienes peces más gordos de los que preocuparte.

—¿Qué rumores te han llegado? —preguntó Nicholas, tomando asiento de nuevo.

Victor exhaló un suspiro.

—La situación es tan mala como esperabas; peor aún. Mi hombre en Little Saltee me comunica que Bonvilain somete a los prisioneros a trabajos tan duros que acaban muriendo. Por lo visto, muchos de los reclusos han sido arrestados sólo por ser vagabundos. Todavía no podemos demostrarlo, pero, según mis cálculos, la mitad de los diamantes desaparecen en el trayecto entre la mina y las arcas reales.

—Maldita sea —soltó Nicholas, arrojando la jarra de cerveza a la chimenea—. Bonvilain es como la peste; la plaga de las Saltee. Trata las islas como si fueran de su exclusiva propiedad. Tengo que librarme de él.

Con un gesto de la cabeza, Victor señaló la chimenea.

—Un comienzo perfecto. Los cristales en el fuego harán que el mariscal se eche a temblar.

Los ojos del rey soltaron un destello de ira, pero luego se tranquilizaron y se dirigieron a la chimenea, acaso lamentando la pérdida de una cerveza helada.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Victor?

—Si te respondo, ¿me soltarás un discurso?

—Ay, echo de menos mi cerveza.

Victor se ablandó.

—Veinte años, Nick. Hemos recorrido juntos todas las ferias de los fabulosos Estados Unidos y ahora aquí estamos, en lo alto de este espléndido castillo.

—Todo ese tiempo y, dime, ¿qué hemos conseguido? Victor, aquí podemos ayudar a la gente. No se trata de arrojar unos cuantos chelines a los pobres; me refiero a una ayuda de verdad. Conseguir que la vida sea mejor, indefinidamente. Todo está en las máquinas. Podemos construirlas. Mira al joven Conor Broekhart. ¿Has visto alguna vez una mente parecida?

—Ya lo sé —dijo Victor con un toque de orgullo—. Isabella también está al tanto.

Nicholas sonrió.

—Pobre Conor.

—Creo que el pobre Conor no tiene ni idea de los aros por los que Isabella le hará saltar.

El rey no tardó en volver a indignarse.

—¡Maldito sea Bonvilain! Es un tirano. ¿Acaso no soy yo el rey? Me libraré de él.

—Cuidado, Nicholas. Sir Hugo tiene al ejército de su parte. Declan Broekhart es el único que puede influir en las tropas. Deberíamos invitarle a una de nuestras charlas.

El rey asintió.

—Muy bien. Esta misma noche. No puedo esperar ni un solo día más. Veré a Bonvilain entre rejas antes de que acabe el mes. El futuro no puede esperar. Las islas están atrapadas en la Edad Media por culpa de ese hombre. Sus guardias son matones peligrosos y su manera de impartir justicia es egoísta, cruel. Después de setecientos años, la alianza entre los Trudeau y los Bonvilain está a punto de romperse.

—Brindo por ello —dijo Victor, acabándose la cerveza de un trago.

***

Bonvilain entró por la puerta de servicio con el revólver en posición horizontal, a paso seguro y acompasado. Se abstuvo de realizar preámbulo ostentoso alguno; no en vano había vivido demasiadas situaciones de vida o muerte. Tan sólo se permitió pronunciar una frase.

—Victor Vigny, usted ha matado al rey.

Tanto el francés como el monarca reaccionaron con rapidez, y ninguno perdió el tiempo con súplicas o protestas. En los ojos de Bonvilain se leía su intención de

asesinar, sin lugar a dudas. Victor arrojó su cuerpo al aire para proteger a su amigo, mientras Nicholas se llevaba una mano al Smith Wesson que siempre llevaba colgado de la cadera, al estilo norteamericano.

Victor, unos años más joven, estuvo a punto de lograr su objetivo; pero por muy rápido que sea un hombre, un arma siempre le toma la delantera. Bonvilain disparó y la bala fue a clavarse entre los extendidos dedos pulgar e índice del francés, lo que desvió la trayectoria ligeramente, pero no lo suficiente para salvar al rey. Nicholas cayó hacia atrás y murió antes de que el revólver se le cayera de la mano.

Bonvilain, satisfecho, soltó un gruñido. A continuación, recogió el arma del rey y la giró en dirección a Victor Vigny, que yacía sobre la alfombra de la chimenea. Un torrente de sangre le brotaba de la mano.

—Por poco lo consigue —comentó Bonvilain con admiración—. Un esfuerzo encomiable.

Victor miró al mariscal de hito en hito y supo que su propia vida había terminado.

—Entonces, ¿yo soy el asesino?

—Sí. Ha disparado al rey con su revólver. En Scotland Yard están desarrollando una prueba que identifica el arma a través de la bala. Haré venir a un experto. También he contratado a un holandés especialista en escritura que falsificará cartas firmadas por usted y dirigidas al gobierno francés en las que se detallen las defensas de las islas Saltee. Y ahora le pregunto, señor Vigny, ¿son estas acciones propias de un hombre que ha atrapado a las islas en la Edad Media?

—Nadie creerá que he matado al rey —declaró Victor—. Era como un hermano para mí.

Bonvilain se encogió de hombros.

—No muchos lo saben. Era usted su espía secreto, ¿acaso se ha olvidado? Me espiaba a mí. Ahora, a trabajar. Seguro que lleva un puñal en la bota, o un Derringer en la barba, o guarda algún otro truco de espionaje; así que me despido, Victor Vigny. Dígale a su señor que la alianza entre los Trudeau y los Bonvilain va a continuar una temporada.

—Nunca nos detendrá a todos —gritó Victor, quien con ademán valiente se levantó de su salto, sujetando un puñal que había sacado de entre la ropa.

Bonvilain chasqueó la lengua y disparó cuatro tiros al pecho del francés. Un tanto excesivo, tal vez; pero su indignación era lógica. Al fin y al cabo, el rey había muerto asesinado.

Un pensamiento le asaltó la mente.

«Nunca nos detendrá a todos. ¿A qué se refería Vigny? ¿Acaso había más espías en las islas?».

—¿Es que me querías tomar el pelo, francés? —preguntó en voz alta. Entonces, se puso en cuclillas y colocó los dedos de Victor alrededor de la empuñadura de su

propio Colt Peace-maker—. ¿Querías dejarme con la duda, obsesionarme?

La puerta principal se abrió y entró un centinela.

—¿Se supone que tengo que aparecer ahora? —preguntó.

—Sí, claro —respondió Bonvilain, molesto por haberse visto obligado a involucrar a un subalterno. Habría que librarse de aquel hombre a la primera oportunidad—. Ves lo que ha ocurrido aquí, ¿verdad? Escuchaste los disparos y entraste en los aposentos del rey. Se dispararon mutuamente, tan sencillo como eso. No hace falta que facilites tu opinión sobre el asunto. Di lo que has visto, y punto.

El centinela asintió con lentitud, aunque no era la primera vez que escuchaba aquellas sencillas instrucciones.

—Digo lo que he visto. Sí, mariscal. No me matará usted, ¿verdad?

—Pues claro que no, Muldoon. Llevas la cruz roja de nuestra Orden. No mato a mis propios guardias.

Muldoon mostró un indudable alivio.

—Buenas noticias para mí. Gracias, mariscal. Agradezco que me permita proseguir con mi insignificante vida.

Bonvilain se esforzaba por no acabar de inmediato con la insignificante vida de Muldoon.

—Deberías ir a dar la alarma, ¿no te parece?

Muldoon movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, mariscal. Desde luego. Pero, señor, ¿quién es ese chico que tiene usted detrás?

Bonvilain pestañeó.

—¿Cómo dices?

***

Conor era un joven inteligente y no tardó en percatarse de lo que sucedía. Por lo visto, Victor no sólo era el tutor de palacio, sino también un espía del rey Nicholas. Bonvilain debía de haber escuchado la conspiración desde su escondite, detrás de la pared, y había decidido ponerle fin antes de que acabaran con él.

«Pero ¿por qué el revólver de Victor?».

La voz de su maestro le reprendió.

«Por todos los santos, muchacho. ¿Acaso no es evidente?».

Conor empalideció bajo la oscuridad.

«¡Pues claro! El arma de Victor. El crimen de Victor».

Para cuando Bonvilain hubo franqueado la puerta, Conor ya había trazado un plan rudimentario. Saldría corriendo dos pasos por detrás del mariscal, lanzando a gritos una advertencia. Victor reaccionaría a toda prisa y desarmaría a Bonvilain sin mayor

dificultad.

Se encontraba de pie, a medio camino del tramo de la escalera, cuando retumbó el primer disparo.

«¿Tan deprisa? ¿Por qué tan deprisa? ¿Quién había recibido la bala? Tal vez el rey Nicholas había disparado primero y todo iba bien. Sólo un tiro, al fin y al cabo. Un tiro, un hombre».

Conor siguió avanzando, ahora con mayor cautela. No deseaba que su rey o su maestro le dispararan por traidor. Estarían nerviosos, pendientes de la llegada de los hombres de Bonvilain, y ya no había necesidad de advertirles. Fuera cual fuese la situación, era demasiado tarde.

El muchacho atravesó el umbral con precaución, entornando los ojos por la repentina luz. Enfocó la mirada justo a tiempo de presenciar cómo Victor era abatido a tiros al lanzarse sobre Bonvilain. Conor se quedó inmóvil, incapaz de articular palabra al percatarse de la pavorosa escena que tenía ante sí. El rey, muerto. Victor, también. Qué horror. Y Bonvilain, sonriendo abiertamente y hablando a solas como un lunático. Ahora colocaba el revólver entre los dedos de Victor; el propio revólver del francés. Aquello era una auténtica pesadilla. Todo sucedía demasiado deprisa para ser verdad. Apenas rozaba la superficie de la realidad, como la piedra que se arroja y avanza a saltos sobre el mar en calma.

Un golpe de nudillos en la puerta y aparece un centinela. Conor recordó haberle visto durante sus andanzas por los pasillos con Isabella. Tenía el cerebro de un mosquito. Había accedido a la guardia por recomendación de algún pariente; pero, en cualquier caso, se trataba de un súbdito, por lo que debía ser advertido.

Conor estaba a punto de soltar un grito de aviso cuando el centinela se puso a conversar con Bonvilain. ¡Era un cómplice! Bonvilain escaparía sin problemas. El rey estaría muerto y la memoria de Victor, mancillada. La sola idea resultaba insoportable.

Había que detener aquel complot. No se podía permitir que Bonvilain se acercase a Isabella. Conor se agachó y, ocultándose tras los muebles, avanzó con lentitud hasta llegar junto a Victor. El parisino yacía de costado, como si descansara confortablemente. Sus ojos abiertos denotaban sorpresa y de los labios le brotaba sangre. Muerto. Estaba muerto.

Conor reprimió el llanto. ¿Qué le pediría Victor que hiciera? ¿Qué le pediría su propio padre? Que detuviera aquella conspiración. Se había entrenado de sobra para hacerlo, y un arma cargada se encontraba a escasos centímetros de su alcance.

Entonces, los ojos de Victor parpadearon y lograron enfocarse. El francés consiguió arrebatarle unos instantes a la vida.

—No lo hagas, muchacho —susurró, haciendo gala de un extraordinario dominio de la situación—. La torre de vigilancia en Kilmore. Encuéntrala y préndele fuego.

Bonvilain no debe enterarse de nuestro secreto. El águila tiene la llave. Ahora, vete. Vete ya.

Conor asintió. Las lágrimas le corrían a raudales por el rostro, le goteaban de la nariz y la barbilla.

«La torre de vigilancia, en Kilmore. Préndele fuego. Ahora, vete».

Podría haberse marchado en ese momento, evitando así futuros años de sufrimiento, si el francés no hubiera exhalado su último aliento.

«Muerto. Otra vez».

Conor estaba estupefacto. Había perdido a su amigo y mentor por dos veces en igual cantidad de minutos. Jamás volarían juntos.

«Jamás volaremos».

El Broekhart que llevaba dentro asumió el mando, dejando a un lado al científico. Victor había tratado de protegerle, pero no había necesidad; Conor estaba entrenado para el uso de todas las armas de combate, incluyendo las orientales y las indias, de haber estado disponibles.

Haciendo palanca, arrancó el Colt de los dedos de Vigny. El roce de la empuñadura de nácar contra la palma de su mano le proporcionaba seguridad y tristeza al mismo tiempo. Era una pistola a la que había hecho girar alrededor del dedo índice en multitud de ocasiones, mientras Victor le amonestaba y le tachaba de fanfarrón.

Volvió a girarla de nuevo para tranquilizarse. Luego, extrajo el tambor y comprobó la munición. Quedaban cinco balas. De sobra para infligir alguna que otra herida. Conor se levantó; las lágrimas en su rostro se secaban a toda prisa.

El centinela le vio primero.

—Pero, señor, ¿quién es ese chico que tiene usted detrás? —preguntó con voz apagada.

Bonvilain se dio la vuelta lentamente; una expresión de tristeza le cruzaba ya el semblante.

—Ah, joven Broekhart —dijo, como si la presencia de Conor no le sorprendiera —. Una tragedia terrible.

Conor apuntó el Colt al pecho de Bonvilain, un blanco de proporciones considerables.

—Lo escuché todo, mariscal. Vi cómo disparó a Victor.

Bonvilain dejó de hacer teatro. Su rostro recuperó su carácter afilado, sus ángulos y sombras.

—Nadie te creerá.

—Algunos sí lo harán —replicó Conor—. Mi padre, por ejemplo.

El mariscal reflexionó sobre ello.

—¿Sabes? Puede que tengas razón. Lo que significa que tendré que matarte a ti

también, a menos que tú me mates a mí primero.

—Podría acabar con usted, y con ese zoquete —repuso Conor, señalando al centinela con el revólver.

—En teoría, seguro que podrías; pero el tiempo de las teorías se ha terminado. Esto no es la galería de tiro, Conor. Ahora, estamos en guerra.

—Quédese donde está, mariscal. Alguien habrá oído los disparos y acudirá.

—A través de estos muros, imposible. No va a venir nadie.

Era verdad, y Conor lo sabía. Victor le había contado que, cierta noche, él y Nicholas estuvieron probando material pirotécnico en la chimenea y en el palacio no les oyó ni un alma.

—Tú, soldado. Suelta el rifle y siéntate en la silla.

Al centinela no le agradaba gran cosa que un chico de catorce años le diera órdenes; aunque, por otra parte, el muchacho parecía muy familiarizado con el arma que empuñaba.

—¿Esta silla? Tiene manchas de sangre.

—No, idiota. Aquélla, la de la pared.

El centinela colocó su arma en el suelo de piedra y, arrastrando los pies, se dirigió al taburete situado junto a la pared.

—Es un taburete —masculló—. Dijiste «silla».

Bonvilain dio un furtivo paso al frente, albergando la esperanza de que Conor se distrajera con las sandeces del centinela. Pero no fue así.

—No se mueva, traidor, asesino.

Bonvilain esbozó una sonrisa. Sus dientes brillaban como perlas amarillas.

—Bueno, Conor, te explicaré lo que estoy a punto de hacer. Tengo la intención, y esto es una promesa, de dar un tranquilo paseo hasta salvar la distancia que nos separa y, luego, estrangularte. La única manera en la que puedes evitar que esto suceda es disparándome. Recuerda, es la guerra; el colegio se ha acabado.

—¡Quédese donde está! —gritó Conor, pero el mariscal ya se encontraba de camino. Cinco pasos les separaban. Ahora, cuatro.

—Dispara, muchacho. Dentro de poco me habré acercado tanto que te resultará difícil clavarme una bala.

«He elegido mal —cayó en la cuenta Conor—. Debería haber salido huyendo por el pasadizo en busca de mi padre».

Nunca había disparado a una persona. Jamás lo había deseado.

«Lo que quiero es construir una máquina voladora. Con Victor».

Pero Victor estaba muerto. Asesinado por Bonvilain.

—Me estoy acercando —advirtió el mariscal.

Conor le disparó dos veces, por debajo de los brazos extendidos, en la parte superior del torso.

«Tenía que hacerlo. No me dio alternativa».

A pesar de que las piernas de Bonvilain flaquearon levemente, el mariscal prosiguió su avance. La frente se le había teñido de escarlata, pero el brillo de sus ojos no vaciló en ningún momento.

—Y ahora —dijo, al tiempo que arrancaba el revólver de los dedos de Conor—, te estrangularé. Tal como te he prometido.

Levantó del suelo a Conor, quien agitaba los brazos y las piernas tratando de apalear sin éxito los costados del mariscal, lo que producía una especie de tintineo metálico.

—Soy un templario, muchacho —explicó Bonvilain—. ¿Es que no has oído hablar de nosotros? En la guerra, vestimos una cota de malla. Sí, una cota de malla. En este momento llevo puesto un chaleco de metal; una medida de precaución, por si las cosas no salían según lo planeado. La prudencia nunca está de más, como bien acabamos de comprobar.

A estas alturas, semejante revelación le traía a Conor sin cuidado. Lo único que sabía era que Bonvilain seguía vivo. Le había disparado, pero vivía.

—¡Sujete al chico, mariscal! —exclamó el centinela al tiempo que recuperaba su rifle—. Manténgalo quieto y le dispararé.

—¡No! —gritó el mariscal, imaginando la indignidad de un epitafio que incluyera la frase: «Muerto por disparo accidentalmente mientras estrangulaba a un joven».

—Ah, prefiere hacerlo usted mismo —razonó el centinela, con visos de mal humor.

Mientras procedía al estrangulamiento, Bonvilain empezó a reflexionar. Entre sus manos sujetaba la solución al problema que el capitán Broekhart le planteaba. Victor Vigny había estado en lo cierto: Declan Broekhart era la única oposición verdadera con la que el mariscal se encontraba en el ejército de las Saltee. Tenía que existir una manera de ganarse la lealtad del capitán a partir de aquella situación. Requeriría ciertas dosis de manipulación, pero ésa era precisamente su especialidad.

De las profundidades del cerebro de Bonvilain emergió una idea, como emerge de una ciénaga la cabeza de una pérfida serpiente. ¿Y si el rebelde Victor Vigny no hubiera actuado a solas? ¿Y si tuviera un cómplice? El centinela, por ejemplo. Por descontado, el centinela era totalmente prescindible.

Bonvilain notó que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Se encontraba al borde de la genialidad. Lo percibía. Los momentos como aquél hacían que la vida resultara tolerable. Eran momentos que le ofrecían un desafío digno de sus dotes excepcionales.

—Eh, tú, idiota —le dijo al centinela—. Abre la ventana.

—¿Esa? —preguntó el hombre, aunque no había más que una ventana en la estancia.

—Sí —respondió Bonvilain con tono candido—. La que da al acantilado.

***

Conor volvió en sí —tras superar de milagro un intento de estrangulación— en un húmedo calabozo sin ventana, donde languideció durante horas. Su soledad era interrumpida periódicamente por un par de guardias que pisoteaban con notable entusiasmo el delgado cuerpo del encarcelado. En la última visita, la pareja le desnudó y le enfundó un uniforme del ejército de las Saltee.

«Esa ropa tuya apesta a sangre y a miedo».

Conor, dolorido por las magulladuras, se preguntó sobre esta circunstancia. ¿Por qué un uniforme de soldado? Antes de que su confuso cerebro pudiera llegar a una conclusión, los golpes se reanudaron, así como las bofetadas con el dorso de la mano. Un ojo se le quedó cerrado y le brotaba sangre de la nariz. Los guardias le colocaron algo blando sobre la cabeza. ¿Una toalla, quizá? Resultaba un insólito gesto de compasión.

Se produjeron otras extrañas manipulaciones con su persona. Uno de los soldados le frotó las mejillas con algo que olía a pólvora. El otro le hacía rasguños en el brazo con una pluma estilográfica. El proceso se prolongó durante lo que parecieron horas.

Una vez que los guardias hubieron quedado satisfechos con sus preparativos, el más grueso de los dos sujetó un par de esposas a las muñecas de Conor y le cubrió la cabeza con una jaula de las utilizadas para locos peligrosos, tirando con fuerza de la mordaza de cuero de modo que la dentadura del joven cautivo quedase totalmente separada, trabada entre las mandíbulas. Los únicos sonidos que podía emitir eran gemidos y gruñidos.

La celda en sí era un infierno de tres metros cuadrados y Conor no daba crédito a que en Great Saltee existiera un lugar como aquél.

Las paredes y el suelo eran de granito, tallado en el subsuelo mismo de la isla. Ni rastro de ladrillos o argamasa tan solo roca maciza. No había forma de escapar. El agua goteaba a través de surcos formados en la piedra a lo largo de siglos de erosión. Conor no malgastó un segundo en contemplar la posibilidad de apagar su sed. Las esposas le impedían llevarse cualquier cosa a la boca a través de la rejilla metálica de la jaula que le cubría la cabeza. Además, alrededor de los surcos se apreciaban escamas de sal. Era agua del mar.

Le dejaron a solas, hundido en la miseria, durante una eternidad. El rey estaba muerto. Bonvilain había asesinado al padre de Isabella. También Victor había desaparecido. En un abrir y cerrar de ojos, su amigo y mentor había perdido la vida. ¿Qué sería del propio Conor? El mariscal jamás permitiría sobrevivir a un testigo de su crimen. Notaba el peso de la jaula en la cabeza, la raspadura de las esposas en las

muñecas y la amenaza de su inminente asesinato en el corazón.

La puerta de metal se abrió de par en par, forzando al máximo las bisagras. Una luz amarillenta como el sebo inundó la estancia con un pálido resplandor, en el que se recortaba la inconfundible silueta de sir Hugo Bonvilain. El mariscal y asesino del rey. Por culpa de ese hombre, Isabella se había quedado huérfana.

La rabia se apoderó del cuerpo de Conor y aportó fortaleza a sus extremidades. Se levantó, tambaleándose, con los brazos extendidos en dirección a Bonvilain.

La visión alegró al mariscal sobremanera, hasta tal punto que se puso a silbar mientras sujetaba la jaula que atrapaba la cabeza de Conor y metía sus gruesos dedos entre las rejas. Dio un paso hacia un lado y, con aire indiferente, proyectó a Conor contra la pared, dando un respingo al escuchar el estrépito metálico.

—He utilizado tu propio ímpetu para perjudicarte —explicó, como si de una clase escolar se tratara—. Un principio básico. Básico, en efecto. Si uno de mis hombres cometiera semejante error, mandaría que le azotasen. ¿Es que no te enseñó nada ese dandi francés?

Bonvilain se puso en cuclillas e incorporó a Conor para apoyarle contra la rugosa y húmeda pared.

—Un gran día, ¿no es verdad? Histórico. El rey ha muerto, al parecer asesinado por rebeldes. ¿Sabes lo que eso significa?

Aunque lo hubiera deseado, Conor no podía responder. De no haber sido por el dolor que le atormentaba, habría tomado todo aquello por un sueño cruel. La peor de las pesadillas.

Bonvilain zarandeó la jaula de metal para asegurarse la atención de Conor.

—¡Eh, joven Broekhart! ¿Aún estás ahí?

Conor trató de escupir a su captor, pero sólo consiguió provocarse arcadas.

—Bien. Por ahora, sigues vivo. Bueno, con respecto a la muerte del rey, déjame explicarte lo que significa. Significa el final de todas esas reformas absurdas. Dinero para el pueblo. El pueblo, ¡bah! Chusma mugrienta e ignorante. Se terminó el dinero para el pueblo, puedes estar bien seguro.

«Acabará con todo lo que hizo el rey Nicholas —pensó Conor con tristeza—. No habrá servido para nada».

—Isabella accederá al trono. Será una reina títere, claro está; pero reina, al fin y al cabo. ¿Te imaginas cuál será su obsesión?

Por supuesto. Era tan evidente que hasta un niño se daría cuenta, incluso en el estado de aturdimiento en que Conor se encontraba.

—Veo en tus ojos que sí te lo imaginas. Dedicará su vida a erradicar a los rebeldes. Su empeño la consumirá; me encargaré de ello. No habrá límite en el número de rebeldes que desenterraré. Cualquier comerciante que se niegue a pagar mis impuestos. Cualquier joven resentido. Todos serán acusados de rebeldía. Todos

morirán en la horca. Ahora estoy más cerca de convertirme en rey de lo que jamás ha estado ningún Bonvilain.

Esta última frase se quedó flotando entre ellos, cargada de siglos de traición. Se escuchaba el chirrido de las esposas, el goteo del agua.

Bonvilain tiró hacia sí de la cabeza de Conor, lo más cerca que la rejilla permitía, y desenganchó la mordaza de cuero.

—Antes de morir, tu profesor dijo que nunca los detendría a todos ellos. ¿Trabajaba Victor Vigny con los aeronautas franceses? ¿O con la Legión Noir, es decir, la Legión Negra?

Los labios de Conor estaban inflamados por los puñetazos, y las mandíbulas le dolían a rabiar; pero se las arregló para responder.

—No existe ninguna Legión Negra. Usted destruirá las Saltee luchando contra un enemigo imaginario.

—Permíteme que te diga una cosa, jovencito —replicó el mariscal entre gruñidos—. De no haber sido por los Bonvilain, estas islas sólo serían rocas en mitad del océano. Sal y excrementos de pájaros, nada más. Hemos actuado como niñeras de los Trudeau durante siglos; pero se acabó. Ahora, las islas me pertenecen. Sacaré de ellas todo el provecho posible, y la reina Isabella permanecerá con vida siempre y cuando no interfiera en mis proyectos —Bonvilain volvió a zarandear la jaula de Conor—. Me interesa saber tu opinión sobre mis planes, joven Broekhart.

—¿Por qué me los cuenta, asesino? No soy su sacerdote.

Bonvilain agitó la jaula como si de un regalo misterioso se tratara.

—«No soy su sacerdote». Muy bueno, sí. Echaré de menos nuestras conversaciones. Te lo digo, pequeño Broekhart, porque son precisamente estos momentos los que hacen que la vida merezca la pena. Como más disfruto es en el meollo de la acción. Apuñalar, disparar, conspirar. Me gusta. Me apasiona. Durante siglos, los Bonvilain han estado detrás del trono, dirigiéndolo con sus maquinaciones. Pero nunca hasta ahora ha ocurrido nada parecido.

Bonvilain se encontraba como en una nube a causa de la dicha que le embargaba. Estaba a punto de conseguir todo cuanto había planeado.

—Y resulta que tú, mi joven entrometido, has transformado un buen plan en un plan perfecto. Verás, se trata de tu padre. Es un gran soldado, he de admitir. Un soldado magnífico. Inspira una profunda lealtad en los soldados. Había pensado en librarme de él, y luego capear el temporal. Pero ahora el rebelde Victor Vigny y tú mismo, su alumno adoctrinado, habéis matado al rey. Tu padre está moralmente obligado a proteger a la nueva reina hasta la muerte. Y dado que le prometeré mantener el nombre de su hijo apartado de la investigación, Declan Broekhart estará en deuda conmigo, me deberá su reputación; por lo tanto, tú habrás conseguido que me entregue su lealtad. Y te lo agradezco —Bonvilain se inclinó hacia delante un

poco más, con el rostro contorsionado por una simulada tristeza—. Pero tengo que decirte que ahora te odia, igual que te odiará Isabella cuando le cuente mi versión de los acontecimientos de esta noche. Me atrevería a asegurar que tu padre te mataría con sus propias manos si yo se lo permitiera, pero son asuntos de familia con los que no tengo nada que ver. Debería permitir que él mismo te lo dijera.

Dicho esto, Bonvilain volvió a trabar la mordaza de la jaula que cubría la cabeza de Conor y ensartó la cadena de las esposas en una anilla encajada en la pared. Cuando se puso de pie, sus rodillas chasquearon, su enorme envergadura pareció ocupar la totalidad de la celda y, de pronto, su amplia frente marcada con cicatrices se mostró meditabunda.

—Pensarás que sufro por toda la gente que he matado, por los cientos de vidas que he destruido. ¿Deberían visitarme los demonios por las noches? ¿Debería atormentarme la culpa? A veces, me quedo quieto en la cama y espero mi sentencia, pero nunca llega.

Bonvilain se encogió de hombros.

—Aunque, por otra parte, ¿por qué habría de ser así? Tal vez yo sea un buen hombre. Ya dijo Sócrates: «Sólo hay un bien: el conocimiento. Sólo hay un mal: la ignorancia». Por lo tanto, como no soy ignorante, debo de ser bueno —hizo un guiño —. ¿Crees que este argumento engañará a San Pedro?

En ese instante, Conor cayó en la cuenta de que Bonvilain estaba loco de atar. Era un demente muy peligroso.

Bonvilain regresó al presente.

—En todo caso continuaremos esta discusión filosófica en alguna otra ocasión. ¿Y si voy a buscar a tu padre? Imagino que tendrá unas palabras reservadas para su hijo errante.

Bonvilain abandonó el calabozo con aire satisfecho, silbando un vals de Strauss mientras agitaba el dedo índice a modo de batuta.

Conor quedó abandonado en el suelo. El cuello se le resentía por el peso de la jaula, pero, a pesar del dolor, existía ahora una chispa de esperanza. Su padre acabaría por descubrir aquella charada. Declan Broekhart no era un estúpido, y no permitiría que su hijo se pudriera en una celda mugrienta. En cuestión de minutos, con plena seguridad, se encontraría libre y en condiciones de acusar a Bonvilain de asesinato.

El mariscal no se había molestado en cerrar la puerta. Instantes después, condujo a Declan Broekhart al interior de la celda. Conor jamás había visto a su padre tan apesadumbrado. Sus hombros, por lo general rectos como una vara se veían hundidos, se estremecían. Se agarraba a Bonvilain como un anciano se apoya en su enfermero. Lo peor era su rostro, contorsionado por el sufrimiento. Los ojos, la boca y las arrugas parecían desdibujarse como la cera de una vela encendida.

—Aquí esta —indicó Bonvilain con suavidad, con profunda compasión—. Es él.

Unos segundos, nada más.

Conor se arrastró unos centímetros a lo largo de la pared y se enderezó.

«Padre —trató de decir—. Padre, ayúdame». Pero de entre sus labios inflamados, inmovilizados, sólo emergían ligeros gruñidos.

Declan Broekhart se cernía sobre él, mientras las lágrimas le resbalaban de la barbilla

—Por tu culpa —susurró—. Por tu culpa…

Entonces, se lanzó hacia Conor; no para darle un abrazo, sino con la intención de matarle. Bonvilain estaba preparado para semejante reacción y contuvo a Declan Broekhart con sus fornidos brazos.

—Venga, Declan. Sé fuerte. Por Catherine. Y por la joven Isabella. Todos te necesitamos. Las Saltee te necesitan.

Mientras así hablaba, Bonvilain se asomó por detrás de los hombros del capitán Broekhart y, con ademán risueño, guiñó un ojo al preso.

Aquella combinación de congoja y demencia fue como una bofetada para Conor. Retrocedió para alejarse de su padre, llevándose las rodillas a la barbilla.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Acaso el mundo había enloquecido?

Declan Broekhart recuperó la compostura y se pasó una manga por la frente.

—De acuerdo, Hugo —dijo con voz entrecortada—. Ya estoy tranquilo. Tenías razón. Este miserable no es nada para mí. Nada en absoluto. Su muerte no va a restituir ninguna vida. Little Saltee se encargará de él. Salgamos de aquí; mi esposa me necesita.

¿Miserable? ¡Su padre le había llamado miserable!

—Desde luego, capitán Broekhart. Declan. Desde luego.

Acto seguido, Bonvilain le condujo al exterior de la celda. Dos soldados unidos, camaradas en el dolor.

«¿Cómo? ¿Qué pasa aquí? ¿Declan? ¿Little Saltee?».

Conor empleó la poca fuerza que le quedaba en emitir gemidos a través de la mordaza para captar la atención de su padre. Y éste, en efecto, se volvió hacia él, aunque sólo un instante. Aunque sólo fuera para pronunciar unos cuantos comentarios fulminantes. Dio rienda suelta a sus palabras con los ojos cerrados, como si mirar a su hijo fuera más de lo que podía soportar.

—Con tus acciones repugnantes me has arrebatado a mi rey —espetó—. Y peor aún, mucho peor. Por culpa de lo que has hecho hoy, no tengo hijo. Mi hijo se ha ido y este… —Declan Broekhart hizo una pausa para poner freno a su furia, y por fin se serenó—. Mi hijo se ha ido y tú sigues aquí. Una advertencia, traidor. Si alguna vez vuelvo a verte, ese mismo día te mataré.

Eran palabras que ningún hombre debería escuchar de labios de otro hombre; pero en el caso de padre e hijo resultaban atroces hasta un punto indescriptible. Conor

notó que el corazón le estallaba en pedazos. Indefenso por completo, se llevó las manos esposadas a la rejilla de la jaula que le cubría la cabeza y empezó a dar tirones, sacudiendo su cabeza magullada hasta que el intenso dolor consiguió borrar aquellas palabras de su mente.

—Está loco —comentó Bonvilain con tristeza, conduciendo a Declan Broekhart hacia el exterior de la celda—. Pero, claro, hay que estar loco para hacer lo que hizo.

Mientras abandonaban la celda, Bonvilain a duras penas podía mantener su pantomima de abatimiento. Los guardias apostados a la puerta estaban preparados para blandir sus respectivas espadas, pero el mariscal sacudió la cabeza con un leve gesto. Su manipulación había funcionado, de modo que Declan Broekhart seguiría viviendo por el momento.

—Llevad al capitán a su carruaje —ordenó a los guardias—. Yo mismo vigilaré al prisionero.

Declan agarró a Bonvilain por la muñeca.

—Hugo, hoy has sido un buen amigo. Hemos tenido enfrentamientos en el pasado, pero todo eso queda ahora atrás. No olvidaré la rapidez con la que detuviste al traidor. Tengo la confianza de que pagará por el papel que ha jugado en el asesinato del rey, y por lo que le hizo a Conor, mi hijo.

Una vez más, el rostro de Broekhart se distorsionó por el sufrimiento.

«Qué débil es este hombre —pensó Bonvilain—. No sé a qué viene tanta histeria».

—Por descontado, Declan. Claro que pagará. Cuenta con ello.

Se despidieron con un apretón de manos y Broekhart, a trompicones, empezó a recorrer el pasillo de piedra. Bonvilain regresó a la celda de Conor, donde el desgraciado muchacho yacía inconsciente. Una mosca diminuta en la enorme telaraña.

Bonvilain se arrodilló a su lado y se descubrió a sí mismo sintiendo una cierta lástima por el joven Conor.

«Es una reacción natural, no un signo de debilidad —se dijo—. Al fin y al cabo, soy un ser humano».

La facilidad con la que el plan al completo se había llevado a cabo resultaba verdaderamente increíble. Permitir que el rey se reuniera con Victor y, luego, culpar al parisino del asesinato de Nicholas. Conor Broekhart había sido una excelente baza inesperada, una manera de conseguir la lealtad de su padre. El mariscal tenía que admitir que había jugado con los sentimientos de padre e hijo, pero ahí estaba la gracia. Gozaba de un talento innato para la manipulación.

La parte final del plan sólo se le ocurrió después de que Conor le hubiera sorprendido en los aposentos del rey. Tras estar a punto de morir estrangulado, el rostro del muchacho se veía tan hinchado que apenas resultaba reconocible. Ni su

propia madre hubiera sabido de quién se trataba. Siguiendo órdenes de Bonvilain, los guardias le habían vestido con un uniforme militar, y después de plantarle en la cabeza una andrajosa peluca, le tiznaron la barbilla con pólvora para hacerla pasar por un rastrojo de barba. El truco final consistió en ordenar a uno de sus sargentos, hombre habilidoso con la pluma y el tintero, que dibujara en el brazo de Conor una rápida reproducción del tatuaje propio del regimiento. Un pequeño detalle, pero suficiente para conseguir la impresión deseada. Entre la sangre, las sombras, la peluca y el uniforme era poco probable que Broekhart reconociera a su propio hijo. Sobre todo porque acababan de informarle de que había sido arrojado por la ventana del rey cuando trataba de defender a Nicholas, y que el prisionero encerrado en el calabozo era uno de los soldados traidores involucrados en el plan. Habían encontrado el cadáver de un centinela al pie de la muralla; la corriente debía de haber arrastrado el cuerpo sin vida de Conor.

Por descontado, si Declan Broekhart hubiera reconocido a su hijo, el propio Bonvilain le habría cortado el pescuezo y Conor también habría sido acusado de su muerte. Un día ajetreado para el muchacho. Regicidio por la tarde; parricidio al anochecer.

Pero ahora, gracias a las astutas artimañas de Bonvilain, Declan Broekhart creía que su hijo estaba muerto y Conor pensaba que su padre le despreciaba por ser un traidor. Sir Hugo ejercía el control absoluto sobre la familia Broekhart, y en caso de que Declan se volviera contra él alguna vez, Conor sería resucitado y utilizado para chantajear a su padre. Inquebrantable lealtad a cambio de la vida de su hijo. Bonvilain sabía que jugar con los sentimientos de Conor era innecesario y cruel, pero ahí radicaba precisamente la diversión. Su propia audacia, su desvergüenza, le hacían estremecerse de emoción.

Bonvilain batió las palmas con suavidad tres veces seguidas.

«Bravo, maestro. Bravo».

«Me encanta esto —pensó—. Me apasiona».

Segunda Parte

Finn

Little salteea

Al atardecer del día siguiente, Conor Broekhart fue introducido a empujones en un barco de vapor de poco calado con rumbo a Little Saltee. Era el único prisionero en cubierta, y se vio forzado a compartir con dos cerdos y una cabra la jaula situada en la popa. En la mugrienta embarcación navegaban dos carceleros, y el más veterano estaba ansioso de comunicar a su pasajero lo importante que se consideraba a sí mismo.

—Por lo general, no transporto prisioneros —explicó el hombre, un irlandés, propinando una patada a la jaula para asegurarse de que Conor le estaba escuchando —. Sólo que el encargado de la cárcel insistió en que yo, en persona, te llevase. Yo mismo, sí; la orden venía directamente del mariscal Bonvilain. Y claro, ¿qué va a hacer uno? ¿Rechazar a Bonvilain? Pues no, hijo mío. A menos que quieras pasar la tarde estrechando la mano de tu Creador.

A Conor no le interesaba en lo más mínimo aquel parloteo. Se encontraba tan perdido como un polluelo recién salido del cascarón. A primera vista, las cosas seguían como antes. Reconoció la silueta de Little Saltee, en el norte; pero ahora, incluso a semejante distancia, se veía como un lugar espantoso. Tan sólo el día anterior, Conor había contemplado la isla como la sede de la justicia. ¿El día anterior? ¿Cómo era posible? Cuántas cosas habían sucedido en una sola jornada.

El amplio casco del transbordador batía las olas, levantando una llovizna salada por la que avanzaba el barco de vapor. La espuma se coló por la borda, empapando a los ocupantes de la jaula. Ninguno de ellos se inmutó. Por un momento, Conor sintió un agradable frescor; luego, la sal penetró en sus heridas y le hizo gritar.

El alarido pareció agradar a su acompañante.

—¡Ah! Todavía vivo, señor Conor Finn.

«¿Señor Conor Finn?».

En realidad, Conor no se sorprendió. Bonvilain no deseaba que se conociera el verdadero nombre de su prisionero. Así que, a partir de ahora, se llamaría Conor Finn.

—Conor Finn —prosiguió el guardián—. Amigo de contrabandistas y loco de atar. Chiflado. Como una regadera. No lo pasarás bien en el ala del manicomio. En absoluto.

«Conor Finn. Contrabandista y loco».

Bonvilain no había dejado ningún cabo suelto. Aunque Conor encontrara a alguien dispuesto a escucharle, ¿quién iba a creer a un contrabandista desequilibrado?

—No, Little Saltee no es un jardín de rosas. No hay fiestas de primavera ni payasadas de circo. Sobre todo, en el caso de Conor Finn. Bonvilain dice que hay que vigilarte especialmente en el ala de los locos. Y si Bonvilain lo dice, Arthur Billtoe

obedece.

A través de sus párpados hinchados, Conor examinó con atención a su guardián. No se diferenciaba gran cosa de la litografía de un Pongo abelii, u orangután de Sumatra, que Victor le había enseñado en cierta ocasión. Sus facciones agresivas estaban rodeadas por una densa capa de mugriento pelo marrón y gris, el mismo que le asomaba en remolinos por el cuello de su arrugada camisa de pirata. Unas botas hasta los muslos cubrían sus fornidas piernas, y se adornaba los dedos con anillos de plata. En otra situación, Conor podría haberse mofado de la estrafalaria vestimenta de aquel individuo, pero ahora su apariencia resultaba aterradora. ¿Cómo se le podía confiar la custodia de un prisionero a una persona tan alejada de la realidad?

Aun así, de algún lugar surgió una chispa del antiguo Conor.

—Bonitas botas, capitán —masculló.

Billtoe no se molestó, todo lo contrario. Esbozó una sonrisa que dejó al descubierto media docena de dientes manchados de tabaco.

—Ah, contigo tendremos una buena pieza, muchacho. Ya lo verás. Me visto como me place, y hago lo que me place. En mi pequeño rincón de Little Saltee, yo, Arthur Billtoe, soy el rey.

«El rey ha muerto —pensó Conor, reclinándose hacia atrás sobre los barrotes—. Yo lo vi».

Los animales con los que compartía la jaula estaban escuálidos y tiritaban; se les veía casi tan infelices como al propio Conor.

***

El barco de vapor efectuó un giro alrededor de Galgee Rock y continuó hasta una playa con forma de medialuna situada bajo el torreón de entrada de Little Saltee. El sol se estaba poniendo entre las troneras y arrojaba una luz rojiza sobre la arena. Los cangrejos recorrían las charcas formadas entre las rocas peleando por los desechos, y un enjambre de gaviotas señalaba el emplazamiento de las cocinas de la prisión con la eficacia de una bandera. Billtoe abrió la jaula sin cuidado alguno y sacó a Conor tirando de la cadena de las esposas mientras su compañero amarraba la embarcación.

—Hemos llegado, Conor Finn. Voy a hacerte una advertencia: a mis hombres no les agrada que vengan soldados a Little Saltee. Seas un soldado de verdad o no lo seas, por el uniforme es lo que pareces.

Por primera vez, Conor lamentó su altura. Podía pasar perfectamente por un joven en edad de alistamiento, si bien barbilampiño.

«Ojalá pudiera remontar el vuelo —pensó, contemplando con añoranza el cielo del ocaso—. Dejar atrás esta pesadilla. Volver a casa por los aires…».

Pero ya nunca volaría hasta casa. No más lecciones con Victor. No más prototipos

de planeadores o aeronaves. No más conversaciones con Isabella. Además, su padre había jurado matarle en cuanto volviera a verle; una promesa infinitamente más dolorosa que el propio acto de matar en sí. Buena parte de Conor deseaba que Declan Broekhart cumpliera su promesa cuanto antes.

Billtoe empujó por la borda a su pasajero, que fue a caer a un embarcadero de madera de poca altura, en los brazos del segundo guardián.

—Quitémosle las pulgas, Pike —dijo—. Luego, que tome unas gachas y se prepare para la mina.

Arthur Billtoe sacó del bolsillo un rollo de tabaco de mascar y se lo metió en la boca.

—Ahora somos la familia del joven soldado, así que le mandaremos al tajo con un beso de Little Saltee. Un beso bien largo.

***

Los carceleros apremiaron a Conor escalones arriba, empujándole con la culata de sus respectivos rifles. Al pasar junto a la cárcel misma, Conor se percató de que el muro cortina superaba los tres metros de grosor y estaba construido de granito macizo. Cientos de años atrás, Raymond Trudeau había ordenado construir la prisión excavando la roca en la propia isla. A medida que los muros se elevaban, la prisión descendía. Se producían derrumbamientos e inundaciones, y los prisioneros morían; pero estas muertes nunca habían sido motivo suficiente para detener la extracción de diamantes hasta que el rey Nicholas ascendió al trono. Ahora que Bonvilain se encontraba al mando, la seguridad de los presos dejaría de ser una prioridad.

Los guardianes le hicieron franquear un rastrillo cuyas puntas de hierro negro emitían un sonido metálico por la vibración de las olas. Accedieron a un amplio patio sobre el que descollaban almenas impregnadas de sal y en las que había, al menos, una docena de tiradores expertos.

En un rincón del patio se veía un estanque a ras del suelo, rodeado de un tosco murete y con un tamaño de unos dos metros por dos. La profundidad no quedaba clara por los cúmulos de algas y de fango que acechaban bajo la superficie. Apestaba a agua estancada y putrefacta.

—Salta ahí dentro —dijo Billtoe con voz animada, segundos antes de propinar un empujón a Conor con el brazo en plena cara—. Esos ácaros matan cualquier cosa —le escuchó decir Conor en la fracción de segundo antes de que el agua turbia se cerrara sobre él y las esposas le arrastraran hasta el lecho esponjoso.

Conor tensó los músculos y los tendones de todo su cuerpo en espera del dolor que de nuevo le provocaría la sal; en cambio, el agua pareció aliviar sus heridas. Era agua dulce. Pero tenía algo más. Tal vez las algas segregaran un anestésico natural.

Antes de que Conor pudiera felicitarse por esta alegría imprevista, las masas informes que ocupaban el estanque se desplazaron resueltamente en su dirección. ¡Eran seres vivos! Conor estaba a punto de abrir la boca para gritar, pero el sentido común prevaleció. Se encontraba bajo el agua. Abrir la boca implicaba que todos aquellos arácnidos microscópicos le invadirían las entrañas. Se mordió los labios, sellándolos con fuerza, y forcejeó con el peso de las esposas para poder subir las manos y taparse la nariz; las orejas tendrían que defenderse por sí mismas.

Los ácaros se pusieron manos a la obra y con sus dientes minúsculos empezaron a raspar la piel de Conor. Este lo tomaba como la más macabra de las torturas, pero para su cuerpo suponía un enorme beneficio. Las esporas de las plantas acuáticas, perturbadas por los ácaros, le desinfectaron las heridas, que los parásitos acabaron de limpiar comiéndose todo rastro de infección. Arrancaban la sangre y la costra formando hendiduras, masticando hasta alcanzar la herida abierta. Devoraban los cabellos sueltos y la suciedad, llegando incluso a roer el falso tatuaje del regimiento en el brazo de Conor. Sólo pasaron por alto las motas de pólvora en la barbilla, pero éstas fueron arrastradas por las corrientes que el propio movimiento del muchacho producía.

Conor sabía que los guardianes no iban a permitir que se ahogara. Bonvilain no le habría trasladado hasta allí para que le asesinaran en el patio. De todos modos, aquellos parásitos le habían llevado al borde de la desesperación, y si los carceleros no hubieran enganchado la cadena de las esposas y tirado de ella para sacarle del estanque, habría abierto la boca, pues prefería unos pulmones inundados antes que soportar otro segundo más mientras los ácaros le corroían la piel.

Conor permaneció tumbado boca abajo, apenas sin aliento, sobre las toscas losetas cuyas aristas se le clavaban en la frente. Aún tenía ácaros encima. Notaba sus movimientos en las cejas y las orejas, su murmullo sobre la piel.

—Quitádmelos —suplicó a sus captores, odiándose por ello—. Os lo ruego.

Mientras se reían entre dientes, los guardianes así lo hicieron, con cubos de agua salada preparados para tal fin. El picor de la sal le dejó marcas rojizas por todo el cuerpo; recordaban al alambre de espino que el rey Nicholas había importado de Texas. Pero incluso aquel escozor era preferible a los dientes de un millón de ácaros.

Billtoe asestó una patada a Conor en el trasero.

—Levanta, Conor Finn. Ponte en marcha si quieres una cama; de otro modo, dormirás a la intemperie. A mí lo mismo me da, pero mañana la campana sonará en el tubo, y vas a necesitar toda tu energía.

A oídos de Conor, aquella charla sobre tubos y campanas era un galimatías. ¿Se trataba de una orquesta de iglesia, tal vez? Conor dudaba que en aquel lugar existiera algo tan espiritualmente edificante como la música sacra. Se levantó poco a poco, con la cabeza ladeada para dejar caer el resto de los ácaros.

—¿Qué eran esas criaturas? —preguntó. Con los oídos taponados, su propia voz le sonaba extraña.

—Ácaros carnívoros —respondió Billtoe—. Parásitos de agua dulce. Cuesta mucho criar esas preciosidades. Es el único estanque de ellos que existe, con la excepción de otro en Australia, y todo gracias a Heck el Errante. Hay que mantener estable la temperatura del agua para conservarlos.

Conor escuchó con interés aquella breve lección. Victor le había advertido que nunca pasara por alto ninguna clase de información. Lo que salvaba vidas era la información, y no los actos heroicos sin sentido. Aun así, por muchos datos que Victor guardara en su cabeza, no había conseguido salvar su propia vida. Heck el Errante era en realidad el rey Héctor II, monarca de las Saltee anterior a Nicholas. El rey Héctor había estado más interesado en explorar otros continentes que en gobernar su propio país, hecho que debió de venir de perlas al mariscal Bonvilain.

Conor se levantó y mantuvo los brazos bajos para apoyar la pesada cadena en el suelo. No lejos de su ojo izquierdo algo siseaba y, al mismo tiempo, emitía calor. Conor se encontraba demasiado agotado como para reaccionar. De otro modo, podría haber retrasado lo inevitable hasta que fueran convocados varios guardianes más. Tal como estaban las cosas, un único hombre bastó para inmovilizarle contra la pared. Arthur Billtoe le sujetó la mano izquierda a la piedra con una marca para ganado al rojo vivo.

—Un pequeño beso de Little Saltee —explicó Billtoe—. Espero que lo disfrutes.

Conor, sin dar crédito, se quedó mirando el hierro unos instantes. Luego, observó cómo el agua lo apagaba y percibió el olor pestilente de su propia carne chamuscada. No notaba dolor, pero sabía que estaba al llegar, y que luego no habría forma humana de evitarlo.

«Quiero alejarme de aquí volando —pensó Conor—. Necesito huir volando».

El dolor llegó por fin y Conor Broekhart echó a volar, aunque sólo con su extenuada mente.

Wynter, con «y».

La mañana llegó temprano a Little Saltee, anunciada por un único disparo de cañón dirigido hacia Irlanda. En la isla, el cañonazo era una tradición que sólo se había pasado por alto dos veces en los seiscientos años transcurridos desde que el rey Raymond II la hubiera instaurado. Una de estas ocasiones tuvo lugar en 1348, año en que un brote de peste acabó con la mitad de la población en menos de un mes; la otra, durante la Edad Media, cuando la flota pirata de Eusebius Crow invadió Great Saltee. El disparo servía tanto para despertar a los prisioneros como para recordar a los contrabandistas y bandoleros irlandeses, incluso al gobierno de aquel país, que las fuerzas armadas de las Saltee se encontraban alerta, dispuestas a repeler cualquier ataque.

El estruendo del cañonazo despertó a Conor Broekhart, que yacía sobre un catre de madera. A pesar de todo lo ocurrido, había dormido profundamente. Su cuerpo, que necesitaba tiempo para recuperarse, le había proporcionado una noche tranquila, carente de pesadillas. Innumerables dolores de diferente índole le asaltaron los sentidos, si bien el más insistente procedía de su mano izquierda.

«Un beso de Little Saltee».

Por lo tanto, todo era real: el magnicidio del rey, la consiguiente orfandad de Isabella y las amenazas de muerte por parte de su propio padre.

«Todo es real».

Con un estremecimiento, Conor levantó la mano para inspeccionar la herida, y se sorprendió al encontrarla cuidadosamente vendada. Un fluido verde rezumaba por el borde de la gasa.

—¿Te gusta el vendaje, muchacho? —preguntó una voz—. Ese mejunje verde es Plantago lanceolata. También te he puesto un poco en la cara. Para conseguirlo, tuve que entregar mi último rollo de tabaco a uno de los carceleros.

Con los ojos entrecerrados, Conor recorrió la celda sumida en la penumbra. Unas piernas largas y delgadas destacaban entre las sombras. Una muñeca escuálida cubría una de las rodillas, y largos dedos pulsaban imaginarias teclas de piano.

—¿Me ha puesto usted la venda? —preguntó Conor—. Tengo… Tenía un amigo que sabía mucho de remedios medicinales.

—De joven, pasé un año con los Rufianes de Misuri durante la guerra civil norteamericana —prosiguió el hombre con acento estadounidense—. Aprendí algo de medicina. Pero, claro, cuando descubrieron que era un espía de los yanquis, el mismísimo Jesse James me clavó un atizador en los ojos. Pensaría que ya había visto lo suficiente, digo yo.

—Gracias, señor. No esperaba encontrar compasión en un lugar como éste.

—Y no la encontrarás con demasiada frecuencia —advirtió el yanqui—. Por eso,

cualquier pequeña muestra de amabilidad reluce como un diamante en un cubo de carbón. Naturalmente nosotros, los locos, somos los más atentos de todos.

Durante unos instantes, Conor se quedó perplejo. «¿Nosotros los locos?».

Entonces, le vino a la memoria que Bonvilain le había declarado demente. Chiflado. Como una regadera.

El norteamericano continuaba hablando.

—Aunque, claro, en sentido estricto, soy un disminuido físico, y no un loco; pero aquí, en Little Saltee, nos meten a todos en el mismo saco: locos, inválidos y violentos —se levantó con lentitud, al tiempo que alargaba una mano—. Permíteme presentarme. Me llamo Linus Wynter, con «y». A partir de ahora, me verás muy a menudo; pero me temo que yo no voy a verte a ti.

Wynter emergió de las sombras como un revoltijo de escobas que se desploman al abrir un armario. Era un hombre larguirucho y desgarbado de más de cincuenta años, vestido con los andrajosos restos de lo que tiempo atrás fuera un exquisito traje de etiqueta. Al igual que Conor, llevaba un vendaje; pero en su caso le cubría las cuencas vacías de los ojos. Jesse James se había empleado a conciencia con el atizador, el cual había dejado en la frente despejada del estadounidense varias cicatrices de color púrpura.

Wynter dio un tirón a la venda.

—Cuando actuaba, solía llevar una máscara. Muy melodramático. Muy al estilo de Dickens.

Conor estrechó la mano de Linus Wynter con toda la firmeza que le resultó posible.

—Conor… Finn. Ahora me llaman así.

Wynter asintió con un gesto; su nariz y su nuez, ambas prominentes, proyectaban sombras angulares que le bailaban por el rostro y el cuello.

—Entiendo. Un nombre nuevo. En Little Saltee, más vale convertirse en una persona diferente. El viejo Conor se ha esfumado, ha muerto. Todo hombre necesita una sensibilidad diferente para sobrevivir en esta isla. Por muy joven que sea.

«¿Por muy joven que sea?».

Conor agitó una mano frente al rostro de Wynter.

—¿Cómo puede saber mi edad? ¿Es que el resto de sus sentidos se han agudizado?

—Sí, para compensar la falta de visión. Y ahora, por favor, baja la mano. En fin, el caso es que lo sé todo sobre ti, joven Conor Broekhart, o Conor Finn, porque te has pasado la noche delirando y no he podido dormir con tus balbuceos. Entonces, ¿es verdad que ha muerto el rey?

Los ojos de Conor se cuajaron de lágrimas. Al escuchar a un desconocido mencionar en voz alta la muerte del monarca, tuvo la impresión de que el crimen de

Bonvilain aterrizaba en el mundo real.

—Sí. Yo le vi muerto.

Wynter exhaló un suspiro prolongado y afligido al tiempo que se pasaba los dedos por su mata de cabello grisáceo.

—Es una noticia terrible. Más de lo que te imaginas. Con Bonvilain, estas islas regresarán a los tiempos oscuros.

—¿Conoce a Bonvilain?

—Conozco muchas cosas sobre los asuntos de las Saltee —Wynter, con la boca entreabierta como para seguir hablando, parecía dispuesto a embarcarse en una larga explicación, pero de pronto se detuvo y ladeó la cabeza como el ciervo que intuye la presencia de cazadores—. Ya seguiremos con las historias esta noche. Durante la cena, tal vez —se inclinó hacia delante y sus dedos se agitaron como arañas en el aire hasta posarse sobre los hombros de Conor—. Ahora, Conor Finn, escúchame bien —dijo con una nota de urgencia en la voz—. El carcelero se acerca. Hoy tratarán de someterte. Mantente alerta de cualquier peligro: una puñalada imprevista, un estacazo en las espinillas. Acaba el día sano y salvo y por la noche te enseñaré a sobrevivir en este infierno. Existe un final, y nosotros lo veremos; confía en mí.

—¿Someterme? —se extrañó Cono\1—\2. ¿Por qué?

—Es la costumbre aquí. Un hombre sometido, incluso un muchacho, no suele perjudicar el rendimiento de la mina. Y en Little Saltee, el auténtico rey es el rendimiento, y no Arthur Billtoe.

Conor se acordó del estrafalario pirata que le había transportado hasta la prisión. No había parecido dispuesto a mover uno de sus enjoyados dedos para proteger a Conor.

—¿Qué debo hacer?

—Trabaja a conciencia —replicó Wynter—, y no te fíes de hombre o animal alguno. Y mucho menos de las ovejas.

Antes de que Linus Wynter tuviera ocasión de explicar tan insólito comentario, el pesado cerrojo de la puerta, al raspar las anillas de hierro, produjo un chirrido casi armónico.

—Do mayor —indicó Wynter con tono distraído—. Todas las mañanas. Maravilloso.

Se trataba de un sonido que Conor anhelaría durante los meses por venir, una melodía que escuchaba en sus sueños. La apertura del cerrojo significaba la liberación de la húmeda y oscura celda, pero también servía como recordatorio de que semejante libertad sólo era temporal. Los cronistas de la época han dejado constancia de que los supervivientes de Little Saltee solían sufrir de insomnio, que desaparecía al instalar un cerrojo oxidado en la puerta de sus respectivos dormitorios.

Arthur Billtoe asomó la cabeza por detrás de la puerta, mostrando en el rostro la

jovial expresión del tío cariñoso que despierta a su sobrino para ir a nadar a la charca. Llevaba el cabello peinado hacia atrás con un pegote de grasa, y los gruesos pelos de la barba le salían disparados como clavos martilleados desde el interior de la piel.

—¿Preparado para el tubo, Conor Finn? —preguntó, haciendo tintinear un par de esposas.

Los dedos de Wynter se aferraron a los hombros de Conor como tenazas de hierro.

—La boca cerrada. Trabaja sin parar. Cuidado con las ovejas. Y no hagas enfadar al señor Billtoe.

Billtoe entró en la celda y colocó las esposas en las muñecas de Conor.

—Ah, sí; no me hagas enfadar nunca, soldadito. Ponme un dedo encima y te amarro a una argolla de la muralla inferior durante la marea alta. Y con respecto a las ovejas, el ciego tiene razón. Aquí, en Little Saltee, las ovejas no se usan para hacer estofado.

Toda aquella charla sobre ovejas resultaba insólita, siniestra. Conor imaginó que le aguardaba una sorpresa, y no precisamente agradable.

***

Por lo general, en las posadas, incluso en las cárceles, se sirve el desayuno antes de que comience el trabajo de la jornada. En Little Saltee era diferente. En la isla, el primer alimento del día se utilizaba como incentivo para trabajar con más ahínco. Sin diamantes, no había pan. Era un planteamiento bien sencillo que durante siglos había demostrado su efectividad. Conor había esperado una primera parada en un comedor, pero le condujeron directamente a la mina de diamantes, o el tubo, como la denominaban los residentes en la prisión.

Por el camino, Billtoe le fue explicando la rutina diaria en Little Saltee.

—Los salts con el estómago lleno tienden a mostrarse perezosos, atontados —comentó mientras masticaba un pedazo de pan que se guardaba en el bolsillo entre mordisco y mordisco.

Para Conor, que no había probado bocado en las últimas veinticuatro horas, se trataba de otra forma de tortura. Las punzadas de hambre quedaron pronto atenuadas por la repugnante costumbre de Billtoe, consistente en que después de tragarse un bocado lo regurgitaba para volver a saborearlo. Cada regurgitación iba acompañada de un estremecimiento que recorría la espina dorsal del carcelero como un latigazo.

Aunque Conor se sentía asqueado, sabía que el hambre no tardaría en regresar, que le carcomería la pared interior del estómago como si su cuerpo, desesperado, se hubiera rebelado en contra de sí mismo. El repique de una campana de iglesia en la distancia le distrajo de sus pensamientos. En aquel lugar dejado de la mano de Dios,

resultaba un auténtico misterio.

Billtoe pareció animarse al escuchar el sonido.

—Entona tus oraciones, muchacho —dijo entre carcajadas.

El carcelero clavó la culata de su rifle en la espalda de Conor y le fue empujando por un pasadizo de adoquines iluminado por antorchas y por la difusa luz del amanecer, que entraba por las claraboyas del techo. El oleaje chocaba contra el muro de granito que discurría por la izquierda, en parte natural y en parte labrado, como si la isla se elevara a partir de la estructura. Con la fuerza de las olas, el pasadizo se estremecía y un centenar de regueros penetraba a través de la argamasa, quebradiza como el queso.

—Nos encontramos por debajo del nivel del mar —explicó Billtoe, como si Conor no se hubiera percatado—. Hace un tiempo, la prisión y la mina estaban separadas, pero la avaricia de los Trudeau y el trabajo de los presos acabaron por juntarlas. El sótano de la prisión estaba situado en aquella dirección y, con el tiempo, ambas se encontraron. Fue cuestión de derribar una pared, nada más. Para nosotros, los guardianes del ala del manicomio, resultó una suerte. Ahora no tenemos que aventurarnos a la intemperie; dejamos que los locos trabajen en la mina. En muchos casos, ni siquiera saben que resulta peligroso, y casi todos trabajan hasta que les sangran las manos si te los sabes camelar.

Billtoe realizaba esta disertación con un tono risueño que se contradecía con su naturaleza cruel. De no haber sido por los culatazos en la espalda y el beso de Little Saltee que le abrasaba la mano, Conor podría haber tomado al carcelero por un hombre amable.

Recorrieron un laberinto de pasillos salpicados de fornidas puertas y bóvedas resquebrajadas. El sótano de la prisión parecía en peligro de un derrumbamiento inminente.

—Parece que todo esto está a punto de hundirse, ¿verdad? —observó Billtoe, interpretando la expresión de Conor—. Pues sigue con el mismo aspecto desde que yo llegué aquí. No te engañes, este agujero te sobrevivirá. Aunque claro, siendo como eres un salt, no significa gran cosa.

Un salt. Conor ya había escuchado ese término. Así llamaban a los presos de Little Saltee. Quedaban marcados para siempre con una «S» en la mano. Ahora, Conor era un salt.

Al final del pasadizo se encontraron en una zona abierta que siglos atrás podía haber sido un almacén de alimentos. En las paredes se apreciaban descoloridas manchas de especias y de harina. Las losetas centrales habían sido levantadas y por el hueco se habían introducido escaleras de mano. Unos veinte guardianes se encontraban en el lugar, pertrechados con rifles corrientes, pero también con armas más particulares. Conor divisó cuchillos indios, látigos, puñales, alfanjes, revólveres

norteamericanos, cachiporras y hasta una espada samurai. La tradición de contratar mercenarios había dejado su huella en el arsenal de las islas. Los guardias mataban el tiempo fumando, mascando tabaco y escupiendo. Fingían despreocupación, pero Conor se percató de que desde el primero hasta el último mantenían el puño sobre un arma u otra. Era un lugar peligroso; no convenía olvidarlo.

Las escaleras de mano descendían hasta aguas profundas y oscuras, delimitadas por la escasa luz que conseguía penetrar. Otros guardianes estaban alineados junto a las paredes de la gruta inferior, por encima de la superficie del agua. Varios convictos forcejeaban con un andamio que encerraba una gigantesca campana de bronce, la cual oscilaba en el reducido espacio como un péndulo y, al chocar, arrancaba fragmentos de piedra de la pared de la cueva mientras provocaba estrepitosos sonidos que recordaban al redoble de campanas de una catedral y llegaban hasta el nivel superior.

—Bienvenido al tubo —dijo Billtoe, escupiendo migajas de pan al hablar.

Conor tenía conocimientos sobre la geología de la isla gracias a las clases de Victor, y no tardó en darse cuenta de lo que allí se llevaba a cabo. La mina de diamantes de Saltee procedía del conducto de un volcán del otro extremo del mundo que había sido escindido por un glaciar y depositado en la costa irlandesa. Eso significaba que algún día las reservas de diamantes se agotarían, sobre todo teniendo en cuenta la extracción ávida y constante por parte de la familia Trudeau. No era la primera vez que se recurría a la minería submarina para aumentar las reservas de diamantes, pero el rey Nicholas había prohibido semejante práctica a los seis meses de su coronación. Aquella estructura de bronce era una campana de buceo, desde cuyo interior los prisioneros arrancaban diamantes en bruto de la parte de la mina que quedaba bajo el agua. Los decretos del rey Nicholas estaban siendo anulados antes de que su cadáver se enfriara. Era evidente que Bonvilain llevaba largos y amargos años tramando sus planes.

—Esa campana es muy antigua —comentó Conor en voz baja—. Debe de tener unos cien años.

Billtoe se encogió de hombros con gesto teatral y luego abrió las esposas de Conor.

—A mí me trae sin cuidado; no soy yo quien tiene que sumergirse, a Dios gracias. Es fácil hacerse daño, y cosas peores, como tú mismo descubrirás esta bonita mañana. Venga, abajo.

Otro empujón con la culata de su rifle provocó que Conor saliera tambaleándose en dirección a la ancha escalera que sobresalía desde las sombras de la gruta. Los largueros de la escalera se le clavaron en el pecho, evitando un resbalón que le hiciera caer en el pozo, así como el final de una incipiente carrera como minero.

—¡Baja un preso! —gritó Billtoe.

El guardián de más antigüedad levantó la vista a través de la penumbra al tiempo

que torcía el gesto. Conor se percató de que era el hombre que había acompañado a Billtoe la tarde anterior. Sus rasgos más sobresalientes eran una falta casi absoluta de cabello y una postura encorvada que le hacía parecer jorobado.

—No necesitamos ninguno más, Arthur —gritó en respuesta—. Estamos al completo, aunque algunos terminen estirando la pata en la campana.

Billtoe agarró a Conor por el cogote, apremiándole para que se montara en la escalera.

—Basta ya, Pike. Éste es el chico especial de Bonvilain, ¿te acuerdas? Hay que vigilarle de cerca.

El enfurruñado gesto de Pike dio paso a una expresión cruel.

—Ah, sí; el chico especial. El principito. Mándale aquí abajo. Tengo unos cuantos carneros ansiosos por embestirle con su cornamenta.

«¿Carneros, ovejas? ¿A qué se referiría?».

Billtoe pisó una mano de Conor, forzándole a descender un travesaño.

—Abajo, Conor Finn. No me obligues a romperte los dedos. Calzo unas buenas botas y la sangre de un salt las estropearía.

Se produjo un curioso y expectante silencio mientras Conor se adentraba en el abismo. Notaba que la temperatura iba en descenso a cada escalón que bajaba, hasta que el frío del agua empezó a elevarse de la superficie y le envolvió los hombros como si de una pesada capa invisible se tratara. Conor se sentía asustado a más no poder, casi petrificado, incapaz de moverse; pero al cabo de unos instantes la gravedad le tiró de los huesos, ayudándole a bajar.

Los convictos del ala del manicomio formaban una pandilla de lo más variopinto, en la que abundaban las miradas ausentes y las mandíbulas flácidas. Se quedaron contemplando a Conor con odio, con miedo, y la amenaza de peligro se palpaba en el salobre ambiente. Durante un buen rato, el silencio reinante tan sólo fue interrumpido por el chirrido de la escalera y el lamido del agua contra la roca.

Por fin, Conor pisó el suelo de la gruta, donde se sintió como una bandera enemiga bajo la mirada penetrante de tantos antagonistas. Billtoe bajó la escalera detrás de él y señaló la campana con un gesto.

—Te presento a Flora. ¿Sabes qué es?

—Una campana de buceo —masculló Conor en respuesta.

—No, cabeza hueca. Es… —Billtoe se disgustó al darse cuenta de que le habían robado la información. Clavó un rígido dedo en el pecho de Conor—. Sí, es verdad. Es una campana de buceo. Y ya que eres tan listo, serás el primero en meterte dentro. Flora ha estado varios años fuera de servicio, pero seguro que todas las piezas están en condiciones.

Conor se obligó a sí mismo a examinar la campana, aunque lo único que deseaba era acurrucarse en un rincón y echarse a llorar por la mala suerte que le perseguía.

Parecía en buen estado, si bien en varios lugares mostraba hondas abolladuras provocadas por la roca. Se encontraba suspendida de una serie de cadenas amarradas a una argolla de hierro que, a su vez, se sujetaba por medio de otra media docena de cadenas atadas a la estructura del andamio que quedaba por encima. Las cadenas parecían tan antiguas como la propia campana y, al oscilar, algunos de los eslabones corroídos soltaban escamas de óxido. Una agrietada manguera de goma emergía de la parte superior de la campana y serpenteaba hacia arriba, en dirección a una especie de fuelle con manivela que, según imaginó Conor, debía de ser una antiquísima bomba de aire. Dos de los presos accionaban la manivela. Uno de ellos sufría continuos ataques de tos tísica y el otro se detenía a intervalos regulares para escupir sobre las rocas esputos de tabaco. Por descontado, no era el dúo ideal para la tarea. Conor no se fiaría de ninguno ni para proporcionar oxígeno a los pulmones de un cachorro.

Billtoe dio unos pasos atrás y, a gritos, se dirigió a un guardián que tenía por encima.

—Que la bajen. Que no se rompa la manguera, o el encargado nos dará una buena tunda.

La campana de buceo fue descendiendo a trompicones, de acuerdo con la fortaleza de los prisioneros que soportaban el peso y los chapuceros enredos en las cadenas provocados en la inmersión anterior. Algunos de los eslabones se habían apiñado formando enmarañados nudos y ahora, al soltarse, salían disparados y provocaban que la campana diera bandazos y sacudidas. Las paredes de la gruta hacían eco de los disonantes ruidos metálicos, causando que todos cuantos tuvieran las manos libres se taparan los oídos.

—¡Menudo jaleo estáis armando! —increpó Billtoe a su camarada—. Aquí abajo armáis más jaleo que una panda de borrachos el día de San Christopher.

San Christopher había sido adoptado por los Trudeau como el santo patrón de las Saltee. La iglesia de Great Saltee llevaba su nombre.

—No es culpa mía, Billtoe —replicó el guardián—. Está bajando, ¿no? Cuidado, a ver si te va a aterrizar en la cabeza.

El comentario era en broma, pero, por si acaso, Billtoe se desplazó hacia un lado a toda prisa. Flora descendía balanceándose, como una inquieta cría de mono colgada de una liana, hasta que por fin cayó con un chapoteo sobre el agua oscura, formando ondas concéntricas que se precipitaban contra las rocas.

—¡Todos los días! —suspiró Billtoe mientras se limpiaba la frente con un pañuelo—. A partir de ahora, tendremos que aguantar este maldito follón todos los días —dirigió su atención, y también su enojo, a los prisioneros encargados de las bombas—. ¡Esa manivela! ¡Estúpidos ignorantes, cabezas de cholito!

—Sí, jefe —mascullaron, y se dispusieron a bombear el fuelle, enviando aire a través de la manguera de goma hasta el interior de la campana. La manguera se

retorcía y aleteaba a medida que el aire la inflaba ligeramente.

La campana se fue hundiendo poco a poco en el mar, emitiendo un curioso y estremecedor zumbido a medida que el agua acariciaba su superficie.

Billtoe propinó un codazo a Conor.

—¿Has oído eso, soldadito? Lo llamamos «canto de sirena», porque es el último sonido que escuchan muchos salts. Ay, Señor; se me había olvidado lo agradable que resulta.

En la parte superior de la campana se distinguía una banda de cristal sellada con caucho. Esta ventana estaba cubierta de una gruesa capa de algas y suciedad que hacía imposible ver a través de ella.

Billtoe siguió la mirada de Conor.

—Sí, es una lástima lo de esa portilla. Más sucia que los calzones de un pordiosero. Hoy no vamos a ver gran cosa de lo que pasa ahí dentro. Ojalá no se produzcan accidentes desafortunados.

Conor albergaba pocas dudas con respecto al infortunio de lo que le esperaba, y estaba convencido de que no sería por accidente. Billtoe tenía la intención de someterle en el interior de la campana. Todo aquel asunto era una auténtica pesadilla. Espantado, retrocedió de su guardián como lo haría de una antorcha en llamas.

—¿A qué viene tanto aspaviento, muchacho? —preguntó Billtoe—. ¿Tan poco has tardado en volverte loco? Pues más te vale no perder la cabeza dentro de la campana.

Por sorprendente que fuera, este último comentario tenía visos de sabio consejo por parte del carcelero. Suponía una advertencia, y Conor lo tomó como tal. Fueran cuales fuesen sus problemas, tenía que olvidarlos hasta encontrarse a salvo, de regreso en su celda. Linus Wynter le ayudaría a subsistir en aquel infierno, pero sólo si Conor vivía lo suficiente para volver a encontrarse con él. Seguro que Bonvilain, el muy traidor, no deseaba su muerte; pero tal vez las misteriosas ovejas no siempre obedecían las órdenes al pie de la letra.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó a Billtoe; más valía prepararse lo mejor posible.

Billtoe estaba deseoso de soltar un discurso.

—Bajamos a Flora al tubo; luego, te sumerges con tu compañero y empiezas a extraer diamantes. Es cuestión de coser y cantar —soltó un ladrido a un prisionero que se rezagaba junto a la superficie del agua—. Tú, merluzo, entrégale tu cinturón.

El hombre colocó una mano protectora sobre su cinturón de cuero.

—Pero, jefe, llevo años utilizando estas herramientas. Las heredé de mi padre.

Billtoe se dio unos golpecitos en la cabeza, como si tuviera agua en los oídos.

—¿Qué es esa cháchara? Oigo el parloteo de un muerto. Debe de filtrarse por los balazos en el cuello.

Dos segundos más tarde, el cinturón se encontraba en manos de Conor. Billtoe repasó las herramientas.

—Tienes un martillo picador para romper la roca. Golpeas la piedra con el martillo y luego extraes los diamantes, que parecen más bien canicas de vidrio. No tengas miedo de romperlos, es imposible, porque están hechos de…

—La materia natural más dura —concluyó Conor sin apenas darse cuenta.

—La materia natural más dura —prosiguió Billtoe, y luego frunció el ceño. Alargó la mano y abofeteó al muchacho en la sien—. Deja ya de darme las lecciones que yo te estoy dando a ti. Es una característica tuya de lo más irritante, y me encantaría quitártela con una buena paliza.

Conor asintió, haciendo caso omiso del dolor en la cabeza, al igual que ignoraba los demás dolores.

—Esto de aquí —prosiguió Billtoe con tono de orgullo, señalando una pequeña herramienta con forma de tridente— es una horquilla del diablo. Fue inventada en esta misma isla por un tal Arthur Billtoe, hace más de veinte años. Esta preciosidad me consiguió un empleo de por vida. Además, el mismísimo mariscal Bonvilain me otorgó una casa en Great Saltee. Es tele… tele…

—Telescópica —resolvió Conor, pensando que si Billtoe ni siquiera era capaz de pronunciar la palabra, era poco probable que hubiera inventado una herramienta con semejante característica. Lo más seguro es que le hubiera robado la idea a uno de los presos.

—Exacto, telescópica. Lo tenía en la punta de la lengua, a ver qué te crees.

Billtoe sacó la horquilla de su funda, giró unas cuantas anillas y la herramienta pasó de una longitud de veinte centímetros a otra de noventa.

—Ahora, se introduce esta preciosidad por las grietas para agarrar las piedras que hayan caído por dentro. Impresionante, ¿verdad?

Conor asintió, pues sabía lo que le convenía, aunque un tridente extensible a duras penas podía calificarse como impresionante. Sin embargo, era práctico e ingenioso, y venía a demostrar que Bonvilain sabía detectar las buenas ideas cuando se le presentaban.

—Así que lo único que tienes que hacer es sumergirte ahí abajo, meterte en la campana y excavar tantos diamantes como puedas hasta que acabe tu turno. Los guardas en tu red y los subes aquí arriba. Es coser y cantar. Naturalmente, registramos a todos los buzos, y si encontramos alguna piedra fuera de esa red, busco al guardián más brutal de la isla y le ordeno que te azote hasta que se te quiten las ganas de robar. ¿Está claro, soldadito?

Conor asintió, preguntándose si la mina se encontraría cerca del mar abierto.

Una vez más, Billtoe hizo gala de una inquietante habilidad para anticipar los pensamientos de Conor.

—Por descontado, puedes optar por seguir nadando para huir. Tal vez el señuelo de la libertad resulte demasiado tentador para ti. Eres muy libre de intentarlo. Podrías incluso conseguirlo; eso sí, serías el primero, y hombres más fuertes que tú lo han intentado. Nos siguen llegando cuerpos a la gruta, arrastrados por el agua, décadas después de que se ahogaran. ¿Y sabes qué? Todos los cadáveres parecen iguales.

Conor se abrochó el cinturón a las caderas, ajustándolo hasta el último agujero. No podía imaginarse manera alguna de escapar de semejante tarea. En la mitología griega, cuando los héroes se enfrentaban a pruebas abrumadoras, se aplicaban a ellas con estoica resolución y salían victoriosos. Conor no podía reunir ni una pizca de determinación para semejante prueba; lo único que sentía era un agotamiento insoportable. E incluso aunque saliera victorioso, su única recompensa sería más de lo mismo al día siguiente, y así un día tras otro.

Billtoe le animó con un amigable guiño y dio unas alegres palmaditas en la pistola que llevaba a la cintura. Conor introdujo un pie en el agua y el frío le agarró con su puño helado, arrebatándole la vida de los dedos. Se le escapó de los labios un ahogado grito involuntario que provocó risotadas entre los hombres allí reunidos.

Tardó unos instantes en acostumbrarse a la temperatura del agua y paseó la vista rápidamente por la cueva, preguntándose si encontraría una sola persona dispuesta a acudir en su ayuda. Todas las miradas con las que se cruzó se le antojaron hostiles. Eran hombres toscos en un entorno malvado, poco dispuestos a malgastar el tiempo en sentir compasión. Conor reflexionó que, de no ser por los uniformes, los carceleros no se distinguirían de los presos. Se encontraba solo en aquel trance; eran catorce, y se encontraba solo. Se trataba de una de las escasas ocasiones en su vida en las que su padre no estaba a su lado para ofrecerle consejo. Y si Declan Broekhart hubiera estado allí, tal vez se habría reído junto con los demás. El mero pensamiento le resultaba insoportable.

Aunque sin duda estaba solo, había algo en su interior que no le permitía darse por vencido. La inteligencia de su madre y el empuje de su padre ejercían una fuerte presencia en su espíritu. De alguna manera, resistiría, conseguiría sobrevivir. Si fuera capaz de regresar a la celda con un hálito de vida, Linus Wynter, el norteamericano, podría enseñarle un par de cosas sobre Little Saltee.

«Aparta todo eso de tu mente —se dijo—. Olvida a tu familia, al rey, a Isabella. Olvídalos a todos. Concéntrate en vivir; sólo así podrás pensar en ellos otro día».

La teoría era más fácil que la práctica, pero Conor se esforzó cuanto pudo y se concentró en la escena que tenía ante sus ojos, dejando a un lado su tormento. Dio un paso adelante en el saliente rocoso y con toda rapidez se hundió en las aguas frías y oscuras de Little Saltee.

Por un instante, el frío le resultó inaguantable y parecía que nada, nunca, podría superarlo en intensidad. Conor empezó a agitar las piernas y los brazos de un lado a

otro, no por miedo, sino para generar algo de calor. Con frecuencia había nadado en las playas de las Saltee con anterioridad, pero el agua en la que ahora se encontraba sumergido jamás había visto la luz del sol. Nada podía elevar la temperatura unos cuantos grados.

Conor abrió los ojos y fijó la vista a través de la líquida penumbra. Por debajo de él descubrió una mancha anaranjada, como un sol desvaído atrapado en el espacio negro.

«La campana. No está tan lejos —se dijo—. Habría que ser muy mal nadador para no cubrir la distancia. Diez brazadas, como mucho».

Conor se zambulló y nadó ahuecando las manos para batir el agua con mayor eficacia. Siempre había sido un buen nadador, por lo que de inmediato advirtió que la mancha anaranjada adquiría su forma de campana y pudo distinguir la textura de la superficie. Este pequeño éxito le confortó en cierta forma.

«No estoy indefenso. Aún puedo hacer cosas».

La campana oscilaba con suavidad a unos sesenta centímetros por encima del lecho de la cueva y burbujas de aire escapaban del interior, como hebras de perlas, a través de una docena de brechas diminutas. Conor se agarró del cerco curvado de la estructura de bronce y, retorciéndose, se coló dentro. Sus esfuerzos se vieron recompensados con el aire del habitáculo; no agradable o fresco, en absoluto, pero aire al fin y al cabo. Conor llenó sus pulmones al máximo, ignorando el olor a caucho y la película grasienta que instantáneamente le cubrió la nariz y la garganta.

El agua se elevaba unos quince centímetros en el interior de la campana de buceo, y la superficie en la que Conor apoyaba los pies resultaba tan irregular y resbaladiza como peligrosa. No era el entorno ideal para trabajar. La propia campana tenía un diámetro de apenas tres metros, y al oscilar trazando arcos irregulares por efecto de la corriente, golpeaba a Conor en el hombro y el codo. Se encorvó todo lo que pudo y trató de protegerse la cabeza. La luz era macilenta y trémula.

Levantó la vista hacia la portilla, pero no se distinguía nada, salvo unas cuantas siluetas borrosas y ondulantes. ¿Serían hombres? ¿O acaso rocas? Imposible averiguarlo. Entonces, una de las siluetas se separó de las demás.

Con un miedo más gélido que el agua del mar, Conor observó cómo la figura saltaba al océano, haciendo estallar su superficie en un rompecabezas de esquirlas plateadas. El rumor del chapoteo llegó por el conducto de aire de la campana. También se escuchó otro sonido: el de carcajadas, que flotaban por la mina como una presencia fantasmal. Era una risa oscura, cruel, amenazadora.

Conor trató de poner freno al terror más absoluto.

«Sobrevive. Puedes hacer cosas. Sobrevive».

Entonces, algo pasó junto a la portilla a toda velocidad. Un brazo pálido, grueso y musculoso que daba palmetazos en el agua. En el antebrazo, dibujado con marcadas

perforaciones, lo bastante visible incluso a través de la capa de suciedad, se apreciaba el tatuaje de un carnero con cornamenta.

«Un carnero, el macho de la oveja —pensó Conor—. Aquí, en Little Saltee, las ovejas no se usan para hacer estofado».

La figura desapareció de la vista y se colocó por debajo del borde inferior de la campana. Unas manos dieron una palmada en el bronce, provocando una cacofonía de estremecedores sonidos metálicos en el interior. Los ruidos reverberaron en la campana de buceo hasta tal punto que Conor se puso a rezar rogando silencio. Los oídos estaban a punto de estallarle. A continuación, cuatro dedos gruesos se curvaron bajo el borde de la campana; bajo el agua, emitían un resplandor blanquecino.

Cada dedo estaba tatuado con una sola letra. Incluso mirándolos al revés, no hacía falta ser un erudito para leer lo que las letras prometían.

P. A. I. N. Es decir, «dolor».

Conor no dudó ni un segundo que, en efecto, era dolor lo que le aguardaba.

***

Un hombre de proporciones formidables se arrastró junto al lecho marino, haciendo caso omiso de las afiladas rocas que le arañaban la carne. Cuando se puso de pie en el interior de la campana, una docena de arroyuelos rojos le asomaban por el pecho. De pronto, Conor tuvo la impresión de que le faltaba el aire. Retrocedió hasta que el frío metal de la campana se le quedó pegado a la espalda.

El tamaño del hombre quedaba sin duda exagerado por el reducido espacio; aun así, a Conor le parecía un gigante. El recién llegado abrió los brazos de par en par, haciendo tintinear con los dedos las paredes de bronce como si de un piano de cola se tratara. El delicado sonido no era lo más apropiado dada la situación. Fueran cuales fuesen las intenciones de aquel hombre, no parecía tener prisa en llevar a cabo su misión. Se estiraba de un lado a otro, chasqueando sin parar el cuello y los nudillos mientras mostraba una expresión de serena satisfacción. Conor descifró muchas cosas en esa mueca: la confianza en sus facultades sanguinarias, el recuerdo de actos violentos en el pasado y la expectación ante la tarea que tenía por delante.

El hombre sonrió, dejando a la vista una dentadura amarillenta por el tabaco, pero su animado gesto se vino abajo al reparar en la juventud de Conor.

—Por todas las campanas del infierno, no eres más que un muchacho. ¿Qué has hecho? ¿Exagerar tu edad para entrar en el ejército? ¿Tan desesperado estás por patrullar una muralla? ¡Si ni siquiera estamos en guerra!

—Eres una oveja —dijo Conor, paralizado de miedo—. En Little Saltee, las ovejas no se usan para hacer estofado.

El hombre acarició su tatuaje con afecto.

—Hay quien nos llama ovejas, es verdad; pero en realidad somos los Carneros Rampantes, porque nuestro trabajo preferido consiste en atacar.

Ahora Conor entendió las continuas referencias a las ovejas. Los Carneros Rampantes constituían una conocida banda de irlandeses residentes en la capital de Inglaterra que ejercía el contrabando en numerosos puertos, desde Londres hasta Boston. Otra fuente de ingresos era el alquiler de matones. Daba la impresión de que aquel carnero en particular se ganaba bien el sueldo.

—Pero bueno, qué le vamos a hacer —prosiguió el hombre—. Ya me han pagado, y no me gusta decepcionar a mis clientes, así que no tendrás más remedio que aguantar la paliza, por muy joven que seas.

—¿Vas a matarme? —preguntó Conor. El olor que aquel hombre emanaba inundaba la campana, provocando una sensación de asfixia en el reducido espacio. Apestaba a sangre, sudor, tabaco y aliento rancio.

El hombre se abrió la camisa y dejó al descubierto una lista tatuada en el pecho.

—Si te matara, mi cliente no estaría en deuda conmigo porque me ha pagado tres libras.

Conor leyó las palabras grabadas en la pálida piel del hombre:

Puñetazos: 2 chelines
Dos ojos morados: 4 chelines
Romper nariz y mandíbula: 10 chelines
K.O. (con garrote): 15 chelines
Arrancar oreja de un mordisco: igual que anterior
Romper pierna o brazo: 19 chelines
Disparo en una pierna: 25 chelines
Puñalada: igual que anterior
Mandar al otro barrio: a partir de 3 libras

El hombre se abotonó la camisa.

—Me pagó tres libras, sí; pero dijo que lo alargara. Que te golpeara a diario hasta que el crédito se agotase. Son un montón de puñetazos, claro está; pero como no eres más que un chiquillo, me imagino que con un guantazo al día tendremos suficiente. Si el trabajo se vuelve aburrido pasadas unas semanas, puede que te arranque la oreja de un mordisco para rematar.

Conor no daba crédito a lo que escuchaba. La actitud de aquel hombre era la de un profesional; se comportaba como el maestro de obras que detalla el presupuesto para reparar un tejado.

—¿Qué harás cuando suban los precios?

El hombre frunció el ceño.

—¿Te refieres al tatuaje? No se me había ocurrido. Me figuro que me lo tendrán que escribir por encima. Hay un tipo bajito de Galway; se le dan bien las agujas. Bueno, pues hasta mañana…

—¿Cómo? —dijo Conor, pero antes de terminar de pronunciar la palabra el gigantesco puño del hombre ya había empezado a trazar un arco, y acto seguido le golpeó en la cabeza como un cañonazo. Lo último que Conor consiguió ver fueron las letras tatuadas en los dedos de su atacante, aunque mantuvo la consciencia el tiempo suficiente para escuchar la salvaje cancioncilla que entonaba el carnero rampante:

Los golpeamos,
los apuñalamos,
los mordemos,
los lisiamos.
Nuestra violencia no tiene fin,
paga tu precio y lo haremos por ti.
Si estás en apuros,
si alguien te molesta,
los Carneros Rampantes
tenemos la respuesta.

A continuación, el mundo entero se inundó de agua y Conor, de buena gana, se dejó arrastrar por la corriente.

«Quizá esta vez no me despierte —pensó—. No quiero volver a despertarme, nunca más».

***

Pero se despertó, muchas horas después. Linus estaba inclinado sobre él, con los dedos manchados de una pasta verde.

—Más plantago, me temo —explicó—. Empieza a convertirse en una costumbre.

Conor volvió a cerrar los ojos, temeroso de echarse a llorar. Se mantuvo inmóvil durante un buen rato, respirando en silencio por la nariz. Notaba el frío emplasto en la sien, donde el carnero le había golpeado, y en la mano, donde la marca con hierro candente aún le quemaba.

«Tiene que existir un final para esto. ¿Cuánto tiempo se puede soportar semejante tortura sin perder la razón?».

—Has dormido casi doce horas. Te he guardado la comida. Al menos, bebe un poco de agua.

«Agua». La sola palabra consiguió espabilar a Conor por completo. La garganta

se le despellejaba de pura sed.

«El principal instinto humano es la supervivencia —había asegurado Victor en cierta ocasión—. El hombre es capaz de soportar casi cualquier cosa con tal de seguir sus instintos».

—Agua —carraspeó el muchacho. Al levantar la cabeza, el jugo del plantago le bajó como un reguero por la frente.

Wynter colocó un tosco tazón de barro junto a los labios de Conor y le ayudó a beber. Para Conor, el agua sabía a la vida misma, y de inmediato se sintió lo bastante fuerte para sujetar el tazón. Lentamente, se incorporó hasta quedarse sentado y suspiró, agradecido, por el simple placer de aplacar su sed.

—Ahora, tienes que comer algo —dijo Wynter—. Debes mantenerte fuerte. En esta prisión, un ataque de fiebre podría acabar con tu vida.

Conor soltó una risita; un débil estremecimiento. La fiebre no tendría la oportunidad de matarle. Al carnero rampante le quedaban casi tres libras para propinarle palizas, y era poco probable que Conor sobreviviera a todas.

Wynter colocó una escudilla en las manos de Conor.

—Te ocurra lo que te ocurra, y seguro que algo te va a pasar, si no tienes fuerza, ni siquiera serás capaz de rezar.

Conor acabó por ceder y escogió un trozo de carne fría del plato de estofado. Aquel guiso no podía haber sido apetitoso ni siquiera recién hecho. La carne estaba dura, quemada, llena de grasa y de nervios; pero le aportaría energía, y energía era lo que iba a necesitar para regresar a la campana a encontrarse con un carnero demente.

—Y ahora —dijo Wynter—, cuéntame qué ha pasado. Te trajeron a la celda tumbado sobre una tabla. Al principio, ni siquiera pude encontrarte el pulso.

Conor masticó un pedazo de carne. La grasa resultaba viscosa y, al masticarla, parecía un trozo de goma.

—Me colocaron en una campana de buceo con uno de esos carneros rampantes.

—Descríbemelo —indicó Wynter.

—Es un hombre grande, enorme. Con tatuajes por todo el cuerpo. En los nudillos lleva las letras P. A. I. N., es decir, «dolor», y…

—Y una lista de precios en el pecho —concluyó el compañero de celda de Conor —. Es Otto Malarkey, el carnero principal. Ese animal ha propinado palizas a más hombres de los que puede contar. Y eso que se le dan bien las cuentas, sobre todo cuando hay monedas por medio.

—Le han pagado mucho dinero para que me pegue todos los días. Así es como piensan someterme.

—Un plan sencillo, pero efectivo —admitió Wynter—. El hombre grande ataca al pequeño. La táctica siempre ha funcionado, hasta en el caso de Napoleón.

Conor dio un sorbo de agua. Ahora que empezaba a recuperar los sentidos,

percibía el sabor a salitre.

—Tiene que haber algo que yo pueda hacer.

Wynter reflexionó sobre el comentario mientras se ajustaba la venda que le tapaba los ojos con sus largos dedos de pianista.

—Este asunto es más importante que las dificultades habituales en la prisión, sobre las que había pensado aconsejarte esta noche. Si quieres sobrevivir, joven Conor, debes encargarte de Malarkey.

—Sí, pero ¿qué hago?

—Primero, tienes que descansar. Túmbate y reflexiona sobre tus puntos fuertes. Saca de ti cuanto has aprendido a lo largo de tu vida. Desentierra todos los deseos de venganza que has alimentado en tus horas más oscuras. Seguro que tienes aptitudes. Eres un chico alto y fuerte.

—Y si las tuviera, ¿entonces qué? —insistió Conor.

—Otro plan sencillo —susurró Wynter—. Más antiguo incluso que el anterior. Cuando vuelvas a encontrarte con Malarkey, tienes que matarle sobre la marcha.

«Matarle».

—No puedo. Jamás podría…

Wynter esbozó una sonrisa indulgente.

—Eres un buen chico, Conor. Bondadoso. La idea de matar te espanta, y el solo pensamiento de que tú, precisamente, tengas que acabar con la vida de otra persona resulta terrible.

—Es verdad. Yo no soy de esa clase de…

Wynter levantó un dedo con el ademán de un director de orquesta.

—Todos somos de esa clase de personas; la supervivencia es el instinto más básico. Pero tú eres sensible, se te nota, de modo que te serviré de guía en tu ruta hacia el asesinato. Desde que me arrancaron los ojos, me he hecho un experto en recrear imágenes en la mente. Puedo ver las salas de conciertos de mi juventud. Con la ayuda del tiempo y la concentración voy llenando los huecos hasta que la imagen queda completa, hasta que veo cada una de las sillas tapizadas de terciopelo, cada candileja, cada querubín recubierto de oro —durante un prolongado instante, Wynter se perdió en su pintoresco pasado; luego, los sonidos y los olores de Little Saltee convirtieron en añicos su imagen mental—. Tienes que cerrar los ojos e imaginarte al hombre que te envió aquí. Utiliza el odio que sientes hacia él para despertar tu instinto asesino.

Conor no tuvo que concentrarse mucho rato. El rostro de Bonvilain le saltó a la mente con todo lujo de detalles, con sus ojos infames y su sonrisa burlona.

—Y ahora, Conor, dime, ¿te consideras capaz de matar?

Conor reflexionó sobre todo lo que Bonvilain le había hecho a la familia Broekhart.

—Sí —respondió—. Soy capaz de matar.
Linus Wynter sonrió con melancolía.
—Todos somos capaces —replicó—. Que Dios guarde nuestras almas.

La horquilla del diablo

La puerta situada frente al camastro de Conor Broekhart tenía una mirilla rectangular. Unas tres veces por hora, un carcelero pasaba de largo portando una antorcha. Un resplandor parpadeante, anaranjado, iluminaba entonces la celda en penumbra, arrojando una difusa y trémula luz sobre la mano de Conor cuando éste la colocaba en alto para inspeccionar el beso de Little Saltee. En el dorso, formando ya costra, se veía una «S». Estaba marcado para siempre como criminal.

Una sensación de paz había descendido sobre Conor. Los últimos acontecimientos habían sido tan brutales que se sentía incapaz de enfrentarse a ellos, lo que le aportaba una especie de libertad. No había nada que hacer, salvo concentrarse en Otto Malarkey, el mortífero carnero rampante que con tanta jovialidad atacaba a su presa en el interior de la campana de buceo. «¿Seguro que tengo que matarle? ¿Acaso no existe otra salida?». No, no existía otra salida, concluyó Conor. Por desgracia, se veía obligado a elegir entre Otto y él mismo. Aunque nunca se había dado aires de importancia, creía sinceramente que tenía más que ofrecer a la raza humana que el sanguinario Malarkey. Como mínimo, respetaría la vida de otras personas en mayor medida que su adversario.

«Pero ¿cómo matar a Malarkey? ¿De qué manera?».

¿Qué técnicas le había enseñado Victor? Por descontado, el manejo del florete siempre había sido su mayor logro. Sus muñecas tenían la fortaleza de un maestro de esgrima y sus piernas, la agilidad propia de la juventud. ¿Cómo combinar ambas?

«Ni siquiera dispongo de un florete, ni de nada que se le parezca».

Entonces, Conor se acordó del cinturón de herramientas que había llevado a la cintura. Tal vez sí contara con algo. Quizá Arthur Billtoe, sin darse cuenta, había acudido en su ayuda.

***

La rutina de la jornada fue la misma del día anterior. Poco después de la salva del cañonazo, Billtoe se presentó a la puerta de la celda; una capa reciente de grasa le domaba los rizos. Aquella mañana parecía haberse afeitado parte de la barba, dejando restos de una tiesa pelusa en tonos negros, plata y rojo.

—¿Preparado para el segundo asalto con Malarkey? —preguntó rifle en mano por si el muchacho se resistía a la idea de ser vapuleado en una campana de buceo a manos de un carnero rampante.

Conor se levantó con gran esfuerzo; le dolía el cuerpo entero y notaba una rigidez en las articulaciones provocada por los abusos a los que había sido sometido.

—No estoy preparado, señor Billtoe; pero me imagino que eso no va a cambiar

las cosas.

Billtoe se rió, satisfecho, y sacó las esposas del cinturón.

—Tienes razón, muchacho. Has dado justo en el clavo. No va a cambiar las cosas. Nos encargaremos de ti. ¿Y si pedimos un buen tarro de plantago para el señor Wynter, aquí presente? Pero, claro, no va a poder «verlo» bien para preparar la mezcla.

Linus no respondió a la provocación; se limitó a mantener una expresión severa. Conor lo tomó como un recordatorio de lo que tenía que hacer. Ese mismo día se convertiría en un asesino, o bien en un cadáver.

La ruta hacia la mina fue la misma, pero aquella mañana se escuchaba un gran alboroto tras las puertas de las celdas. Los presos vociferaban insultos y golpeaban la madera con las palmas de las manos.

—Locura de luna llena —explicó Billtoe—. Anoche pendía del cielo como un chelín de plata. Siempre solivianta a los lunáticos.

Un retazo de información se coló en la mente de Conor.

—Lunático, del latín lunaticus, significa que tiene ataques temporales de locura, y procede precisamente de la palabra «luna».

Billtoe propinó a Conor una patada en el trasero que le propulsó pasillo adelante.

—Deja ya de darme lecciones. Me hace sentirme ignorante, y me fastidia un montón.

—Sí, no me extraña —masculló Conor.

Billtoe no supo a ciencia cierta si se trataba de un insulto o no; por si acaso, propinó otra patada a su acompañante.

—Hazte el listo con Malarkey. Le encantan los piquitos de oro; aumentan su entusiasmo a la hora de zurrar.

El nombre de Malarkey achantó el ingenio de Conor, y una expresión desesperada le cruzó el semblante.

—Eso es —aprobó Billtoe entre risas—. Inclúyelo en tus libros. Venga, apúntalo. Ahora ya no te apetece tanto dar lecciones, ¿verdad?

Cuando llegaron a la mina, la campana de buceo se encontraba sumergida. La parte superior sobresalía de la superficie y a través de la portilla se adivinaban las borrosas siluetas de dos presidiarios que practicaban cortes en la roca del lecho de la gruta. Los guardianes elegían a los encargados de la bomba de aire de entre un grupo de internos encerrados en un corral de madera situado en el nivel superior, el del almacén, y los cambiaban a menudo para que el flujo de aire no cesara.

—Ahora, desde que falta el Buen Rey Nick, la mina nunca duerme —comentó Billtoe—. Todos los días, a todas horas, hay que extraer de la roca esas gemas, esas lágrimas de ángel. ¿Y acaso vemos nosotros un solo penique? Nada de eso.

Conor se percató de la amargura del guardián. Semejante descubrimiento le podía

ser de utilidad, si es que vivía lo bastante para sacarle partido.

—Sin embargo, tiene sus compensaciones. Diversiones como ésta, por ejemplo —dijo Billtoe mientras le quitaba las esposas a Conor—. Y no es que veamos lo que hacen los presos en el interior de Flora. No del todo, ya me entiendes.

«Así que eso era. Nadie sabía nada, porque nadie veía nada».

Billtoe llamó a Pike, el jefe de la cuadrilla.

—Venga, cambio de turno. Hora de que Malarkey se gane unos chelines.

Entregó a Conor el cinturón de herramientas.

—Por si acaso mantienes la consciencia el tiempo suficiente para encontrar unos cuantos pedruscos.

Pike quitó el tapón de corcho del tubo de aire de la campana y lanzó la orden a gritos. Instantes después, dos convictos empapados emergieron del agua y, a codazos, los apartaron a un lado y los cachearon en busca de diamantes ocultos.

Fue un cacheo tan minucioso que habría dejado al descubierto cualquier cosa de tamaño superior a una simple gota de sangre.

Conor bajó por la escalera al tiempo que inspeccionaba la cueva en busca de Malarkey. No tardó en divisar al carnero rampante, reclinado sobre un conjunto de rocas que, grosso modo, parecía un trono. Lanzó un puñetazo al aire en dirección a Conor, sin duda esperando una repetición de la paliza del día anterior.

«Esta vez no, carnero —pensó Conor—. Ésta será la escena final. El telón caerá esta misma mañana».

Conor colocó ambos pies en la roca y se lanzó directamente al agua. No aguardó a la orden de Pike. Lo último que le apetecía era entrar en conversación. Las palabras no harían más que desconcentrarle. Antes de zambullirse dio unas palmadas en el cinturón para asegurarse de que la horquilla del diablo se encontraba en su funda. Sin aquella sencilla herramienta tendría pocas posibilidades de vencer a Malarkey.

El agua le envolvió y Conor fue buscando asideros en la superficie de la campana, impulsándose alrededor del bronce curvado hasta encontrar el cerco inferior. Una vez dentro, el reducido espacio del habitáculo estuvo a punto de echar por tierra su determinación, y tuvo que respirar hondo varias veces antes de forzarse a ponerse de pie.

«Sigue tu instinto —se dijo a sí mismo—. Deja que tu instinto te consuma».

Desde el agujero de la manguera llegó el sonido de un chapoteo, seguido por vítores y gritos de júbilo. Malarkey se encontraba de camino. Los carneros rampantes espoleaban a su campeón, si bien ninguno esperaba una contienda reñida. Las olas del agua en movimiento agitaron la campana, provocando un murmullo metálico que se colaba en el interior.

«Tengo que actuar con rapidez. Estar preparado».

Conor miró hacia arriba. Malarkey se había detenido junto a la portilla con

intención de dilatar la tortura de su víctima. Dio unos golpecitos en el cristal y esbozó una amplia sonrisa, aunque sus dientes amarillentos no podían distinguirse por la capa de suciedad.

En el mismo instante en que el rostro de Malarkey desapareció de la vista, Conor se puso a trabajar. A toda velocidad, extendió el tridente a la máxima longitud, apretando las anillas para evitar que se plegara. A grandes rasgos, el tridente recordaba a un florete para principiantes, si bien el peso de la punta lo inclinaba en gran medida hacia delante. Aun así, un arma blanca improvisada era mejor que nada. Conor agarró la empapada red para diamantes que llevaba en el cinturón con el puño izquierdo y formó una pelota. Ya estaba preparado para llevar a cabo su plan; sin embargo, la secuencia de acontecimientos tenía un tinte de irrealidad. Las cosas más increíbles estaban sucediendo a un ritmo aterrador.

Al igual que muchos chicos de su edad, Conor soñaba a menudo con entrar en combate; pero aquello no tenía nada que ver con sus sueños. En sus fantasías, heroicos soldados se enfrentaban en extensos campos de batalla bajo el sonido de clarines y tambores. Pero en aquella situación no existía rastro de heroicidad. No había más que un espacio estrecho, el hedor a aceite, a sudor y a miedo, y la sensación de náusea en la boca del estómago ante la idea de matar a otro ser humano, por muy abominable que fuera. Como su padre siempre decía, la guerra nunca era una acción noble.

Un pálido y borroso brazo surgió del borde inferior de la campana. La tentación de clavarle el tridente resultaba imperiosa, pero sería una torpeza. De hacerlo, Conor sacrificaría el elemento sorpresa por una herida mínima como recompensa. Malarkey se retiraría, acoplaría fuerzas y regresaría a buscarle con mayor determinación.

Conor se echó hacia atrás, doblando las rodillas, dispuesto a abalanzarse de un salto. Malarkey entró a trompicones en la campana, poco a poco, con el rostro vuelto hacia arriba; los largos mechones de cabello oscilaban alrededor de su cabeza como si fueran algas. Seguía sonriendo, y de entre los dientes le salían finas hileras de burbujas. Una vez que hubo introducido los pies por el borde inferior, se colocó a cuatro patas y emergió del agua como una morsa.

Conor aceleró la respiración. Tenía que atacar sobre la marcha, o perdería la ocasión y recibiría la paliza equivalente a dos chelines.

Cuando Malarkey estaba a punto de incorporarse, con el cuerpo aún doblado por la cintura, Conor se encaramó a la espalda del gigante y, utilizando las vértebras a modo de escalera, subió hasta los hombros. La posición era inestable, y sólo podía durar unos segundos, pero fueron suficientes para encajar la red para diamantes, hecha un ovillo, en el conducto de aire, que quedó taponado.

Malarkey zarandeó los hombros para quitárselo de encima. Aún sonreía, si bien se mostraba un tanto perplejo.

—¿Qué estás tratando de hacer, soldadito? ¿Salir volando? Aquí dentro, un carnero podría vencer hasta a un águila.

—He cortado la entrada de aire —anunció Conor con tono impasible—. Tenemos dos minutos para escapar.

Esto último era una mentira descarada, pero a Conor no le iba a remorder la conciencia. El aire del habitáculo era suficiente para al menos media hora; pero, con suerte, Malarkey no lo sabría.

Por una vez, la fortuna estuvo del lado de Conor: cuando el carnero reparó en el conducto de aire taponado su expresión animada le resbaló del semblante como la carne grasienta resbala de una sartén.

—¡Maldito idiota! —gritó, y la campana se adhirió a sus palabras poniéndose a vibrar—. ¿Es que pretendes matarnos a los dos?

Conor sujetaba el improvisado florete a sus espaldas.

—No. A los dos no.

Malarkey puso la expresión de disgusto del maestro de escuela al que se le ha agotado la paciencia.

—Ayer acabé en seguida contigo, soldadito. Un solo puñetazo, y eso tiene su mérito. Hoy me voy a tomar mi tiempo, sin preocuparme tanto de los moratones o los huesos rotos.

—Muy bien, carnero —dijo Conor—. Sigue hablando, anda; malgasta el aire.

Malarkey alargó el brazo y agarró a Conor por el cuello.

—Ahora, vuelve a subirte a mis hombros y, si quitas ese tapón, puede que te azote una sola vez, aunque cobraré por dos.

Por el tono, era evidente que Malarkey consideraba que le estaba haciendo un enorme favor.

Conor sacó el tridente a tal velocidad que un silbido atravesó el aire.

—El tapón seguirá donde está —declaró, al tiempo que clavaba los pequeños dientes de la herramienta en la pierna de Malarkey.

El carnero rampante soltó a Conor de inmediato y se puso a gritar como un poseso. Se impulsó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra la pared de la campana, produciendo un estruendo metálico. El fuerte impacto le desenfocó la vista y le taladró los oídos.

Conor aprovechó la ocasión para adoptar la postura adecuada: rodillas flexionadas, arma extendida y brazo izquierdo a la espalda.

«Ataca ahora mismo —le decía el sentido común. No hay tiempo para hacer gala del espíritu deportivo».

Pero no era una cuestión de deportividad. Conor quería que Malarkey entendiera lo que le estaba pasando. Aquel matón a sueldo jamás debía pensar que Conor había triunfado por pura suerte. De modo que esperó hasta que Malarkey hubo recuperado

la visión y luego pronunció dos únicas palabras:

—En garde.

Malarkey soltó un gruñido.

—¿Te crees que con eso me asustas? ¿Te crees que no lo he escuchado de labios de un montón de oficiales mojigatos que ahora no son más que un puñado de huesos en un ataúd?

Malarkey abrió los brazos de par en par y empezó a avanzar a través del agua.

—Muy bien, soldadito. Pues en garde será.

A Conor le pareció escuchar la voz de Victor.

«Aguarda el ataque. Espera a que tu adversario dé el primer paso».

No tuvo que esperar mucho. Malarkey arremetió con el mismo puñetazo del día anterior y Conor descubrió que, al conocerlo de antemano, no resultaba tan vertiginoso.

Como respuesta, empleó un sencillo attaque aufer, que se ejecuta para apartar la hoja del adversario, aunque en realidad Conor se apartó a sí mismo en mayor medida que el brazo de Malarkey, que éste dirigía como una espada ancha de tipo militar.

Llegó el momento. De frente al flanco de Malarkey, lanzó tres sablazos. El tridente se volvió borroso por la velocidad, como si de un abanico dorado se tratara. Tres bandas rojas aparecieron en la franja de carne que quedaba al descubierto entre la camisa de Malarkey y la cinturilla de sus pantalones.

Estos golpes tenían la intención de infligirle dolor.

Malarkey soltó otro alarido, y luego se puso a aullar repetidamente a medida que el dolor se fue convirtiendo en una quemazón constante. Conor se lanzó de hombros a las nalgas de su oponente. No era el lugar ideal contra el que chocarse, ni por un segundo; pero sí tuvo el efecto de estrellar al carnero contra la pared de la campana. Colisionó la frente contra el bronce, lo que provocó que la campana repicara de nuevo.

Ahora, desde la retaguardia, Conor clavó el tridente por encima del talón de Malarkey, sumergido en el agua, y notó cómo los dientes de la horquilla se incrustaban en la carne correosa.

Este golpe tenía la intención de inmovilizarle.

Malarkey se derrumbó como el muro que recibe un cañonazo y, al caer, levantó una oleada de espuma. El carnero rampante continuó bramando, enloquecido por el sufrimiento y la rabia. Conor percibió que la determinación le Saqueaba.

—Te mataré —sollozó Malarkey—. Te arrancaré la piel a tiras.

La resolución de Conor volvió a adquirir fuerza.

Ejecutó varios golpes planos en la espalda y los hombros de Malarkey, obligándole a sumergirse más profundamente en el agua. Con la mano libre, hincó los dedos en los riñones de su rival, provocando que éste, a su pesar, tragara un par de

litros de agua. Se trataba de un truco adaptado del kárate.

Malarkey se encontraba, en efecto, indefenso. Se bamboleaba en el agua poco profunda, cegado por el dolor y la sal. Hasta un niño de carácter malvado podría matarle.

Conor se inclinó hacia atrás y, falto de aliento, se apoyó en la pared curvada. Su odio por Malarkey se esfumó con la misma rapidez que había surgido. Aun así, aquel asunto debía quedar zanjado ese mismo día. ¿Estaba en lo cierto Linus Wynter? ¿Debía morir aquel hombre a manos de Conor?

Malarkey se giró sobre sí mismo hasta ponerse de espaldas y se quedó tumbado, sollozando. La cara apenas le sobresalía de la superficie del agua, y las pequeñas olas provocadas por su propio movimiento le impelían a tragar el salado líquido.

Conor colocó su bota de militar en el cuello de su oponente, apartando a un lado con desdén las debilitadas manos de Malarkey, que intentaban agarrarle.

—¿Ves ahora lo que soy capaz de hacer? —siseó, sorprendido por el veneno de su propia voz.

Malarkey no pudo contestar. Aunque no hubiera tenido una bota sobre la garganta, habría sido incapaz de articular palabra.

«Deja de hablar. ¡Mátale!».

Conor colocó el tridente en los pliegues de carne que rodeaban la barbilla de su enemigo. Un empujón más y los dientes perforarían la piel y seccionarían la arteria.

—No pienses que esto es una cuestión de suerte. Para mí, matarte es pan comido.

De pronto, Malarkey consiguió enfocar la vista. Dicen que la idea de viajar al más allá ayuda a concentrar la mente.

—¿Lo entiendes, carnero rampante? Podría matarte.

«Hazlo de una vez. Deja ya de parlotear».

Conor sujetó el tridente con más fuerza; los músculos de su brazo se tensaron. Tres gotas de sangre brotaron de las púas.

Un último empujón y su maltratador dejaría de maltratarle para siempre.

—Por favor —suplicó Malarkey. Las palabras le borboteaban en la garganta.

Un hililllo de sudor bajó rodando hasta el ojo de Conor. El agua lamía la parte inferior de la campana, provocando un suave murmullo.

—Por favor, perdóname la vida —suplicó el todopoderoso carnero rampante.

«No puedo hacerlo. No quiero matar a este hombre».

Conor cayó en la cuenta de que no era un asesino, lo que le llenó de alivio, porque demostraba que no se había perdido irremediablemente a pesar de todo lo que había tenido que soportar. No le habían educado para imponerse al rival por medio del asesinato; no si existían otros caminos.

«Tiene que haber otra manera. Una manera más inteligente».

Conor meditó sobre el problema sin aliviar la presión del cuello de Malarkey.

Tenía que convertir al carnero rampante en un aliado. Aquella lucha no podía continuar día tras día. En cuestión de segundos ideó una posible salida para ambos.

—Escúchame, carnero —dijo Conor, retorciendo el tridente—. Voy a salir de esta campana arrastrado por el agua, igual que ayer.

Otto Malarkey frunció el entrecejo.

—Pero si yo no…

—¡Silencio! —gritó Conor, con una autoridad que ignoraba poseer—. Escucha. Vamos a tramar un plan, tú y yo. Bajaremos aquí todos los días, y tú fingirás propinarme una paliza por valor de dos chelines. De ese modo, seguirás siendo el rey de las ovejas. El gran carnero. En realidad, nos limitaremos a charlar tranquilamente, y me enseñarás a sobrevivir en este agujero.

A Malarkey le costaba concentrarse dada su penosa situación, pero un pensamiento le vino a la mente.

—¿Qué pasa con mi pie? No puedo andar.

Un problema, cierto era. El agua goteaba de la pared curva de la campana, rociándolos a ambos con una fina llovizna. Conor se devanó los sesos en busca de una solución.

—Después de que yo me vaya, espera una hora, acaso dos; luego, arma un alboroto al salir de la campana. Retuércete bajo del agua y di que la campana se te ha venido encima. Culpa a Flora de tu herida en el tobillo. Te duele, sí; pero no es grave. Por suerte para ti, no acerté en el tendón de Aquiles. Ponle una venda alrededor y guarda reposo unas cuantas horas. Mañana estarás como un roble.

Malarkey empezaba a envalentonarse; se le notaba en la mirada. Había recuperado el aliento y calculaba sus posibilidades. De un momento a otro, arremetería contra su joven verdugo, y entonces Conor no tendría más remedio que matarle. Aquel coraje recién adquirido debía ser cortado de raíz. Conor le clavó el tridente con fuerza en ambos brazos, paralizándole los nervios provisionalmente.

—¿Es que quieres más pelea? ¿Acaso tu cerebro de oveja no te permite pensar? Acepta mi proposición y, además de sobrevivir, mantendrás tu honor intacto. Si no, sufrirás la derrota a manos de un simple muchacho.

Dio la impresión de que la perspectiva de una derrota era peor que la de la muerte. Malarkey rechinó los dientes y asintió con la cabeza, incapaz de encontrarse con la mirada de Conor.

—¿Me das tu palabra?

En cierta ocasión, Victor le había contado que los miembros de aquella banda londinense habían desarrollado un curioso sentido del honor que en cierta forma recordaba al bushido, el código de los samurais.

—Sí, maldita sea. Te doy mi palabra.

Conor esbozó una sonrisa gélida, recurso en el que llegaría a confiar en

situaciones desesperadas.

—Me fío de ti. No hace falta un apretón de manos.

Era una broma cruel. Los brazos de Malarkey estaban como muertos, a ambos costados, como dos gruesos filetes de carne de vaca.

—Muy bien, carnero. Hemos hecho un trato. Te lo advierto, si mañana tratas de engañarme, no seré tan compasivo, ni tampoco guardaré silencio.

Conor giró las anillas del tridente y lo plegó.

—No te levantes. Conozco la salida.

Se sorprendió ante su propio comentario. Dos bromas maliciosas en igual cantidad de minutos. No era propio de él mofarse de nadie, cualesquiera que fuesen las circunstancias; pero tal vez Little Saltee le estaba convirtiendo en una persona diferente, en la clase de persona capaz de sobrevivir.

Conor llenó los pulmones de aire antes de deslizarse por el borde inferior de la campana. Antes de que el agua salada le nublase la vista, fue testigo de una última humillación que tuvo que sufrir Malarkey: el tapón formado con la red para diamantes se desprendió del agujero del conducto de aire y fue a caer directamente sobre su rostro.

Malarkey empezó a soltar una retahíla de palabras malsonantes, pero éstas quedaron amortiguadas por la bolsa empapada. Una bolsa que no podía agarrar para apartársela de la boca.

Connor Finn

Billtoe y Pike trasladaron a Conor a su celda tumbado en un tablón. No ponían la mínima atención en la tarea y el joven tuvo que soportar topetazos y sacudidas casi equivalentes a la paliza por valor de dos chelines que Malarkey no le había propinado.

En la creencia de que el muchacho se encontraba inconsciente, ambos carceleros charlaban sobre la situación de las islas.

—Bonvilain se llevará de aquí hasta el último pedrusco que se parezca a un diamante —comentó Pike—. Sentiría lástima de los presos si no fueran más insignificantes que los percebes.

—Peores que los percebes, sí señor —coincidió Billtoe—; por lo menos, los percebes no sueltan impertinencias. Y si pisoteas un percebe, no te llaman al despacho del encargado.

Al doblar una esquina especialmente pronunciada, giraron el tablón de tal manera que Conor se despellejó el codo contra la pared.

—Pues a mí me parece que puedes pisotear a todos los prisioneros que quieras, ahora que el Buen Rey Nick está criando malvas. A Bonvilain siempre le ha traído sin cuidado.

—Tienes razón, Pike —dijo Billtoe entre risas, seguidas de un eructo—. Nos esperan buenos tiempos; hasta que Isabella cumpla la mayoría de edad, claro. No me extrañaría que estuviera a favor del pueblo, como su padre. Me han llegado comentarios preocupantes sobre su buen corazón.

—Ah, sí, la princesa Isabella —repuso Pike—. Yo que tú, no me preocuparía por ella. No llevará la corona hasta que cumpla los diecisiete, y aún quedan dos años por delante. Apostaría mis mejores botas a que, cuando llegue ese momento, la princesita sufrirá alguna tragedia si empieza a ponerle las cosas difíciles al mariscal.

Conor tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no agarrar por sorpresa el arma de Billtoe y salir huyendo a toda velocidad, pero un Conor Finn moribundo sobre el frío suelo de la prisión no podría hacer gran cosa para ayudar a Isabella. Tenía que ser paciente, aguardar la oportunidad.

Los guardianes llegaron a la celda de Conor y, sin más miramientos, elevaron un extremo del tablón y el muchacho atravesó el umbral resbalando. Alcanzó la pared dando tumbos y allí se quedó tendido, sollozando. Los sollozos no eran fingidos.

Las siluetas de sus carceleros se recortaban bajo el marco de la puerta.

—¿Sabes una cosa, Pike? —dijo Billtoe mientras se rascaba la clavícula, que le picaba—. Puede que me esté volviendo blando con la edad, pero el joven Conor Finn me empieza a caer simpático.

Pike se quedó perplejo. Mostrar simpatía hacia los prisioneros no era en absoluto

propio de Billtoe.

—¿En serio?

—No —respondió Billtoe—. La verdad es que no.

***

Conor siguió tumbado, sin moverse, hasta que las pisadas de los guardianes se fueron apagando y reinó el silencio. Esperó otro minuto, para mayor seguridad, y luego se arrastró hasta su camastro y se tapó la cara con el brazo, aunque se encontraba a solas en la celda. De pronto, empezaron las convulsiones. Le sacudían con violencia de la cabeza a los pies como si hubiera agarrado un cable eléctrico, al igual que un obrero al que había visto trabajando en Coronation Square, años atrás. En otra isla, en otra vida.

Los recuerdos se le amontonaban en la memoria: su padre y su madre, el rey Nicholas e Isabella, su propio tormento en aquella cárcel, Bonvilain y los Carneros Rampantes, Billtoe y Pike. Las imágenes de sus seres queridos y de sus enemigos iban pasando por su mente, dejándole una marca más dolorosa que un beso de Little Saltee.

Recordó las ocasiones en que sus padres le llevaban a Hook Head a volar su cometa de papel; las historias de la guerra civil norteamericana que le contaba el rey Nicholas, y las razones por las que tomó parte en la batalla; el rostro de Bonvilain, con una permanente expresión de desdén; los ojos oscuros de Otto Malarkey, que denotaban el miedo a la muerte.

«Demasiados recuerdos. Demasiados».

Conor apretó los dientes e imaginó que surcaba el aire volando. Poco a poco, las convulsiones cesaron.

***

Horas más tarde, Pike metió a Linus en la celda de un puntapié, en el momento en que Conor terminaba su primera comida del día.

—He colocado su escudilla en la repisa de piedra, junto a la ventana —le dijo al larguirucho norteamericano—. Es el sitio más resguardado. Siéntese, yo la cogeré.

Wynter chasqueó la lengua y se encaminó directamente al saliente de piedra.

—No hace falta; sé dónde está. Llevo casi un año aquí encerrado, jovencito —se inclinó y fue palpando el aire con dos dedos hasta encontrar el recipiente—. Pero te lo agradezco; ha sido muy amable por tu parte.

Wynter tomó asiento en su camastro y seleccionó un pedazo de cartílago empapado de grasa.

—Ay, Señor; no es precisamente el Savoy. Me alojé una noche en ese hotel, en el ochenta y nueve. Impresionante. Luz eléctrica por todo el edificio; un baño en cada suite. Y los inodoros… Sueño con esos inodoros.

—En Great Saltee tenemos luz eléctrica desde el ochenta y siete —explicó Conor —. El rey Nicholas dice que hay que abrazar el progreso —una expresión desolada le cruzó el semblante—. Bueno, lo decía.

Wynter no respondió al comentario. Masticaba la aceitosa carne a conciencia, no se fuera a asfixiar al tragar.

—Bueno, joven Finn. ¿Vamos a pasarnos la noche intercambiando historias sobre retretes, o piensas contarme tus aventuras en la campana?

—He perdonado la vida a Malarkey —respondió Conor—, pero le he propinado una buena paliza y sabe que puedo volver a hacerlo. La próxima vez no voy a callarme, y entonces veremos cuánto tiempo le queda como cabecilla de los Carneros.

Wynter se quedó atónito, y un pedacito de carne sebosa permaneció inmóvil, a medio camino de su boca.

—Por todas las campanas del infierno, muchacho. Te miraría con admiración si pudiera. Nick tenía razón sobre ti.

—¿Nick? ¿El rey Nicholas? ¿Conocías al rey?

—Nos conocimos en Misuri. El estaba en el cuerpo militar de globos aerostáticos; de hecho, era el único integrante. Trasladaba a los campos de batalla un par de destartalados globos de aire caliente. Nuestros caminos se cruzaron en Petersburgo, en el sesenta y cinco. Yo no servía para gran cosa en aquel entonces; el joven Jesse James ya me había sacado los ojos. Y Nick no les caía demasiado bien a los generales, así que nos hicimos amigos. Me enseñó a atar nudos y a llenar bolsas de lastre. Incluso me invitó a volar en varias ocasiones. Yo ignoraba que pertenecía a la realeza; pero, claro, él también.

Conor siempre había destacado por su agilidad mental.

—Entonces, usted no está en esta cárcel por casualidad.

Wynter inclinó la cabeza hacia un lado y aguzó el oído.

—No, Conor; no estoy por casualidad. Nick me envió a que espiara.

—¿Es usted espía? No debería decírmelo. Yo podría ser cualquiera; otro espía con la misión de encontrarle, por ejemplo.

—Podrías serlo, es verdad; pero no es así. Supe de ti por Victor Vigny. Vino a verme hace unos días y luego trasladó mi información al rey. El pretexto de la visita era que yo le había robado; todo muy clandestino —Wynter alargó sus largos dedos hasta posarlos en el hombro de Conor—. Nicholas te consideraba como un hijo. Victor aseguró que eras la mayor esperanza del rey de cara al futuro. No, no eres ningún espía.

Conor sintió una punzada de tristeza. El rey había sido como un segundo padre

para él.

Un terrible pensamiento le asaltó de pronto.

—Pero ahora, señor Wynter, usted está preso de verdad, como el resto de nosotros.

Wynter exhaló un suspiro.

—Eso parece. Como comprenderás, no voy a decirle a Billtoe que soy un espía profesional que se hace pasar por un músico vagabundo.

—Me figuro que no —coincidió Conor—. ¿A quién espiaba?

De nuevo, Linus aguzó el oído antes de responder.

—Al mariscal Bonvilain. Nicholas sospechaba que Bonvilain le traicionaba en muchos aspectos, sobre todo en lo tocante a Little Saltee. Dirigía la mina como si de un campo de esclavos de su propiedad se tratara. Las reformas en el reglamento de la prisión sólo se ejecutaban cuando Nicholas o alguno de sus enviados venían de visita. El rey necesitaba un hombre infiltrado, y quién mejor para espiar a un encargado amante de la música que un músico ciego. Nadie sospecharía que un invidente pudiera ser espía.

—Ya veo —repuso Conor.

—¿Ah, sí? Y dime, ¿qué aspecto tiene?

Conor esbozó una sonrisa, la primera en varios días. Fue como un centelleo en la penumbra, mas no tardó en apagarse.

—Creo que no podré resistirlo, señor Wynter. No soy lo bastante fuerte.

—Tonterías —espetó Wynter—. Hoy has dado muestras de coraje y de ingenio, además. Cualquier hombre capaz de dar una paliza a ese bruto de Malarkey puede acopiar el valor para sobrevivir en Little Saltee, no lo dudes.

Conor asintió con la cabeza. Había presos en situaciones mucho peores. Al menos, él contaba con la ventaja de la fuerza y la juventud.

—Dígame, señor Wynter, ¿cómo realiza su trabajo?

—¿De qué trabajo me hablas? —preguntó el ciego con tono inocente.

—Del trabajo de espía, claro está.

Wynter puso una convincente expresión de horror.

—¿Espía, yo? ¡Pero qué dices, insensato! Soy ciego, lo que equivale a descerebrado y sólo supera ligeramente la condición de muerto. Mira, podría sentarme al piano del despacho del encargado y él seguiría con sus asuntos como si nada, como si yo no estuviera.

—Pero ahora no hay nadie a quien pasar la información, ¿verdad?

—Exacto. Tiempo atrás, Nicholas pidió mi excarcelación temporal para que tocase en su orquesta. Fue entonces cuando le informé por primera vez. Había otro encuentro programado para mañana. No podré dar ese informe, ni ningún otro a partir de ahora.

Conor sintió una repentina afinidad con aquel norteamericano de alta estatura.

—Entonces, nos haremos compañía.

—Hasta que excarcelen a uno de nosotros. Y cuando hablo de «excarcelar», lo hago en el sentido de Little Saltee. De vez en cuando, un prisionero desaparece y los guardianes nos dicen que le han excarcelado.

—Es decir, que está muerto.

—Yo diría que sí. El asesinato es el camino más rápido para frenar el hacinamiento. Rezo para que nunca nos excarcelen a ti o a mí, que tan afortunados somos.

Conor se mostró sorprendido.

—¿Afortunados? Curiosa elección de calificativo.

Wynter agitó un dedo nudoso, delgado como un junco.

—En absoluto. Ambos somos hombres civilizados, con ideas afines. Piensa en quién nos podría haber tocado como compañero de celda.

Conor recordó el rostro de Malarkey, moldeado por la violencia que marcaba su vida.

—Tiene razón, señor Wynter. En efecto, somos afortunados.

Wynter elevó una imaginaria copa de champán.

—Salud —dijo.

—Salud —respondió Conor, y añadió—: Chinchín.

***

La celda en sí era espartana, poco más que un agujero perforado en la isla. Había una ventana del tamaño de un buzón en lo alto de la pared. La luz que entraba por la ranura era débil, acuosa, sin la fuerza necesaria para atravesar más que un metro de sombras.

Las paredes estaban talladas con pericia; apenas necesitaban argamasa. De hecho, la capa de mortero que cubriera la piedra se había desmoronado mucho tiempo atrás, permitiendo que una variedad de hongos se extendiera entre las juntas. Conor calculó unas dimensiones de tres metros por cuatro. Demasiado reducidas para que dos hombres de buena estatura pudieran sentirse cómodos; pero, claro, la comodidad no era precisamente la cuestión.

Mientras yacía en su duro catre aquella noche, Conor soñó con su familia. Al cabo de un rato, sus pensamientos le resultaron tan dolorosos que un patético grito ahogado se le escapó de los labios.

Linus Wynter no hizo ningún comentario; se limitó a agitarse en la cama para dar a entender que estaba despierto, por si Conor sentía la necesidad de hablar.

—Dijo usted que me enseñaría —susurró Conor—. Dígame cómo sobrevivir en

este lugar.

Wynter se recostó de espaldas, juntó las manos sobre el pecho y suspiró.

—Lo que tienes que hacer, lo que los dos tenemos que hacer, es tan difícil que raya lo imposible. Sólo los más decididos son capaces de conseguirlo.

Conor se sintió capaz de hacer lo imposible, si ello significaba que sobreviviría a Little Saltee.

—¿Qué es, señor Wynter? Dígamelo. Necesito ayuda.

—Muy bien, Conor. El plan consta de dos partes. La primera parece fácil pero, créeme, no lo es. Tienes que olvidar tu antigua vida. Ha muerto, se ha esfumado. Soñar con tu familia, con tus amigos, te sumirá en un infierno de desesperación. Así que debes construir un muro alrededor de tus recuerdos y convertirte en una persona nueva.

—No sé si podré… —comenzó a decir Conor.

—¡Ahora eres Conor Finn! —siseó Wynter—. Convéncete de una vez. Sí, eres Conor Finn, tienes diecisiete años, eres cabo del ejército, contrabandista y espadachín. Conor Finn sobrevivirá a Little Saltee. El cuerpo de Conor Broekhart podría subsistir, pero su espíritu quedaría destrozado, como si Bonvilain lo aplastara con una prensa.

—Conor Finn —dijo el muchacho con voz entrecortada—. Soy Conor Finn.

—Eres un asesino. Muy joven y de aspecto endeble, es verdad; pero despiadado con la espada. Tu brazo tiene la fortaleza de una banda de acero. Te gusta la soledad, y no tolerarás ninguna clase de ofensa; ni siquiera una mirada de desprecio. Has matado en otras ocasiones. La primera, a los quince años. Liquidaste a un borracho que echó mano de tu bolsillo. Todo lo que acabo de decir es verdad.

—Es verdad —murmuró Conor—. Todo es verdad.

—No tienes familia —prosiguió Wynter—. Nadie a quien querer, nadie que te quiera.

—Nadie… —dijo Conor, pero le costaba pronunciar las palabras—. Nadie me quiere.

Wynter hizo una pausa; ladeó la cabeza y prestó atención a la angustia de Conor.

—Así tiene que ser. En esta cárcel, el amor te pudrirá el cerebro. Lo sé de primera mano. Tuve una esposa, Aishwarya; era encantadora. Sus recuerdos alimentaron mis días durante los cinco años que pasé en una cárcel bengalí. Fueron lo suficiente para sustentarme durante una temporada, pero el amor que por ella sentía se tornó en sospecha y, después, en odio. Cuando me enteré de que había muerto de fiebre tifoidea, el remordimiento estuvo a punto de matarme. De hecho, habría muerto si no me hubieran soltado.

Wynter se quedó en silencio mientras revivía aquellos terribles días.

—El amor tiene que morir mientras estés aquí, Conor; es la única manera. Una

vez que abres tu corazón…

—El amor tiene que morir —repitió Conor, almacenando las imágenes de sus padres al fondo de su mente, en un cofre sellado.

—Pero otra cosa debe ocupar su lugar —prosiguió Wynter con un tono más contundente—. Una obsesión que estimule tu entusiasmo. Una razón para vivir, llámalo así. En mi caso, es la música. Una ópera está presente constantemente en mi cabeza, y en otros lugares. El mismísimo Amadeus se echaría a llorar. Mi música nunca está lejos de mis pensamientos. Mi deseo más ferviente es que sea interpretada en Salzburgo. Algún día será, joven Conor, algún día será. Mi ópera me mantiene vivo, ¿lo entiendes? —Wynter deslizó dos dedos por debajo del vendaje que le tapaba los ojos y se frotó las cuencas vacías—. Veo la música de la misma manera que tú ves los colores. Cada instrumento es un golpe de pincel: el dorado de las cuerdas, el azul oscuro del fagot. Incluso cuando interpreto fastuosas marchas militares para el encargado de la prisión en su destartalado piano (la caja de resonancia no es precisamente de madera de pícea), sueño con mi ópera.

Los labios de Wynter murmuraron las notas de su amada sinfonía.

—¿Y tú, Conor? —preguntó tras varios compases—. ¿Tienes un sueño? Piensa en algo que llene tu mente de esperanza, y no de dolor.

La respuesta se le ocurrió a Conor en ese instante.

«Quiero volar».

—Sí —respondió—. Tengo un sueño.

***

Llegó la noche cerrada, aunque en la celda apenas se notó una disminución en la luz. La turbia oscuridad se volvía un poco más densa; eso era todo. Estaban atrapados en un limbo de penumbra, en el que sólo la comida y el trabajo marcaban las horas del día. Conor permaneció tumbado en su camastro, tratando de apartar los pensamientos sobre su familia, que en teoría no debía tener. Liberarse de la antigua persona que uno ha sido no es tan fácil como despojarse de una camisa. Los recuerdos surgían de manera espontánea, pidiendo a gritos que se les hiciera caso. El señor Wynter estaba en lo cierto: aquello era de veras lo más difícil que había tenido que hacer. Conor notaba que el sudor le empapaba el rostro como una manopla mojada, y la voz de su madre se le antojaba tan real como las paredes de la celda.

«¿Cómo has podido hacerlo, hijo mío? ¿Cómo has podido traicionarnos a todos?».

Conor se mordió los nudillos hasta que la voz se desvaneció. Necesitaba algo que le distrajera, así como una prueba de que esta estrategia de una nueva vida daría sus frutos.

—Señor Wynter —susurró—. ¿Duerme usted?

Se escuchó un ruido en el camastro de al lado y, luego, Linus respondió:

—No, Conor; estoy despierto. A veces, pienso que nunca llego a dormirme. Mantengo un ojo en el mundo real, por así decirlo. Es el legado de toda una vida como espía. ¿Te cuesta enterrar a Conor Broekhart?

Conor soltó una risa teñida de amargura.

—Más que costarme, me resulta imposible, señor Wynter.

—No, imposible no; pero muy, muy complicado. Tardé meses en olvidarme de mi verdadero yo. Hasta que me convertí en el galán libertino y despreocupado que hoy finjo ser. El hecho mismo de hablar contigo está abriendo un resquicio en la puerta de mi antigua persona.

—Lo siento —se disculpó Conor—. Hábleme de su sueño, de la ópera.

Wynter se incorporó.

—¿De veras te apetece escuchar mi música?

—Sí. Quizá me anime a llevar a cabo mi nuevo proyecto.

De pronto, Wynter empezó a tartamudear.

—M-m-muy bien, Conor. Pero eres la primera persona que… Quiero decir, no estamos en el entorno adecuado. La acústica de este agujero es pésima; la misma voz humana quedaría estropeada por este recinto cerrado.

Conor esbozó una sonrisa bajo la oscuridad.

—Soy un espectador complaciente, señor Wynter. Lo único que pido es que su música esté a mayor altura que sus dotes como espía.

—¡Ah! —exclamó Wynter, golpeándose el pecho con un puño—. Un crítico. De todos los posibles compañeros de celda, me tiene que tocar un crítico.

Pero la broma le había tranquilizado, y dio comienzo a su actuación con tono optimista.

—Nuestra historia se titula El regreso del soldado. Imagina, si no te importa, el gran estado de Nueva York. La guerra civil ha terminado y los hombres del ciento treinta y siete regimiento de infantería han regresado a sus hogares, en Binghamton. Es una época de sentimientos encontrados, de inmensa alegría y profundo dolor. Para estos hombres y sus familias, nada puede volver a ser lo mismo…

Tras esta escueta introducción, Linus Wynter se lanzó a su obertura.

Era una pieza ambiciosa, si bien carente de ostentación, que iba alternando diferentes estados de ánimo. Desde la alegría y el alivio más delirantes a una aflicción insondable.

La situación podría haber resultado cómica: un ciego tocando los diferentes instrumentos de una orquesta para un chico asustado. Pero, por alguna razón, no fue así. Conor se quedó absorto en la música y, mientras escuchaba, la historia se iba revelando.

Era una narración triste, si bien triunfante, con espléndidas arias y marchas ambiciosas, y Conor la escuchaba con atención, aunque al cabo de un rato la historia se fue desvaneciendo y sólo quedó la música. Pero la música necesitaba imágenes que la acompañaran, y en la mente de Conor las imágenes eran las de una máquina voladora. Más pesada que el aire, sin embargo se elevaba entre las nubes, y el propio Conor manejaba el timón. Era un sueño posible, y él lo conseguiría.

«Lo haré —pensó—. Volaré, y Conor Finn sobrevivirá a Little Saltee».

***

Llegó el tercer día. Billtoe se presentó después del cañonazo, con el aspecto de quien ha estado trabajando entre alcantarillas. Conor empezó a darse cuenta de que aquélla era su apariencia habitual.

Wynter olisqueó el aire al oír las bisagras.

—Ah, guardián Billtoe. Justo a tiempo.

Billtoe lanzó al prisionero ciego un hueso de pollo que había estado royendo.

—Toma, Wynter, prepárate un poco de sopa. Y tú, Conor Finn, espabila. El tubo te aguarda. Puede que hoy consigamos que trabajes un poco, si es que no estás demasiado ocupado flotando a la deriva en el agua, inconsciente.

Conor se incorporó en el camastro, notando en la espalda el picor de la sal y la mugre.

—Ya voy, señor Billtoe.

Se encaminó hacia la puerta, tratando de encontrar una mínima chispa de entusiasmo. Linus Wynter se la proporcionó con una despedida y un movimiento de la cabeza hacia un lado, que tenía el significado de un guiño.

—Nos vemos esta tarde, Conor «Finn».

Conor no pudo evitar una sonrisa. Formar parte de un secreto es una importante fuente de entereza.

—Hasta esta tarde, con el «regreso del soldado».

Wynter esbozó una amplia sonrisa y las cicatrices que le rodeaban las cuencas de los ojos se expandieron como rayos de sol.

—Sí, esperaré El regreso del soldado.

Billtoe frunció el ceño, incómodo al percatarse de que los prisioneros no estaban hundidos en la miseria.

—Basta ya de charla y sal por la puerta, Finn.

Conor Finn abandonó la húmeda y oscura celda. A cada paso que daba, se alejaba más y más de Conor Broekhart.

***

Malarkey ya se encontraba en la campana cuando Conor se zambulló en el agua. El gigantesco individuo estrujaba su larga cabellera para quitarle el agua, como la lavandera que escurre toallas.

—La sal provoca que el pelo se encrespe —explicó, mirando a Conor bajo el hueco de su codo doblado—. Si te gusta llevarlo largo, tienes que quitarle toda la que puedas. A veces pienso que es una pérdida de tiempo, porque en esta maldita isla nadie se fija en mi pelo.

Conor no supo cómo reaccionar ante aquel cordial caballero que había sustituido al matón a sueldo del día anterior.

—Eh… Mi madre dice que el aceite es bueno para el pelo encrespado.

Malarkey suspiró.

—Sí, claro, aceite. Pero de dónde voy a sacarlo; he ahí el acertijo que llevo tratando de resolver desde hace diez años.

Conor se percató de que el hombre hablaba en serio. Aquel asunto era importante para él.

—Creo que Billtoe tiene aceite, y en cantidad. Lleva la cabeza más grasienta que un palo de lucha libre.

—¡Billtoe! —espetó Malarkey—. Menuda serpiente. No le daría la satisfacción de suplicarle.

A Conor se le ocurrió una idea.

—Pues mira, me he dado cuenta de que el rancho que nos dan de comer a diario está lleno de una especie de aceite de cocina; siempre forma un charquito en la escudilla. Debe de ser mejor para el pelo que para el estómago.

Malarkey se quedó estupefacto.

—¡Dios mío!, tienes razón, soldado. Ahí lo tengo, delante de mis narices, tres veces al día. Y yo buscando aceite. Me has dado un buen consejo.

—Y además, gratis —añadió Conor—. Aunque puede que luego apestes a estofado.

—¿Y qué más da? —replicó Malarkey—. Mi pelo quedará tan brillante como para dar un paseo por Picadilly.

Conor se sacudió el agua de su propio cabello. Se le ocurrió que entre la sacudida y la suciedad incrustada debía de parecer un chucho vagabundo. Ya era hora de recobrar su verdadera apariencia. Tal vez Otto Malarkey era el hombre apropiado al que pedir asesoramiento acerca de la higiene.

Malarkey terminó de estrujarse el pelo y arrojó la cabeza hacia atrás.

—Y ahora —dijo con tono más serio—, tenemos asuntos pendientes.

Conor se puso en tensión. ¿Había llegado el momento de otra pelea? Algunos estudiantes necesitan que les repitan la lección antes de llegar a entenderla. Colocó una mano en el mango de la horquilla del diablo que llevaba en el cinturón.

—¿De qué asuntos me hablas? ¿Más palizas pagadas, quizá?

—No, soldadito, nada de eso —se apresuró a aclarar Malarkey—. La solución que propusiste me parece razonable. Hacemos teatro durante un par de semanas, tú no sueltas prenda y se acabó. Yo mantengo a salvo los nudillos y tú, la cabeza; un plan perfecto. Lástima que no se me ocurriera antes. Podía haberme ahorrado las molestias de la artritis. Entre el dolor en las articulaciones y el pelo encrespado, este agujero va a acabar conmigo.

Conor se relajó en cierta manera, aunque no retiró la mano del tridente.

—Conocí a una cocinera en Great Saltee que padecía de artritis. Aseguraba que lo mejor para el dolor de articulaciones es la corteza de sauce, si es que puedes conseguirla.

Malarkey asintió con un cabeceo.

—¿Corteza de sauce?

—Tritúrala y añádela al guiso o, simplemente, mastica un pedazo. Pero hay que tener en cuenta que irrita el estómago.

—Eso no me preocupa. Digeriría un oso vivo sin apenas inmutarme.

Conor frunció el ceño.

—Pero, dime, ¿cuáles son esos asuntos?

—He estado hablando con Pike —respondió Malarkey, señalando la portilla de la campana con el pulgar—. Decidimos que lo mejor será que tú y yo trabajemos un poco antes de que te deje inconsciente. Se me ha ocurrido que podríamos excavar un rato, encontrar unos cuantos pedruscos y, después, a descansar. Luego, te lanzo al agua y nadie se entera de nada. ¿Qué te parece el plan?

Conor estaba a punto de acceder, pero luego se acordó de su nueva identidad. Conor Finn era un joven diablo, y no quedaría satisfecho sin obtener beneficios.

—El plan no está mal. Parece bastante completo, pero ¿qué pasa con las tres libras que te han pagado para darme palizas?

Malarkey estaba preparado para la pregunta.

—Una para ti, dos para mí.

—Prefiero que sea al revés.

—Tengo una propuesta —dijo Malarkey—. Vamos a medias si me enseñas a usar ese tridente como haces tú. La esgrima es una herramienta poderosa. Podría ganar un montón de dinero, poner en apuros a unos cuantos oficiales.

Por la expresión de Malarkey, estaba claro que el acuerdo le entusiasmaba.

—¿Y evitarás que los Carneros Rampantes me claven una espada entre las costillas? —preguntó Conor.

Otto Malarkey echó hacia atrás su larga melena.

—Sólo hay una forma de garantizarlo —se subió la manga y dejó al descubierto el tatuaje del carnero con cornamenta—. Tienes que tatuarte. Sólo los miembros de la

hermandad están a salvo. Te respaldaré si me enseñas a practicar la esgrima. Podría argumentar que resististe las palizas y que tienes sangre irlandesa, aunque tu acento es el propio de la clase alta de las Saltee. Podemos decir que tu madre nació en Kilmore. Me parece que tu edad no alcanza la reglamentaria para el ejército, pero a los Carneros Rampantes eso les trae sin cuidado. Si eres lo bastante grande para empuñar una pistola, eres lo bastante mayor para dispararla.

Unirse a los Carneros era una decisión delicada. Conor Broekhart jamás se vincularía a una banda criminal; pero Conor Finn lo haría, claro que sí.

—Me pondré vuestro tatuaje, pero no pagaré cuota alguna ni formularé un juramento.

Malarkey soltó una carcajada.

—¡Juramento! Los Carneros sólo juramos al soltar palabrotas. Y en cuanto a la cuota, con las lecciones de esgrima bastará.

Conor se frotó el bíceps, donde le practicarían el tatuaje.

—Muy bien, Otto Malarkey, hemos hecho un trato. Quiero el dinero mañana mismo.

—Mañana no —dijo Malarkey—. A partir de ahora te registrarán a diario. Espera hasta que lleves el carnero en el brazo; entonces, comprobarás que ciertos carceleros mantienen lealtades un tanto difusas. El cacheo será menos exhaustivo, siempre que se pague el precio estipulado, claro está.

Malarkey estaba resultando de lo más útil. La charla desenfadada del matón sería un intercambio justo por unas cuantas clases de esgrima.

—De acuerdo; una vez que el tatuaje se haya secado. Hasta entonces, practicaremos el manejo de la espada y buscaremos diamantes. Primero, la esgrima, mientras la mente está despejada.

Conor extendió el tridente y colocó el brazo izquierdo a la espalda.

Malarkey imitó la postura.

—Entonces, Conor Finn, ¿me enseñarás todo lo que sabes?

—Todo no —respondió el muchacho, esbozando una sonrisa tensa—. Si lo hiciera, tú podrías matarme a mí.

***

Billtoe esperó hasta que Conor, supuestamente, recobró la consciencia antes de llevarle de vuelta a la celda a través de los pasadizos subterráneos de Little Saltee. Por primera vez desde su llegada, el joven tomó buena nota de cuanto le rodeaba, fijándose en cada puerta, en cada ventana.

Aquella zona de la prisión tenía un aspecto arqueado, como si el ala al completo hubiera descendido una planta desde su construcción. Las paredes se inclinaban hacia

adentro desde lo alto y el suelo se hundía como un desagüe. Los arcos de piedra habían perdido sus dovelas y estaban torcidos, como en las construcciones que hace un niño con bloques de juguete. Las paredes estaban salpicadas de parches de brea allí donde el agua se había colado por las grietas. Docenas de regueros quedaban aún por tapar. Un burbujeante arroyo de agua salada corría por el centro del suelo hundido.

—Bonito, ¿verdad? —dijo Billtoe, percatándose de la atenta mirada de Conor—. Este lugar podría inundarse en cualquier momento, según comentan; pero llevan diciendo lo mismo desde mucho antes de que yo empezara a trabajar aquí. En tu lugar, trataría de escapar de este infierno. Siempre sirve para echarse unas risas. Deberías ver lo que un hombre desesperado es capaz de intentar. Saltar desde la muralla es uno de los intentos de fuga favoritos. Los cangrejos nunca pasan hambre en Little Saltee. Perforar túneles también resulta habitual. ¡Túneles! ¿Cómo te quedas? No sé dónde se creen que están esos cabezas huecas. ¿En medio de una pradera? Apenas tenemos un puñado de arcilla en esta isla; aun así, unos cuantos presos han perdido la chaveta por culpa del encierro y se pasan el día entero tratando de encontrar una veta. Te digo una cosa, soldadito, si consigues encontrar un poco de tierra en Little Saltee, más te vale plantar hortalizas.

Conor era consciente de que no debía interrumpir. En una existencia previa, había aprendido que la información salvaba vidas y, en aquella cárcel, la información abundaba. Por fortuna, el carcelero Billtoe parecía deseoso de ofrecerla en bandeja a tanta velocidad como conseguía extraerla de sus labios en continuo movimiento.

Empujó a Conor por un pasillo que se hallaba un escalón más bajo que el resto. El suelo se inclinaba en una suave pendiente y el agua se llegaba a colar por debajo de algunas puertas.

—Ya hemos llegado. «El patio de mi casa es particular» —cantó Billtoe—. El ala del manicomio. Aquí tenemos de todo: sordos, mudos, ciegos; mancos, o con una sola pierna. Algunos tienen abollada la cocorota. Verás toda clase de locos que te puedas imaginar. Tenemos un tipo que no habla, sólo dice números. Números y más números todo el día. Decenas y centenas; millares, incluso. Parece un maldito banquero. No sabemos su nombre, por eso le llamamos Numbers. Ingenioso, ¿eh?

Conor almacenó aquel retazo de información. Un hombre experto en números podía resultar de utilidad si sus cuentas tenían algún significado. Todo plan contaba con sus cálculos.

Llegaron a la puerta de la celda de Conor. Éste examinó las bisagras de metal y el sólido cierre.

Billtoe giró una llave en el ojo de la cerradura.

—Buenas puertas, ¿eh? Son lo único que se mantiene en buen estado —hizo un guiño a Conor—. No podríamos permitir que vosotros, los majaretas, os pasarais la

noche corriendo de acá para allá, asustando a los demás con vuestros llantos llamando a mamá, vuestras cuentas y todo eso. Prefiero que os quedéis en la celda y lancéis aullidos —Billtoe se secó una lágrima imaginaria de la mejilla—. Suena como un coro de ángeles. Desde que estoy en la isla, me ayuda a dormir.

Aquel hombre era un animal. Bajo y rastrero. En un mundo justo, él sería el prisionero y Conor, el hombre libre. La puerta se abrió de par en par con la ayuda de la inclinación de la pared.

—Adentro, chico. Disfruta de tu soledad.

Conor se encontraba a medio camino del suelo inclinado cuando se percató del significado de aquellas palabras. Se dio la vuelta, pero la puerta ya se estaba cerrando.

—¿Mi soledad? ¿Dónde está el señor Wynter?

La voz de Billtoe le llegó a través de una ranura de luz que iba disminuyendo entre la puerta y el marco.

—¿Wynter? ¿Ese descarado vagabundo ciego? Le hemos soltado. A partir de ahora estarás solo. Órdenes del mariscal.

Conor notó que el cuerpo le flaqueaba y, sin poder evitarlo, se desplomó de rodillas en el suelo.

«El asesinato es el camino más rápido para frenar el hacinamiento —había dicho Linus—. Rezo para que nunca nos excarcelen a ti o a mí, que tan afortunados somos».

—Le han matado —acusó Conor, apenas sin aliento.

Pero le estaba hablando a una puerta cerrada.

Una luz a lo lejos

Este último infortunio provocó que Conor se acurrucara en un rincón de la celda, sollozando como un niño. Estaba solo. Un amigo podría haber otorgado a su encierro una chispa de luz, pero ahora no contaba con nadie. Se fue arrastrando hacia el extremo más alejado de la estancia y se sorprendió al descubrir que ésta se encontraba labrada en la roca en mayor extensión de lo que a simple vista parecía. Detrás del catre de Wynter halló un amplio nicho con las dimensiones aproximadas de cuatro ataúdes apilados. Conor lo supo por el tacto, ya que ni una gota de luz iluminaba el agujero en tinieblas.

Se quedó tumbado durante horas, notando que la determinación se iba apartando de él como se desprenden las algas de un varadero. La nueva identidad que había creado para sí acabó por desaparecer, sacando a la superficie al pobre y desesperado Conor Broekhart.

Y así permaneció, protegido tan sólo por un manto de autocompasión, debatiéndose toda la noche entre sueños de su familia. Sueños inservibles, fútiles. Podría haber fallecido durante los días siguientes por culpa de un corazón destrozado de no haber sido por un pequeño rayo de luz.

De madrugada, se despertó y se fijó en una línea rojiza que parpadeaba en la pared de enfrente. Durante un prolongado y soñoliento instante, Conor quedó desconcertado por esa línea, que recordaba a un difuso número uno y oscilaba levemente. ¿Se trataba de alguna clase de mensaje? ¿Y si la celda estuviese embrujada?

Entonces, acabó de espabilarse y cayó en la cuenta de que la línea era, desde luego, un rayo de luz. Pero ¿de dónde procedía?

Con el fin de abstraerse de su tormento, decidió investigar. Tardó apenas unos minutos en descubrir una estrecha fisura que recorría el empalme entre dos bloques de piedra del nicho y se extendía hasta el exterior, permitiendo que una débil luz se filtrara hasta la celda. Conor dio unos golpecitos con la uña en la piedra situada a la izquierda y se sorprendió al darse cuenta de que se movía y raspaba los bloques colindantes. Empujó con más fuerza y la piedra se movió desde la base, haciendo caer parte de la suciedad acumulada. El propio bloque se resquebrajó, pues en realidad no se trataba de una piedra, sino de un pedazo de barro seco. Conor introdujo un dedo por el lateral de la falsa roca y la sacó del agujero. Una cuña de luz le estalló en los ojos, cegándole durante unos instantes. No es que tuviera un resplandor especial, sino que era la primera luz directa que había visto desde mucho tiempo atrás.

Cerró los ojos, pero no se apartó. La sensación de calor en el rostro resultaba maravillosa, como un regalo llegado de la mano de Dios. Empezó a golpear con los

nudillos los bloques de alrededor en busca de otras piedras falsas, pero no encontró más. El resto de la pared tenía la solidez de una montaña. Sólo había un agujero, del tamaño de dos puños.

Y allí se quedó, en cuclillas, notando la calidez del sol en la piel, que le recorrió los párpados hasta que, por fin, estuvo preparado para abrir los ojos. No se decepcionó ante lo que vio, ya que no se había permitido albergar ninguna esperanza. Aquel agujero era endiabladamente pequeño, y también muy profundo, revestido de metro y medio de sólida roca. Al fondo, se vislumbraba un cielo del tamaño de una servilleta. Sólo una rata podría escapar por semejante túnel; incluso un roedor más grande de lo normal tendría problemas para huir. Aunque por algún milagro Conor consiguiera emular al doctor Redmond, el célebre escapista, y atravesar aquel estrecho tubo, ¿adónde iría? El océano se lo tragaría con más rapidez de la que una ballena engulle un pececillo. Aunque consiguiera robar una barca, los tiradores apostados en la muralla se lo pasarían en grande disparándole. Nadie había escapado jamás de Little Saltee. Ni una sola persona, en cientos de años.

«Acepta esto como un pequeño regalo secreto, nada más —pensó Conor—. Deja que te caliente la cara y te consuele del dolor que te atormenta, aunque sólo sea por un momento».

Se apoyó contra un lateral del nicho, disfrutando del exiguo calor. ¿Quién habría fabricado aquella piedra falsa? ¿Cómo se había horadado el agujero? Ambas preguntas podían tener varias respuestas, pero no había manera de confirmarlas.

Quizá las paredes de la prisión hubieran cedido unos centímetros, concentrando en ese punto concreto vectores de fuerza que acabaron por pulverizar el bloque de piedra. O tal vez sucesivas generaciones de convictos se dedicaron a escarbar con toscas herramientas. Acaso era producto de la erosión del agua salada, o de la lluvia, si bien resultaba poco probable en menos de un milenio. Pudiera ser la suma de todo lo anterior, aunque también podrían darse una decena de explicaciones adicionales.

Conor examinó el bloque de arcilla que había mantenido escondido aquel tesoro de luz. Estaba desportillado, pero intacto; sin duda, serviría para ocultar el agujero durante su reclusión. Pero aún no taparía la abertura; Billtoe tardaría un rato en llegar. Hasta entonces, disfrutaría del amanecer, como tantos otros prisioneros antes que él. Al diablo con las consecuencias.

«Agua. Me encantaría beber un tazón de agua».

Conor volvió a cerrar los ojos, pero las imágenes de sus padres le atormentaban, por lo que los abrió de nuevo y durante un prolongado instante creyó que o bien estaba soñando, o se había vuelto loco. Lo que estaba ocurriendo no debía, no podía estar sucediendo. La pared del nicho oculto resplandecía, y no sólo por la luz solar, sino que emitía un extraño y espectral resplandor de color verde. No brillaba la pared al completo, únicamente una serie de líneas y puntos. Los signos le resultaban

familiares, y cayó en la cuenta de que estaba contemplando una partitura musical. Las paredes y el techo de aquella pequeña hornacina estaban cubiertos de música.

«El señor Wynter me dijo que tenía una ópera en la cabeza, y en otro lugar».

El otro lugar era aquel nicho oculto. Si no le hubieran matado, seguro que el norteamericano le habría desvelado su secreto.

Conor pasó los dedos por varias de las notas. Se elevaban y descendían como una cordillera.

«¿Qué era aquel brillo? ¿Cómo era posible?».

El fantasma de Victor le atormentaba.

«Venga ya, zoquete. Lo hemos estudiado. Es geología básica. ¡Y te consideras un hombre preparado para el nuevo siglo!».

Pues claro. Se trataba de coral luminoso. Sólo se desarrollaba bajo ciertas condiciones específicas, que de alguna extraña manera se debían haber reproducido en aquel ambiente húmedo y cerrado.

Conor raspó con la uña una fina capa de barro y dejó al descubierto las toscas láminas de coral que se ocultaban debajo. Aquella parte de la celda estaba formada de coral vivo, alimentado por el goteo constante de agua salada. Debía de haber ido creciendo a través de la roca con el transcurso de los siglos y se activaba con la luz del sol. Una auténtica maravilla. No había esperado encontrarse con ninguna maravilla en Little Saltee.

Se percibían otras muescas más débiles que las notas musicales, fruto de manos más antiguas y en un lenguaje más peculiar. Conor encontró el diario de Zachary Cord, un envenenador confeso. Y también una farragosa maldición grabada por Tom Burly, con la que condenaba al encargado de la prisión en el siglo XVII y le tachaba de enemigo de la justicia. A Conor no le costó creer que el recluso tenía razón.

De modo que así era como Linus había conseguido mantener la cordura durante sus horas de soledad. Había plasmado su música en la única superficie de la que disponía —una cripta cubierta de barro—, sin llegar a saber que su pergamino era luminoso. Los ojos de Conor se anegaron de lágrimas cuando llegó a las últimas notas y leyó la palabra «Fin», tallada con considerable fioritura. Linus Wynter había conseguido terminar la obra de su vida antes de que le «excarcelaran».

Aquel registro era una noble tradición y, de pronto, Conor supo que él mismo la continuaría, que aportaría sus propias ideas a las paredes de aquel nicho diminuto. De hecho, la sola idea provocaba que el corazón se le disparara en el pecho. Disponer de un lienzo en el que trazar sus diseños era mucho más de lo que había esperado.

Rebuscó en el camastro de Linus Wynter hasta encontrar lo que sabía con seguridad que estaría allí. Su punzón más reciente, escondido bajo una pata del camastro. El hueso de pollo que Billtoe le había arrojado el día anterior; uno de los extremos estaba aplastado y formaba punta. Perfecto.

A continuación, se introdujo en el nicho, no sin dificultad, y se tumbó de espaldas. Comenzaría por el techo, y sólo dibujaría hasta que se disparase el cañonazo.

Con trazo seguro, Conor Finn grabó su primer modelo sobre el barro húmedo, permitiendo así que el luminoso coral de color verde brillase a través de las hendiduras. Se trataba de un aparato sobre el que había trabajado con Victor: un planeador con timón y alas ajustables para el equilibrio lateral.

En la pared, el diagrama era estático, pero en la mente de Conor remontaba el vuelo como un pájaro. «Un pájaro en libertad».

Adelanto de fecha

1894, Dos años después

Arthur Billtoe masticó por última vez un rollo de tabaco y luego escupió el jugo en dirección al agujero en el suelo. El fibroso rollo falló en la diana y fue a aterrizar en la puntera de su propia bota.

—Lo siento —dijo el carcelero, y acto seguido, al darse cuenta de que se estaba disculpando ante sí mismo, paseó la vista a su alrededor para cerciorarse de que nadie le había escuchado, pues podían tomarle por un cabeza hueca y encerrarle con los locos.

Nadie le había oído, con la excepción de Pike, lo que venía a dar igual, ya que el propio Pike se encontraba a corta distancia de la imbecilidad. En cualquier caso, Billtoe decidió disimular su espontánea disculpa.

—Lo siento —repitió, si bien ahora en voz más alta—. Lo siento por los pobres locos que tienen que meterse dentro de Flora esta noche.

Los guardianes se encontraban en el almacén subterráneo del que partía el agujero que llegaba a la mina. Allá abajo, la campana de buceo estaba sumergida en las oscuras aguas de Little Saltee a una profundidad de diez brazas. En el exterior, el mar se hallaba encrespado y el conducto que allí desembocaba se había convertido en una especie de túnel de aire que sacudía la campana a cada momento. Con cada impacto, un frenesí de repiques inundaba la mina subterránea.

—Lo siento, de verdad —prosiguió Billtoe—. Más les vale moverse deprisa, o Flora les arrancará un brazo o una pierna.

Pike no se creyó ni por un segundo que Billtoe se preocupara por los reclusos en mayor medida de lo que se preocuparía por una brizna de hierba. Pero no convenía contradecir a Arthur Billtoe si te encontrabas por debajo de él en el escalafón, o te pondría a trabajar en Nochebuena en el ala del manicomio.

—No malgastes tu legendaria compasión, Arthur —dijo Pike, rascándose su cabeza calva. Billtoe lanzó una mirada furiosa a su compañero. ¿Se estaba haciendo el gracioso? No; el ingenio no tenía cabida en un hombre convencido de que la electricidad era un regalo de las hadas—. No tienes que preocuparte. Finn y Malarkey hacen el turno de noche.

Billtoe asintió con un gesto. Finn y Malarkey. Esos dos formaban la mejor pareja de mineros que jamás había pasado por Little Saltee. El joven Finn era el cerebro, sin duda alguna; pero, cuando señalaba un punto concreto, Malarkey se ponía a excavar con la fuerza de un gigante.

Y pensar que dos años atrás, cuando Conor llegó por vez primera a Little Saltee, era poco más que un muchacho esmirriado cuyo destino más aparente consistía en

que lo metieran en una bolsa de lona y lo sepultaran en el mar. Ahora era un miembro destacado de los Carneros Rampantes, y una de las fuentes principales de ingresos del propio Billtoe.

Éste se aclaró la garganta.

—Pike, yo me encargaré de registrar a Finn y a Malarkey.

Pike le dedicó un ladino guiño.

—Como de costumbre, Arthur.

Billtoe hizo caso omiso de la insolencia. No estaba bien enzarzarse en una discusión sobre los alijos personales de diamantes, pero para sus adentros decidió elegir a Pike para supervisar los trabajos en las cloacas. Ya era bastante malo que los comentarios del guardián calvo rayasen la desfachatez; para colmo, le habían llegado rumores de que Pike estaba vendiendo información a la división de Kilmore de los Carneros Rampantes sin incluir a su amigo Arthur Billtoe.

Billtoe se inclinó por el borde del agujero y clavó la vista en el abismo iluminado con lámparas. La campana relucía trémulamente en las aguas oscuras y emitía un murmullo con cada golpe de la corriente. A través de la mugrienta portilla se distinguían confusas ondulaciones y sombras. Finn y Malarkey excavando, imaginó.

—Mmm —gruñó con orgullo, al tiempo que guiñaba un ojo a Pike. Entonces, se acercó a zancadas a la escalera, tratando de proyectar un aire de incorruptibilidad. Deseaba encontrarse al borde del agua cuando emergiera la pareja de mineros.

—Oye, Arthur —gritó Pike a sus espaldas—. Caminas de una manera rara. ¿Es por culpa de ese arenque?

Billtoe frunció el ceño. Tendría que hacer algo con Pike.

—Nada de eso, jorobado, hijo pelón de un fenómeno de circo. Me estoy haciendo el incorruptible.

—Era mi segunda suposición —repuso Pike, quien, al igual que tantos otros zoquetes, llevaba una vena de ingenio en su interior.

***

Conor Finn y Otto Malarkey luchaban como posesos en el interior de la campana de buceo. Sus espadas improvisadas silbaban al rasgar el aire y echaban chispas al entrechocar. Ambos sudaban profusamente, respirando tan hondo que el nivel del agua se elevaba a sus pies. Aspiraban el aire a mayor velocidad de la que la bomba podía suministrarlo.

—Tu balestra es un desastre —jadeó Conor—. Más elegancia, Otto. No eres un cerdo castrado en una porqueriza.

Malarkey esbozó una sonrisa tensa.

—Los cerdos castrados son peligrosos, Conor. Si no te andas con cuidado, te

embisten.

Dicho eso, abandonó las reglas de la esgrima, soltó su espada y arremetió contra su adversario con los brazos extendidos. Conor reaccionó de inmediato: se agachó y rodó por el agua, golpeando a su adversario en las piernas. El gigantón cayó al suelo como un plomo y se golpeó la sien contra la pared de la campana. Para cuando hubo recobrado el sentido, el joven le había clavado el tridente en el cuello.

—Tu pelo tiene buen aspecto —observó Conor—. Un brillo de lo más saludable.

Malarkey adquirió una expresión de arrogancia.

—No eres el único que se ha fijado. Tomo ese pescado aceitoso que me aconsejaste. Me está costando una fortuna en sobornos y, encima, sabe a rayos; pero con este resultado estoy dispuesto a aguantarme.

Conor ayudó a Malarkey a levantarse.

—Tienes que practicar la balestra. Es como el salto de un bailarín, y no el tropezón de un borracho. Aparte de eso, estás haciendo progresos.

Malarkey se frotó la cabeza.

—Lo mismo digo. Ese revolcón de antes ha estado muy bien; ni el rey de los tunantes lo habría hecho mejor. Nunca he visto un luchador como tú, Conor. Manejas el sable a la española, aunque con un toque francés. Luego, el boxeo propiamente dicho, que yo calificaría de carácter inglés. Pero también atacas con los brazos extendidos y das patadas al estilo de las artes marciales, que me parece que proceden de Oriente. Una vez vi a un tipo en el West End que hizo una demostración de esos movimientos y patadas. Partió una tabla con el pie. En aquel entonces pensé que era un truco, pero ahora me alegro de no haberle acusado de tramposo.

Una imagen de Victor pasó como una exhalación ante los ojos de Conor, quien la apartó con brusquedad.

—Durante mis viajes aprendí unas cuantas cosas —respondió.

Malarkey soltó un resoplido.

—Típico de Conor Finn. La mayoría de los que viven en este agujero se mueren por que alguien escuche sus historias; de hecho, se las suelen contar a las paredes. No es tu caso, en absoluto. Llevas dos años entrenándome y en todo este tiempo no he sabido más que un puñado de cosas sobre ti. La más destacable es que tienes la barba de colores.

Conor se hincó de rodillas y examinó su exigua barba en la superficie del agua. Daba la impresión de que había mechones rubios, pelirrojos e incluso grises entre la pelusa. El gris no podía ser corriente en un chico de dieciséis años. Daba igual, pues le otorgaba la apariencia de un hombre unos cinco años mayor.

En los últimos dos años había cambiado por completo. Había desaparecido el muchacho enclenque y desgarbado que se pasara su primera noche de cautiverio sollozando. Ahora ocupaba su lugar un joven alto, musculoso y recio que se

granjeaba el respeto de los presos y los carceleros por igual. Cierto era que los moradores de la prisión no le apreciaban ni buscaban su compañía, pero tampoco le insultaban ni se entrometían en sus asuntos.

—Deberías afeitarte —indicó Malarkey—. Con esa mata de pelo tan bonita, no te pega una barba así. La gente sólo se fija en la barba, no lo olvides.

Conor se enderezó. Llevaba el cabello rubio recogido hacia atrás con una correa, para que no le molestase al trabajar. Había oscurecido varios tonos desde que le diera el sol por última vez.

—No soy tan presumido como tú, Otto. Me preocupo más por los negocios. Dime, ¿cómo andamos de provisiones?

—Van en aumento —repuso Malarkey—. Ya tenemos siete bolsas enterradas. Todas en los arriates de salicores.

Conor sonrió, satisfecho. Billtoe había ordenado que se plantaran salicores por consejo del muchacho. Se trataba de una planta que crecía deprisa, era resistente a la sal y proporcionaba comida barata a los presos. Esto implicaba que Billtoe podía robar unas cuantas libras al mes de los fondos para alimentos. Naturalmente, había que permitir a los presos que plantaran los arriates, y era entonces cuando Malarkey y sus Carneros aprovechaban para enterrar los diamantes robados.

—No es que nos sirvan de gran cosa metidos en la tierra —prosiguió Malarkey—. A menos que brote un arbusto con diamantes; incluso en ese caso, Billtoe lo dejaría pelado.

—Otto, escucha bien lo que te digo —dijo Conor—. No tengo la intención de pasarme aquí toda la vida. De alguna forma conseguiré sacar nuestras piedras y enviaré la parte que te corresponde a tu hermano Zeb. Te lo prometo, amigo mío.

Otto se agarró los hombros.

—Los Carneros cuentan con algunos fondos, es verdad; pero con un tesoro semejante mi hermano lograría sacarme de aquí a base de sobornos. Me convertiría en un hombre libre. Podría pasear por Hyde Park luciendo mi espléndida melena.

—Triunfaré, hazme caso. O moriré en el intento. Si de aquí a un año no estás libre, será porque me he muerto.

Malarkey no malgastó saliva en interrogar a su compañero acerca de los detalles de su plan. Conor Finn no era partidario de enseñar sus cartas. En cambio, sacó otro asunto a relucir.

—Badger Byrne aún no ha pagado su cuota —dijo—. ¿Y si le vapuleo un poco?

—No más violencia, acuérdate. Además, he oído que Badger ha estado en cama con un herpes. Déjale descansar una temporada.

Otto Malarkey frunció los labios, frustrado.

—¿Descansar, Conor? ¿Descansar? Siempre la misma respuesta. No he propinado una paliza desde que te pusiste el tatuaje.

Conor se frotó el carnero con cornamenta que llevaba grabado en el brazo.

—No exageres. Estuviste a punto de cargarte a MacKenna.

—Es verdad —admitió Malarkey con una sonrisa—. Pero es un carcelero. Y para colmo, inglés.

—Los grandes estrategas saben cuándo utilizar la fuerza bruta y cuándo la razón. Piensa en Alejandro Magno, en Napoleón.

Malarkey soltó una sonora carcajada.

—Sí, claro. El pequeño Bonaparte era estupendo a la hora de razonar. Pregúntale a cualquiera que haya estado en Waterloo.

—El caso es que ahora contamos con siete bolsas y antes no teníamos ninguna. Siete bolsas. Una fortuna, sí señor.

—Hasta que tu plan tenga éxito, igual daría que fueran siete sacos de arcilla —se mofó Malarkey—. No sé cómo te las vas a arreglar. Ni siquiera los guardianes han conseguido sacar diamantes de contrabando de Little Saltee. Habría que tener alas.

Conor clavó en Malarkey una mirada penetrante. ¿Estaría enterado de algo?

No, pensó. Sólo era una forma de hablar.

—Sí —respondió—. En efecto, habría que tener alas.

***

Billtoe los esperaba junto a la orilla, con los pies metidos hasta los tobillos en el agua, no fuera a ser que otro de los guardianes se le adelantara a la hora del cacheo.

—A ver, vosotros dos, gandules zarrapastrosos y amargados. Apartaos uno del otro y levantad bien los brazos.

Conor reprimió la tentación de propinar un puñetazo a aquel patético estafador. Asaltar a Billtoe le proporcionaría una fugaz satisfacción, pero conduciría a una paliza que le dejaría medio muerto, además de incapacitado. Ahora no podía permitírselo, ya que sus diseños iban viento en popa y la coronación se hallaba tan próxima.

Billtoe inició su registro, haciendo grandes alharacas mientras fingía ser meticuloso.

—No pasarás nada que yo no te encuentre, Conor Finn. Ni siquiera una brizna de alga. No, señor. Arthur Billtoe conoce todos tus trucos.

El hombre estaba poco menos que aireando sus intenciones. «Protesta demasiado».

Al rato, encontró un pequeño pedrusco en la pernera de los calzones militares de Conor, remendados hasta la saciedad. Sin mediar palabra, se metió el diamante en su propia manga. Era el pago que se cobraba por una búsqueda poco rigurosa.

—¿Alguna noticia? —preguntó Conor mientras Billtoe procedía a cachear a

Malarkey.

El guardián se echó a reír.

—Los salts os morís por las noticias, ¿no es verdad? Hasta el suceso más aburrido es para vosotros como una pepita de oro.

—Más bien como un diamante —replicó Conor.

Las manos de Billtoe se quedaron inmóviles sobre los hombros de Malarkey.

—¿Es ésa una insolencia, soldadito? ¿Acaso he escuchado una insolencia?

Conor agachó la cabeza.

—No, señor Billtoe. Sólo era una broma. Un comentario amistoso, digámoslo así. He calculado mal el momento, me parece.

—También me lo parece a mí —replicó Billtoe, frunciendo el ceño; pero su expresión se animó considerablemente cuando se encontró con el pedrusco que Otto llevaba en el bolsillo de la camisa—. Además, un poco de humor nunca viene mal. Al fin y al cabo, todos somos humanos. No quiero que penséis que los guardianes no tenemos corazón.

—Sí, señor Billtoe. Tal vez debería esforzarme en la manera de exponer mis comentarios.

—Sí, más te vale —aprobó Billtoe—. Y ahora, soy yo quien te va a «exponer» una noticia —hizo una pausa—. ¿Te has dado cuenta? Tú dijiste esa palabra y yo la he repetido en mi frase. Eso sí que es exponer. Y ahora, presta atención, Conor Finn. Te va a interesar.

«Sólo en la cárcel podría tolerarse a semejante pelmazo», pensó Conor.

—Mantendré los oídos abiertos y la boca cerrada, señor Billtoe.

—Buen muchacho, Finn. Vas aprendiendo, aunque despacio.

Un año atrás, Billtoe habría enfatizado su lección con un culatazo de su rifle, pero estos días se lo pensaba dos veces antes de golpear a Finn. No convenía enemistarse innecesariamente con los Carneros Rampantes, y el propio Conor Finn no era un joven al que uno deseara como enemigo. Era una figura temible, excepto por la barba, a la que no le vendría mal un poco más de espesor.

—Bueno, ahí va la noticia: la reina Victoria de Gran Bretaña ha expresado su deseo de asistir a la coronación de la princesa. No quiere venir el día catorce; dice que ese número le trae mala suerte, porque perdió un nieto en esa fecha. De modo que la ceremonia se ha adelantado dos semanas, al primero del mes, aunque Isabella aún tendrá dieciséis años. Entonces veremos tus globos. O, mejor dicho, «mis» globos.

La ensayada serenidad de Conor estuvo a punto de abandonarle y dejar a la vista el torbellino que le atenazaba por dentro.

«El primero de mes. No estoy preparado. Faltan cosas por terminar».

—¿El primero de mes? —balbuceó—. ¿Ha dicho el primero de mes, señor

Billtoe?

Billtoe soltó una carcajada y escupió en el suelo.

—Sí, el primero de mes, Finn. ¿Acaso no has recibido la invitación? Yo llevo la mía a todas partes, bajo mi fajín de terciopelo.

La desagradable risa entre dientes de Billtoe se le ahogó en la garganta al reparar en la expresión de Conor, que podía describirse como temible. Aunque el prisionero no efectuó ningún movimiento agresivo, Billtoe decidió que lo mejor sería dejar de pincharle. En silencio, llegó a la conclusión de que Conor Finn tendría que pasar unos días en su celda, a solas, para aprender un poco de humildad. Igual daba que fuera un carnero.

El guardián recogió las redes para diamantes de Conor y Malarkey y los empujó en dirección a la escalera de mano. Introdujo los dedos entre la docena aproximada de pedruscos que contenía cada una. Los diamantes en bruto eran como ojos vidriados que se resbalaban y sonaban al chocar. Billtoe sabía que en su mayor parte se trataba de escoria. Los mejores los tenía metidos en la manga.

—Y ahora, cerrad el pico, los dos. Subid por la escalera y dad gracias a Dios porque no se me ha antojado dispararos sin motivo. Estáis vivos gracias a Billtoe, que no se os olvide.

Malarkey puso los ojos en blanco.

—Sí, señor Billtoe. Damos gracias a Dios por ello.

Salieron del pozo y llegaron al antiguo almacén de alimentos. La estancia al completo sufría vibraciones constantes por el golpe de las olas, y multitud de regueros salían a borbotones y se desplomaban con cada embestida del agua. Día tras día, durante los dos últimos años, Conor había tenido la impresión de que la mina subterránea iba a derrumbarse. Día tras día había anhelado trabajar por encima del nivel del mar, con los llamados presos normales, pero sus peticiones eran denegadas.

«Órdenes de palacio —le decía Billtoe—. Si Bonvilain te quiere bajo tierra, ahí es donde te quedarás».

Durante su estancia en la isla, a Conor le habían permitido salir al exterior una única vez, para supervisar la plantación de la huerta de salicores. En esa ocasión, la superficie cubierta de sal de Little Saltee le había parecido un paraíso.

Pike se dispuso a llevar a su celda a Malarkey, y Conor se despidió de él con un guiño. Billtoe se hizo cargo de Conor y le alejó del edificio principal en dirección a la puerta de entrada al ala del manicomio. Como ocurría con todas las alas de la prisión, la puerta carecía de llave, tan sólo contaba con un pesado cerrojo vertical que se levantaba con un torno accionado desde el piso superior. Billtoe llamó al timbre y luego se quitó el sombrero y le enseñó la cara al guardián que estaba más arriba.

—El lugar perfecto para ti, Billtoe —gritó el guardián a través de la mirilla; luego, levantó el cerrojo.

—Todos los días —se quejó Billtoe—. Todos los malditos días, el mismo comentario.

Conor aguardó hasta que estuvieron bien adentrados en el ala del manicomio antes de hablar. Sus acuerdos con Billtoe debían permanecer en secreto.

—¿Han llegado mis sábanas?

La pregunta animó a Billtoe de inmediato. Se le habían olvidado las sábanas.

—Ah, sí. Las sábanas de Su Majestad. Llegarán hoy o mañana, no estoy seguro. ¿Qué prisa tienes?

Conor se esforzó por parecer azorado.

—No puedo dormir, señor Billtoe. Mi mente ha convencido a mi cuerpo de que si yo tuviera sábanas, como cuando era niño en casa de mi madre, tal vez conseguiría descansar.

Billtoe señaló con un gesto de cabeza uno de los tiros de chimenea que se elevaban por las paredes.

—Quizá deberíamos meterte por ese tiro. Los fantasmas te podrían cantar una nana.

Los tiros de chimenea realizaban complicadas rutas por detrás de los muros de la prisión. Tiempo atrás habían conformado una red de aire caliente, pero ahora estaban sellados con piedra y mortero; aun así, los convictos seguían subiéndose a explorarlos, si tenían ocasión, sólo para perderse en el laberinto, donde los recodos de piedra apenas se distinguían entre sí.

—En cualquier caso, las normas no permiten tener sábanas —dijo Billtoe, alargando su mano vacía, aunque ya había recibido el pago con antelación.

Conor le agarró la mano y le pasó el diamante en bruto que había guardado para sí.

—Lo sé, señor Billtoe. Es usted un bendito. Cuando haya dormido unas cuantas horas trabajaré el doble para usted.

Billtoe le lanzó una ladina mirada de soslayo.

—Más del doble. El triple.

Conor inclinó la cabeza.

—De acuerdo, el triple.

—Y necesito más ideas —presionó Billtoe—. Como las de los salicores y el globo aerostático.

—Pensaré en ello. Si consigo dormir, seguro que la sangre me fluirá con mayor facilidad. Se me ha ocurrido una idea acerca de un revólver de doce tiros.

—No sé… —respondió Billtoe frunciendo el ceño—. Una cosa es dejar que los prisioneros caven en la huerta o dibujen un globo, pero andar jugando con armas de fuego…

Conor se encogió de hombros.

—Piénselo, señor Billtoe. Las armas dan mucho dinero. Podríamos ser socios una vez que me excarcelen.

La avaricia brilló en los ojos de Billtoe como si de fiebre amarilla se tratara. ¿Socios? No exactamente. Si el revólver de doce tiros de Finn funcionaba, la idea sería de Arthur Billtoe. Las sábanas eran un pequeño precio por aquello.

—Socios, de acuerdo. En el próximo turno te bajaré esas sábanas.

—De seda —le recordó Conor—. Tienen que ser de seda. De niño, mis sábanas eran de seda.

Billtoe pareció resistirse en un primer momento; luego, se contuvo. Un revólver de doce tiros. Su nombre pasaría a la historia, junto a los de Colt y Remington.

—Muy bien, Finn. Pero te lo advierto: más vale que esos globos de aire tuyos funcionen el día señalado. De lo contrario, sufrirás.

«Si mis globos no funcionan, no sólo sufriré —pensó Conor—. También me moriré».

***

Durante su internamiento en Little Saltee, Conor se las había arreglado para conseguir unas cuantas comodidades básicas a base de trueques. Contaba con un cubo de argamasa que había colocado sobre una piedra y lo empleaba para parchear las lacrimosas paredes. Varios útiles de costura que le permitían remendar su raído uniforme estaban envueltos en cuero y colgaban de una percha. Incluso se las había ingeniado para obtener un colchón de paja para su camastro. Había convertido el catre de Linus Wynter en una mesa donde estudiaba los pocos textos que Billtoe había considerado inofensivos y trabajaba en los proyectos que le habían sido aprobados, tales como la huerta de salicores y los globos de aire caliente para la coronación.

De hecho, la huerta de salicores no había sido idea de Conor. Victor le había hablado de ello durante una de las clases de horticultura. El parisino había llegado incluso a escribir al rey Nicholas sobre la posibilidad de introducir la planta en las Saltee. Las ventajas eran triples, explicaba. Permitiría que los prisioneros hicieran ejercicio al aire libre, les enseñaría una actividad valiosa y los salicores añadirían al rancho de la prisión una verdura muy necesaria.

Se trataba de una idea inofensiva que Conor planteó para ganarse la confianza de Billtoe. Carecía de inconvenientes y no existían posibilidades de escaparse o resultar herido. Nadie había muerto nunca por el asalto de unas verduras. Los globos de aire caliente para la coronación fueron la siguiente propuesta por parte de Conor. Billtoe había aceptado la idea con entusiasmo, animado por el éxito de la huerta de salicores. En la mente de Billtoe, los globos para la coronación suponían su billete para un

ascenso, aunque en realidad eran el billete de Conor Finn para la libertad.

Existían varios obstáculos importantes en cuanto a la fuga de Conor a territorio irlandés. Había cerrojos, por descontado, y las puertas que los rodeaban, y las paredes donde las puertas estaban encastradas, y los carceleros de servicio apostados junto a esas paredes. Pero la mayor dificultad residía en la propia isla. Aunque un recluso consiguiera atravesar los muros de la prisión como un fantasma, aún quedaban más de tres kilómetros de mar hasta la localidad irlandesa de Kilmore Quay.

Ese tramo de océano en particular tenía fama de inseguro, con revueltas aguas y corrientes que acechaban bajo la superficie como agentes malignos de Poseidón. Tal cantidad de embarcaciones se habían perdido en esa zona del canal de San Jorge que la Marina británica la señalaba en rojo en sus cartas de navegación. Incluso aunque el mar no le pusiera trabas a un fugitivo, los famosos tiradores de élite de las Saltee le perforarían unos cuantos agujeros en la nuca. De modo que la opción de atravesar el agua a nado hasta la costa resultaba inviable. No; la única manera de escapar de Little Saltee era por el aire, y ahí entraban los globos de aire caliente para la ceremonia de la coronación.

—Será un broche espectacular a las celebraciones —le había comentado a Billtoe cierta noche, mientras se encaminaban a la mina subterránea—, si los tiradores de élite de las Saltee consiguen derribar los globos aerostáticos, de noche. Sería todo un despliegue de puntería.

Billtoe no parecía convencido.

—Disparar a los globos —sorbió por la nariz—. Un juego de niños.

Conor contaba con esta respuesta.

—Pero ¿y si llenásemos los globos de fuegos artificiales chinos? —propuso—. Al ser alcanzados, el cielo en tinieblas se iluminaría con una ristra de explosiones fastuosas.

Billtoe dejó de sorber por la nariz.

—Explosiones fastuosas, ¿eh?

—Se trata de un invento muy reciente —prosiguió Conor—. Nunca se ha visto hasta ahora. El mariscal Bonvilain quedaría muy impresionado.

—Impresionar al mariscal siempre está bien —reflexionó Billtoe.

—La gente hablará de los globos de Billtoe. El año que viene los lanzaran en Londres, en Paris, en la siguiente Exposición Universal.

Los ojos del carcelero se vidriaron, perdidos en los sueños de su fama y fortuna propias. Luego, replicó con brusquedad:

—Nunca lo permitirán. ¿Los presos manipulando pólvora? Imposible.

—No tengo que trabajar con pólvora —repuso Conor con tono tranquilizador—. Lo único que necesito es papel y tinta para diseñar los globos. Que los fabriquen en Great Saltee, si lo prefiere usted; pero asegúrese de que estén amarrados a nuestros

muros, para que el espectáculo resulte más impresionante.

Billtoe cabeceó con lentitud.

—¿Sólo necesitas papel y tinta?

—Y también un día al aire libre, a modo de recompensa. Un día a la semana, no pido más.

Billtoe consideró que llevaba las de ganar.

—Ah, así que de eso se trata. Quieres que desafíe las órdenes del mismísimo mariscal Bonvilain.

—Un solo día. Aunque no sea más que un paseo por la noche. Necesito respirar aire fresco, señor Billtoe. Esos globos podrían hacerle rico. Será usted famoso.

Billtoe se metió el tabaco que estaba mascando debajo del labio, y tardó un rato en meditar sobre el asunto.

—Te daré papel y tinta, y encargaré que fabriquen un globo en Great Saltee; yo correré con los gastos. Si la prueba sale bien, disfrutarás de tu día al aire libre después de la coronación. Si no, me llevaré de tu celda cualquier cosa que te procure la mínima comodidad y la siguiente vez que el sol te dé en los ojos estarás tan muerto que no podrás notarlo.

La prueba fue un éxito rotundo, y Bonvilain aprobó de inmediato la fabricación de varios globos cargados con fuegos artificiales en un pequeño taller de Great Saltee. El mariscal siempre estaba ansioso por demostrar la sofisticación de las islas a los dignatarios visitantes, y los globos con fuegos de artificio no sólo servirían de espléndido despliegue de innovación, sino también como escalofriante recordatorio de la certera puntería por parte del cuerpo de Tiradores de Élite.

El mariscal aseguró con jovialidad a Billtoe que los globos, en efecto, llevarían su nombre, si es que llegaban a explotar satisfactoriamente. Y no sólo eso: el guardián también recibiría una distinción y una pensión generosa por sus esfuerzos. En verdad, Billtoe nunca había visto tan contento al mariscal. Este incluso dejó entrever que tal vez le enviaría a varias capitales de países extranjeros para hacer demostraciones con los globos. Billtoe abandonó el despacho de Bonvilain rebosante de felicidad, y con una disposición favorable hacia Conor Finn.

Los globos explosivos eran artilugios inteligentes, y el mariscal no creyó ni por un segundo que fueran ocurrencia de Billtoe; pero la prueba fue un éxito tan concluyente que le traía sin cuidado de dónde había sacado la idea el carcelero. El experimento funcionaba, y ni los ingleses ni los franceses lo tenían.

El invento consistía en una sencilla envoltura sellada, rellena de hidrógeno y cubierta de una capa de fósforo para que brillara en la oscuridad. En el interior del globo se introducía un conjunto de fuegos artificiales y una mecha de escasa longitud. Los tiradores tenían que acertar en el centro de la rutilante envoltura con una bala de nitroglicerina y el hidrógeno estallaría en llamas, prendiendo así la mecha del

material pirotécnico.

Para entretenimiento de la reina Victoria, los tiradores de élite de Bonvilain harían estallar los globos desde una distancia superior a un kilómetro. Sería un final grandioso a las festividades de la coronación.

Conor no había compartido su idea con Billtoe movido por un patriótico deseo de emocionar al público presente en la ceremonia. Si todo salía con arreglo a sus planes, uno de los globos transportaría un cargamento adicional. Un cargamento humano.

***

Pero ahora, por culpa de la superstición de la reina Victoria, la celebración iba a adelantarse y él no estaba preparado. Las vitales sábanas de seda todavía se encontraban en algún armario de ropa blanca en Great Saltee. Sus planes estaban incompletos. Ver ahora interrumpido su propósito, después de haber invertido meses en el proyecto, sería un golpe de la máxima crueldad.

Conor se arrastró hasta el nicho que quedaba detrás de lo que seguía considerando como la cama de Wynter y extrajo el falso bloque de piedra. Múltiples rayos de sol de tono carmesí inundaron el espacio y penetraron en el coral, que absorbió la luz y se tornó en energía verde. Tiempo atrás Conor había cambiado su trabajo de día por el turno de noche para poder disfrutar de luz a la hora de proyectar sus planes.

En menos de un minuto, la celda brillaba con un millar de cálculos, esquemas y proyectos. Un tesoro científico secreto que cobraba vida gracias a la propia naturaleza. Las paredes mostraban docenas de bocetos de globos aerostáticos, planeadores y máquinas voladoras más pesadas que el aire. Estos dibujos tallados en la piedra representaban dos años de estudio obsesivo. Todos los escritos anteriores habían quedado tapados, con la excepción de los últimos acordes de la ópera de Linus Wynter y la palabra «Fin».

Por primera vez en meses, los sueños de sus propios aparatos voladores habían bastado para sustentar a Conor a lo largo de las largas horas de soledad; pero un hombre no puede quedarse en el aire para siempre, ni siquiera en sueños. Así que necesitaba un propósito para sus máquinas. Un lugar donde aterrizar.

Conor Broekhart habría pensado en volar hasta sus padres, hasta Isabella; pero en los dos años transcurridos no habían cuestionado ni una sola vez la versión de los acontecimientos ofrecida por Bonvilain. De lo contrario, tendría que haber recibido alguna visita, algún mensaje. Isabella le podría haber salvado. Podría haber movido su real dedo y ordenar que fuera perdonado, o acaso desterrado, si el joven amor que se habían profesado significara algo para ella. Estaba claro que no era así. Conor se sentía abandonado, despreciado. Para él, estos pensamientos eran tan ciertos como la fría roca que tenía a sus pies. Por lo tanto, su corazón se fue endureciendo y la

generosidad quedó suplantada por el egoísmo.

Conor Finn se puso al mando, desplazando a Conor Broekhart. Donde Broekhart hacía gala de su nobleza, Finn se movía por interés propio. Se haría rico robando a la gente que a su vez le había robado la vida. Las islas Saltee pagarían un precio por los últimos dos años: un diamante al día. Y una vez que hubiera reunido el dinero suficiente, compraría la libertad de Otto, reservaría un pasaje a Norteamérica y comenzaría una nueva vida. Este era su plan, que le mantenía con vida en la misma medida que el latido de su propio corazón.

Aun así, ¿cómo escapar? ¿Por tierra, mar o aire? No había tierra y el mar era traicionero, de modo que sólo quedaba la opción del aire. Tenía que escapar de la isla remontando el vuelo. Si no surcando el cielo, al menos cayendo desde las alturas con suavidad. Nació una idea, en cuya planificación y puesta en marcha iba a invertir más de un año.

Inesperadamente, la fecha de la coronación se había cambiado, y sus proyectos estallaron en pedazos como espejos rotos. Sólo quedaban unos días para unir las piezas.

Conor se encontraba tumbado sobre el suelo irregular, examinando sus planos mientras el agua salada le empapaba la ropa. Tenía que memorizar sus diseños ahora y, a continuación, destruirlos. Estos planos serían valiosos para cualquier ejército del mundo; pero, sobre todo, para el de Bonvilain. El mayor tormento que Conor era capaz de imaginar consistía en servir de ayuda al mariscal Hugo Bonvilain.

Recorrió con el dedo índice cada uno de los trazos. Cada avión, cada giro de hélice, cada alerón de cola y timón. Repasó las flechas que indicaban flujo de aire, incluso las caprichosas nubes que su lado artístico había cincelado en la piedra de manera casi inconsciente. En cuanto memorizaba un planeador, un globo o un aeroplano, extendía una capa de barro sobre el dibujo, taponando hasta el último resquicio.

Al atardecer, los sorprendentes bocetos sólo existían en la mente de Conor Finn.

***

Billtoe llegó aquella noche con media hora de retraso, envuelto en sábanas de seda de la cabeza a los pies.

—Mírame —dijo con voz cantarina—. El emperador de Roma, ése soy yo. El cesar Arthur Billtoe.

Conor estaba esperando junto a la puerta, y quedó consternado al observar que el tacón de una bota de Billtoe se enganchaba con el borde de una sábana. Ya tenía bastante que coser como para reparar desgarrones.

—Mis sábanas —musitó con voz entrecortada.

Billtoe detuvo sus payasadas. El interno Finn volvía a poner esa expresión. La temible.

—Aquí tienes —dijo, de pronto deseoso de abandonar aquella estancia diminuta —. Mientras duermas entre estas sábanas, sueña con ese revólver de doce tiros, socio.

«Socio —pensó Conor poco convencido—. Como si Arthur Billtoe fuera a aceptar a un preso como socio».

Conor cogió las sábanas que Billtoe le había arrojado y las extendió con sumo cuidado sobre su cama.

—Gracias, señor Billtoe. Significan mucho para mí. Las sábanas y los paseos por el exterior.

Billtoe agitó un dedo en dirección a su interlocutor.

—Después de la coronación, soldadito. Sólo después, que no se te olvide.

—Por supuesto —repuso Conor con tono apesadumbrado—. Después —dio un tímido paso adelante—. Confiaba en tener los diseños del revólver preparados para la coronación. Tal vez si no tuviera que trabajar las próximas noches…

Billtoe salió marcha atrás de la celda.

—Ni lo menciones, soldadito. Esto empieza a parecer una relación de amistad. Como si los dos hiciéramos cosas por el otro. Favores, cosas así. Bueno, pues no es una relación. No amistosa, en todo caso. Tú haces lo que haga falta con tal de que yo no te rebane el cuello por la noche. Punto y final.

—Lo lamento, señor Billtoe. Desde luego, tiene usted toda la razón. Hay trabajo que sacar adelante.

Conor alargó las manos para que el guardián le colocase las esposas, como había hecho todos los días durante los dos últimos años. Y, al igual que había hecho a diario durante los últimos dos años, Billtoe las ajustó con tanta fuerza que pellizcaban las muñecas del preso. Otros carceleros dejaban de esposar a los reclusos a su cargo pasado un tiempo, pero no así Billtoe. Los signos de compasión se realizaban en unos segundos, pero podían mantener con vida a una persona durante años. Billtoe no tenía la intención de terminar sus días con la cabeza aplastada por un convicto asqueroso y desconfiado que, habiendo perdido el deseo de vivir, lo hubiera reemplazado por el ansia de cometer un asesinato.

—Así es, salt. Esos diamantes no van a salir a la superficie por arte de magia y meterse ellos solitos en las arcas del tesoro, ¿verdad?

Conor dio un respingo al notar que el acero se le clavaba en la carne.

«Dos días más —pensó, haciendo un ímprobo esfuerzo por ocultar el odio que profesaba a Billtoe tras una máscara de sumisión—. Dos días más y podré empezar a recolectar mis diamantes».

Billtoe también estaba pensando.

«Éste no está sometido. Finge estarlo, pero echa fuego por los ojos. Tendré que

vigilarle de cerca».

Conor Finn era importante para Billtoe, y no sólo por sus brillantes ideas, o por la tranquilidad que parecía haber generado entre los Carneros Rampantes. Era importante porque, de vez en cuando, el mariscal Bonvilain se interesaba por la salud del joven. Existía una historia relativa a algún momento del pasado del muchacho, pero Billtoe prefería abstenerse de averiguar los detalles. No convenía que el mariscal tuviera que preguntarse hasta qué punto un hombre era capaz de mantener la boca cerrada. Podría decidir que el hombre en cuestión mantendría mejor su silencio en el fondo del océano, donde sólo los cangrejos se enterarían de lo que su cerebro contenía.

Billtoe sintió un escalofrío. A veces, su mente conjuraba las imágenes más espantosas. Tal vez fueran recuerdos que rezumaban a través de los muros de Little Saltee.

—Alegra esa cara, salt. Hay otros presos que atender, y sólo Billtoe para encargarse de ellos.

Con una última mirada añorante a las preciosas sábanas extendidas sobre su camastro, Conor siguió a Billtoe a través del umbral hasta el pasadizo inundado. Ese día había marea viva y el agua salada corría por los surcos erosionados en la argamasa. Conor habría jurado ver una anguila retorciéndose en el pequeño torrente. El ala al completo era una trampa mortal; lo había sido durante siglos. Cuando llegó a la isla por vez primera, detectó señales de las reformas planeadas por el rey Nicholas: andamios, escaleras de mano, cosas parecidas. Pero a los pocos días de la muerte del monarca todo aquello había desaparecido.

«No. No fue una muerte sin más —pensó—. Fue un asesinato. Le robaron la vida, como a mí me robaron la mía».

Pero Conor pronto se encargaría de recuperarla.

***

Los días siguientes transcurrieron en medio de un torbellino de trabajo agotador. De noche, Conor extraía diamantes en la mina, aspirando el aire viciado de la campana casi tan deprisa como los encargados de la bomba lo enviaban a través del respiradero. De día, trabajaba con sus sábanas. Las cosía con largas hebras de hilo que había conseguido negociando, y seccionaba la tela con una piedra punzante que afilaba en las paredes de la celda. Había que cortar, coser y hacer el dobladillo de doce paneles. La textura de la seda no era tan compacta como le hubiera gustado, pero nada se podía hacer al respecto.

Tendría que servir. El trabajo presentaba fallos y Conor lo sabía, pero resultaba imposible ser meticuloso con una luz tan pobre, materiales improvisados y falta de

experiencia. Daba la impresión de que más bien estuviera confeccionando una mortaja para sí, aunque la idea de una muerte rápida le otorgaba más consuelo que toda una vida encerrado en aquella cárcel.

La tarde anterior a la ceremonia de la coronación, Conor estuvo a punto de delatarse. Exhausto por las largas horas de trabajo en la celda y en la mina, empezó a comportarse como el lunático que supuestamente era. Cuando Billtoe fue a recogerlo para su turno, la piel del rostro de Conor le resbalaba del cráneo como un paño mojado, y los labios se le abrían y cerraban con un monótono balbuceo.

«Empieza a someterse —pensó Billtoe, satisfecho—. Ha sido cosa de las sábanas. A veces, los recuerdos de la casa familiar son demasiado intensos para soportarlos. El trabajo irá rápido ahora: estará desesperado por agradarme».

El carcelero le colocó las esposas y le condujo por el pasadizo anegado. Se interesó por los avances de Conor con respecto al revólver, pero sólo obtuvo una sarta de cálculos como respuesta.

Billtoe se detuvo de repente, mientras diminutas olas se le arremolinaban en los tacones de las botas.

—¿Qué estás diciendo? Son números, ¿no? ¿Estás contando?

A duras penas, Conor se las arregló para desviar la atención de su guardián. Había estado haciendo cálculos. Vitales y secretos. Cayó en la cuenta de que un desliz de los labios podía resultar desastroso para sus planes.

—Es una canción infantil, señor Billtoe —masculló, sonrojado—. Nada más.

Billtoe le clavó la mirada en el rostro.

—Te has puesto más colorado que una langosta hervida, soldadito. ¿Acaso estás tramando algo? ¿Algún plan que tenga que ver con números?

Conor agachó la cabeza.

—Es que me da vergüenza. Esas sábanas me hacen pensar en mi madre; en las canciones que me cantaba.

Billtoe soltó una carcajada. Tal vez Conor Finn no fuera tan temible como parecía. Pero, claro, el propio Billtoe había visto hombres más grandes agarrando un pañuelo de su madre en un puño y un puñal manchado de sangre en el otro.

—Recupera el sentido —aconsejó al prisionero—. Una campana de buceo no es lugar para soñar despierto. Estás en las nubes.

«Casi —pensó Conor—. Ya me queda poco».

***

El último día transcurrió a toda velocidad. Durante meses, el transcurso del tiempo se había burlado de Conor, alargándose como si fuera de goma. Cada segundo se traducía en un enorme abismo. Pero ahora no había tiempo suficiente para encajar

el trabajo de la jornada. Le daba la impresión de que tardaba una eternidad en la sencilla labor de enhebrar una aguja. Su perspicaz mente estaba confusa a causa del miedo. En dos ocasiones cosió al revés sendas piezas de su aparato, y se vio obligado a deshacer las puntadas. El sudor le goteaba de la frente de manera constante y salpicaba las sábanas de seda.

«Esto es absurdo. Soy un científico. Tengo que tomármelo como un experimento».

Era inútil. No conseguía calmarse. El espectro del fracaso le daba palmadas en el hombro al tiempo que el agua goteaba del techo. Desde luego, habría otros planes; ya tenía el bosquejo de una media docena. Algunos eran más enrevesados y otros, menos. Había diseñado un casco de buceo, con la forma de una campana en miniatura, que contendría el aire suficiente para permitirle salir a mar abierto, después de lo cual podía inflar manualmente una vejiga de cerdo y nadar hasta la costa por la noche. Recopilar los materiales para ese proyecto le llevaría, como poco, cinco años.

«Cinco años más. Insoportable».

Conor redobló sus esfuerzos, parpadeando para apartar la niebla que le empañaba los ojos, apretando entre sí las yemas de los dedos hasta que los temblores aminoraron. La coronación se celebraba aquella misma noche. Tenía que estar preparado.

A la reina, su corona

Los habitantes de las Saltee se preparaban para la celebración. El yate real británico, el Victoria and Albert II, un vapor de paletas de cien metros de eslora, efectuó su regia entrada en la bahía de Fulmar Bay mientras las olas del canal de San Jorge lo acariciaban con gentileza, como los dedos de un niño acarician un globo de goma. La propia reina se hallaba instalada con toda comodidad en uno de los suntuosos aposentos de palacio. Su diario recoge el siguiente comentario: «El ambiente de laboriosidad de este reino en miniatura me resulta maravillosamente estimulante. Al contemplar desde la ventana el ajetreo que reina en las calles, se tiene la impresión de estar inmerso en el Liliput de Jonathan Swift».

Las ochenta hectáreas de territorio de Great Saltee se habían destinado a los festejos en su práctica totalidad. La cumbre del sur se hallaba engalanada con lanzas en las que ondeaban banderas de color oro y carmesí. Las calles de Promontory Fort estaban decoradas con franjas de los mismos colores. Todo hombre dueño de un martillo se encontraba clavando tachuelas, y todo aquel que carecía de tal herramienta se dedicaba a colgar adornos. Hasta los dioses de la meteorología se mostraban benévolos aquella jornada, pues el sol daba de lleno sobre el pequeño principado, provocando que el oleaje lanzara destellos al mecerse. Los acantilados meridionales, ahora ribeteados con festones de espuma blanca, suavizaron en parte su aspecto tenebroso.

A los caballeros de la prensa internacional, Great Saltee se les antojaba como un oasis de tranquilidad en medio de las tribulaciones políticas del resto de Europa. Se acomodaban en las tabernas costeras de Fulmar Bay, donde engullían los tradicionales pasteles picantes rellenos de carne de gaviota, que regaban con grandes jarras de oscura cerveza irlandesa. No se permitía la presencia de periodistas en Little Saltee, y no se había invitado a la ceremonia a ningún reportero que pudiera insistir en una visita a la prisión.

A primera vista, la alegría y la satisfacción se encontraban por doquier, pero, como ocurre tantas veces, la visión superficial resultaba engañosa. Muchos eran los desdichados entre los habitantes del reino. Se habían vuelto a aplicar impuestos, y asimismo se imponían gravosos tributos a las importaciones. En cuanto a los servicios públicos, se recortaron de tal manera que resultaban prácticamente inexistentes. Se concedió la residencia en las islas a un heterogéneo conjunto de personajes variopintos que a continuación eran provistos de uniforme y se les nombraba oficiales del ejército de las Saltee; además, también se les entregaban las mejores viviendas. La mayoría eran veteranos de guerra cubiertos de cicatrices que llegaban a puerto con macutos llenos de armas, las cuales sonaban con estrépito al chocar entre sí. Bonvilain estaba nutriendo sus tropas con mercenarios al tiempo que

rechazaba a los reclutas sin experiencia. Se comentaba que tenía la intención de crear su ejército particular, aunque el mariscal aseguraba que se limitaba a proteger a la princesa de los revolucionarios.

El capitán Declan Broekhart, tiempo atrás, se habría opuesto con vehemencia a la política de Bonvilain, pero ahora tenía más que suficiente con enfrentarse al asedio de sus propios demonios. Su esposa Catherine también se encontraba sumida en la tristeza, aunque lo ocultaba por el bien de Sean, el hijo del matrimonio, de dieciocho meses de edad.

Declan estaba consumido, destrozado por el sufrimiento, que llevaba sobre sí como una capa. En la actualidad, la angustia formaba parte de su persona en mayor medida que sus ojos o sus oídos. Le arrebataba el apetito y la fuerza. Reducía su complexión y su estatura. Declan Broekhart había envejecido antes de tiempo.

A menudo, Catherine le animaba a acopiar coraje para desprenderse de su ánimo desconsolado.

—Declan, ahora tenemos otro hijo. El pequeño Sean necesita a su padre.

La respuesta de su marido siempre era una u otra versión de lo siguiente:

—No soy un padre. Conor murió mientras me encontraba de servicio, cumpliendo con mi deber. Mi vida ya no existe. Se ha terminado. Soy un muerto que aún respira.

Declan Broekhart rechazaba el contacto cercano, en su afán por sentirse castigado. Se volvió taciturno e irritable. Retomó sus deberes en el palacio, pero su manera de ser ya no era la misma. En otros tiempos había gozado de la devoción de sus subordinados, pero ahora éstos le obedecían por puro temor. Declan hacía trabajar a sus hombres sin descanso, y reprendía a soldados competentes que habían permanecido a su lado durante años. Ninguna negligencia quedaba sin castigo, por leve que fuera. De noche, Declan rondaba la muralla de Great Saltee, vestido de negro de la cabeza a los pies, a la caza de centinelas distraídos. Degradaba a los soldados, les descontaba dinero del salario y, en cierta ocasión, hizo despedir a un guardia por haberse quedado dormido en la garita.

Esto último ocurrió tres días antes de la coronación, cuando Declan se encontraba en un momento de máxima tensión. Al extenderse la noticia de que el centinela estaba agotado porque acababa de tener hijos gemelos y su mujer aún seguía en cama, Catherine pensó que su marido tal vez entraría en razón; por el contrario, Declan Broekhart adoptó una actitud aún más distante.

Se escuchó el llanto del pequeño Sean desde el dormitorio, pues sus padres habían interrumpido su siesta. Catherine se secó los ojos para que el bebé no la viera triste.

—¿Acaso piensas que Conor aprobaría tu actitud? —espetó en un último intento por convencer a su marido—. ¿Crees que nos mira desde el cielo, al que llegó como un héroe, y se regocija al contemplar en qué se ha convertido su padre?

Sus palabras hicieron mella en Declan, si bien no consiguieron que se diera por vencido.

—Y dime, Catherine, ¿en qué me he convertido? ¿Es que no sigo siendo un hombre que cumple con su deber en la medida de sus posibilidades?

Los ojos de Catherine lanzaron chispas a través de las últimas lágrimas.

—Las obligaciones del capitán Broekhart las cumples a rajatabla. Pero ¿y las de Declan Broekhart, esposo y padre? Tú mismo dices que ese deber lleva tiempo abandonado.

Con estas duras palabras, Catherine dejó a su marido solo, meditabundo. Una vez que se hubo asegurado de que su mujer ya no le veía, Declan Broekhart se apretó las sienes con las manos como si de esta manera pudiera liberarse del dolor que le atormentaba.

Declan no había llegado a recuperarse de la supuesta muerte de Conor, y tal vez jamás lo habría hecho de no haber sido por dos acontecimientos que ocurrieron consecutivamente el día de la coronación de Isabella. Por separado, ninguno de los dos habría sido suficiente para sacarle de su estado de estupor, pero juntos se complementaron de tal manera que consiguieron ahuyentar el letargo que le atenazaba.

***

El primer incidente fue muy simple. Cotidiano y fugaz, se trató de la clase de anécdota familiar que en condiciones normales no se calificaría como acontecimiento. Pero, en el caso de Declan, hubo algo en aquellos escasos segundos que le ablandó el corazón y le hizo dar el primer paso hacia la recuperación. Tiempo después, se preguntaría con frecuencia si Catherine habría organizado aquel pequeño incidente e, incluso, el que vino a continuación. A menudo la interrogaba al respecto, pero ella ni admitía ni negaba nada.

He aquí lo que ocurrió. El pequeño Sean llegó desde su dormitorio caminando con paso tambaleante; a duras penas conseguía mantener erguidas sus rechonchas piernecitas. Cuando Conor tenía su edad, Declan le decía entre risas que sus piernas parecían «dos salchichas gordinflonas», y ambos se echaban a rodar sobre la alfombra como un perro y su cachorro; pero al pequeño Sean apenas le había echado cuenta, dejando su crianza a cargo de Catherine.

—Papá —dijo el niño, un tanto decepcionado por que su madre no se encontrara presente. Papá le ignoraba. Papá no le daba de comer, ni jugaba con él, de modo que el pequeño Sean siguió dando sus torpes pasos en dirección al ventanal, que se hallaba abierto. El ventanal daba a un balcón rodeado de una barandilla baja de hierro forjado, en absoluto lo bastante segura para frenar a un niño curioso.

—¡Catherine! —llamó Declan, pero su mujer no apareció.

Sean rodeó una butaca, bamboleándose ligeramente hacia un lado y, a continuación, prosiguió su marcha hacia la ventana.

—Catherine. El niño se acerca al balcón.

Seguía sin haber señal o respuesta alguna por parte de Catherine, y ahora el pequeño Sean se encontraba junto al ventanal mismo, con un regordete pie en alto, dispuesto a subir el escalón. Declan no tuvo más remedio que actuar. Con un gruñido de irritación dio las dos zancadas necesarias para alcanzar al crío. No parece una tarea de gran trascendencia, a menos que se tenga en cuenta que se trataba, tal vez, de la quinta ocasión en la que Declan Broekhart tocaba a su hijo. En ese preciso instante, el pequeño Sean se dio la vuelta, girando sobre los talones con la facilidad de la que sólo los niños son capaces, y los dedos de Declan rozaron la mejilla del bebé. Las miradas de ambos se encontraron. El niño levantó la mano y agarró el labio inferior de su padre. El contacto resultó mágico. Declan notó que el corazón le daba un vuelco y, por primera vez, vio a Sean como un ser independiente, y no como una sombra de su hermano muerto.

—Ah, hijo mío —dijo al tiempo que lo levantaba y lo apretaba contra su pecho—. No debes acercarte a la ventana; es peligroso. Quédate aquí, conmigo.

Declan se encontraba a medio camino de regreso a la vida. Tal vez habría continuado el viaje a trompicones, a base de esporádicas sonrisas compartidas y algún que otro cuento a la hora de dormir; pero entonces se escuchó una llamada en la puerta principal. Varios golpes con los nudillos. Golpes de sonido regio.

Antes de que Declan tuviera oportunidad de responder a la llamada, la puerta se abrió con brusquedad y uno de sus hombres atravesó el umbral y se colocó a un lado para ceder el paso a la princesa Isabella.

Declan fue sorprendido abrazando a su hijo con ternura, imagen muy poco habitual en él. Frunció el ceño dos veces. La primera, al soldado, como advertencia de que mantuviera silencio sobre lo que acababa de presenciar. La segunda, en dirección a la princesa Isabella, engalanada con sus ropas de ceremonia para la coronación. Iba vestida de seda y satén de tonos oro y carmesí, y estaba más hermosa de lo que su difunto padre hubiera podido soñar. ¿Qué haría allí, aquel día precisamente?

Isabella abrió la boca para dar comienzo a su exposición; llevaba preparada una súplica. Declan había solicitado turno de guardia en la muralla durante la ceremonia, pero la princesa le necesitaba a su lado, más que nunca. Añoraba a Conor y al rey Nicholas con todas sus fuerzas, y sólo se veía capaz de soportar la coronación si recuperaba al hombre a quien consideraba su segundo padre; no sólo en cuerpo, sino también en espíritu. Aquel día en particular Declan Broekhart debía hacer memoria del hombre que había sido.

Un discurso magnífico; era evidente que la joven sería una gran soberana. Sin embargo, nadie llegó a escuchar sus palabras, pues en el momento mismo que vio a Declan con su hijo en brazos, su ademán de reina pasó a ser el de una muchacha y se lanzó al pecho del capitán hecha un mar de lágrimas. Declan Broekhart no tuvo más opción que rodear a la llorosa princesa con el brazo que le quedaba libre.

—Shh, tranquila —dijo con voz vacilante—. Todo saldrá bien.

—Te necesito —sollozó Isabella—. A mi lado. Siempre.

Declan notó que sus propios ojos se cuajaban de lágrimas.

—Desde luego, Majestad.

Isabella golpeó el fornido pecho con su puño delicado.

—Te necesito a ti, Declan. A ti.

—Sí, Isabella —repuso él con tono brusco—. A tu lado. Siempre.

Catherine Broekhart hizo su entrada desde el balcón, donde había estado aguardando, y se unió al abrazo. El guardia apostado a la puerta estuvo tentado de sumarse también a la entrañable escena, pero al final desistió.

***

La coronación fue una ceremonia suntuosa, con la suficiente cantidad de miembros del clero, ropajes de terciopelo y cantos en latín como para sustentar un monasterio durante décadas. Resultó un tanto borrosa para Declan Broekhart, quien se había colocado a espaldas de su reina, en el altar, con el fin de poder dirigirle sonrisas de ánimo cuando ella le buscara con la vista, lo que hacía con frecuencia.

Poco después de que el nuncio papal hubiera bajado la corona que sostenía en alto, Declan se fijó en el vestido de su mujer.

—¿Vestido nuevo? —susurró—. Creía que no ibas a venir.

Catherine esbozó una sonrisa traviesa.

—Sí, eso creías, ¿verdad?

Declan notó en el pecho una cálida sensación de bienestar que identificó como alegría contenida. Se trataba de un sentimiento agridulce, al no tener a Conor a su lado.

Recorrieron en el carruaje real el trayecto de regreso desde la iglesia de San Christopher a Promontory Fort, aunque en realidad la localidad ocupaba actualmente casi todo el territorio de la isla. A medida que crecía la población, aumentaba el número de viviendas, las cuales se iban encajando en cualquier espacio disponible, por reducido que fuera. Aquel desbarajuste de ciudad hacía pensar a Declan en Giant's Causeway, o Paso del Gigante, una laberíntica formación de columnas de basalto situada en el norte de Irlanda; aunque las columnas de Promontory Fort contaban con puertas y ventanas y ahora se veían pintadas a franjas con los vivos

colores de la bandera de las Saltee. En cuanto a los isleños, daba la impresión de que hubieran salido en masa a las calles, junto con la mitad de los habitantes de Irlanda, dispuestos a quedarse sin voz a base de lanzar vítores a su joven soberana.

Compartían el carruaje con el mariscal Bonvilain, ataviado con el uniforme de ceremonia, sobre el que llevaba el peto distintivo de los caballeros de la Sagrada Cruz. Los templarios de las Saltee conformaban la única rama de la organización que había sobrevivido a la purga llevada a cabo por el papa Clemente V en el siglo XIV. Hasta el propio Vaticano se había mostrado reacio a correr el riesgo de interrumpir el suministro de diamantes.

Bonvilain aprovechó un descuido de la flamante reina para inclinarse hacia delante y dirigirse en susurros a Declan, sentado frente a él.

—¿Cómo estás, Declan? Me sorprende verte aquí.

—A mí también, Hugo —respondió Declan—. No tenía pensado venir, pero me alegro del cambio de planes.

Bonvilain sonrió.

—Yo también me alegro. Es bueno que los soldados te vean; los mantiene alerta. Por cierto, enhorabuena por despedir a ese guardia. Un centinela dormido es justo lo que conviene a los rebeldes. Un resquicio en la muralla y ya están dentro. No tengo que recordarte el daño que pueden causar.

Declan asintió con gesto tirante, pero en realidad las palabras del mariscal no tenían mucho sentido aquel día en particular. Desde muchos meses atrás apenas se había producido movimiento alguno entre los rebeldes, y algunos de los arrestos por parte de Bonvilain se habían llevado a cabo bajo acusaciones por completo inconsistentes.

A Bonvilain no se le escapó la expresión del capitán.

—¿Acaso estás en desacuerdo, Declan? Me figuro que no, con todo lo que los Broekhart habéis tenido que soportar.

Declan notó que su mujer le cogía de la mano con gesto protector. Más allá del radiante rostro de Isabella, Declan dirigió la vista a través de la ventana, por encima de las cabezas de un centenar de isleños, hacia el azul del cielo y el mar.

—No estoy en desacuerdo, mariscal. Es sólo que hoy necesito pensar en otras cosas. Mi mujer, y también mi reina, me necesitan. Aunque sólo sea por hoy.

—Desde luego —respondió Bonvilain cortésmente, aunque su mirada era de acero y apretaba los dientes tras los labios cerrados.

«Broekhart se está recuperando —pensó—. Sus escrúpulos empiezan a regresar. ¿Cuánto tardará el perro en morder a su amo?».

Hugo Bonvilain agitó una enguantada mano a los emocionados ciudadanos, quienes lanzaban vítores sin parar al borde de la carretera.

«Mejor será no arriesgarse. Quizá sea el momento de un poco de chantaje. Declan

Broekhart no resistirá la pérdida de su primogénito por segunda vez».

LITTLE SALTEE

Conor se hallaba preparado para remontar el vuelo. Las labores de costura habían finalizado. Un pespunte doble habría sido preferible, pero no quedaba ni una sola hebra de hilo. El artefacto tendría que aguantar.

El bullicio de las festividades llegaba desde la muralla de Great Saltee. Cantos, vítores, zapateos. Una gran fiesta. Un millar de rostros relucía bajo el resplandor de las lámparas de la muralla. Conor imaginó a las multitudes, apiñadas en una docena de hileras, aguardando el fastuoso espectáculo de fuegos artificiales. Daba la impresión de que las paredes mismas de la prisión se estremecieran, a pesar del trecho de océano que separaba a los presos de las celebraciones.

El zumbido de emoción ante la ceremonia resultaba contagioso, y muchos de los reclusos lanzaban gritos desde sus celdas o hacían sonar tazones de hojalata entre los barrotes de las ventanas.

Por sorprendente que pudiera parecer, casi todos los internos mostraban inclinaciones monárquicas, a pesar de encontrarse presos por cortesía de Su Majestad. Una desafinada interpretación del himno nacional de las Saltee, Defender la muralla, resonaba a través de las paredes y se colaba por debajo de la puerta de la celda de Conor.

Este se descubrió a sí mismo tarareando la melodía. Resultaba extraño que las palabras «rey Nicholas» ya hubieran sido reemplazadas por las de «reina Isabella».

«¿Cómo pudiste creer las mentiras de Bonvilain, Isabella? ¿Por qué no enviaste a buscarme?».

El estado de confusión que le embargaba provocó que la frente le empezara a arder, y sintió que la calentura le nublaba el cerebro. Sus sentidos se amontonaban uno encima del otro: la vista, el tacto, el olfato. La mugre se le acumulaba en las arrugas de la frente. La puerta de la celda parecía agitarse en el marco. El sudor, la humedad y otros hedores inundaban la celda. Cerró los ojos y respiró hondo por la nariz. Era uno de los trucos de Victor, que procedía de Oriente.

«Respira aire frío y aclara la mente».

Conor desechó los pensamientos sobre Isabella. Había llegado el momento de concentrarse. Se escuchaban los pasos de Billtoe en las baldosas del exterior. Un último repaso a la lista.

«¿Barro en la espalda?».

Sí. Notaba cómo le formaba costra por dentro del cuello de la camisa. Por fin, la húmeda pared de la celda le había resultado de utilidad. Siempre se encuentra un uso a las cosas, solía decir Victor. Por dolorosas que resulten.

«¿El dispositivo estaba bien sujeto?».

Conor introdujo la mano por debajo de su amplia casaca y tiró del paquete rectangular que llevaba oculto en el pecho. Las cuerdas gimieron por el tirón, pero es

que eran de fabricación casera y, por lo tanto, defectuosas. Las había tejido con harapos y desechos que había empalmado y, luego, embadurnado con cera de vela.

«¿El gancho para las esposas?».

Oculto en la mano. Se trataba de una tosca ganzúa de marfil cuyo tamaño había calculado al apretar con fuerza sobre la palma el trinquete de las esposas cuando Billtoe se las quitaba. Se trataba de un viejo truco de los escapistas que sólo funcionaba con esposas de cerrojo simple y cierta holgura en los pernos, pero las que utilizaba Billtoe eran lo bastante antiguas como para haber pertenecido a Moisés, y Conor ya llevaba seis meses tirando de los pernos para darlos de sí. Había holgura suficiente. Cuando Billtoe le colocara las esposas, Conor se apresuraría en taponar el agujero con el gancho de marfil. El trinquete quedaría desviado, aunque daría la apariencia de cerrarse.

«¡Barro, dispositivos, ganchos! Este plan es una locura».

Y como tal, no podía preverse. Conor pisoteó su incertidumbre con una bota de hierro. No era momento para dudas. Su plan le liberaría, o bien acabaría con él, y ambas circunstancias eran preferibles a seguir encerrado en aquel infierno.

La llave de Billtoe tintineó en la vieja cerradura y giró con cierto esfuerzo. El carcelero abrió la puerta con el hombro, protestando como de costumbre, pero con una cautelosa mano sobre su pistola.

—Un ángel, eso es lo que soy, aguantando a tanto zoquete, cuando un hombre como yo sería bienvenido en cualquier sociedad entendida del mundo. Podría ser un príncipe, ¿sabes, Finn? Un emperador, claro que sí. Pero aquí estoy, para que ahora me vengas con que mi revólver de doce tiros no está listo aún.

—Está listo —soltó Conor de sopetón, adoptando el papel del preso emocionado, ansioso de complacer—. Tengo el proyecto aquí.

Billtoe era lo bastante astuto como para albergar sospechas. Cerebros inferiores se habrían dejado llevar y el precio de su distracción habría consistido en un cráneo machacado; pero el instinto primario de Arthur Billtoe era la autoconservación.

—¿Dónde está ese proyecto exactamente? No pienso agacharme ni moverme a tientas en la sombra.

—No, claro. Está sobre la mesa. ¿Quiere que se lo entregue?

Billtoe se quedó pensando. Mientras tanto, expectoró un pedazo de comida ingerido poco tiempo atrás para volver a masticarlo.

—No, soldadito. Mejor te coloco las esposas, como siempre, y luego echo un vistazo a los planos.

Conor alargó las manos, encantado de agradar.

—¿Voy a poder dar mis paseos, señor Billtoe? Me prometió que podría.

Billtoe esbozó una sonrisa mientras cerraba las esposas y lanzaba una mirada a la mesa.

—Lo que me hace sonreír es esa barba tuya. Una pelusa patética. Aún no está preparada para crecer. Deberías arreglártela, hacerla más espesa. Los Carneros no van a obedecer órdenes de un enano con un matojo despeluchado en la barbilla. Hablaremos de los paseos después de que yo haya examinado bien a fondo este dibujo.

Billtoe arrancó la página de la mesa con dos mugrientos aunque delicados dedos.

—¿Sabes qué? He estado charlando con unos compañeros. Por lo visto, hay un alemán que fabrica revólveres de doce tiros —escupió una flema de tabaco sobre las losetas, para mostrar su disgusto.

—Pero de pequeño calibre —argumentó Conor—, y es difícil acomodar las balas. En mi diseño, el tambor es en realidad una rosca, de modo que las balas pueden ser tan grandes como se quiera, y el peso se distribuye con más eficacia, así que también sirve para los rifles.

El diseño era absurdo y por completo impracticable, pero sobre el papel resultaba atractivo.

—No sé —gruñó Billtoe—. ¿Una rosca, dices?

—Si quiere, encargue que fabriquen uno. Igual que hizo con los globos. Haga una prueba.

Billtoe dobló la hoja toscamente y la introdujo a presión en uno de sus bolsillos.

—Eso haré, señor Finn. Y si resulta que no es más que la fantasía de un idiota, la próxima vez que veas la luz será cuando te arroje desde el muro sur.

Conor asintió con expresión taciturna, albergando la esperanza de que la emoción que le embargaba por dentro no le brillase en la frente como el faro de Hook Head.

Billtoe había cometido un error. En su afán por examinar el proyecto del revólver, no se había fijado en el movimiento de manos por parte de Conor, con el que había conseguido atascar las esposas Bell and Bolton, apartando a un lado el trinquete. Tenía las manos libres, pero aún no era el momento de aprovechar la situación.

—No es ninguna fantasía, señor Billtoe. Es nuestro futuro. Puede usted registrar la patente y luego, quizá, conseguiré salir de aquí con unos cuantos sobornos.

Billtoe simuló indignarse.

—¡Sobornos! Sobornos, pero qué dices. Me ofendes profundamente.

Conor tragó saliva, como el hombre que hace un esfuerzo por no amilanarse.

—Hablemos claro, señor Billtoe. Estoy en este agujero de por vida, a menos que usted me saque de aquí. No espero conseguir la libertad sobre la marcha…

Billtoe se rió entre dientes.

—Me alivia oírte. La presión va en aumento, me digo a mí mismo. Libertad inmediata o el trato se rompe. Pero tú no esperas salir sobre la marcha, así que una preocupación menos.

—Me encantaría una celda en la superficie, señor Billtoe. O cerca de ella. Tal vez

un compañero con quien compartirla. Malarkey sería adecuado, creo yo.

—Apuesto que sí. Los dos carneros bien juntitos, en agradable compañía. Nada de contemplaciones por el momento, Finn. Primero encargo que fabriquen el modelo y, si no me explota en la cara, entonces deliberamos.

—Pero, señor…

Billtoe levantó una mano.

—No. Ni una palabra más, soldadito. Tus globos aún no han echado a volar. Puede que mañana tenga que venir a buscarte con una bayoneta.

Conor agachó la cabeza en señal de derrota, en realidad confiando en no haber exagerado su actuación. El concepto del revólver no era más que una estrategia de distracción, el sustento de todo prestidigitador. Se trataba de ocupar la mente de Billtoe para que prestara menos atención a lo que sucedía delante de sus ojos.

—Ahora, a trabajar. Bueno, el trabajo corre de tu cuenta, claro. Yo me marcho arriba a supervisar tus… es decir, mis globos para la coronación.

Conor pasó junto a Billtoe con ademán furtivo y franqueó el umbral de la puerta, con cuidado de que el guardián no le viera la espalda, cubierta de barro. Su plan era un castillo de naipes; toda una ciudadela de naipes. Una mirada desafortunada podría dar al traste con la estructura.

«No hay tiempo para pensar en eso. Empieza la cuenta».

La cuenta. Otro naipe más de la ciudadela basado en la teoría. Tiempo atrás, Conor había descubierto que existía un ángulo ciego en el pasadizo, en el tramo que discurría entre la puerta de su celda y la campana de buceo. Seis meses atrás, uno de los ocupantes del ala del manicomio caminaba por delante de él mientras los reclusos se dirigían a escuchar el discurso mensual que ofrecía el encargado de la prisión. El preso era menudo, con una cabeza desproporcionadamente grande, sobre todo la frente, que descansaba sobre sus cejas como un retrete de porcelana. Se trataba del recluso al que Billtoe llamaba Numbers, es decir, «números», porque en el interior de aquella extraña cabeza todo quedaba reducido a las matemáticas, la más pura de las ciencias. Recitaba largas retahílas de cifras y luego se echaba a reír como si estuviera alternando en un cabaret de París.

Aquella mañana de hacía medio año, Conor observaba cómo el interno caminaba a zancadas por delante de él, mascullando números y midiendo sus pasos.

«Catorce» fue la última cifra que mencionó.

Entonces, Numbers dio un brinco hacia un lado y desapareció.

No es que desapareciera, en realidad, pero no se le veía. Se encontraba bajo una sombra oscura, atacado por la risa que su propia broma le provocaba. Una broma que podía haberle conducido a la horca.

Numbers se mantuvo en posición hasta que Billtoe se percató de su ausencia; entonces, salió de su escondite de un salto.

—¡Catorce! —exclamó con un penetrante chillido—. Catorce, ochenta y cinco, medio.

Pike, que no había entendido la broma, procedió a dar una serie de capones a Numbers.

No hubo más demostraciones por parte del recluso, pero Conor aprendía con celeridad. Había visto el truco una vez, y se dispuso a analizarlo.

«¿Cómo se descubre el truco de un mago?».

«Hay que empezar por el final y avanzar hacia atrás hasta el principio».

Existía un ángulo ciego creado de forma natural en el pasadizo, algo que los magos y los escapistas elaboraban artificialmente sobre el escenario a base de luces, cortinas o espejos. Era un diminuto espacio aislado y en tinieblas, rodeado de estímulos que atraían la vista. Una zona prácticamente invisible. No resistiría un escrutinio detenido, pero durante unos segundos, en circunstancias de revuelo, funcionaría.

Durante las semanas siguientes, Conor observó el espacio y reflexionó sobre las cifras.

«Catorce, ochenta y cinco, medio».

No se trataba de un código enrevesado. Numbers había caminado catorce pasos desde la puerta de su celda y, luego, saltó medio paso, a ochenta y cinco grados a la derecha. Así fue a caer justo en el centro del ángulo ciego. Conor se limitó a añadir los cinco pasos necesarios para encontrar el lugar por sí mismo.

Una vez allí, quedó sorprendido por lo evidente que era. Capas de sombra superpuestas, a salvo de la luz de las antorchas. La oscuridad resultaba aún más intensa gracias a una cornisa de piedra. Además, a unos treinta centímetros a la izquierda había una mancha de pintura carmesí sobre las baldosas. Se trataba de un cilindro de tinieblas que se pasaba de largo en una fracción de segundo, pero, una vez en su interior, formaba una capa de invisibilidad que podía aumentarse con distracciones adicionales.

Billtoe caminaba a su lado, mascullando acerca de la falta de respeto que sus superiores le inspiraban.

«Doce».

—¿Y el encargado? No me hables del encargado. Ese hombre toma decisiones que te dejan con la boca abierta. Demasiado tiempo bajo el sol de la India, me parece a mí. La maldita Calcuta le recalentó el cerebro.

«Quince».

—Y hay que ver el dinero que malgasta ese hombre. Dinero contante y sonante. Me saca de quicio. Me pongo enfermo con sólo mencionarlo, aunque sea a un simple preso como tú.

«Diecinueve».

Billtoe chasqueó los dedos en dirección a Conor, lo que significaba que se detuviera.

«Ahora llega el momento clave. Todas las hebras convergen. Vive o muere en este instante».

Billtoe se acercó a la puerta del ala del manicomio e hizo tintinear la campana con una uña. No hubo respuesta durante un largo rato; luego, una bromista voz familiar se filtró por la mirilla situada más arriba.

—Ah, Billtoe. ¿Qué pasa? ¿Quieres salir del manicomio? ¿Estás seguro de que vas en la dirección correcta?

Billtoe se revolvió. Una docena de veces al día tenía que soportar semejantes burlas.

—¿Es que no puedes abrir el cerrojo y cerrar el pico, Murphy? Gira la rueda y levanta el cerrojo, no te pido más.

—Claro que no me pides más, Arthur. El resto es gratis, el pequeño regalo de todos los días. Soy el duende del buen humor, que te lanza sus bromas a la cabeza.

Dos metros más arriba, la rueda giró y descorrió el cerrojo. La puerta del ala del manicomio se abrió de par en par.

—Si pudiera poner en palabras lo mucho que odio a ese hombre —masculló Billtoe al tiempo que se giraba—, el mismísimo Shakespeare me besaría…

Las últimas palabras de la frase del carcelero se le quedaron clavadas en la garganta, porque su prisionero había desaparecido. Se había esfumado si dejar rastro.

«Mi prisionero no —pensó Arthur Billtoe—. El del mariscal Bonvilain. Soy hombre muerto».

***

Mientras Billtoe levantaba la vista en dirección a la mirilla, Conor se quedó paralizado. Había imaginado aquel momento con tanta frecuencia que ahora le parecía ilusorio, como si en realidad nunca pudiera llegar a materializarse. Con la imaginación, se había visto a sí mismo poniendo en práctica su plan con toda confianza, pero el Conor Finn de carne y hueso era incapaz de moverse del lugar donde se encontraba, a un paso y medio a la izquierda, en el ángulo ciego del pasadizo.

Entonces, Billtoe comenzó a girarse y Conor tuvo una fulminante visión de la vida que le aguardaba. Cinco décadas más en la oscuridad, bajo el agua, hasta que la piel perdiera todo su color y los ojos se le volvieran como los de una rata de alcantarilla.

«¡Actúa! —se dijo—. Es un buen plan».

Así que empezó a ejecutar los movimientos que había practicado hasta la

extenuación. Dio un paso y medio hacia la derecha y giró para que su espalda, cubierta de barro, quedara frente a Billtoe. Acto seguido, se quitó las esposas y las arrojó a la parrilla de la chimenea sellada más cercana. El sonido metálico hizo que Billtoe apartara los ojos del ángulo ciego.

—Estúpido muchacho —gruñó el guardián—. Se ha subido por el tiro.

Billtoe pasó a toda velocidad junto a Conor, quien, camuflado, se acurrucaba en su escondite; su casaca marrón se confundía con las paredes del pasadizo. Billtoe se puso a dar enfurecidas patadas a la parrilla y luego se agachó para gritar hacia arriba por el tiro de la chimenea.

—¡Baja de ahí, imbécil! Todos los tiros están sellados. Lo único que vas a encontrarte ahí arriba son los cadáveres putrefactos de otros idiotas como tú.

No se produjo respuesta, pero a Billtoe le pareció escuchar un ligero rumor.

—¡Aja! —gritó—. Tu torpeza te delata. Baja ahora mismo, Conor Finn, o te pego un tiro. No lo dudes.

Conor se movía con la suavidad de un gato al tiempo que lanzaba miradas de reojo hacia la puerta abierta del ala del manicomio. No debía desvelar su presencia. Su plan sólo tendría éxito si nadie llegaba a enterarse de que se había marchado. Ser descubierto en ese momento implicaría una breve persecución y una larga recuperación de la paliza que los carceleros sin duda le propinarían. Con sumo cuidado, se colocó debajo de la mirilla del techo, en busca de un rostro. Tan sólo vio la punta de una bota y la curva inferior de una panza con forma de caldero.

Conor franqueó el umbral. La cercanía de la libertad le produjo un ligero mareo. Estuvo a punto de salir corriendo hacia la puerta exterior, si bien frenó sus impulsos. Un tropiezo en ese momento podía suponer la muerte, pero estaba tan próximo a ser libre que la tentación resultaba abrumadora. Sólo una oscura plancha de madera mugrienta le separaba del mundo.

La puerta se abrió y dos guardianes entraron a paso tranquilo, intercambiando risitas por lo bajo.

«Tendré que matarlos —decidió Conor—. Será fácil. Le quito a uno el puñal y los destripo a los dos. Luego, salgo corriendo hacia los globos».

Flexionó los dedos lentamente, preparándose para atacar, pero no fue necesario. Los guardianes no le vieron; giraron en dirección a la mina sin dirigir los ojos ni una sola vez hacia donde el joven se encontraba.

«Podría haberlos asesinado —cayó en la cuenta Conor—. Estaba preparado para atacar».

Este pensamiento no le hizo mella. Los guardianes de Little Saltee no podían considerarse como personas normales. Eran carceleros crueles que no dudarían en arrojarle desde la torre más alta a las fauces de los tiburones que patrullaban por los alrededores de la isla en busca de desperdicios.

Conor se movió a toda velocidad, con la sensación de que sus reservas de buena suerte se iban agotando por momentos, y franqueó la puerta exterior en cuanto los guardianes hubieron doblado la primera esquina. Se encontró al pie de una estrecha escalera al final de la cual se divisaba un rectángulo de noche estrellada. Doce escalones le separaban del aire libre.

Ésta era la parte más imprecisa de su plan. El espacio que discurría hasta los globos de aire caliente le resultaba territorio desconocido. Recordaba vagamente el día que llegó a la prisión, y Malarkey le había hablado de las instalaciones que él conocía; pero los reclusos no subían por aquellas escaleras ni tampoco patrullaban la muralla. No tenía más opción que seguir su instinto y confiar en la suerte que le pudiera quedar.

«Si no me muevo de aquí, fracasaré sin remedio», pensó mientras subía los peldaños de dos en dos.

El aire salado le golpeó el rostro en cuanto emergió a la noche oscura, y el potente olor estuvo a punto de hacerle llorar. En su celda se respiraba aire, por descontado; pero este de ahora era puro, fresco, no estaba contaminado por el olor a comida rancia y a sudor.

«Se me había olvidado lo maravillosa que es la brisa del mar. Bonvilain también me ha robado esta sensación».

Ahora se encontraba dos escalones por debajo de la superficie. Un murete de piedra le separaba del patio principal, el cual era de menor tamaño de lo que recordaba; poco más que un corral tapiado. Dos carniceros provistos de delantal se afanaban con un cerdo muerto y colgado en el rincón que a Conor le quedaba en diagonal. Cortaban grasientas tiras de carne de las patas, las enjuagaban a conciencia en un cubo de agua, introduciendo los pulgares entre los pliegues mientras regueros de sangre les caían de los codos. Conor se quedó ensimismado con aquella imagen, una visión que había añorado sin saberlo. Trabajo honrado. Vida y muerte.

Una explosión tronó en las alturas y numerosas cadenas de chispas multicolores llovieron desde el cielo. Conor se agachó, y luego cayó en la cuenta de que el estallido era de su propia creación. Estaban prendiendo fuego a los globos de aire caliente fabricados para la coronación.

«Demasiado pronto. Es demasiado pronto. Aún no ha terminado de oscurecer».

Uno de los carniceros, asustado por el estruendo, soltó una palabrota; luego, se contuvo y optó por tomárselo a risa.

—Buena cosa que el cerdo ya esté muerto; el susto se lo habría cargado.

Su acompañante, un hombre de menor estatura, se arrancó el pañuelo que llevaba atado sobre la nariz.

—Al diablo con esto, Tom. Voy a subirme a la muralla. Me trae al fresco lo que diga el encargado.

Tom, su compañero, se quitó asimismo el pañuelo.

—¿Sabes qué? Tienes razón. La chica es también nuestra reina. Que el encargado cene media hora más tarde. Grasa no le falta; podrá resistir.

Los carniceros se echaron a reír al unísono y colgaron sus respectivos delantales en uno de los postes de la valla.

Otro globo explotó, lanzando al cielo un enjambre de chispas doradas que danzaban por el aire.

—Vaya, los tiradores de élite de las Saltee se están ganando bien el pan esta noche. Pues sí que está el ambiente animado.

Los carniceros abandonaron su tarea y, a saltos, ascendieron unos empinados escalones de piedra que conducían a las almenas de la muralla, dejando el patio desierto con excepción del prisionero que se ocultaba en el hueco de la escalera. Un tercer globo estalló, arrojando crudas sombras sobre los muros al tiempo que iluminaba el cielo nocturno como el flash de azufre de un fotógrafo.

«Ya van tres —pensó Conor—. Tres. Demasiado pronto».

Subió hasta el patio con cierta dificultad, al tiempo que improvisaba un plan de acción. Tantos meses de proyectos se iban desbaratando ante sus ojos. La clave residía en la elección del momento oportuno, y éste no se había escogido bien. Fue rodeando las murallas al tiempo que lanzaba miradas furtivas hacia las almenas. Había unos cuantos soldados, pero la mayoría debían de encontrarse en el extremo más alejado, disfrutando del espectáculo. La muralla quedaba aún más oscurecida por los destellos de luz de los fuegos artificiales. Nadie que los hubiera mirado directamente habría podido ver nada más a su alrededor durante un rato.

«Todo va mal —pensó Conor, arrancando un delantal de carnicero del poste de la valla—. Tenía que disponer de al menos una hora para examinar la manera en la que están atados los globos. Billtoe piensa que he subido por la chimenea, de modo que nadie me va a buscar aquí afuera. A ese respecto, no tengo que preocuparme».

Pero se preocupaba, si bien no tenía sentido malgastar siquiera un segundo en rebelarse contra la situación. Con cada segundo desperdiciado, otra bala de nitroglicerina podía salir disparada rumbo a su objetivo.

Conor encontró un pañuelo manchado de sangre en el bolsillo del delantal y se lo ató por encima de la nariz; a continuación, introdujo las manos y los brazos en el vientre del cerdo, embadurnándolos de sangre. Ahora era un carnicero en condiciones, manchado hasta las yemas de los dedos.

La escalera más cercana era por la que la pareja había subido momentos atrás, de modo que Conor la pasó por alto e, intrépidamente, atravesó el patio en dirección al muro occidental. Avanzaba sin prisa, imitando el modo de andar de Tom el carnicero, con las piernas en arco.

Nadie le dio el alto. Nadie le vio, o nadie se dio cuenta de nada. Había una verja

de madera a los pies de la escalera, pero estaba cerrada con un simple pestillo, más para evitar que se abriera que por motivos de seguridad. Conor la abrió y empezó a subir los escalones; una capa de arena y sal crujía bajo sus botas.

Un guardián se encontraba apostado en lo alto; sus talones, sobre el último escalón, recordaban a dos medias lunas que se mecían levemente al ritmo de la música de orquesta que llegaba desde Great Saltee. Conor no tuvo más opción que pedirle que se apartara, y pasó junto a él mascullando disculpas.

—Madre mía, sí que vas echando sangre, Tom —comentó el guardián—. Pero, hombre, esto es una coronación, y no un campo de batalla. No dejes que el encargado te descubra ahí arriba, apestando de esa manera. Tiene el estómago delicado, aunque por el tamaño no lo parezca.

Conor fingió una risa entre dientes lo bastante convincente y luego prosiguió su marcha a través de la muchedumbre de guardianes y empleados que abarrotaba las almenas. También había mujeres, ataviadas con sus mejores ropas para la coronación. Lucían la moda del momento, supuso Conor; extravagantes corpiños y mangas ajamonadas.

«Hay demasiada gente. El encargado ha organizado una fiesta. Las mejores vistas de las islas. Esto no formaba parte de mis cálculos. La muralla debería estar vacía, por motivos de seguridad. Se lo dije a Billtoe. Se lo dije».

El adarve de la muralla de Little Saltee tenía una anchura de unos tres metros, con un parapeto a la altura del pecho por la parte que miraba al océano y un precipicio que daba al patio principal por el otro lado. Habían atado una cuerda a todo lo largo, entre los postes, para evitar que los miembros de la alta sociedad, achispados por el alcohol, tropezaran y se mataran. Conor reconoció a varios de los guardianes sirviendo bebidas, vestidos como prisioneros con inmaculados uniformes de sarga azul. Era evidente que el encargado confiaba en acabar con los rumores del trato anticristiano que se daba a los reclusos. Aquellos supuestos prisioneros eran tan bien tratados que podía confiarse en ellos para que repartieran champán y pasaran bandejas de aperitivos. No había rincón o hueco donde no se hubiera colocado un brasero de arcilla en el que se asaban brochetas de gambas y de langosta que los invitados degustaban. No había sitio alguno donde un prisionero a la fuga pudiera agazaparse y recuperar el aliento.

Conor se secó la fina capa de espuma salada que le cubría el rostro, efecto de la bruma. La bruma. También se le había olvidado. ¿Cómo podía un isleño olvidarse de ella? Otro asunto más que reclamar a Bonvilain. Bien merecía unos cuantos diamantes, si es que Conor tenía la suerte propia del diablo y se las arreglaba para escapar de aquella maldita isla.

Otro globo explotó, seguido instantes después por una docena de remolinos entrelazados de chispas de tonos oro y carmesí. Los colores de las Saltee. Gran

espectáculo para el gentío de espectadores. Las chispas caían revoloteando en forma de chaparrones, arrojando su luz sobre el agua del mar; algunas retenían su luminosidad hasta que una ola caía sobre ellas, como el niño que atrapa una estrella.

Algunas de las chispas tuvieron la osadía de aterrizar sobre la muralla, chamuscando así costosos vestidos de seda. Una gran tragedia, desde luego.

«Se lo dije —pensó Conor, no del todo disgustado por el actual desarrollo de los acontecimientos—. Aquí no se está a salvo».

Un gentil pánico se extendió entre el público. Copas de champán se arrojaron al mar junto con bandejas de marisco, mientras los miembros de la alta sociedad se dirigían a toda prisa hacia las diversas escaleras, ya que no deseaban salir ardiendo por culpa de los fuegos artificiales a baja altura.

«Reina el caos. Perfecto».

En contra de la marea humana, Conor empezó a avanzar en dirección al globo más próximo, y luego alargó el brazo para intentar agarrar la robusta cuerda que mantenía el artefacto atado a una anilla de cobre incrustada en las almenas. Por encima del alboroto, Great Saltee era un derroche de luces y de música. Las melodías de las bandas musicales resonaban a través del agua, haciendo eco, llegando en oleadas. Había tal cantidad de antorchas y lámparas que la isla al completo parecía encontrarse en llamas.

Conor rozó la cuerda con los dedos y segundos después el globo hizo explosión.

Soltó un juramento y apretó el paso. Sólo quedaban seis globos. Se abrió camino a empujones entre la multitud, haciendo caso omiso de las miradas furiosas. Si alguno de aquellos caballeros deseaba retarle a duelo por semejante atropello, tendría que aceptar el envite en otra ocasión.

Gritos y protestas le fueron siguiendo por el camino. Estaba llamando la atención, pero no podía evitarlo.

Ahora se trataba de una competición. Conor contra los tiradores de élite de las Saltee. Albergaba la esperanza de que su propio padre no hubiera empuñado un rifle, ya que Declan Broekhart rara vez erraba el tiro.

El siguiente globo estalló, y la isla al completo pareció estremecerse por la convulsión.

«Ése estaba sobrecargado, seguro».

Ahora había cuatro globos en lo alto y un quinto anclado al muro del muelle, oculto bajo una lona alquitranada. Se trataba del blanco móvil, al que había que disparar en movimiento. Los globos atados a la muralla brillaban como lunas de planetas distantes y se mecían bajo el viento. Objetivos difíciles de alcanzar, pero no demasiado, pues dos más estallaron en rápida sucesión. Conor escuchaba los aplausos que llegaban de Great Saltee. En efecto, el espectáculo era impresionante.

Tomó una decisión. No contaba con el tiempo suficiente para colgarse de uno de

los globos que, sujetos con cuerdas, ondeaban en el aire; tenía que ir a por el que se encontraba en tierra. Un guardián sería testigo, pero había que correr el riesgo. Era su última oportunidad en aquella noche de planes fracasados.

Ahora con el camino despejado, Conor echó a correr mientras el delantal de carnicero le aleteaba alrededor de las piernas y el olor a sangre de cerdo le atascaba los orificios nasales. Un guardián le bloqueaba el paso, aunque no intencionadamente; se limitaba a ocupar su puesto. Conor contempló la idea de arrojarle por la muralla de un empujón, pero en el último segundo cambió de idea y le lanzó, en cambio, contra las almenas. Una cabeza dolorida era preferible a un cráneo destrozado.

La muralla se encontraba más o menos desierta. La alta sociedad sabía moverse con diligencia cuando sus elegantes atuendos se encontraban bajo amenaza. Lo único que separaba a Conor del último globo era una cuerda que hacía las veces de barandilla y otro guardián que, por cierto, mantenía entre los dientes una pipa encendida.

«Una pipa encendida al lado de un globo de hidrógeno».

—¡Eh! —exclamó Conor—. ¡Eh, tú, guardián!

El hombre se mantuvo de pie, inmóvil; sus ojos bien abiertos daban a entender su cortedad mental.

—Sí, señor. ¿Qué puedo…? Pero ¿quién eres tú?

Conor saltó por encima de la cuerda sin aminorar el paso. Sus botas taconearon sobre los desiguales adoquines mientras corría en dirección al guardián. El muro del muelle discurría por espacio de unos cien metros, hasta el canal de San Jorge, y actuaba como rompeolas y como estación de comunicaciones por semáforo.

—¡Estás fumando, hombre de Dios! —gritó Conor con autoridad—. Ese globo está lleno de hidrógeno.

El guardián palideció, y soltó un alarido cuando otro globo estalló en llamas multicolores. La cuerda del artefacto se desplomó lentamente a tierra como una serpiente descabezada.

—Yo… no sabía —tartamudeó, desprendiéndose de la pipa como si fuera a morderle—. No pensé…

Conor abofeteó al guardián con fuerza, derribando su sombrero.

—Idiota. Payaso. Huelo una fuga de gas. Y encima, has arrojado chispas al suelo.

Más tartamudeo por parte del hombre, pero ni una sola protesta con respecto a que el hidrógeno es un gas inodoro.

—Tengo… tengo que… salir corriendo —dijo mientras tiraba su rifle a un lado, de modo que la bayoneta chocó contra los adoquines, produciendo aún más chispas.

—¡Imbécil!

—Yo no quería llevar la bayoneta —lloriqueó el guardián—. Sólo es de

ceremonia.

—Tenemos que soltar el globo —apremió Conor.

—Encárgate tú. Te recomendaré para una medalla.

Dicho esto, el centinela se lanzó al vacío, agitando las piernas en el aire hasta que encontró apoyo en un grupo de adinerados espectadores situados en el torreón de más abajo. Fueron sucumbiendo uno tras otro, como un conjunto de bolos.

De momento, Conor se encontraba a solas con el globo aerostático, pero un grupo de avispados guardianes subía por los escalones, acaso preguntándose qué hacía un carnicero emitiendo órdenes. Conor arrancó la bayoneta del rifle; no había tiempo para ponerse a deshacer nudos. Tiró hacia atrás de la grasienta lona alquitranada y encontró un reluciente globo encerrado en una red de pesca y amarrado a varias vasijas de langostas.

Conor sujetó el globo con la mano izquierda y procedió a cortar las cuerdas con la derecha, con cuidado de no perforar la envoltura de tela.

—Tom —llamó una voz a sus espaldas—. ¿A qué juegas, Tom? Ese globo está reservado para el apogeo final, ¿es que no lo sabes?

—Se ha rasgado —gritó Conor en respuesta—. Y una chispa ha alcanzado la mecha. Oigo cómo zumba. Echaos hacia atrás.

Así que, como guardias prudentes que ganaban menos que un vendedor ambulante al uso, se mantuvieron apartados unos momentos; pero la verdad es que no presenciaron gran cosa, salvo un carnicero que cortaba cuerdas.

—Eh, Tom. La mecha de esos fuegos artificiales dura dos segundos. Ya tendrías que estar hecho papilla y esparcido por las paredes.

—Oh, Dios mío —gritó Conor por encima del hombro, con la intención de que cundiera la alarma—. Que Dios nos ayude a todos.

Pike se encontraba entre los guardianes allí presentes, y sabía muy bien que Billtoe le echaría la culpa de lo que sucediera con el globo, por lo que, dejando atrás a los demás, empezó a ascender los escalones.

—Deja lo que estás haciendo, carnicero —dijo a gritos, con una voz que temblaba por el miedo y por el forzado valor—. Cesa ya o esparciré tus entrañas por las piedras —Pike abrigó la esperanza de que el imperativo cesa le confiriera más autoridad de la que poseía.

El último hilo de la última cuerda se quebró. El globo empezó a elevarse hacia el cielo a base de sacudidas y estuvo a punto de arrancar de cuajo el brazo izquierdo de Conor. Este se habría soltado si el brazo no se le hubiera enredado en la red.

—¡Socorro! —gritó, a sabiendas de que no le alcanzarían a tiempo—. Ayudadme, por favor.

Pike contempló la idea de derribar el globo a tiros, pero decidió en contra por dos motivos. Si su bala, en efecto, prendía los ruegos artificiales, él mismo podría morir,

y también mataría a los osados miembros menores de la realeza europea que habían acudido a Little Saltee en busca de una visión más cercana del espectáculo. La muerte por un petardo no es una manera agradable de abandonar este mundo. Incluso aunque sobreviviera a los fuegos de artificio, Billtoe usaría la calva cabeza de Pike para sacar brillo a sus botas.

Más valía disparar con la intención de fallar a propósito. Levantó el rifle y apuntó erróneamente.

—Te lo advertí —gritó, apretando el gatillo.

Por desgracia, Pike era un tirador deplorable y su tiro, deliberadamente errado, fue a dar en el talón de la bota de Conor.

—Imbécil —gritó el muchacho; entonces, una ráfaga de viento procedente del este atrapó el globo, que arrastró a Conor consigo.

Los guardianes, boquiabiertos y aturdidos, observaron cómo se alejaba. Era obvio lo que había ocurrido, pero ¿cómo había sucedido exactamente? ¿Y por qué? ¿Robó el carnicero el globo, o el globo había echado a volar llevándoselo a él?

Pike se quedó ensimismado por la extraña belleza de la escena.

—Mira eso —suspiró—. Como el hada que agarró la luna —y entonces, acordándose de Billtoe, añadió—: ¡Estúpido carnicero!

GREAT SALTEE

Los habitantes de las Saltee estaban encantados. Ahora que la hija del Buen Rey Nick había ocupado el lugar de su padre en el trono, las cosas volverían a ser como antes. La reina Isabella se encargaría de enmendar los errores. Era una buena chica, una muchacha bondadosa. ¿Acaso no lo había demostrado en multitud de ocasiones? Enviaba provisiones a los pobres en Irlanda; mandaba a la ciudad a los albañiles de palacio para reparar las viviendas de los menos favorecidos. Aquella joven recordaba el nombre de todos cuantos conocía, y a menudo visitaba el hospital para dar la bienvenida a la isla a los recién nacidos.

Cierto era que Isabella se había mostrado taciturna desde el asesinato del rey Nicholas. La pérdida de Conor Broekhart había aumentado su dolor. Carecía de padre, y también de un hombro sobre el que llorar. Pero ahora su duelo había terminado y el capitán Broekhart se encontraba a su lado, henchido de orgullo, con la isla al completo como testigo.

Era un día para la celebración, sin lugar a dudas. La única persona que mantenía una expresión agria era Bonvilain, ese viejo cascarrabias; pero, en realidad, no había sonreído en público desde que el canciller Bismarck tropezase en la escalinata de la iglesia durante una visita de estado en la década de los setenta.

Isabella se había convertido en reina y el capitán Broekhart volvía a ser el de antes. Pronto se suprimirían los impuestos, y ya no se enviarían inocentes a Little Saltee bajo acusaciones falsas. Ya no llegarían mercenarios al muelle, con sus macutos llenos de armas y sus miradas crueles.

La ceremonia de la coronación se había desarrollado sin el menor contratiempo. La insistencia por parte de Isabella para que se modificara la disposición de los asientos en la mesa del banquete con objeto de acomodar al matrimonio Broekhart había herido las susceptibilidades de algunos miembros de la nobleza, pero la joven soberana no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. Declan y Catherine se habían sentado a su izquierda durante toda la jornada y la reina Victoria, a su derecha. El mariscal Bonvilain se había visto obligado a desplazarse dos asientos en la mesa principal, lo que no le había satisfecho en gran medida. La ubicación en sí le traía sin cuidado, pero Catherine Broekhart había estado el día entero susurrando al oído de Isabella, y nunca le había agradado aquella mujer, con más ideas políticas de las que convenía.

Bonvilain se pasó la cena con gesto huraño, quejándose de que el vino estaba tibio y la sopa, salada. También declaró que el caparazón de la langosta estaba demasiado blando.

Hasta Sultán Arif, mercenario turco que llevaba con Bonvilain más de quince años y había ascendido al cargo de capitán, elevó una ceja ante el comentario.

—¿Un templario preocupado por el estado de su langosta? —se extrañó—. Me parece que ha pasado usted demasiado tiempo en la corte, mariscal.

Bonvilain se tranquilizó. Para él, Sultán era lo más parecido a un amigo, aunque si fuera necesario mandaría que lo asesinasen sin pensárselo dos veces. Arif era el único hombre de todo el reino lo bastante valiente como para hablarle con sinceridad.

—No es sólo la langosta —repuso el mariscal, señalando a Declan Broekhart con un gesto de cabeza.

—Ah, sí. El perro faldero recuerda de pronto que es un perro guardián.

—Exacto —respondió Bonvilain, encantado con la ocurrencia de Sultán.

Este arrojó a su plato un hueso pelado de pollo.

—En Turquía, si un perro guardián se vuelve contra su amo, le rajamos el vientre con un cuchillo.

Bonvilain sonrió ante la idea.

—Siempre consigues animarme, capitán. Pero este perro en concreto goza de muchas simpatías, al igual que su ama. Debemos considerar el problema detenidamente.

Sultán asintió con un gesto.

—Pero no descarte mi solución.

Bonvilain se levantó, ya que se acababa de proponer un brindis en honor de la flamante reina.

—No —susurró a Sultán Arif—. Jamás descarto un cuchillo en el vientre.

Sultán esbozó una sonrisa, si bien sus ojos denotaban frialdad. Con la llegada de cada nueva estación, se prometía a sí mismo que abandonaría a aquel demente y

regresaría a Ushak. De hecho, Bonvilain apenas era ya un ser humano; se había convertido en un diablo. Antes o después, el diablo destrozaría todo cuanto tuviera al alcance, pues tal era su naturaleza.

***

Tras el banquete de la coronación comenzaron las celebraciones oficiales, aunque para los tres mil habitantes de las Saltee y los más de seis mil visitantes habían empezado con todo su apogeo desde el momento mismo en que el nuncio papal colocara la corona ribeteada de armiño sobre la cabeza de Isabella.

Se notaba una fuerte presencia del ejército en las calles. Ningún militar con rango inferior al de teniente había obtenido permiso para disfrutar de las festividades. De hecho, Bonvilain había contratado los servicios de una compañía estacionada en Dublín, a cargo del general inglés Eustace Fitzmorris, pagando generosamente por el alquiler. Una tropa adicional de ciento treinta soldados con instrucciones de no tolerar abusos verbales o embriaguez en público, y de mantener vigilados a los ciudadanos franceses que efectuaran movimientos sospechosos.

Reinaba un animado ambiente de carnaval cuando las reinas Isabella y Victoria subieron al estrado erigido a las puertas del palacio, en Promontory Fort. Los ciudadanos se hallaban congregados en la plaza principal y escuchaban embelesados el primer discurso de su soberana.

A Bonvilain no le pasó inadvertido el hecho de que la joven reina mantuviera agarrada la mano de Catherine Broekhart durante su disertación, sin duda con objeto de acopiar valor.

Sultán se inclinó hacia el mariscal para hacer un comentario.

—Espléndido discurso —observó—. Me han gustado especialmente las referencias a la «revisión de los impuestos» y la «amnistía política».

Bonvilain no respondió. Empezaba a preguntarse si habría obrado mal al permitir que Isabella continuara con vida. Había dado por sentado que la joven se dejaría manipular con facilidad y, hasta el momento, así había sido. Además, el mariscal necesitaba un heredero legítimo para el trono. Resultaría de lo más inconveniente que un puñado de aspirantes se presentara en el muelle de Great Saltee con un árbol genealógico debajo del brazo, en busca de fortuna y con sus propias ideas sobre los diamantes de las islas. Gran Bretaña y, desde luego, Francia estarían encantadas de detectar incertidumbre política en las Saltee; podía ser la excusa que esperaban para intervenir y apoyar un nuevo régimen. Se trataba del reino de Hugo Bonvilain, pero éste necesitaba una cabeza visible que le mantuviera en el poder.

No, decidió el mariscal. Isabella tenía que vivir, al menos hasta que proporcionara un heredero que la sucediera.

Entonces, ocurriría un desafortunado accidente. Tal vez en el yate real.

Sultán volvió a tomar la palabra.

—Ah, sonríe usted. En público, además.

—Doy vueltas a pensamientos agradables —respondió el mariscal, haciendo un alegre gesto de la mano en dirección a Declan Broekhart.

***

Declan Broekhart experimentaba una cierta diversión, aunque cada vez que una sonrisa le asomaba a los labios sentía una punzada de remordimiento al acordarse de su hijo muerto.

«¿Qué hacías en el palacio, Conor? ¿Cómo pude dejarte al cuidado de ese hombre?».

Aún le costaba dar crédito a la facilidad con la que Victor Vigny los había engañado a todos. Catherine se había negado a creer que Vigny fuera un espía y asesino, hasta que un registro en las habitaciones del francés dejó al descubierto un baúl repleto de armas y de veneno, así como planos detallados de las defensas de las Saltee y una carta en la que un autor anónimo amenazaba con matar a su familia si no obedecía las órdenes recibidas.

Catherine notó que los ojos de su marido se nublaban, y cayó en la cuenta de que volvía a sumirse en los recuerdos.

—¿Verdad que es fabuloso, Declan? —dijo, al tiempo que le acariciaba la mano —. Isabella ya es reina. Un gran día para las islas.

—Mmm —repuso Declan—. Esos soldados ingleses son una vergüenza. Unos rufianes, desde el primero hasta el último. No me sorprendería que Fitzmorris los hubiera sacado de la cárcel. Míralos, parecen vagabundos desgreñados de tres al cuarto.

—Tus tiradores de élite tiene muy buena planta.

—Sí, es verdad —repuso Declan, con una nota de orgullo en la voz.

Una docena de sus hombres se encontraban apostados sobre la muralla de Great Saltee, al otro extremo de la plaza, a la altura del escalón superior del estrado real. Iban limpios y aseados, ataviados con sus elegantes uniformes reglamentarios, cuyas charreteras doradas relucían bajo la luz de las lámparas. Parecían soldaditos de plomo idénticos, salvo por una excepción: cada uno llevaba su propio rifle, diferente a los demás. Casi todos eran Sharps, aunque había un par de Remingtons, un Enfield e, incluso, varias armas de fuego modificadas. Los tiradores de élite eran los militares con mejor puntería de las islas y, por tradición, el ejército permitía que utilizaran el fusil de su elección.

Uno de los ayudantes de Isabella entregó una nota doblada a Declan. Este la leyó

con rapidez y luego suspiró, aliviado porque no se trataba de una emergencia.

—La reina Victoria está fatigada —explicó a su mujer—, pero le gustaría ver el espectáculo de los globos antes de retirarse al yate real.

Catherine sonrió.

—Todo el mundo quiere ver esos globos, Declan. Globos de aire caliente cargados de fuegos artificiales. Qué idea tan ingeniosa. Usarán balas de nitroglicerina, me imagino.

—Tienes razón, como de costumbre —repuso Declan, al tiempo que pensaba: «A Conor le habrían encantado. Es la clase de proyecto descabellado que a él se le habría ocurrido»—. Aunque es un poco temprano para conseguir el efecto deseado; aún no ha terminado de anochecer.

Catherine le pellizcó en el hombro.

—Venga, marido mío; vete con tus hombres. Hoy no es un día para decepcionar a las reinas.

—Ni tampoco a las esposas —replicó Declan, con una sonrisa poco frecuente.

Declan atravesó la abarrotada plaza sin dificultad. Hasta los más fanfarrones y borrachos entre el gentío se apartaban a toda prisa para dejarle paso. No convenía jugársela con un oficial encargado de la vigilancia de la muralla que lucía en el hombro el distintivo de los Tiradores de Élite de las Saltee. Sobre todo, en el caso de Declan Broekhart, a quien la vida le importaba bien poco desde que su hijo muriera a manos de un rebelde.

En la muralla le esperaban sus hombres, cuyos rostros se veían empapados de sudor a causa del rígido cuello del uniforme y el duro gorro militar.

—Ya queda poco, muchachos —dijo Declan, ahondando en su interior en busca de la camaradería que antaño fluyera de manera natural—. Una pinta de Guinness para los que den en el blanco —por encima del estruendo de la multitud, volvió la vista hacia los relucientes globos, que, situados a más de un kilómetro bajo la penumbra de la tarde, parecían querer soltarse de sus respectivas cuerdas—. Que sean dos pintas de Guiness.

—Eso está mejor —masculló un valeroso teniente, un flaco soldado nativo de Kilmore cuyo padre había prestado servicio en la muralla antes que él.

El capitán Broekhart soltó un gruñido.

—Todo suyo, Bates.

Bates apoyó un Winchester modificado sobre las almenas y ajustó la mira.

—¿Un cañón de su invención? —preguntó su capitán.

—Sí, señor —respondió el tirador—. Me lo hicieron por encargo; le añadí ocho centímetros de longitud. Alarga el trayecto de la bala unos cien metros.

Declan se quedó impresionado.

—Estupenda idea, teniente. ¿De quién la aprendió?

—De usted, señor —respondió Bates, y acto seguido apretó el gatillo.

Se trataba de un tiro de gran alcance, tanto es así que se escuchó el disparo antes de que la bala alcanzase el blanco. El reluciente globo estalló por los aires con una estrepitosa explosión de fuegos de artificio.

—Me he ganado dos pintas —comentó Bates con una sonrisa.

Declan soltó un bufido.

—Creo que me voy a quedar sin blanca antes de que acabe la noche.

Se dio la vuelta para saludar con la mano a Catherine, al otro lado de la plaza. Su mujer se encontraba de pie, aplaudiendo, como todos cuantos ocupaban el estrado, incluida la reina Victoria, tan circunspecta por lo general. Isabella, que aún no estaba acostumbrada al decoro propio de la realeza, lanzaba vítores sin parar.

Declan se giró hacia sus soldados.

—Da la impresión de que mis hombres son los héroes de la fiesta. A ver, ¿quién es el siguiente que va a beberse una cerveza a mi costa?

Una docena de rifles se alzaron de inmediato.

***

Conor surcaba el cielo a tal velocidad que tenía la sensación de estar descendiendo. Ninguno de sus cálculos le había preparado para un vuelo tan sumamente caótico. Había imaginado una elevación un tanto brusca, si bien tranquila y constante, que le proporcionaría tiempo para recobrar el dominio de sí mismo y observar sus alrededores. En resumen, contaba con hacerse dueño de la situación.

Pero aquello era una auténtica pesadilla. Conor no conseguía hacerse con el mínimo control. El viento le sacudía en la cara; le golpeaba los ojos y se le metía por los oídos. No oía nada en absoluto, y apenas conseguía ver. Tenía el brazo sometido a la máxima tensión y, al final, una violenta ráfaga de aire hizo que el hombro se le dislocara. El dolor fue como un martillazo al rojo vivo que se le extendió por el pecho.

«He fracasado. No puedo escapar con vida. Permíteme perder la consciencia y despertar en el Paraíso».

Esta clase de pensamientos fatalistas no eran habituales en Conor, pero las circunstancias resultaban extraordinarias.

Le dio la impresión de que el brazo se le iba a desgarrar por completo del cuerpo, y cuando esto no ocurrió, sus penetrantes sentidos consiguieron atravesar la bruma de dolor y desconcierto que le embargaba.

El globo seguía ganando altura, pero la aceleración había aminorado y las corrientes de aire eran más tranquilas en aquella altitud en particular. Conor sabía que tenía que ir tomando nota de todo cuanto pudiera observar durante aquel momento de

calma.

«¿Altitud? Unos mil quinientos pies. En dirección a Great Saltee».

Vistas desde lo alto, las islas relucían como diamantes en el mar tenebroso. Cientos de lámparas se mecían en las cubiertas de las embarcaciones visitantes, ancladas en el puerto de Great Saltee. Estrellas en el cielo, y también en la tierra.

Ahora, tenía que separarse del globo. Se encontraba a menor altura de lo que le habría gustado, pero el viento le arrastraba hacia el mar a más velocidad de la que había calculado y, con el hombro lesionado, le costaría mantenerse a flote un tiempo prolongado.

Era vital para Conor desenredar el brazo de la red, pero descubrió que el simple hecho de unir una mano con la otra resultaba casi imposible en semejante situación. El dolor, la desorientación y al azote del viento impedirían la motricidad de un hombre en la cumbre de su forma física, y mucho más la de un convicto herido y al límite de sus fuerzas.

No conseguía control sobre sus dedos o articulaciones, y ahora el dolor parecía provenirle del corazón. Había perdido la bayoneta, por lo que se veía forzado a tirar de la red con dedos torpes. Imposible. Su brazo estaba atado con más firmeza que un pavo listo para el congelador. Conor Finn se dirigía al océano. Su única esperanza era que el globo estuviera mal confeccionado y las costuras reventaran de un momento a otro.

Por debajo de él explotó el penúltimo globo, que tiñó el negro firmamento de oro y carmesí antes de que la oscuridad volviera a reinar en la noche.

«Perfecto —pensó Conor, esbozando una sonrisa entumecida—. Ha funcionado a la perfección. Son fuegos artificiales de primera clase; mantienen la luz varios segundos. Lástima que no esté colgado debajo de ese globo, en lugar de varado en el cielo de la noche».

En su plan original, se encontraría suspendido a una prudente distancia debajo de uno de los globos amarrados a la muralla cuando el tirador lo alcanzara. El globo le apartaría por el aire de la prisión y, luego, una bala le devolvería a tierra.

Se preguntó distraídamente si sería la primera persona en observar fuegos de artificio desde lo alto. Probablemente no. Sin duda, algún intrépido aeronauta se había elevado en un globo provisto de ancla.

De pronto, un pensamiento le vino a la mente.

«Estoy volando como ningún otro hombre ha hecho antes. Sin barquilla, sin lastre. Un hombre y su globo, nada más».

De alguna manera, a pesar de su desesperada situación, este pensamiento le proporcionó un cierto consuelo. Se encontraba a solas en el cielo, el único ser humano en las alturas. Respiraba un aire enrarecido, mientras a su alrededor se extendía un amplio firmamento azul oscuro. Sin paredes. Sin puertas. Lejos de la

prisión.

«¿Dónde me encontrarán? ¿En Gales? ¿En Francia? Si el viento cambia, tal vez en Irlanda. ¿Qué pensarán que es el dispositivo que llevo atado al pecho? ¿Uno de mis inventos?».

Conor también sintió una cierta sensación de triunfo.

«Te he derrotado, Bonvilain. No me utilizarás, ni me torturarás a tu placer. Soy libre».

También sentía pesar.

«Madre. Padre. Nunca tendré la oportunidad de daros una explicación».

Incluso bajo peligro de muerte, Conor conservaba un punto de amargura.

«¿Cómo pudiste creer a Bonvilain, padre? ¿Por qué no me has salvado?».

***

El espectáculo de los globos fue un éxito rotundo, y cada tiro certero arrancaba entusiasmados aplausos por parte de la multitud. Los tiradores de élite estaban llevando a cabo una demostración impresionante; sólo Keevers falló el blanco, y fue porque su bala de nitroglicerina explotó en el tambor, dejando su rifle doblado como una pajita de centeno.

Declan tuvo que admitir que los muchachos que habían preparado los fuegos artificiales eran ingeniosos. Cada globo producía una explosión más espectacular que la anterior, minuciosamente secuenciada. El último había hecho temblar la mismísima muralla. Si la reina Isabella no se andaba con cuidado, se le podía caer la corona.

Catherine estaba preciosa aquella noche, allí, junto a la reina. En realidad, estaba hermosa todas las noches, pero Declan llevaba un tiempo sin fijarse. Dos años, para ser exactos.

«Conor querría que su madre fuera feliz; quizá también lo desearía para su padre».

—Disculpe, señor.

Era Bates. Sin duda, iba en busca de su Guiness.

—Un momento, Bates. Estoy reflexionando; pensando en mi mujer. Debería usted hacer lo mismo, en vez de hostigar a un superior reclamándole una cerveza.

—No señor, no se trata de la Guiness, aunque no la he olvidado.

—Entonces, ¿qué pasa? —espetó Declan, tratando de aferrarse a su buen estado de ánimo.

—Es el blanco móvil. El que se ha preparado como fin de fiesta. Lo han soltado demasiado pronto. No es culpa mía, debo añadir. Nadie puede acertar ese blanco. Debe de encontrarse a unos dos kilómetros, y la brisa del mar lo está arrastrando.

Declan miró al otro lado de la plaza, en dirección a Catherine. Estaba radiante, y

Declan conocía la razón. Confiaba en que su marido regresara a casa. Necesitaba una señal.

Alargó la mano hacia Bates.

—Déme su rifle, soldado.

En cuanto los dedos de Declan rodearon la culata, supo que dispararía. Se trataba del destino. Aquélla era la noche.

—¿Está preparada el arma?

—Sí, señor. Una bala en la recámara, lista para salir. El culatazo resulta un tanto brusco. Confío en que el hombro no se le haya debilitado, al ser un capitán y todo eso.

Declan soltó un gruñido. Bates era un parlanchín como el que más, de eso no había duda. Cualquier otra noche, el joven teniente estaría fregando las letrinas.

—¿Blanco?

—Gran bola brillante en el cielo, señor.

—Su sentido de la autopreservación debería encontrarse alerta en este momento, Bates.

El teniente tosió.

—Sí, señor. Quiero decir, blanco a las once en punto, señor, capitán, señor.

Declan captó el globo con la mira del rifle. Era apenas una mota. Una pálida luna en un océano de estrellas.

«Dios santísimo —pensó—. Confío en que este rifle funcione».

Pero conocía bien a Bates. Sólo su puntería era más certera que su lengua.

Declan subió el morro del rifle varios centímetros para permitir el descenso y, luego, lo trasladó unos centímetros a la izquierda para compensar el empuje de la brisa. El arte de la puntería podía aprenderse hasta cierto punto; después, todo dependía del talento innato.

«Globos y rifles —pensó Declan—. Como en París, el día que naciste, Conor. Pero aquella vez bajaste a la tierra montado en el globo».

Declan notó que los ojos se le empañaban y parpadeó para aclararlos. No era momento para lágrimas.

«Conor, hijo mío, tu madre y tu hermano me necesitan; pero nunca te olvidaré, ni olvidaré lo que hiciste por las Saltee. Mira hacia abajo y toma esto como una señal».

Declan respiró hondo, contuvo el aliento y luego acarició el gatillo al tiempo que se inclinaba hacia el pie derecho para absorber el culatazo. La bala de nitroglicerina salió disparada del tambor adaptado en dirección a su blanco.

«Va por ti, Conor», pensó.

Y el último globo de la coronación explotó, con el brillo suficiente para ser divisado desde el cielo.

A espaldas de Declan, la isla al completo elevó un clamor de admiración, con la

excepción de Bonvilain, quien parecía sumido en sus pensamientos, lo que nunca era beneficioso para la persona objeto de su reflexión.

Declan arrojó el rifle a Bates.

—Estupendo rifle, teniente; casi tan peligroso como su lengua.

Hasta el propio Bates se había quedado estupefacto ante aquel tiro imposible.

—Sí, señor. Gracias, señor. Ha sido un disparo histórico, capitán. Y ahora, ¿quién paga la cerveza?

Pero Declan no le escuchaba; dirigía la vista hacia el otro lado de la plaza, por encima de las cabezas de la multitud enardecida. Catherine le sostuvo la mirada a través de la distancia. Se tapaba la boca y la nariz con las manos; lo único que se veía de su hermoso rostro eran los ojos oscuros. Bajo el resplandor anaranjado de las lámparas, Declan se percató de que su mujer estaba llorando.

«Su marido ha vuelto a casa».

***

El globo explotó; las llamas prendieron fuego al paquete de fuegos artificiales antes de que la mecha tuviera la oportunidad de alcanzarlos. El impacto perforó uno de los tímpanos de Conor y un derroche de chispas le acribilló la piel como si de un millón de aguijones de abeja se tratase. Se encontraba sumergido en un capullo de furiosas llamas que devoraban su ropa y le chamuscaban el vello de los brazos y las piernas, quemándole la barba hasta la misma mandíbula. Por graves que fueran estas lesiones, Conor había esperado algo mucho peor.

Entonces, la ley de la gravedad tomó las riendas y tiró de él por medio de hilos invisibles. Empezó a descender, demasiado conmocionado para gritar. Aquello no era lo previsto. Se suponía que debía haber diez brazas de cuerda entre su cuerpo y el globo; peligroso, desde luego, pero mucho más seguro que ir amarrado al globo mismo.

Y ahora, ¿cuál era el siguiente paso? El plan debía tener una continuación.

«¡Claro! ¡El dispositivo!».

Conor forzó su mano sana hacia abajo, en contra del flujo de aire, apartando a un lado los restos ardientes de su casaca. «¡Dios santo! Las chispas han alcanzado el dispositivo». Se trataba, claro está, de un paracaídas. Los aeronautas llevaban casi un siglo saltando de los globos aerostáticos con diferentes grados de éxito. En Norteamérica, soltar animales desde las alturas se había convertido en un espectáculo muy aplaudido a partir de la guerra civil. Pero los saltos sólo se habían realizado a modo de entretenimiento, bajo condiciones climatológicas perfectas. Rara vez por la noche, casi nunca desde una altitud de seis mil pies y, por descontado, jamás con un paracaídas envuelto en llamas.

Conor localizó el cordón de apertura y tiró de él. Se había visto obligado a embalar su paracaídas cuidadosamente en un saco de harina, que después se había amarrado al pecho. Elevó una plegaria para que las cuerdas no se enmarañaran, pues de ser así el velamen no conseguiría abrirse. Tal como estaban las cosas, a aquella escasa altitud era muy posible que el paracaídas no dispusiese del tiempo suficiente para extenderse como era debido, en cuyo caso tan sólo le proporcionaría una mortaja para su sepultura en el mar.

El cordón de apertura estaba cosido a la punta de otro paracaídas de pequeño tamaño, muy parecido a los que Victor y Conor solían emplear para lanzar al vuelo maniquíes de madera desde los torreones del palacio. En teoría, este dispositivo de menor tamaño saldría despedido y arrastraría el paracaídas principal. Se trataba de una de las muchas ideas novedosas que Conor había garabateado sobre el barro, al fondo de su celda. En aquel momento, había albergado la esperanza de que sus inventos no tuvieran que ser probados en circunstancias tan atroces.

Aunque Conor no pudo verlo, el pequeño paracaídas funcionó a la perfección, deslizándose de su refugio como el cachorro de canguro abandona la bolsa de su madre. Zozobró bajo el viento unos segundos; luego, se abrió y atrapó el aire en movimiento. El descenso del dispositivo aminoró al instante, si bien no fue así en el caso de Conor, que seguía cayendo a toda velocidad. La tensión resultante arrastró el paracaídas de mayor tamaño a la oscuridad de la noche. El velamen de seda pasó rozando el rostro de Conor, mientras se iban hinchando sus pliegues con el viento.

«Que no se enreden las cuerdas. Que no se enganchen los pliegues. Te lo ruego, Dios mío».

Sus plegarias fueron atendidas. De pronto, la seda blanca del paracaídas se abrió al máximo de su capacidad, limpiamente, emitiendo un ruido que recordaba al disparo de un cañón. La violenta deceleración causó que las correas de sujeción se le clavaran con fuerza sobre la espalda, dejándole en la piel una quemadura en forma de equis que llevaría el resto de su vida.

Llegado este momento, Conor era incapaz de albergar cualquier pensamiento racional, y sólo se preguntaba por qué la luna parecía perseguirle; además, estaba envuelta en llamas. Furiosas chispas anaranjadas iban engullendo los paneles de seda, de modo que se veían las estrellas a través de los agujeros.

«No es la luna. Es mi paracaídas».

En ese instante, Conor tuvo la sensación de encontrarse de nuevo en su celda, en los estadios de planificación, y de que su imaginación iba planteando posibles problemas.

«Si las chispas del globo prenden la vela del paracaídas, será una pésima señal, pues significará que han disparado al globo, a pesar de que yo lo haya soltado del muro. Si esto sucede, sólo me queda confiar en que mi velocidad haya aminorado lo

suficiente como para efectuar un amerizaje al que pueda sobrevivir».

El descenso de Conor era ahora lo bastante uniforme como para poder distinguir el cielo del mar. A sus pies, las islas pasaban a toda velocidad. Vio el palacio de Isabella y, cómo no, la muralla de Great Saltee, con sus hileras de lámparas eléctricas, que habían sido descritas por The New York Times como «la primera maravilla del mundo industrial».

«Si pudiera dirigir el paracaídas —pensó Conor—, las luces me servirían de guía para aterrizar».

Las embarcaciones giraban a sus pies formando un remolino de luz. En seguida, la más grande de ellas ocupó su campo de visión al completo y Conor comprendió que iba a aterrizar allí. No había forma alguna de esquivar la nave. Descollaba desde las negras profundidades como una de las medusas fosforescentes de Darwin.

Conor no se sentía especialmente triste; se trataba más bien de la decepción del científico cuyo experimento ha fracasado.

«Tres metros a la izquierda y podría haber sobrevivido —reflexionó—. La ciencia es, en efecto, esclava de la naturaleza».

Pero el azar tenía una última y extravagante carta que jugar aquella noche de extremos inconcebibles. Un segundo después de que su paracaídas se volatilizara en oscuras cenizas ardientes, Conor se estrelló contra el yate real Victoria and Albert II a una velocidad que rondaba los sesenta kilómetros por hora. Fue a caer sobre el tercer bote salvavidas de estribor, cortando una limpia rasgadura en la lona alquitranada de color azul, en la que nadie repararía hasta pasados dos días. Bajo la lona había un lecho de chalecos salvavidas confeccionados con corcho, almacenados allí de manera provisional hasta que se instalaran los ganchos correspondientes de los que colgarlos.

Dos días antes y los chalecos recientemente apilados no se habrían encontrado en la lancha salvavidas; tres días después y habrían sido distribuidos por todo el barco.

A pesar del freno del paracaídas y la lona alquitranada, la corpulencia de Conor y la velocidad a la que se desplazaba le hicieron atravesar la densa capa de corcho. Su hombro dislocado llegó hasta los tablones del suelo de la pequeña embarcación, donde rebotó una vez y, luego, se quedó inmóvil.

«El pantoque debe de estar inmaculado —pensó como entre sueños—. No huele más que a madera y pintura».

Y luego: «Creo que el impacto me ha recolocado el hombro. ¿Qué probabilidades hay? Astronómicas».

Éste fue su último pensamiento antes de que el olvido reclamase su presencia. Conor Broekhart no movió un músculo durante el resto de la noche. Tuvo vividos sueños, pero sólo en dos colores: oro y carmesí.

Tercera Parte

Airman

Ángel o demonio

Little Saltee, 1894

La noche que Arthur Billtoe se encontró con el diablo estaba disfrutando de uno de sus pasatiempos preferidos. El carcelero se encontraba holgazaneando en un cómodo escondite cercano a los acantilados, en la costa de Little Saltee. Billtoe disponía de una media docena de rincones semejantes por toda la isla, en los que podía tumbarse a descansar cuando la vida en la prisión le atacaba los nervios.

Echar una cabezada no resultaba sencillo en una isla amurallada, con una fortaleza que se elevaba en el extremo sureste y una docena de torres de vigilancia a lo largo de la propia muralla.

«Maldita luz eléctrica —reflexionaba a menudo—. Así no hay quien pueda echarse una siesta».

El lugar en el que ahora se encontraba era el que más le gustaba. Se trataba de un pequeño hueco de poca profundidad, cercano a la huerta de salicores y a unos quince pasos de la base de la muralla. El suelo consistía en una antigua lona alquitranada que los muchachos del ferry habían desechado, y el techo estaba formado por una vieja puerta, con su marco y sus bisagras, que se remontaba a los días de Heck el Errante. El escondite resultaba prácticamente invisible desde fuera, ya que la puerta estaba cubierta de barro, hierba y maleza.

Billtoe sentía una oleada de orgullo cada vez que, a hurtadillas, se sumergía en aquella acogedora oscuridad que despedía un olor acre. De todos los refugios que utilizaba para dormir, éste era el mejor, libre de humedades bajo cualquier circunstancia. Además, Billtoe podía apartar la mirilla de la puerta y utilizar el hueco a modo de chimenea, lo que evitaba que la gente detectara la lumbre de su cigarrillo.

«Una calada más —pensó—. Una más y vuelvo al trabajo».

Desde que seis meses atrás Conor Finn hubiera desaparecido, Arthur Billtoe pasaba cada vez más tiempo en sus escondites. No es que echara en falta al joven soldado, pero se temía que el mariscal Bonvilain tuviera sus planes para el muchacho, y el hecho de que éste hubiera muerto no debía de formar parte de esos planes.

La noche de la desaparición de Finn, Billtoe se pasó una eternidad junto al tiro de la chimenea, lanzando alaridos. Al cerciorarse de que resultaba inútil, fue a buscar a un golfillo procedente del este de Londres, de unos doce años de edad, condenado a otros tantos años por robar a ciudadanos acaudalados, y le hizo subir por el tiro con la promesa de que reduciría su condena en gran medida. Después de pasarse allí medio día, el niño bajó con las manos vacías y Billtoe le obligó a subir otra vez a punta de pistola. Tras cuarenta y ocho horas más en el laberinto, el crío regresó sin novedad alguna y con las rodillas ensangrentadas. No había nada que hacer. Conor Finn no se

encontraba allí arriba. De alguna manera, había embaucado a Arthur Billtoe.

Fue entonces cuando el guardián de la prisión empezó a preguntarse acerca del carnicero que se había quedado enredado en uno de esos globos de aire caliente.

«¿Y si hubiera sido Finn? ¿Sería posible que el soldadito se las hubiera arreglado para salir a la superficie?».

Billtoe nunca podría averiguarlo, lo que le producía picores como si un escarabajo se le arrastrara por la piel. Tal vez Finn se encontraba disecado en algún lugar de las chimeneas, o acaso se hallara en el canal de San Jorge, con los pulmones llenos de salmuera. En cualquier caso, los muertos muertos estaban. Pero ahí no acababa el asunto. Antes o después, el mariscal Bonvilain llegaría en busca de su prisionero particular y el cielo se desplomaría sobre la cabeza de Arthur Billtoe.

«A no ser que…».

A no ser que el mariscal sucumbiera al engaño pergeñado por el carcelero. Cuando Finn desapareció, Billtoe había contemplado la posibilidad de recoger sus bártulos y subirse a bordo de un buque a vapor. Uno de sus posibles padres residía en Nueva York, si es que aún seguía vivo. Aunque no fuera así, podría existir alguna clase de patrimonio. Pero todo eso no era más que fantasía. No contaba con el dinero para cruzar el Atlántico, ni lo reuniría aunque se pasara ahorrando un año. Resultaba frustrante poseer una fortuna en diamantes robados y no poder canjearlos por dinero contante y sonante.

Aun así, su futuro en la isla parecía prometedor. Se había convertido en el protegido de Bonvilain gracias al sonado éxito del espectáculo de los globos en la ceremonia de la coronación. Dentro de poco podría recibir un ascenso. Tal vez entonces estaría en situación de sacar algunos de sus diamantes de la isla, y acaso podría viajar a Nueva York en ese barco a vapor, con un billete de primera clase.

Hasta entonces, tendría que rezar a algún dios dispuesto a atender sus ruegos para que el mariscal Bonvilain no examinara demasiado atentamente al joven que Billtoe había encerrado en la celda de Conor Finn. El chico era más o menos de la misma edad, y ambos se parecían en cuanto a complexión y color de piel. Tras unas cuantas palizas había adquirido la misma mirada de angustia que el fugado, y un parecido aspecto de demente. Si no se le miraba de cerca, ambos podían confundirse. Billtoe abrigó la esperanza de que Conor Finn hubiera sido un recluso normal y corriente, y no un hombre que almacenara información, porque si era información lo que el mariscal andaba buscando, más le valía indagar en otro lado, pues no la encontraría en la celda de Conor Finn.

De pronto, Billtoe tuvo una idea.

«Debería cortarle la lengua al sustituto de Finn. Puedo alegar que ocurrió en una pelea contra Malarkey. El mariscal no me culparía a mí, ya que él mismo ordenó que Otto se encargara del muchacho».

Billtoe reflexionó que se trataba de una idea extraordinaria, mucho mejor que la huerta de salicores o los globos para la coronación. O que el revólver de doce tiros, para el caso, que había resultado ser un engañabobos. Un amigo de Billtoe, un armero de Kilmore, estuvo a punto de perder un dedo al tratar de fabricar el dichoso revólver.

«Le cortaré la lengua a ese chico en cuanto regrese a la prisión», decidió Billtoe, dando unas palmaditas a su bota para asegurarse de que su cuchillo más afilado se encontraba pegado a la pantorrilla.

Encantado con su ocurrencia, Billtoe sopló una última bocanada de humo a través de la mirilla y luego apagó su cigarrillo en la concha de almeja que guardaba en su escondite para tal fin. Con el pie, abrió una rendija en la puerta para dejar salir cualquier resto de humo o de olor y luego emergió de la oscuridad como el cadáver que se levanta de su tumba.

«Cortarle la lengua al sustituto de Finn no sólo me servirá para sacar adelante mi plan; también me ayudará a levantar el ánimo».

Por norma general, tras salir de su escondite, Billtoe caminaba arrimado a la muralla hasta llegar a una escalera; luego, la subía con paso tranquilo, como si sencillamente estuviera tomando el aire. Nadie se atrevía a darle el alto, sobre todo después de la coronación. Ahora Arthur Billtoe era un pez gordo en la prisión, claro que sí.

«A partir de ahora, Pike, para ti soy el señor Billtoe», le había dado por decir últimamente.

La noche estaba encapotada; apenas brillaban estrellas en el cielo. Las almenas de la muralla mostraban un difuso resplandor anaranjado producido por la luz de las lámparas eléctricas. Billtoe utilizaba aquella línea naranja como guía, ya que le facilitaba la marcha. Bajo la oscuridad, atravesó una zona de rocas cubiertas de mullida hierba, con excesiva energía, resultó ser, pues una bota le resbaló en un parche de musgo y se cayó de espaldas. El aliento le abandonó como el polvo abandona una alfombrilla al sacudirla.

Billtoe estaba tumbado boca arriba, resollando, luchando por respirar, cuando de repente las nubes se abrieron y cedieron el paso a la luna, que relucía como una guinea de plata. Cuando recuperó el aliento, sus labios esbozaron una sonrisa manchada de tabaco, ya que por fin, después de tantos años, pudo ver ese hombre de la luna del que todo el mundo hablaba. Debía de tratarse del ángulo de visión, porque hasta el momento nunca había visto nada más que manchas difusas en la superficie del astro nocturno.

«Hoy le veo la cara por primera vez. Y, encima, voy a cortarle la lengua a un prisionero. Qué día tan dichoso».

Entonces, a través del hueco entre las nubes apareció una figura. Un hombre con alas. Y volaba.

Semejante acontecimiento resultaba tan extraño, tan imposible, que Billtoe, en un primer momento, no fue capaz ni de sorprenderse.

«Un hombre con las alas de un pájaro. Un ángel de negro».

El ángel efectuó un giro cerrado a estribor para no dejar atrás la isla y luego descendió girando sobre sí mismo hasta que Billtoe, además de ver la nave, también la escuchó. Crujía, aleteaba, daba bandazos, y la figura humana luchaba contra ella como si un águila gigante se la quisiera llevar consigo.

«Ya sé lo que está pasando», razonó Billtoe.

Arthur Billtoe había leído dos libros en toda su vida: Los más horribles asesinatos cometidos en Londres, de Sy Cocillée, que encontró de lo más instructivo, y El indio noble, del capitán George Toolee, el cual había adquirido con la esperanza de que versase sobre las masacres de los colonizadores del Oeste americano y las cabelleras que se arrancaban, pero que resultó ser un estudio en profundidad de la cultura india. Billtoe había estado a punto de arrojar el libro al fuego, pero como le había costado unos cuantos chelines, decidió perseverar. Uno de los capítulos describía una choza conocida como «cabaña de sudoración», sauna ceremonial donde los nativos norteamericanos llevaban a cabo sus rituales de sanación y aguardaban a que apareciera su guía espiritual.

«Mi escondite es como una de esas cabañas. Y ahora ha llegado mi guía espiritual, un hombre pájaro que suelta palabrotas».

El artefacto del hombre pájaro descendía a toda velocidad, y las alas crujían a medida que el viento hinchaba el velamen. Daba la impresión de que la criatura fuera a estamparse contra las rocas como una golondrina contra una ventana —circunstancia que a Billtoe siempre divertía en gran medida—, cuando en el último segundo la angelical criatura se impulsó hacia arriba y volvió a descender, ahora con suavidad, hasta tocar tierra.

Al aterrizar, debido a la velocidad, el recién llegado tuvo que correr unos cuantos pasos hasta detenerse.

Billtoe levantó la mirada, aterrorizado ante la presencia de aquella criatura procedente de otro mundo que descollaba por encima de él mientras la luna formaba un halo alrededor de su cabeza. Estaba lo bastante cerca como para clavarle un cuchillo, pero ¿qué sentido tendría? No había forma de matar a semejante aparición.

La criatura iba vestida de negro de arriba abajo, desde la gorra de cuero hasta las botas de montar, que le llegaban a la rodilla. Su rostro quedaba oculto por un par de anteojos y una bufanda atada con fuerza alrededor de la boca. Se escuchaba su aliento entrecortado a través del tejido de la bufanda, y el pecho le palpitaba.

Algo centelleaba en el torso de aquel espíritu celeste. Una especie de insignia, con dos alas doradas que se proyectaban a ambos lados de una letra «A». ¿Sería la «A» de «ángel»?

Arthur Billtoe hizo un ímprobo esfuerzo por permanecer inmóvil, en silencio. Volvió a sentirse como a los siete años cuando, en un callejón de Dublín, tuvo que esconderse en un barril de agua porque le perseguía un viejo borracho para robarle los seis peniques que llevaba en el bolsillo. Su vida corría tanto peligro ahora como entonces. Esa criatura le mataría con tan sólo mirarle. Deseó atraer hacia sí la hierba y los matojos que tenía alrededor, cubrirse con ellos como con una manta y quedarse dormido hasta que la espantosa figura voladora se marchara.

«No lloriquees», se dijo.

Lloriquear en momentos de peligro siempre había sido uno de sus defectos, y en el pasado le había granjeado más de una paliza.

«Aguanta, Arthur, muchacho. Aguanta y no digas nada».

Podría haberlo conseguido si aquel extraño ser no hubiera sacado un sable de la vaina que llevaba a la cintura, cuya hoja empezó a clavar en la tierra como si quisiera herirla. Cada embestida le acercaba al lugar donde yacía Billtoe, estremeciéndose.

Por fin, el carcelero no pudo soportar el miedo que le invadía.

«Si no hablo, moriré. Mi pobre corazón reventará».

—¿Qué eres? —siseó, al tiempo que se levantaba impulsado por la fuerza de sus emociones—. ¿Qué quieres de Arthur Billtoe?

La criatura se tambaleó hacia atrás y luego se estabilizó. Sus ojos de cristal, que lanzaban destellos anaranjados bajo el resplandor de las lámparas, se ennegrecieron al dirigirse hacia el guardián de la prisión.

—Billtoe —gruñó el desconocido—. ¡Arthur Billtoe!

De haber podido, Billtoe se habría cambiado el nombre sobre la marcha, tal era el odio que denotaba la voz del ser de otro mundo. Aquellos tipos con alas debían de ser hostiles por naturaleza.

Mientras Billtoe reflexionaba al respecto, el hombre volador se lanzó hacia delante. A causa del repentino movimiento, sus alas curvadas ascendieron, elevando en el aire al desconocido vestido de negro. Acto seguido, éste se dejó caer sobre el suelo como una furiosa gárgola gigante, a menos de un metro de Billtoe, coyuntura que aprovechó para agarrar al guardián por el pescuezo con dedos de acero.

—Billtoe —repitió, colocando la hoja de su sable en posición plana sobre el pálido cuello del carcelero.

—S-señor, ¿es usted un ángel o un d-demonio? —balbuceó el guardián—. Tengo que saberlo. ¿Me va a llevar usted arriba o abajo?

Los círculos de cristal se clavaron en Billtoe durante un prolongado instante. Este notó cómo la hoja del acero se deslizaba por la nuez de su garganta y luego cortaba el aire emitiendo un silbido. Entonces, el sable detuvo su arco mortal y la criatura tomó la palabra.

—Puedo ser tanto un ángel como un demonio, monsieur —declaró—; pero, en su

caso, siempre seré un demonio.

—¿Me matará ahora, señor? —preguntó Billtoe con un hilo de voz.

—No, monsieur, todavía no. Pero está haciendo usted mucho ruido, así que…

El demonio sujetó en alto su arma blanca y, con la empuñadura, golpeó a Billtoe en la frente. El carcelero se desplomó como una marioneta abandonada.

Billtoe no estaba del todo inconsciente, pero pensó que era preferible refugiarse en la oscuridad antes que abrir los ojos e incurrir en la ira del hombre volador. Mantuvo los párpados cerrados y no tardó en dejarse arrastrar por la inconsciencia.

***

Cuando Arthur Billtoe volvió en sí, estaba amaneciendo. La cabeza le estallaba de dolor. Vio que Poole, el hombre que sacaba a pasear el perro del encargado, se encontraba de pie, junto a él, animando al pequeño terrier a que utilizara la bota de Billtoe como urinario.

—¡Largo de aquí! —vociferó Billtoe al tiempo que propinaba una patada al animal. Entonces, se acordó del demonio francés, que tal vez siguiera por los alrededores.

Rodó sobre la espalda para apartarse del charco de barro sobre el que había yacido durante la noche y se colocó a cuatro patas, ya que el dolor que le martilleaba el cráneo no le permitía ponerse de pie.

—Un demonio —jadeó—. Francés. Malditas alas gigantes. Volaba como un halcón. ¿Lo has visto?

La reacción de Poole ante semejante desvarío fue simular que no había oído nada. Tosió con violencia para ahogar los balbuceos de Billtoe y después regañó al terrier.

—Mal hecho, Sir Percival, muy mal. Cómo se te ocurre hacer pis en la bota del señor Billtoe, que acaba de tener un sueño del que prefiero no enterarme. Te daría una patada, Percy, si no fueras un perrito tan encantador.

Recogió al animal del suelo y comunicó el mensaje que traía.

—El encargado te busca —dijo, incapaz de sostener la mirada de Billtoe—. Dice que está harto de ti y de los agujeros que utilizas de escondite. Que los rellenes tú mismo o, si no, él se encargará de que los tapen contigo dentro. Eso es lo que me ha dicho, palabra por palabra. Llevo un buen rato repitiéndolo para acordarme.

Billtoe seguía con los ojos abiertos como platos, lanzando nerviosas miradas por los aledaños de la zona rocosa mientras un hililllo de saliva le colgaba de los labios.

—Me encontró. Me encontró. Yo estaba dentro del barril con mis seis peniques, y él me encontró.

Poole optó por malinterpretar sus palabras adrede.

—Sí, es verdad. El encargado encuentra a todo el mundo. Ni que tuviera ojos en

la espalda —a Poole se le ocurrió un comentario ingenioso mientras trotaba detrás de Sir Percival de regreso a las barracas de los guardianes—. O puede que tenga alas y sobrevuele la isla de noche, para vigilarnos.

Billtoe se sentó sobre una piedra, se palpó el chichón que tenía en la frente y rompió a llorar.

EL CIELO

Conor Finn estaba volando, pero no se trataba de la agradable experiencia que había imaginado. El planeador era una especie de monstruo, y para dominarlo había que luchar contra él de manera constante mientras surcaban el aire. A decir verdad, más que una ascensión a las alturas, parecía una encarnizada batalla contra los elementos. Las alas restallaban, daban tirones y sacudidas, amenazando con partir las varillas a cada ráfaga de viento. El arnés le apretaba en el pecho, cortándole la respiración, y hasta una colisión con una gaviota podría proyectarle hacia el suelo con un descenso en espiral. A pesar de todo, Conor no se habría perdido la experiencia por nada del mundo.

«Soy la luna —pensó—. Soy las estrellas».

Y luego: «Cuidado. Una gaviota».

El planeador se mantenía en una pieza en la medida que Conor había esperado, aunque juraría que la tercera varilla a estribor empezaba a astillarse. Más tarde la sacaría de su funda y la reemplazaría por una vara nueva. La barra de control, una de sus innovaciones, funcionaba a la perfección, permitiéndole alternar el peso y ejercer un cierto dominio sobre la trayectoria; pero se trataba de un control escaso, que podía ser anulado por la mínima corriente ascendente.

El cielo nocturno estaba cubierto de nubes, en cuyas panzas se reflejaban las luces de las cercanas poblaciones de Wexford y Kilmore. De vez en cuando, Conor pasaba por debajo de un claro y la luna llena le iluminaba como un foco con sus rayos plateados. Conor confiaba en que, desde abajo, su silueta fuera la de un pájaro de grandes dimensiones, y se alegraba de su decisión con respecto a utilizar tela negra para el velamen. Teñida de negro, y no pintada; la pintura supondría un peso adicional.

De cerca y a plena luz del día, resultaría evidente que el planeador era poco más que una cometa diseñada con ingenio. A modo de alas, contaba con dos óvalos alargados y curvos de unos dos metros de longitud, unidos por un espacio central de forma circular donde el piloto viajaba suspendido, amarrado a un arnés de cuero. Disponía asimismo de un timón de cola de tamaño reducido, con agarraderas para las piernas y una palanca que podía accionarse con los pies, además de una barra trapezoidal de control, sujeta directamente al mástil de las alas. En teoría, en caso de localizarse con éxito las corrientes térmicas en ascenso, era posible volar sin descanso a bordo de un planeador semejante. Por descontado, se trataba de una teoría muy

optimista, que no tenía en cuenta el desgaste natural, una planificación defectuosa o el simple hecho de que las corrientes térmicas eran casi tan difíciles de localizar como los unicornios.

El propio Conor iba ataviado con un resistente equipo para volar en globo: gorra de cuero amarrada con correas a la barbilla, anteojos y botas ajustadas. Su uniforme resultaba una copia convincente de los que llevaban los aeronautas del ejército francés, sólo que era completamente negro, incluidos los cordoncillos de los pantalones, y no llevaba insignias salvo una misteriosa A con alas, que podía responder a Aeronautique.

«Si resulta que me estrello contra las Saltee —pensó Conor—, ante los ojos del mundo pasaré por un aviador francés que no desea ser reconocido como tal. En otras palabras, un espía volador. Eso aumentará la desconfianza de Bonvilain en el ejército de Francia».

Se trataba de un pequeño consuelo, pero la posibilidad de clavar una espina de intranquilidad en el corazón del mariscal era preferible a morir sin dejar atrás más que un cadáver.

Esta noche había tenido suerte. Un buen lanzamiento desde el túnel de viento, en el que todo funcionó como era de esperar. El ventilador a vapor había desprendido algunas planchas de la pared interior, pero el desperfecto se reparó sin problemas y no se habían producido grandes pérdidas de energía eólica. El mecanismo para el soporte del piloto se había probado con éxito un millar de veces, suspendido desde una viga de la torre; pero esta noche había funcionado al aire libre y Conor se las había arreglado para inclinarse hacia delante, sujeto por el arnés de cuero, y empujar las piernas hacia atrás hasta introducirlas en los estribos. Esta era una de las innovaciones más importantes, aunque había muchas otras de menor trascendencia, desde el curvado de las varillas con vapor hasta el timón de cola.

La costa se aproximaba, así como el tenebroso mar, en el que las islas Saltee resplandecían como nidos de luciérnagas. En cuanto Conor hubo sobrevolado el puente de San Patricio —la prolongada franja de guijarros que partía desde territorio irlandés y, formando una curva, señalaba en dirección a Little Saltee como si de un dedo artrítico se tratase—, la corriente térmica sobre la que se había ido desplazando desapareció y el planeador se quedó atascado, inclinado con el morro hacia delante.

Conor había previsto esta eventualidad, pero no por ello se encontraba preparado. Si la parada duraba unos momentos más, caería en picado a tierra, donde le aguardaría una muerte segura.

«En el caso de un estancamiento, hay que mantener el morro hacia abajo y soltar los cabos».

Había tres cuerdas atadas a la barra de control, y las tres estaban unidas a la muñeca de Conor. Éste soltó la barra, tiró con fuerza hacia abajo y desató los nudos

de las tres cuerdas.

La central estaba conectada a un panel delantero con bisagras —el pico—, e inclinó el morro hacia abajo. Las otras dos provenían de sendas hélices de madera, que de inmediato se pusieron a zumbar a causa de la energía liberada por dos robustas correas de caucho.

Las hélices con correas de caucho sólo funcionarían una vez por vuelo, y la propulsión que proporcionaban era mínima, pero podría bastar para sacarle de un estancamiento.

Y así fue. El planeador saltó hacia delante apenas un metro, pero se enderezó y atrapó la brisa marina. Conor sintió cómo ésta le recorría el cuerpo de punta a punta y percibía el olor a sal con cada ráfaga de aire.

Más adelante, las luces de la muralla de Little Saltee marcaban su objetivo en la oscuridad.

«Con forma de corazón —pensó—. Desde aquí arriba, la isla parece un corazón».

Y luego: «Voy camino de Little Saltee. Que Dios me ayude, estoy de vuelta».

Le atravesó el cuerpo un estremecimiento, y no de frío, sino de miedo.

***

En la noche de su audaz escapada, Conor había caído en espiral desde el cielo, envuelto en llamas como el Icaro de la leyenda, y fue a estrellarse contra un bote de salvamento del yate real británico, rebosante de actividad con los preparativos para la partida.

Conor Finn yació inmóvil durante la travesía nocturna, sin que nadie le descubriera, bajo una docena de chalecos salvavidas de corcho. Habría sido incapaz de moverse aunque la áspera mano del descubrimiento hubiera aterrizado sobre su hombro. Esa mano nunca llegó, y Conor pudo dormir hasta que el yate hizo sonar su bocina para alertar a un esquife que se cruzó en su camino.

La fortuna le había sonreído una vez más en Londres, donde había conseguido saltar por la borda a un par de leguas del puerto y nadar hasta una grada de lanzamiento en el Támesis.

Conor robó una chaqueta, que por fortuna llevaba un poco de pan y queso en el bolsillo, y se pasó el resto del día recorriendo los muelles en busca de un acento irlandés. Para el atardecer había localizado a un grupo de londinenses de ascendencia irlandesa a los que les faltaban dientes y les sobraban tatuajes, por lo que no debían de ser espías de Aduanas.

«Si alguna vez consigues salir de este agujero —solía decirle Malarkey—, busca a mi hermano Zeb en los muelles de Londres. Enséñale el tatuaje y cuidará de ti».

Conor se remangó ante los trabajadores de los muelles, dejando al descubierto su

tatuaje de los Carneros Rampantes, y pronunció la palabra mágica: Malarkey. En menos de una hora, se encontraba metido hasta el cuello en agua jabonosa, con un tazón de café en una mano y un excelente cigarro puro en la otra. Zeb Malarkey era un hombre acaudalado; casi toda su fortuna procedía de su propio impuesto de importación.

Zeb se personó en la posada un par de horas más tarde. Sin una sola palabra de bienvenida, examinó el tatuaje de Conor y la marca con hierro candente de Little Saltee.

—¿Cómo está Otto? —se interesó—. ¿Qué tal tiene el pelo?

Conor proporcionó al cabecilla de la banda criminal cuanta información le fue posible. Su hermano tenía el pelo sedoso y se encontraba muy bien de salud. Además, los turbios negocios a los que se dedicaba iban viento en popa.

Zeb había oído hablar de Conor a través de un carcelero de Little Saltee que aceptaba sobornos a cambio de información.

—Así que eres Conor Finn, el soldadito. Otto habla maravillas de ti. Dice que pusiste orden entre los carneros presos. ¿Te gustaría hacer lo mismo aquí?

Resultaba tentador desprenderse por completo de su antigua vida, como el reptil que muda su piel cuarteada, pero Conor se conocía lo suficiente como para saber que hacer que se cumplieran las normas en los muelles no era lo suyo. Por mucho que hubiera dejado de ser Conor Broekhart, no se había apartado del todo de los principios morales que su madre le había inculcado. Podía herir a otra persona para sobrevivir; hacerlo por dinero era una cuestión muy diferente.

Él era un aviador. Ese era su destino. Tenía que continuar de acuerdo con el plan: acudir a Irlanda, encontrar el medio de recuperar sus diamantes y, luego, zarpar hacia Norteamérica con el dinero, que destinaría a montar su propio laboratorio.

De modo que le dio las gracias a Zeb por la oferta, pero la rechazó. En Little Saltee tenía un asunto pendiente, que podía proporcionar a los Carneros un montón de dinero. ¿Contaba Zeb con algunos hombres en Irlanda, o acaso en las Saltee, que le pudieran ayudar?

—Los Carneros tienen hombres en todas partes. ¿De qué asunto se trata? ¿Venganza?

—No exactamente. En los terrenos de la prisión hay mercancía oculta que nos pertenece a mí y a tu hermano. Le di a Otto mi palabra de que le liberaría. Mi manera de agradecerle su amistad durante estos años.

Zeb Malarkey le arrojó una bolsa llena de guineas.

—En ese caso, márchate, isleño. Vete y siembra el caos.

Y eso fue lo que hizo.

***

De pronto, Little Saltee se encontraba allá abajo. En menos de tres minutos había atravesado la franja de océano de cuatro kilómetros de distancia que separaba la prisión de la isla principal. Si hubiera formado parte de un ejército, la menor de las islas habría sido invadida antes de que pudieran disparar el cañón de alarma.

El cuerpo le dolía por la constante tensión a la que sus articulaciones estaban sometidas y sintió alivio al tirar hacia atrás de la barra del planeador y trazar una curva descendente. En las pruebas de vuelo, había conseguido aterrizar el aparato dentro de los límites de un campo de labranza mucho más reducido que Little Saltee; pero ese campo estaba protegido por setos, y no por guardianes. Y los setos estaban poblados de ardillas y tejones, ninguno de los cuales apuntaría con un rifle a las posibles criaturas voladoras.

Incluso de noche, el panorama a vista de pájaro resultaba de lo más revelador. Había tres centinelas en la muralla, todos en el extremo norte, al abrigo de una torre. Conor veía que las cazoletas encendidas de sus respectivas pipas se encontraban a corta distancia entre sí. En realidad, los guardianes deberían estar separados a intervalos regulares y patrullar de un lado a otro, pero siglos de tranquilidad los había vuelto confiados.

Existían dos murallas en Little Saltee. Además de la exterior y principal, había un muro interior que rodeaba el edificio de la prisión. Entre ambas discurría la zona de labor donde los reclusos hacían ejercicio y trabajaban la huerta de salicores. Era allí donde Conor tenía pensado aterrizar, donde estaban enterrados los diamantes.

De pronto, una corriente térmica atrapó el planeador, provocando que rebasara en unos cien metros el lugar que había escogido. Conor propinó una patada a la palanca del timón de cola para girar lo más a babor posible e inclinó el morro hacia abajo. Esto provocó que iniciara un descenso en espiral, pero la alternativa consistía en aterrizar en el océano. Sería una lástima ahogarse aquella noche precisamente, después de haber recorrido a bordo de un planeador la mayor distancia que ningún hombre hubiera conseguido jamás.

«Victor estaría orgulloso».

Semejante pensamiento le perturbó. Cuando estaba en la cárcel, había tratado de no acordarse de la familia y los amigos de su vida anterior; pero, desde su huida, apenas conseguía pensar en nada más.

«Podría regresar y dar explicaciones. Mi padre se enfrentaría a Bonvilain».

Sí. Y como recompensa, le asesinarían. Y a su mujer también. Lo mejor era clausurar para siempre la puerta del pasado y comenzar una nueva vida.

Conor descendió a toda velocidad. Rocas y montículos iban surgiendo de lo que hasta entonces no era más que un denso espacio en tinieblas. El planeador fue luchando contra el piloto durante todo el descenso, y Conor contraatacaba, maldiciendo aquella nave infernal, negándose a permitir que se saliera con la suya.

Una vez al abrigo de la muralla, la turbulencia desapareció y el planeador, ahora dócil y suave, elevó el cuello con la elegancia de un cisne.

Conor clavó en la blanda tierra los tacones de sus botas, que dejaron dos surcos gemelos de unos tres metros de longitud, y por fin consiguió subir las alas a sus espaldas con un tirón del cinturón, con lo que se detuvo en seco.

No había tiempo para alegrarse por el aterrizaje, o felicitarse por la eficacia de las alas plegables, aunque en ese momento, técnicamente, sólo se encontraran alzadas. Para plegarse por completo, había que extraer dos puntales.

«Ahora, a trabajar».

Los diamantes estaban enterrados a unos treinta centímetros del rincón más septentrional de cada bancal de salicores. Siete bancales, siete bolsas con diamantes. La huerta más cercana a la prisión se encontraba a sus pies. Si trabajaba deprisa y no le descubrían, tal vez pudiera recuperar tres de las bolsas aquella noche.

Conor sacó un sable del cinturón y lo empleó para cavar la tierra en busca de los diamantes, pero le distrajo de su labor la visión de una figura oscura y desconsolada que se levantaba del suelo.

«Es una trampa. Estoy atrapado».

Pero no era así. La figura temblorosa tomó la palabra.

—¿Qué eres? ¿Qué quieres de Arthur Billtoe?

Conor sintió una furia tan intensa que le afectó físicamente. La frente le ardía y la empuñadura del sable, forrada de cuero, crujió bajo su puño.

—Billtoe —gruñó, dando un salto hacia delante—. ¡Ar-thur Billtoe!

La velocidad de su movimiento atrapó el aire, las alas dieron una sacudida en dirección al cielo y Conor se elevó ligeramente. Si Billtoe pensaba que podía escapar, estaba confundido. Conor aterrizó a menos de un metro del despavorido guardián, y rodeó el pescuezo del hombre con dedos de acero.

«Cómo han cambiado las tornas. ¿Quién es ahora el amo? A menos de veinte metros de donde me maltrataste y me humillaste».

—Billtoe —repitió, colocando la hoja de su sable en posición plana sobre el pálido cuello del carcelero.

—S-señor, ¿es usted un ángel o un d-demonio? —balbuceó el guardián—. Tengo que saberlo. ¿Me va a llevar usted arriba o abajo?

Conor contempló la posibilidad de matarle; el deseo de venganza le consumía. Con toda probabilidad, aquel miserable había asesinado a Linus Wynter. Satisfizo en parte este deseo con un pequeño corte en el cuello del guardián, pero no fue capaz de llegar hasta el final.

«Aún no te has convertido en un asesino», habría dicho Linus.

«Continúa con tu plan. Eres un espía francés».

—Puedo ser tanto un ángel como un demonio, monsieur —respondió Conor—;

pero, en su caso, siempre seré un demonio.

—¿Me matará ahora, señor? —sollozó Billtoe.

—No, monsieur, todavía no —repuso Conor con una nota de pesar en la voz—. Pero está haciendo usted mucho ruido, así que…

Propinó a Billtoe un fuerte golpe en la sien con la empuñadura del sable, saboreando el sonido del golpetazo. Qué curioso; el guardián no parecía tan amenazante ahora, estirado sobre la hierba. Sin su pistola o el peso de la autoridad a sus espaldas no era más que un cobarde.

«Coge los diamantes; una bolsa, por lo menos».

El propósito de desenterrar tres bolsas se había ido al traste. Billtoe podía despertarse en cualquier momento y, por tentadora que resultara la idea, no podía seguir golpeándole el cráneo toda la noche. Tampoco podía atarlo o amordazarlo, ya que no disponía de cuerda o trapo alguno. Algo que recordar en su próxima visita, si es que sobrevivía a esta primera incursión.

Conor se puso a cavar de nuevo, levantando terrones de tierra con ayuda del sable. Entonces se le ocurrió que tal vez Malarkey le había mentido y había escondido el botín en otro lugar; pero Conor decidió que era improbable. A pesar de los comienzos poco favorables, Otto Malarkey se había convertido en su amigo, y los Carneros Rampantes tenían un hondo sentido de la lealtad. Antes subirían a la horca que traicionar a otro hombre que llevase el tatuaje.

La confianza de Conor demostró estar justificada. La hoja de acero no tardó en chocar contra un puñado de diamantes. Apartó el sable a un lado y rebuscó en la tierra con sus manos enguantadas. Acto seguido, extrajo la bolsa.

«Ya tengo una. Quedan seis más».

Sintió la tentación de desenterrar otra. Con una segunda bolsa al cinto, su futuro estaría asegurado y podría zarpar hacia Norteamérica al día siguiente, si quisiera.

«Vete ahora. Sé prudente. Billtoe puede despertarse en cualquier momento».

Una más. Sólo una.

Conor corrió en dirección al segundo bancal de salicores, imaginando todo el rato que Billtoe recuperaba el sentido.

«¿Debería haberle matado?».

No. Un guardián muerto levantaría sospechas. Se abriría una investigación. Por otra parte, el hecho de que Billtoe mantuviera conversaciones con un aviador francés se tomaría como los desvaríos propios de un borracho, a menos que llegase a oídos de Bonvilain.

«Demasiado tarde ya. Ve a buscar la segunda bolsa».

El bancal de salicores se encontraba un poco más al norte, junto a la curva que trazaba la muralla. Conor corrió cerca de la base de aquélla, esquivando así las corrientes que fluían por los montículos de la isla, y también la bruma impregnada de

sal, que añadiría peso a sus alas.

«El planeador tiene que bajar más —se dijo—. Las alas atrapan cualquier movimiento del aire, por leve que sea».

Encontró la segunda bolsa con igual facilidad que la primera. Otto Malarkey había seguido correctamente las instrucciones de Conor. La bolsa se deslizó con suavidad de su escondite, arrastrando a su paso guijarros y terrones de tierra. Tenía las dimensiones y el peso de un conejo de pequeño tamaño.

«Pesa lo suficiente. Ya van dos».

Sin lugar a dudas, había llegado el momento de remontar el vuelo. Intentar una tercera búsqueda traería consecuencias desastrosas. Conor tuvo la repentina imagen de sí mismo pasando el resto de la noche en su antigua celda, y un escalofrío le recorrió la espalda. Tenía que marcharse.

Con plena seguridad, los guardianes se encontrarían cómodamente instalados en la torre norte, rellenando sus respectivas pipas, de modo que efectuaría su huida desde el sur.

Regresó a la base de la muralla y, guiándose por el olfato, encontró el evacuatorio, una letrina excavada al pie de la propia muralla cuyo depósito disponía de un desagüe que llegaba hasta el mar. Por lo general, los evacuatorios estaban situados cerca de una escalera, para que el centinela se mantuviese alejado de su puesto el menor tiempo posible.

Tal como Conor había confiado, a tan sólo tres pasos de la letrina se encontraba la escalera, cuyos peldaños ascendían por la muralla principal. Subió a cuatro patas, manteniendo las alas a sus espaldas, a salvo de daños, si bien expuestas a las ráfagas de viento. Más de una vez se vio forzado a sujetarse las piernas para defenderse de los intentos de sus alas levantadas por arrancarle de los escalones.

«Todavía no. Más alto aún».

No se veía ni se escuchaba a ningún centinela sobre el adarve de la muralla, aunque el propio Conor quedaría al descubierto en cuanto emergiera de la escalera. Todo iba saliendo según lo previsto, excepto por el encuentro con Billtoe. ¿Qué demonios hacía ahí el muy desgraciado? ¿Dormir a la intemperie?

Se tendió boca abajo sobre los últimos escalones y miró a ambos lados de la muralla, que trazaba una curva. Los adoquines, desgastados por siglos de patrullas, brillaban bajo la luz eléctrica con un resplandor anaranjado. El parapeto almenado llegaba a la altura de la cabeza y tenía varias hileras de troneras horizontales. El viento silbaba a través de las aberturas, emitiendo un sobrecogedor aullido espectral.

«Viento del litoral. Todavía fuerte».

Habría resultado de lo más afortunado que el viento hubiera cambiado a una brisa marina y soplara hacia atrás, en dirección a Irlanda; pero se trataba de la clase de eventualidad en la que no se podía confiar. Aprovecha la suerte cuando te sonría, pero

no cuentes con ella. Así que el destino inmediato de Conor ya no era Kilmore, sino Great Saltee, pues hacia allí se dirigía el viento.

Conor juntó los pies y empujó el arnés hacia abajo. Con una mano agarró la vara para elevar las alas y, con la otra, la barra de control.

«Una vez más, al aire».

Se puso de pie y echó a correr por el adarve de la muralla. Sus pasos se le antojaban absurdamente ruidosos mientras sus botas repiqueteaban sobre la piedra. Era probable que los sonidos acabasen por llegar hasta la torre donde se encontraban los centinelas.

«Concéntrate en tus acciones. El mínimo desliz podría llevarte a la muerte».

Por curioso que resultara, a veces, la voz que le sonaba en la mente era la de Victor Vigny.

«Tengo un ángel de la guarda con acento francés».

Este pensamiento le provocó una sonrisa, y así, a pesar de la situación de vida o muerte, fue un sonriente Conor quien se encaramó al parapeto de Little Saltee y se lanzó al cielo en tinieblas.

«Voy volando en dirección a casa».

PUENTE DE SEBBER, EN GREAT SALTEE

Por lo general, Pike realizaba el primer turno de trabajo en Little Saltee; luego, pasaba horas de sol y días de ocio en la mayor de las dos islas, cuidando de su madre —a la que le faltaba una pierna— y reparando la tapia de su casita de campo, en la que llevaba trabajando quince años. Cuando no estaba preparando argamasa para la tapia, se dedicaba a ganar dinero a espuertas vendiendo información a los Carneros Rampantes.

Pike nunca pertenecería al círculo de personas más allegadas a la banda, pero era un hombre que resultaba útil en cualquier situación porque, a pesar de su aparente carencia de materia gris, tenía una asombrosa habilidad para acoplar datos. El encargado de la cárcel, hombre propenso a las intrigas políticas, apreciaba en gran medida este don y concedía a Pike numerosos permisos para que le comunicase las habladurías provenientes de palacio; al mismo tiempo, los Carneros Rampantes le pagaban generosamente por cualquier información relativa a Aduanas que consiguiera sonsacar a sus compañeros en los muelles. Dos bolsas de monedas a la semana, y ninguna de las partes conocía la existencia de la otra.

Además de proporcionar confidencias a los Carneros Rampantes, Pike también hacía diferentes tareas para ellos. Nada violento que pudiera conducirle a la horca, pues también era un cobarde empedernido. El trabajo que llevaba a cabo últimamente no podía ser más sencillo, si bien le resultaba un tanto desconcertante. Hasta nueva orden, cada noche que soplara una fuerte brisa desde el interior tenía que llevar un esquife al puente de Sebber y dejarlo allí. Tan simple como eso. Varaba la barca en el farallón de esquisto a los pies de Promontory Fort y luego regresaba remando costa

arriba, hasta el puerto. Sin luces, sin silbatos, sin cantar salomas, pues, de otro modo, los tiradores de élite de las Saltee le clavarían una bala en el trasero. Varar la barca y marcharse, eso era todo. El esquife regresaría al puerto por sus propios medios al día siguiente.

Instrucciones sencillas, mas no del gusto de Pike. Gracias a sus honorarios por partida doble, tenía plena conciencia de lo valiosa que resultaba la información de calidad, y sabía a ciencia cierta que algunos pagarían por enterarse de qué clase de persona tenía interés en recoger un esquife en el puente de Sebber, de madrugada. Nadie respetable, eso seguro. Los ciudadanos honrados iban y venían a través del puerto sin necesidad de triquiñuelas.

El secreto residía en cómo vender la noticia sin caer en desgracia con los Carneros Rampantes; pero ya reflexionaría sobre ese asunto cuando dispusiera de todos los detalles.

De modo que Pike decidió retrasar su partida un rato, hasta que el misterioso marinero hubiera zarpado. Entonces, conocería la clase de información con la que contaba y a cuánto ascendía su valor.

Ocultó su propia batea bajo una aglomeración de plantas acuáticas y luego, encaramado a lo alto de las rocas, se dispuso a esperar.

Pasadas dos horas, empezó a lamentar no haber llevado consigo más tabaco, y contemplaba la posibilidad de llenar su pipa con algas cuando algo pasó zumbando por encima de su cabeza, provocando que la pipa se le cayera de las manos.

«Si era un murciélago, debía de ser gigante. Más parecía una gaviota volando bajo, o un cernícalo llegado de territorio irlandés».

Pike tenía una vaga impresión del enorme tamaño de la criatura.

«Se podría sacar mucha carne de un pájaro así de grande. Lástima que no me haya traído la honda. Hasta las gaviotas tienen un sabor pasable si las sabes cocinar».

Salió de la hendidura en la que se encontraba agazapado justo a tiempo de observar a un hombre con alas que se lanzaba en picado y aterrizaba en el puente de Sebber; al arrastrar los talones, levantaba una nube de guijarros.

«Un hombre volador —pensó Pike, estupefacto—. ¡Un hombre que vuela!».

Al instante supo que se trataba de lo más valioso que vería jamás. Sacó una libreta del bolsillo y lamió la punta de un lapicero que colgaba del lomo atado de un cordel.

«Un buen negociante sabe cuándo hay que tomar nota de una noticia. Mantén tu lapicero a mano y nunca te perderás nada».

Así, con el corazón desbocado entre las costillas y los dedos temblorosos, Pike realizó un boceto del aviador alado agarrado a la borda del esquife, no fuera a ser que la brisa lo arrastrase hasta la luna.

Dibujó unas flechas que señalaban las alas y encima de las flechas escribió

«alas», como si el hecho de poner por escrito la palabra la hiciera más creíble ante sus propios ojos. Hizo otra anotación cuando el aviador tiró de una palanca y las alas se elevaron a su espalda. Luego, dibujó un diagrama del arnés y de cómo éste sujetaba al piloto desde los hombros hasta las rodillas. Vio que el aviador se lo quitaba como una dama se despoja de su corpiño, y acto seguido plegaba el artefacto al completo tirando de varios cordeles, hasta que las alas se doblaron con la pulcritud de una manta de picnic.

«Tal vez debería hacerme con esas alas —pensó Pike—. El aviador no parece muy corpulento. Podría clavarle el cuchillo en las costillas y, luego, regalarle las alas al encargado de la prisión. Eso estaría bien».

Pero entonces reparó en un sable que el aviador llevaba a la cintura, y en el revólver que portaba en el otro costado. También existía la posibilidad de que aquellos hombres voladores poseyeran extraños poderes mágicos para lanzar conjuros como el mal de ojo, por ejemplo.

«Mejor contentarse con los dibujos, de momento —decidió—. La próxima vez vendré preparado, y estaré más tranquilo. Un hacha de mango corto servirá».

El aviador guardó su equipo cuidadosamente debajo del asiento de popa; a continuación, afianzó los pies en la roca de esquisto y se dispuso a empujar la embarcación. El esquife se deslizó con suavidad sobre el agua oscura con tan poco ruido como el que provocaban las olas en la costa norte.

«Se marcha —pensó Pike—. Estoy a salvo».

Pero quizá reflexionó con excesiva energía, porque el aviador se quedó inmóvil y giró sus anteojos hacia las rocas. Ladeaba la cabeza como un ciervo desorientado, y oteó las alturas con sus círculos gemelos de color naranja.

«Echa fuego por los ojos —se asombró Pike—. Ve en la oscuridad».

Sin embargo, en ese momento el extraño hombre alado se dio la vuelta y de un salto subió a bordo del esquife. Su aterrizaje provocó que la barca se impulsase a través del agua y la proa chocase contra las olas. En cuestión de segundos, la vela oscura se desplegó y la pequeña embarcación se alejó de la isla rumbo a estribor.

Pike exhaló un suspiro de alivio.

«Puede que un hacha de mango corto no sea suficiente —decidió—. Tal vez necesite alguna herramienta con mango largo».

El regreso del soldado

Kilmore Quay

Conor efectuó un amplio giro, dejándose llevar por el viento del litoral todo lo posible antes de plegar la vela y remar hacia el puerto de Kilmore. La nubosidad había aumentado y una ligera lluvia repiqueteaba sobre la tablazón de cubierta. La marea estaba subiendo, de modo que, a pesar del viento en contra, avanzaba a buen ritmo.

Había esperado sentirse eufórico en aquel momento; lo había estado anhelando desde mucho tiempo atrás. Su cinturón estaba lleno de diamantes y su futuro, de libertad. Zeb Malarkey le había enviado documentos nuevos, así que podía reservar un pasaje a Nueva York al día siguiente, si quería.

«Lo suficiente para empezar una nueva vida».

Cierto era que notaba alguna satisfacción, si bien un tanto sombría y silenciosa. Le daba la impresión de que, ahora que se había liberado de su encierro en la cárcel, los recuerdos de su antigua vida reclamaban su lugar a la vanguardia de su mente.

Se preguntó si alguna vez sería capaz de volver a ser verdaderamente feliz sin sus seres queridos, con los que compartir sus logros. Se permitió una fugaz fantasía. Se imaginó que aterrizaba su planeador no en Little Saltee, sino en la extensa playa irlandesa de Curracloe, que discurría a lo largo de varios kilómetros. Se trataba del lugar que Victor siempre describía como el mejor para probar los aviones que ambos fabricaban.

Habría un gentío de espectadores, por descontado, y periodistas llegados de todas partes del mundo. También estaría presente un nutrido grupo de científicos escépticos. Pero a Conor todos ellos le traían sin cuidado; él buscaba a sus padres, y también a Victor. Se abrazarían unos a otros, llevados por la emoción y el orgullo. Su padre sería el primero en alcanzarle cuando concluyese su descenso a tierra. Tal vez Isabella asistiría al acontecimiento.

Sintió una punzada de desconsuelo.

«Isabella».

«Ella piensa que colaboré en el asesinato de su padre. ¿Cómo ha podido creerlo?».

En lugar de llegar por el aire a las arenas doradas de Curracloe, se encontraba a solas en una barca, sin nadie ante quien poder alardear de su hazaña. Nadie con quien celebrar su triunfo. La facultad para volar ya no era un éxito en sí; más bien se trataba de una manera de ayudarle en su latrocinio.

«He volado a más distancia que cualquier otro hombre. He pilotado sobre el agua, de noche. No tengo a nadie a quien contárselo, salvo a las estrellas. La única persona

que lo sabe es un carcelero desalmado. Un bufón que piensa que soy el demonio. Soy el primer ladrón volador del mundo entero».

Conor sacudió la cabeza para librarse de tan inquietante pesadilla y volvió a tomar los remos con energía. Remaba con destreza, tal como su padre le había enseñado. Había que inclinarse hacia delante y hundir los remos en el agua, si bien a poca profundidad; tirar de la espalda en primer lugar y, luego, de los brazos; conseguir un ritmo concreto y dejar que ese ritmo ejerciera su efecto tranquilizador. Todo hombre puede encontrar la paz en el agua, en una pequeña barca, aunque tan sólo una plancha de madera le separe del frío e implacable océano.

«¿Puede sentirse en paz un ladrón? Durante un tiempo, quizá».

Conor amarró el esquife al muelle, metió a toda prisa su gorra y sus anteojos en un bolsillo de la chaqueta y luego cubrió con ésta el planeador plegado. Se echó a la espalda el fardo, aparentemente anodino, y subió los escalones que conducían al embarcadero. Los diamantes chocaban entre sí como canicas de cristal mientras caminaba junto al muro del muelle. Llamó a dos muchachos que remendaban una red en la grada de lanzamiento y les dio dos chelines.

—Uno para el transbordador de vuelta y el otro para vosotros.

Era corriente que los visitantes a las islas Saltee se tomaran una cerveza de más y perdieran el último ferry. Lo bastante corriente como para no levantar sospechas. Siempre había un par de muchachos en los muelles dispuestos a devolver una barca que se había tomado prestada para regresar. Por un precio, claro está.

«Puede que necesite a estos chicos unas cuantas noches más —pensó Conor—. Después, me marcharé de aquí para siempre».

Pero tal pensamiento no le alegraba. A medida que los recuerdos de su familia se intensificaban, su sueño de viajar a Norteamérica empalidecía. No obstante, seguía firme en su idea, ya que el hecho de permanecer en la costa irlandesa, lo bastante cerca de su casa como para apreciar la lumbre encendida de la cocina, se le antojaba intolerable.

«Ahora soy Conor Finn. No tengo familia».

En la pequeña localidad de Kilmore se respiraba un ambiente de tranquilidad, dadas las altas horas de la noche, aunque aún se escuchaba una cierta algarabía procedente de la puerta abierta de Wooden House, la taberna local, construida casi por completo a partir de la camareta alta de un barco hundido de bandera griega.

Conor estuvo tentado de entrar y sentarse a disfrutar de un plato de estofado, pero el cargamento que llevaba tanto a la espalda como en el cinturón era demasiado valioso para guardarlo bajo la mesa de una taberna, de modo que inició la ardua caminata colina arriba, dejando el pueblo atrás.

Su nuevo hogar se encontraba a tres kilómetros de la villa por la vieja carretera de la costa. Conor saltó una cerca y siguió un desgastado sendero que discurría junto al

borde de un acantilado hasta llegar a una verja medieval cuyos pilares cubiertos de musgo estaban rematados por sendas águilas.

«Águilas —pensó Conor—. La broma de Victor».

Las puertas de hierro forjado eran imponentes, y podrían haber disuadido a los ladrones si los muros a ambos lados no hubieran sido desguazados con el paso de los años por los vecinos de la localidad con el fin de utilizarlos para construir sus propias viviendas. La piedra de cantería es demasiado valiosa como para subsistir en una propiedad abandonada. Ahora no quedaban más que pedazos sueltos esparcidos por la hierba.

Conor pasó por encima del muro destrozado y caminó a lo largo de una avenida que serpenteaba a través de un bosquecillo de sauces. Detrás de esta pantalla natural se alzaba una torre de vigilancia costera, de las llamadas torres Martello, pequeñas fortificaciones circulares de muros increíblemente gruesos, construidas por el ejército británico para observar las islas Saltee. La puerta de una sola hoja se encontraba a más de dos metros de altura de la base de la torre y sólo podía alcanzarse por medio de una escalera de mano; las ventanas eran cañoneras del tamaño de un buzón que permitían a la guarnición apostada en el interior disparar contra los pobres desgraciados con tan mala suerte como para encontrarse a la ofensiva.

Conor desenmarañó una escalera de entre las malas hierbas que se amontonaban en la base de la torre y la apoyó contra el muro. Acto seguido, balanceando el peso del planeador plegado sobre el hombro, fue subiendo los travesaños poco a poco.

«Sería una lástima haber sobrevivido a los vuelos nocturnos sobre el canal de San Jorge para partirme la crisma al subir una escalera».

La puerta, de madera seca y agrietada, resultaba poco sólida, y se mantenía en una pieza gracias a los remaches y las tiras de acero; pero en aquel fortín existían muchos detalles que llamaban a engaño. Conor había pasado largas horas trabajando en la reparación del edificio, casi exclusivamente en el interior. No convenía llamar la atención sobre las reformas que se llevaban a cabo. Detrás de la puerta de madera se encontraba otra de acero, alojada en un marco reforzado. Conor introdujo una llave en la cerradura y accedió a la torre.

Exhaló un inconsciente suspiro de alivio mientras cerraba la puerta con llave a sus espaldas.

«En casa. Y vivo».

El interior del edificio se hallaba en mucho mejor estado de lo que el exterior daba a entender. En la primera planta había un laboratorio perfectamente equipado para el estudio de la aeronáutica, con más máquinas avanzadas de las que podían encontrarse en muchas universidades de Inglaterra. En las paredes se veían gráficas fijadas con clavos. Las teorías y los diagramas de Da Vinci, Cayley o el marqués de Bacqueville. De las vigas del techo colgaban maquetas de planeadores a varias

escalas. Alrededor de las paredes se apilaban, en perfecto orden, neumáticos, cámaras de aire, alas, motores, bidones de aceite, planchas de madera, marcos y rollos de tela, además de varios cestos llenos de juncos. Rodamientos de bolas, imanes, remaches y destornilladores se hallaban pulcramente colocados en cuencos de madera sobre el amplio banco de trabajo.

Encima de una plataforma que, accionada con un torno de vapor, se elevaba hasta el tejado, había rifles, revólveres, espadas, dos cañones de pequeño calibre y una pirámide de balas de cañón.

«Victor estaba preparado para una batalla. Sabía que Bonvilain quería acabar con él».

En cierta ocasión del pasado, una torre de vigilancia en Mortella Point, en la isla de Córcega, había soportado el bombardeo de dos buques de guerra británicos durante casi dos días con la única pérdida de tres hombres. Los británicos copiaron el diseño de la torre, pero confundieron la ortografía del nombre, cambiando «Mortella» por «Martello». Si Bonvilain deseaba acceder al laboratorio de Victor tendría que pagar por ello.

No le había resultado difícil localizar la torre sobre la que Victor le había hablado el último día de su vida. Existían dos torres Martello en los alrededores de Kilmore, y una de ellas había estado ocupada los últimos cincuenta años. De modo que sólo podía ser la otra, con el sombrío nombre de Forlorn Point, o «Collado Solitario». En su origen, la torre se llamaba Saltee Watch, «Centinela de las Saltee», pero los soldados de la guarnición allí apostada pronto empezaron a llamar a la torre como el collado sobre el que se alzaba, un nombre más en consonancia con los vientos implacables y el tiempo plomizo propio de la región. De modo que se convirtió en Forlorn Point, enclave que llegó a alcanzar una cierta fama gracias al cantante de música folclórica Tam Riordan y su Lament of Forlorn Point, que comenzaba así: «Me marcho a Forlorn Point a pagar por mis pecados». El segundo verso no era más alegre: «Y si sube la marea, me arrojaré al mar…».

Se decía que la edificación estaba embrujada por los fantasmas de treinta y siete hombres que se quemaron vivos entre sus paredes cuando el arsenal estalló en llamas. No era de extrañar que hubiera permanecido vacía. Es decir, hasta que Victor Vigny decidió que serviría a las mil maravillas como taller y convenció al rey Nicholas de que financiara el proyecto. El francés compró la torre a su propio nombre, para ocultar la implicación de Nicholas, y luego solicitó varios cargamentos que llegaron por barco desde Londres, Nueva York e, incluso, China.

Hubo que subir los materiales al tejado y, luego, bajarlos hasta el laboratorio, donde permanecieron durante dos años sin que el vigilante contratado, un borrachín de la zona, se interesara por ellos. Entonces, llegó Conor y encontró la llave que le esperaba junto a las garras del águila, en lo alto del pilar de piedra.

A Conor no le preocupaban los fantasmas; de hecho, estaba encantado con la leyenda, ya que mantenía alejados a los vecinos supersticiosos. De vez en cuando, algún muchacho llevaba a su chica hasta el muro de la torre, ambos pasaban la mano por las frías y húmedas piedras y luego salían corriendo entre risas y chillidos; pero, aparte de tales intrusiones sin importancia, nadie le molestaba.

Cuando bajaba a Kilmore se mostraba atento y cortés, si bien no invitaba a la amistad. Compraba sus provisiones, pagaba al contado y seguía su camino. Los habitantes del pueblo no acababan de entender al joven pálido y rubio que vivía en Forlorn Point.

—Camina como un soldado —decían algunos—. Siempre dispuesto a blandir ese sable que lleva.

—Es guapo, pero feroz —concluían las mujeres.

Una muchacha se mostró en desacuerdo.

—No es que sea feroz —indicó—. Más bien parece hechizado.

El tabernero se rió entre dientes.

—Bueno, pues si el caballero está hechizado, ha ido a dar al lugar oportuno.

***

La habitación de Conor se encontraba debajo del laboratorio, en la planta inferior; pero apenas pasaba tiempo allí, ya que el sombrío recinto le recordaba a su celda en Little Saltee. Victor había amueblado la estancia con todo lujo. Disponía de una cama con dosel, un escritorio y una chaise longue. Incluso había un inodoro conectado con el mar por medio de una tubería; pero cuando las luces se apagaban y en los muros resonaban las olas al chocar, Conor se imaginaba de vuelta en la prisión. Por las mañanas le despertaba el estridente cañonazo que disparaban en Little Saltee, y cierta noche se descubrió a sí mismo escribiendo cálculos en la pared con una piedra afilada. Ya era bastante difícil vivir a tan corta distancia de su casa, decidió, para encima tener presente su antigua celda ahora que residía en la costa de Irlanda.

De modo que dormía en el tejado, o, más bien, en lo que había sido el tejado pero ahora era otra planta más. Se trataba de la obra maestra de Victor. Las torres Martello se construyeron con tejados completamente planos, capaces de soportar el peso de dos cañones y de los hombres necesarios para dispararlos. Victor había utilizado estas características de llanura y resistencia como base para un potente túnel de viento, accionado por cuatro ventiladores a vapor. Durante años, se habían visto forzados a estudiar los efectos del viento sobre la superficie de las alas utilizando un dispositivo de giro manual. Pero ahora, la elevación, la resistencia aerodinámica y la velocidad relativa del aire podían medirse con precisión gracias al túnel de viento más potente del mundo. El aparato era poco sofisticado, pero de gran eficacia. De seis metros de

largo y unos ocho metros de ancho, era propulsado por un sistema de inyección a vapor capaz de producir una velocidad de flujo que rondaba los cien kilómetros por hora.

Con este túnel, Conor había aprendido que muchos de los diseños que había realizado en prisión eran defectuosos, si bien muchos más resultaban prometedores. Cuatro de sus planeadores superaron la fase inicial, y estaba convencido de que su aeroplano a motor también volaría, cuando consiguiese fabricarlo.

El túnel de viento tenía otra utilidad. Conor lo empleaba para impulsar su lanzamiento desde el tejado de la torre. Se subía en lo alto, extendía las alas y luego se agachaba delante de la corriente de vapor, que le propulsaba hacia el cielo como si fuera una bala de cañón.

«Estás corriendo riesgos —le habría dicho Victor sin lugar a dudas—. Te estás saltando varios pasos del proceso científico. Además, tus anotaciones son imprecisas y, a menudo, están en código. ¿Qué clase de científico eres?».

«Ya no soy un científico —habría respondido Conor—. Soy un ladrón volador».

* * *

Aquella mañana se encontraba sentado en el tejado, con la espalda apoyada en el tablaje del túnel de viento, envuelto en una manta de lana y comiendo directamente de una lata de carne en conserva. El sol naciente arrojaba un resplandor dorado sobre las distantes Saltee, otorgándoles un aspecto sobrenatural, como si fueran islas mágicas.

Estuvo pensando en sus padres y en Isabella y entonces, en un arranque de rabia, estrelló su tenedor contra el suelo de piedra y bajó a zancadas las escaleras que conducían al piso inferior.

«Dormiré abajo y me acordaré de mi celda. Necesito reforzar mi determinación».

* * *

Dos días más tarde, una vez que Conor hubo terminado de colocar las planchas desprendidas del túnel de viento, decidió recorrer el camino hasta Kilmore. Le apetecía una comida caliente, y escuchar otras voces, aunque no se dirigieran a él. Había caído en la cuenta, no con poco sobresalto, de que su soledad se había intensificado desde que escapara de la prisión. Necesitaba buscar la compañía de otras personas para mantenerse cuerdo.

Era día de mercado en la localidad e hileras de puestos jalonaban el muelle. Por cada puesto, había una docena de mendigos. Se apreciaba un ambiente de emoción provocado por una gigantesca locomotora a vapor, pintada de rojo y verde, que

rodaba estrepitosamente sobre ruedas metálicas a lo largo del litoral, arrojando grandes bocanadas de humo acre. Un penique por paseo.

Conor echó una rápida mirada a la locomotora, pero en seguida se dio cuenta de que no había nada que aprender. La máquina tenía veinte años de antigüedad y se trataba de una especie de percherón de feria, y no de la maravilla científica de la que su propietario alardeaba.

Entró en la Wooden House, la taberna local, encontró una mesa en un rincón y pidió un plato de estofado.

La vida seguía su curso ante los ojos de Conor. Podía verla, escucharla, olerla. El roce de los codos contra las mesas, el golpeteo de las sillas desportilladas, la luz del sol que se filtraba a través del humo de pipa. Sin embargo, una distancia insalvable le separaba del mundo. No era capaz de sentir más que una profunda irritación hacia la gente en general. Todo le molestaba: el sonido de los dientes al masticar, los ruidosos sorbos de cerveza negra, el silbido nasal de la respiración de un borracho. Le resultaba imposible sentir la mínima comprensión o tolerancia hacia nadie.

«Me he olvidado de lo que es un ser humano. Soy una bestia».

Entonces, su malhumor empezó a disiparse a causa de la música que se colaba por la ventana de la taberna, una gentil melodía de violín que se iba desplegando como si de una valiosa alfombra se tratase. Se elevaba a las alturas, sobrevolaba el aire viciado y el humo de pipa, y pareció atravesar la capa de niebla que rodeaba el corazón de Conor, calentándolo con su sonido.

«Conozco esa música —pensó—. La he escuchado antes, en algún lugar. Pero ¿dónde?».

Llegó el tabernero con el estofado, un sustancioso y espeso guiso de carne de vaca y de cerdo, con verduras que emergían a la superficie.

—Por lo general, ahuyento a los mendigos —comentó el hombre—, pero ese tipo ciego, la manera en la que interpreta, me trae recuerdos de mi niñez en los establos. Unos años maravillosos —se apartó una lágrima con un nudillo tatuado—. Son las cebollas del guiso —explicó entre lloriqueos. Luego, se marchó.

Conor procedió a tomarse el estofado, deleitándose con el sabor y la textura, al tiempo que disfrutaba de aquella música extrañamente familiar.

«Cuando me vaya, arrojaré un chelín al músico —decidió—. ¿Qué melodía es ésa?».

Cuanto más la escuchaba, más le sacaba de quicio el hecho de no identificarla y, de pronto, todo quedó claro.

«He escuchado esa música, y también la he leído.\1«\2»\3 ha dicho el tabernero».

Conor soltó la cuchara a mitad de camino de su boca y, como en una nube, se levantó de la silla y se abrió paso a empujones entre el gentío propio de un día de mercado. En el exterior, tras la penumbra llena de humo de la taberna, la repentina

luz le deslumbró.

«Sigue el sonido de la música».

Avanzó sin detenerse, como uno de los ratones del flautista de Hamelin. Junto a un lateral de la taberna se había congregado una reducida multitud que se balanceaba al unísono, al ritmo de un gentil adagio. En el centro del grupo, un hombre de alta estatura y vestido de negro arrancaba las notas con el arco de su violín, arrullando a los oyentes.

Conor se detuvo en seco, estupefacto. No sabía si reír o llorar y, por fin, se decidió por una mezcla de risa y de llanto.

El músico era, cómo no, Linus Wynter.

* * *

—Entonces, Billtoe no mintió. En realidad, te soltaron.

Estaban sentados a la mesa de Conor en la taberna, disfrutando de una cerveza negra después del estofado que acababan de terminar. Las desgarbadas piernas de Linus Wynter eran demasiado largas para el mobiliario, y se veía obligado a estirarlas para meterlas debajo de la mesa. Sus pies cruzados asomaban por el extremo contrario.

—Sí, me soltaron —respondió, manipulando una pipa y una petaca de tabaco—. Aunque estaba convencido de que me iban a «excarcelar», ya sabes a qué me refiero. Antes de morir, Nicholas había firmado la orden, que tardó unos días en llegar a la isla. Como el mariscal Bonvilain no lo había prohibido expresamente, me dejaron marchar. Libre como un pájaro —raspó una cerilla en la superficie de la mesa y agitó la llama sobre la pipa—. Dudo que tú consiguieras salir con tanta facilidad.

—No tanta, no —confirmó Conor.

Wynter esbozó una sonrisa y el humo se le filtró entre los dientes.

—Estuve tocando en Dublín, en una taberna muy agradable. Entonces, me llegaron rumores de un panadero que subió volando hasta la luna en un globo de aire caliente.

—Era un carnicero, y ni siquiera se acercó a la luna, créeme.

—De modo que me puse a pensar. Victor siempre estaba hablando de globos, y el joven Conor era su pupilo. ¿Una coincidencia? No me lo pareció. Así, decidí tomar el tren de Westland Row a Wexford una vez por semana, con la esperanza de que aparecieras. Empezaba a creer que no habías sobrevivido.

—Faltó poco. Es un milagro que hoy esté sentado aquí.

Linus dio unas palmaditas a su violín.

—¿Te acuerdas de El regreso del soldado?

—¿Cómo podría olvidarme? Me aprendí gran parte de memoria.

—Ah, encontraste mis anotaciones.

—Utilicé el espacio para mis propios diagramas. ¿Sabías que el coral es luminoso?

Linus se dio una palmadita en la sien.

—Pues no. Soy ciego, ¿acaso no lo sabes? De lo más inconveniente en lo que respecta al coral luminoso y cosas por el estilo. Me consolaba recorrer las notas con los dedos, me ayudaba a recordar. También existía el peligro de que yo muriera en aquel sitio y mi música se perdiera para siempre.

—Bueno, Linus, pues tus notas brillaban. Era todo un espectáculo.

—Mis notas siempre brillan, muchacho. Lástima que el resto del mundo no lo vea —Wynter dio una profunda calada a su pipa—. Ahora, a trabajar. ¿Tienes un plan? ¿O prefieres escuchar el mío?

—¿Un plan para qué?

El desconcierto de Wynter quedó patente en las líneas de expresión que le rodeaban las cuencas vacías de los ojos.

—¡Vaya pregunta! Para acabar con Bonvilain, claro está. Nos lo ha robado todo, y continúa destrozando vidas. Tenemos una responsabilidad.

—Mi única responsabilidad es para conmigo mismo —replicó Conor con aspereza—. Mi plan consiste en recoger todos los diamantes enterrados en Little Saltee y, luego, comenzar una nueva vida en Norteamérica.

Wynter enderezó la espalda.

—Por las campanas del infierno, muchacho. Bonvilain mató a tu rey. Mató a nuestro amigo, el incomparable Victor Vigny. Ha destruido a tu familia, te ha separado de la mujer que amas. ¿Y tu respuesta es salir huyendo?

La expresión de Conor era imperturbable.

—Sé muy bien lo que ha pasado. Ahora también conozco algo del mundo real. Lo único que me queda es abandonar este continente con vida, e incluso eso es improbable. Atacar un reino a solas sería una locura.

—Pero no estás solo.

—Sí, claro. El joven y el ciego combatiendo mano a mano contra Bonvilain. Esto no es una opereta, Linus. A las buenas personas las disparan y las matan. Yo lo he visto con mis propios ojos.

Conor había elevado el tono de voz y empezaba a llamar la atención. El de Bonvilain no era un nombre que se debiera mencionar, ni siquiera en territorio irlandés. Se decía que el mariscal mantenía informantes a sueldo en todos los países, desde Irlanda hasta China.

—Yo también solía verlo con mis propios ojos —repuso Wynter en voz baja—. Pero en los últimos tiempos no he podido verlo; he tenido que imaginarlo, que es mucho peor.

Muchas veces, en prisión, Conor había imaginado la muerte, y no sólo la suya. Había imaginado lo que Bonvilain haría a su familia si alguna vez llegaban a averiguar la verdad sobre el asesinato de Nicholas.

—Si yo lucho, matará a mis padres. En un abrir y cerrar de ojos, sin perder un minuto de sueño.

—¿Crees que tu padre te daría las gracias por convertirle en la marioneta del mariscal?

—Mi padre cree que colaboré en la muerte del rey. Me acusó de ello.

—Razón de más para decirle la verdad.

—No. Está decidido. Quiero a mi padre, pero también le odio. Lo único que puedo hacer es marcharme de aquí.

—¿Qué me dices de tu madre? —persistió Linus Wynter—. ¿Y de la reina?

Conor notó que regresaba su melancolía.

—Linus, te lo pido por favor. Disfrutemos de nuestro reencuentro. Sé que sólo fuimos compañeros de celda durante unos días, pero te considero mi único amigo en el mundo. Es agradable tener un amigo, de modo que, por el momento, evitemos ese tema.

—¿Acaso no quieres limpiar tu nombre? —insistió Linus—. ¿Cómo puedes permitir que tu padre viva con la creencia de que has matado a su rey?

Conor sabía que la sola idea corroería las entrañas de Declan Broekhart, pero no veía solución.

—Pues claro que quiero demostrar mi inocencia. Claro que quiero desenmascarar a Bonvilain. Pero ¿cómo es posible sin poner en peligro a mi familia?

—Encontraremos la manera. Dos cerebros piensan más que uno.

—Lo meditaré —repuso Conor—. Por ahora, tendrá que bastar.

Linus levantó las manos en señal de rendición.

—De acuerdo; por ahora bastará.

Wynter giró el rostro hacia la ventana, notando el calor del sol en la piel.

—¿Ves algún reloj, Conor? No puedo leer el sol desde aquí. Tengo que volver a Wexford, a coger el tren.

—Olvídate del tren, Linus Wynter. Te vienes a casa conmigo.

Wynter se levantó, y su sombrero rozó la viga del techo.

—Confiaba en que dijeras eso. Y confío en que las camas sean cómodas. Una vez me alojé en el Savoy, ¿te lo he contado?

Conor le sujetó por el codo y le condujo hacia la puerta.

—Sí, me lo has contado. ¿Sigues soñando con los inodoros?

—Sí —suspiró Linus—. ¿Tendremos intimidad en esa casa? Tendrá que ser así si es que voy a poner en marcha mis proyectos.

—Toda la intimidad del mundo. Sólo tú y yo, y una reducida compañía de

soldados.

—¿Soldados?

—Bueno, sus fantasmas, más bien.

Linus punteó las cuerdas de su violín, imitando una melodía de suspense propia de un espectáculo de variedades.

—Fantasmas, claro que sí —añadió con su acento norteamericano del Sur—. Por lo que parece, señor Finn, una vez más estamos destinados a compartir un alojamiento… interesante.

Cabeza con cabeza

Linus se adaptó con rapidez a su nueva residencia, y Conor se alegraba de tenerle en casa. Hasta entonces, debía guardarse sus pensamientos para sí, y el hecho de poder expresarlos en alto le proporcionaba no poco alivio. Se encontraban juntos, sentados en el tejado, y mientras Conor manipulaba el armazón de su última máquina voladora, Linus trabajaba en sus composiciones musicales.

—Un laúd aquí, me parece —decía—. ¿Crees que un laúd resulta demasiado pastoril? ¿Acaso demasiado vulgar?

Y Conor respondía:

—Me enfrento a dos problemas principales: el peso del motor y la eficacia de la hélice. Todo lo demás funciona; ya lo he probado. Sí… Creo de veras que este nuevo motor de gasolina que he montado servirá.

Entonces, Linus asentía con la cabeza y decía:

—Tienes razón. Demasiado vulgar. Un flautín, mejor.

Conor proseguía:

—El motor tiene que proporcionarme diez caballos de potencia, por lo menos, sin que el aeroplano estalle en pedazos. Necesito construir una carcasa que absorba la vibración; tal vez una cesta de ramas de sauce.

—Entonces, ¿dices que un laúd? Es verdad, un flautín no impone el mismo respeto.

—¿Ves? —decía Conor, al tiempo que cincelaba su última hélice—. No hay problema que no podamos resolver si trabajamos cabeza con cabeza. «Tenemos que chocar los cráneos», solía decir Victor.

Eran días razonablemente felices. El espectro del mariscal Bonvilain los observaba desde las islas, pero ambos disfrutaban de un sentimiento de camaradería que no habían tenido desde hacía años.

A veces discutían, como era de esperar, y la mayor disputa de todas fue cuando Conor puso a funcionar los ventiladores de vapor para preparar su segundo vuelo. Linus Wynter subió la escalera desde el dormitorio, lanzando gritos por encima del estruendo del motor a vapor.

—¡Por las campanas del infierno, muchacho! ¿Para qué necesitas un motor a estas horas de la noche?

Conor se lo explicó, y el músico estuvo a punto de desmayarse.

—¿Vas a lanzarte a un vendaval para llegar volando a una prisión? Más vale que lo escribas y lo leas. Tal vez así te des cuenta de lo loco que estás.

Conor se colocó los anteojos.

—Tengo que hacerlo, Linus. Esa isla está en deuda conmigo. Cinco bolsas más y me marcho, o, mejor, nos marchamos a Norteamérica.

—O sea, que vas a lanzarte al espacio por pura avaricia. Si fuera por motivos científicos, lo podría entender, más o menos. A eso dedicaron su vida Nicholas y Victor.

—No es sólo avaricia. Es lo que tengo que hacer.

Linus soltó una carcajada teñida de amargura.

—¿Lo que tienes que hacer? Lo que tienes que hacer es rescatar a tus padres, y también a la reina, de las garras del demente que los ha engañado.

Esto provocó que Conor hiciera una pausa. Linus decía la verdad. Sus seres queridos estaban en peligro y él no sabía cómo salvarlos sin que todos acabaran condenados a muerte. Además, para ser sincero, temía volver a ver aquella mirada de odio descarnado en los ojos de su padre.

—No puedo hacer nada —dijo por fin—, salvo recuperar mis diamantes.

Linus levantó un brazo como si fuera un predicador.

—Y todo esto por unos diamantes. Es indigno de ti.

Conor hizo subir las alas y, agachándose, se colocó ante la corriente de viento.

—Todo lo que hago es indigno de mí —respondió, pero sus palabras le fueron arrebatadas y salieron volando, igual que él mismo, en dirección al cielo en tinieblas.

GREAT SALTEE

Billtoe y Pike se encontraban en la taberna de Fulmar Bay. Como de costumbre, pasaban su noche libre con una cubeta de sobras de bebidas que adquirían a mitad de precio.

Pike dio un prolongado trago y luego soltó un eructo que hizo temblar el taburete en el que estaba sentado.

—Son buenas estas sobras —comentó, lamiéndose los labios—. Si no me equivoco, llevan vino, cerveza, coñac y un poco de jabón desinfectante.

Pike rara vez se equivocaba en lo tocante a los residuos de bebidas alcohólicas, pues era lo único que consumía, aunque con el dinero que le proporcionaban los Carneros Rampantes podía permitirse la cerveza de verdad, y no los restos que caían sobre la barra, en la batea para tal fin.

—¿Qué me dice, señor Billtoe? ¿Nota usted el jabón? Entra bien, pero no dura mucho dentro, ¿eh?

Billtoe no estaba de humor para charlas de taberna. Sólo quería beber para olvidar, pero le aterrorizaba pensar que, cuando alcanzara un estado de inconsciencia, el diablo francés le estaría aguardando. Desde aquella noche en Little Saltee, una semana atrás, Arthur Billtoe había dejado de ser el hombre cruel y alegre de costumbre. Notaba la presencia del demonio volador cerniéndose sobre su cabeza, esperando a clavarle su espada. Además, estaba el asunto del prisionero de Bonvilain, ahora muerto. Billtoe se pasaba el día luchando contra el pánico que le invadía. El esfuerzo era tal que sufría de temblores constantes.

—Señor Billtoe —dijo Pike—, llevo tiempo queriendo preguntarle si le pasa algo.

Últimamente no cuida tanto sus camisas con volantes, y eso que son la niña de sus ojos. También noto que tiembla y masculla entre dientes. Por la pinta que tiene, parece cosa de la peste, o puede que de la fiebre amarilla, aunque nunca he conocido ningún caso tan al norte como estamos.

El estado de ánimo de Billtoe se ensombreció aún más al caer en la cuenta de que Pike, aquel simplón sin apenas un pelo en la cabeza, era su único amigo. Hasta ahora, los amigos no le habían importado gran cosa. Cuando uno tenía tantos secretos oscuros como Arthur Billtoe, lo último que necesitaba eran amigos que se los pudieran sonsacar. Pero aquella noche en particular se encontraba al borde de la desesperación más absoluta y necesitaba palabras de consuelo que procedieran de una boca de verdad, y no de la voz imaginaria de sus zapatillas favoritas, a las que les hablaba de vez en cuando.

—Pikey, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro que sí, señor Billtoe. Mejor si no tiene que ver con números o direcciones, porque me hago un buen lío.

Billtoe respiró hondo, temblando ligeramente.

—¿Crees en el diablo?

—Para mí, el encargado de la cárcel es el diablo. A ver, ¿por qué los presos no pueden comerse unos a otros? Así, mataríamos dos pájaros de un tiro. Los reclusos se alimentan, y nosotros nos libramos de enterrar a los muertos.

—¡No! —explotó su superior—. No me refiero al encargado, sino al diablo mismo. Al que tiene cuernos —giró su taburete para mirar de frente a Pike. Billtoe estaba demacrado y tenía los ojos muy abiertos e inyectados de sangre; los volantes de su camisa, en efecto, se veían un tanto marchitos—. Lo he visto, Pikey. Lo he visto. Con sus alas, y sus ojos de fuego. Aterrizó en la isla la semana pasada; venía a buscarme. Me llamó «mesié». Y luego el diablo dijo mi nombre, Pikey. Dijo mi nombre.

Billtoe enterró su rostro entre los brazos y al momento su espalda empezó a agitarse con violencia a causa de los sollozos.

Pike se lamió la palma de la mano y se alisó hacia atrás su único mechón de pelo. Él también había visto al diablo, excepto que no era lo que se dice el diablo, sino un hombre con alas amarradas a la espalda. Pike las vio abiertas y, después, plegadas. Era una lástima que Arthur se echara a llorar por ese asunto; pero una información así valía dinero, que el propio Pike se embolsaría en cuanto los Carneros enviaran a uno de sus hombres a parlamentar con él.

«Por otra parte, si alguien sabe cómo sacar buenos beneficios de una situación, ése es Arthur Billtoe. Y se quedará encantado conmigo cuando le quite a su diablo de en medio».

Pike sacó su libreta del bolsillo —donde la había metido doblada por la mitad—,

la abrió por la página de los bocetos que había dibujado en el puente de Sebber y la deslizó hasta el otro lado de la barra.

—Yo también lo he visto, señor Billtoe. A su diablo, me refiero.

Los llorosos ojos de Billtoe asomaron de entre las mangas de su camisa. Por un momento, no entendió lo que miraba; luego reconoció la figura que Pike había esbozado. Si Pike también había visto al diablo, Arthur Billtoe no estaba perdiendo la cabeza. Los pequeños ojos de cerdo adquirieron su acostumbrado destello de astucia y una mano echó a correr como un cangrejo para agarrar la libreta.

—Es él, ¿verdad, señor Billtoe? —dijo Pike—. Sólo que no es ningún diablo; es un hombre como usted y como yo, aunque más alto y más apuesto que nosotros, ya que usted es achaparrado y yo… en fin, yo soy yo. Pero me juego lo que quiera a que es él, ¿qué me dice?

Billtoe se puso derecho y se deshizo de su congoja como el perro que se sacude el agua del pelaje.

—Pikey, amigo mío, llámame Arthur —indicó a modo de respuesta.

Pike sonrió, dejando a la vista varias mellas en la dentadura. Aquel brillo en los ojos de Billtoe le resultaba familiar. Era la misma expresión que ponía antes de cachear a un prisionero. Billtoe era capaz de oler las guineas a distancia.

***

Soplaba una brisa constante y la luna, oculta tras un velo de nubes, recordaba a un chelín de plata. Era la noche perfecta para un vuelo clandestino. Conor Finn sentía una cierta satisfacción mientras inclinaba el morro del planeador y descendía para aterrizar sobre el puente de Sebber. Su control de la nave había mejorado en gran medida y no sintió en los talones mayor impacto que si hubiera saltado desde una tapia de poca altura. Las correas de las hélices aún estaban intactas, ya que la buena suerte le había librado de sufrir un estancamiento. También se daba la alentadora circunstancia de que había desenterrado tres bolsas de diamantes en la huerta de salicores de Little Saltee sin que hubiera rastro de ningún guardián. Le preocupaba la posibilidad de que Billtoe se hubiera armado de valor y fuera en busca de su diablo con unos cuantos compañeros, pero no había aparecido por ninguna parte.

«Por ahora, esa rata me teme; pero pronto dejará de hacerlo. Un viaje más, y habré recuperado las siete bolsas».

¿Por qué necesitas las siete?, podría haberle preguntado Linus, y ahora él mismo también se lo cuestionaba.

«Necesito las siete bolsas como compensación por mis años en la cárcel. Es una cuestión de honor».

Tal era el argumento que le había sustentado en la prisión. Haría lo que Billtoe

nunca conseguiría: llevarse los diamantes de la isla. Pero ahora este plan se le antojaba imperfecto. ¿Por qué exponerse al peligro una y otra vez cuando ya debía encontrarse a bordo del barco con destino a Nueva York? Cierto era que le había prometido a Otto la mitad de los diamantes, pero incluso aunque les pagara a los hermanos Malarkey la cantidad completa que les correspondía, aún tendría diamantes de sobra para comprar un pasaje a Norteamérica y empezar allí una nueva vida.

«No quiero marcharme —entendió de pronto—. Pero no tengo más remedio».

Quedarse no sería beneficioso ni para él ni para su familia.

«Siete bolsas y, después, rumbo a Norteamérica».

***

El esquife, varado en el farallón de esquisto, dejaba tras de sí dos únicos surcos que apuntaban hacia Fulmar Bay. Zeb Malarkey mantenía su parte del acuerdo, lo que no era de extrañar, puesto que ya tenía en sus cofres la mitad de los diamantes y estaban más por llegar.

Conor se hallaba sentado en la borda de la barca, desabrochando el arnés del planeador. No daba la impresión de que el vuelo de esa noche hubiera producido grandes daños en el aparato, pero al día siguiente tendría que revisar las varillas y el velamen de seda. El mínimo rasgón en el tejido de las alas podría destrozar un panel completo y provocar que el artefacto se desplomara desde el cielo como la paloma alcanzada por un tiro.

Una de las bolsas de diamantes se resbaló del interior del arnés y cayó sobre la piedra de esquisto, produciendo un tintineo. A Conor, el sonido le resultó más estrepitoso que un disparo de bala. Se agachó a la sombra del esquife y luego, con la bolsa apretada contra el pecho como si de un niño se tratara, examinó la muralla en busca de movimiento. No se apreciaba nada, aparte del trémulo resplandor de las lámparas.

«Cuidado, aviador. Un solo error y te encontrarás a bordo del ferry, de vuelta a Little Saltee».

Guardó las bolsas debajo del banco de popa y, con mucho cuidado, colocó el planeador plegado sobre la cubierta. Entonces, se produjo una circunstancia que le arrancó una sonrisa.

Conor se puso de pie, bien recto, y levantó una mano estirada para notar la brisa.

«El viento ha cambiado. Puedo navegar directamente a Kilmore».

Arrastró el esquife por encima de la roca hasta llegar al mar, cuyas suaves olas lamían el farallón.

«Aguas tranquilas y viento favorable. Buenos presagios».

Conor notó cómo el agua elevaba la barca y subió a bordo de un salto; la cubierta

se estremeció bajo su peso. Con una mano desató la vela y agitó el mástil para que se soltara; con la otra, agarró la caña del timón y trazó una amplia curva alrededor de la costa oeste de Little Saltee.

«Dentro de una hora estaré en casa —pensó—. Puede que Linus interprete una melodía. La música es un buen tónico para el alma».

La vela atrapó la brisa y empujó la pequeña embarcación a través de las olas.

«Es una buena barca. Avanza con alegría».

Navegó en dirección a su nuevo hogar, forzándose a no mirar atrás. A sus espaldas, no dejaba más que dolorosos recuerdos.

***

Desde lo alto de las rocas, Arthur Billtoe observaba la partida del extraño aviador. Aunque una afilada piedra se le clavaba en el estómago, el carcelero permaneció inmóvil hasta que el hombre al que había tomado por el diablo hubo trazado la curva del litoral de Little Saltee y desapareció por completo.

Pike no contaba con la capacidad de concentración necesaria para tales precauciones; después de orinar, se puso a lanzar piedras al oleaje hasta que Billtoe se unió a su compañero, acomodado en el surco que la quilla del esquife había horadado en la piedra de esquisto.

—No sé por qué lo llaman el «puente» de Sebber —masculló Pike—. No es un puente, nada de eso. Sólo un banco de piedras que se mete en la corriente.

—Hace miles de años era un puente —explicó Billtoe, cuyas temblorosas palabras denotaban nerviosismo—, antes de que el mar se lo llevara por delante. Abarcaba desde aquí hasta Little Saltee y, luego, de allí hasta el puente de San Patricio, en la costa de Irlanda.

—Ese aviador te tiene despavorido, ¿no es verdad, Arthur? —dijo Pike, cambiando de tema.

—Me colocó una espada en el cuello. Una maldita espada, y bien grande, no como esos absurdos floretes de esgrima que no matan ni a una mosca. Aquella hoja podría arrancar de un sablazo la copa de un roble.

—Pero, Arthur, sólo es un hombre; tú mismo lo has comprobado. Esas alas son una especie de cometa. Nada más.

—¡Nada más! —exclamó Billtoe, sin dar crédito—. ¡Serás idiota! ¿Acaso no te das cuenta de lo que acabamos de presenciar?

—¿Idiota, yo, Arthur? ¿Idiota? —dijo Pike, dolido—. Te quité de en medio a tu diablo, ¿o no? Puedes volver a dormir gracias a mí. Lo de «idiota» me parece un poco fuerte, la verdad.

—No lo bastante —replicó Billtoe, que se iba olvidando de su miedo a pasos

agigantados—. Ese hombre tiene una máquina voladora. ¿Te imaginas lo que pagarían por ella los Carneros Rampantes? Podrían aterrizar en el puerto que se les antojara, evitando las aduanas. Un aparato así cambiaría por completo el contrabando.

Pike se aclaró la garganta.

—Pues yo conozco a unos cuantos caballeros que podrían tener relación con los Carneros; puede que sí.

Billtoe plantó una mano sobre la boca de Pike, como si los caballeros en cuestión pudieran escucharlos.

—No, nada de eso. No implicaremos a los Carneros hasta que tengamos esas alas encerradas en un lugar seguro. De otro modo, esos canallas traicioneros nos las arrebatarían y nos arrojarían a los tiburones. Tenemos que colocarnos en una buena posición para negociar.

Pike apartó la mano de Billtoe, que apestaba a sudor y a cosas peores. Era evidente que habían dejado de ser amigos. Como de costumbre, para Arthur Billtoe se trataba de un negocio, lo que implicaba que Pike volvía a ser un lacayo del que poder abusar.

—Lo que tú digas, Arthur.

—Pike…

—Sí, ya lo sé. Para mí, es usted el «señor». Billtoe.

Se giró hacia el mar y lanzó una de las piedras que tenía en la mano de modo que rebotara por la superficie.

«Típico de Arthur Billtoe. Le libro de su diablo y, en cuanto huele una recompensa, se le olvida. Creía que a partir de ahora nos tutearíamos, seríamos Pikey y Billtoe para siempre. Qué equivocado estaba».

El hecho de arrojar las piedras al agua le tranquilizaba; cada salto que conseguía le recordaba a su niñez. Estaba efectuando un impulso hacia atrás para realizar un lanzamiento a gran distancia cuando Billtoe le agarró del brazo y le arrancó la piedra de entre los dedos.

—¿De dónde has sacado esto? —exigió, al tiempo que la emoción le teñía de púrpura las mejillas.

Pike no sabía si se trataba de una de esas preguntas que en realidad no eran preguntas; si contestaba, ¿parecería un estúpido?

—Es una piedra, Arthur… Señor Billtoe. Acabo de recogerla.

Billtoe se hincó de rodillas y empezó a hurgar en la roca de esquisto hasta que encontró media docena de pedruscos similares. Los sujetaba con las manos en forma de cuenco, como el mendigo que protege el huevo que ha conseguido para desayunar.

—Arthur, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que recoja unas cuantas piedras más? He visto un pedazo de madera un poco más abajo.

Billtoe estaba demasiado feliz como para molestarse por el tuteo.

—No son piedras, Pikey. Son diamantes en bruto. Por eso nuestro aviador aterriza en Little Saltee: es un contrabandista de diamantes.

Se frotó las manos, haciendo chocar las gemas como si fueran huesos de vudú.

—¿Tratas de predecir el futuro con eso? —bromeó Pike, nervioso por el destello de ambición descarnada en los ojos de Billtoe.

—Ya conozco el futuro —respondió—. Reunimos a varios de los muchachos, tendemos una emboscada a ese aviador, le robamos los diamantes y vendemos sus alas.

—¿Y qué pasa con él? Lo dejamos libre, me imagino yo.

Billtoe le dio un codazo de complicidad.

—Muy bueno, Pikey. Lo dejamos libre. Pues no; lo matamos, lo descuartizamos y, luego, quemamos los pedazos. A ojos del mundo, ese aviador nunca ha existido.

Pike tragó saliva. Toda esa charla de sangre y de muerte le atacaba los nervios. Allí y entonces, decidió no inventar jamás nada que fuera útil, o Billtoe también organizaría un final espantoso para él.

—No, nada de eso. No implicaremos a los Carneros hasta que tengamos esas alas encerradas en un lugar seguro. De otro modo, esos canallas traicioneros nos las arrebatarían y nos arrojarían a los tiburones. Tenemos que colocarnos en una buena posición para negociar.

Pike apartó la mano de Billtoe, que apestaba a sudor y a cosas peores. Era evidente que habían dejado de ser amigos. Como de costumbre, para Arthur Billtoe se trataba de un negocio, lo que implicaba que Pike volvía a ser un lacayo del que poder abusar.

—Lo que tú digas, Arthur.

—Pike…

—Sí, ya lo sé. Para mí, es usted el «señor». Billtoe.

Se giró hacia el mar y lanzó una de las piedras que tenía en la mano de modo que rebotara por la superficie.

«Típico de Arthur Billtoe. Le libro de su diablo y, en cuanto huele una recompensa, se le olvida. Creía que a partir de ahora nos tutearíamos, seríamos Pikey y Billtoe para siempre. Qué equivocado estaba».

El hecho de arrojar las piedras al agua le tranquilizaba; cada salto que conseguía le recordaba a su niñez. Estaba efectuando un impulso hacia atrás para realizar un lanzamiento a gran distancia cuando Billtoe le agarró del brazo y le arrancó la piedra de entre los dedos.

—¿De dónde has sacado esto? —exigió, al tiempo que la emoción le teñía de púrpura las mejillas.

Pike no sabía si se trataba de una de esas preguntas que en realidad no eran

preguntas; si contestaba, ¿parecería un estúpido?

—Es una piedra, Arthur… Señor Billtoe. Acabo de recogerla.

Billtoe se hincó de rodillas y empezó a hurgar en la roca de esquisto hasta que encontró media docena de pedruscos similares. Los sujetaba con las manos en forma de cuenco, como el mendigo que protege el huevo que ha conseguido para desayunar.

—Arthur, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que recoja unas cuantas piedras más? He visto un pedazo de madera un poco más abajo.

Billtoe estaba demasiado feliz como para molestarse por el tuteo.

—No son piedras, Pikey. Son diamantes en bruto. Por eso nuestro aviador aterriza en Little Saltee: es un contrabandista de diamantes.

Se frotó las manos, haciendo chocar las gemas como si fueran huesos de vudú.

—¿Tratas de predecir el futuro con eso? —bromeó Pike, nervioso por el destello de ambición descarnada en los ojos de Billtoe.

—Ya conozco el futuro —respondió—. Reunimos a varios de los muchachos, tendemos una emboscada a ese aviador, le robamos los diamantes y vendemos sus alas.

—¿Y qué pasa con él? Lo dejamos libre, me imagino yo.

Billtoe le dio un codazo de complicidad.

—Muy bueno, Pikey. Lo dejamos libre. Pues no; lo matamos, lo descuartizamos y, luego, quemamos los pedazos. A ojos del mundo, ese aviador nunca ha existido.

Pike tragó saliva. Toda esa charla de sangre y de muerte le atacaba los nervios. Allí y entonces, decidió no inventar jamás nada que fuera útil, o Billtoe también organizaría un final espantoso para él.

Regreso a casa

Reinaba una calma casi perfecta mientras Conor navegaba a bordo del esquife en dirección nornoreste entre Jackeen Rock y Murrock Rock, en el estrecho de las Saltee. Ambas rocas se hallaban por lo general sumergidas, pero a veces, en la zona menos profunda del canal, sus cumbres achatadas quedaban a la vista. Cuando, a los cinco años, Conor vio por primera vez aquellas siluetas rectangulares y rugosas una noche que navegaba en el patrullero, junto a su padre, tuvo la seguridad de que eran cocodrilos y no consiguió calmarse hasta que Declan accedió a disparar un tiro de advertencia. Por descontado, el estallido del disparo funcionó y ambos cocodrilos se hundieron bajo las aguas.

Esta anécdota se repetía a menudo cuando la familia se congregaba alrededor de la chimenea, y se sacaba a colación siempre que algún amigo pasaba a visitarlos y le agasajaban con un coñac o una limonada. Entonces, Conor fruncía siempre el ceño, pero ahora el recuerdo estuvo a punto de provocarle el llanto.

«No puedo soportarlo. Están demasiado cerca».

El rostro de su madre parecía cernerse sobre él, llamándole para que regresara a casa. Conor ya no podía ignorarla por más tiempo. Sin duda, ella sufría tanto como él; acaso más. Tenía que averiguar cómo se encontraba.

«Si sólo pudiera verlos. Mirarlos a la cara una vez más antes de partir, asegurarme de que resisten».

Conor desplazó la caña del timón con la rodilla y tensó la vela para girar al suroeste. Regresaba a casa.

***

Desde la distancia, el puerto de Great Saltee mantenía en buena parte el aspecto que Conor recordaba. Tenía la forma de una imponente tiara, cuyas puntas lanzaban destellos de tonos naranja y plata. En la cara interior de los diques, parte del lustre se había perdido en los últimos años, pues el granito se había ido cubriendo de cieno marino. En el muelle se veía una enorme cantidad de embarcaciones atracadas de cualquier manera, apiñadas entre sí, formando una maraña. El proyecto para un nuevo muro exterior había sido abandonado, y la estructura a medio construir se adentraba en el mar como un banco de arena erosionado. La torre del faro que ese proyecto incluía también se encontraba construida a medias y se alzaba inclinada hacia un lado como un desmoronado recordatorio de una época anterior, y no como el orgulloso símbolo de una nueva era. La pérdida del rey Nicholas se percibía intensamente incluso allí, en el puerto.

Conor amarró el cabo de popa del esquife a una barca de mejillones y lanzó el

ancla a la media marea. El ancla burbujeó, borbotó y luego se hundió con rapidez, arrastrando consigo varias bolsas con diamantes fuertemente atadas a ella. Conor fue saltando por la proa de media docena de botes de pesca que se mecían sobre las aguas y luego se impulsó hasta aterrizar sobre las losas del muelle con la ayuda de una anilla de amarre de bronce.

Paseó por el puerto con aire despreocupado, lanzando miradas hacia arriba, en dirección a los centinelas apostados en la muralla. Aunque todo lo demás en la isla estuviera descuidado, dejado al azar, Declan Broekhart no permitía que sus tiradores de élite rebajaran sus normas de conducta. Cuatro guardias se encontraban en lo alto de la muralla; sus respectivas capas aleteaban a causa del viento. Conor percibió el destello del tambor de un rifle y supo que a la primera señal de beligerancia un disparo de advertencia levantaría chispas y esquirlas a sus pies, y a la segunda señal estaría muerto antes de que su cuerpo chocase contra el agua. Se movía con andares pausados y ambas manos a la vista.

El muelle discurría a lo largo de la curva de la muralla e iba a dar a una zona de mercado adoquinada que durante el día se abarrotaba de puestos. Cada mañana, comerciantes, taberneros y amas de casa convergían en la lonja para llenar sus cestas de caballa, bacalao, abadejo, mejillones, langosta, cangrejo y salmón. Los barcos llegaban vacíos desde Kilmore y se marchaban repletos o viceversa, dependiendo de qué tripulación disfrutara del uso de las aguas ese día.

A la caída de la tarde, el aire despedía un fuerte olor a sal y a vísceras de pescado. Los encargados de la limpieza bombeaban agua desde el puerto y, con una manguera, arrastraban hasta el mar la sangre y las vísceras. Casi todos los chicos jóvenes de las Saltee habían ejercido estas tareas de limpieza. Pertrechados con recios cepillos de cerdas y la energía propia de la juventud, restregaban la suciedad de las losetas de piedra, que volverían a teñirse de rojo a la mañana siguiente.

Conor franqueó el arco de la muralla y se detuvo ante la garita de la aduana.

—¿Algo que declarar? —preguntó el guardia.

Conor levantó las palmas vacías.

—Sólo una sed de muerte, señor, y una cita con mi novia.

El guardia sonrió.

—Ah, la cerveza y las chicas. Dos buenas razones para visitar las Saltee. Entonces, no es la primera vez que traspasas la muralla.

Más adelante, sobre la colina, los torreones de palacio descollaban en la noche, ocultando en parte las estrellas.

—No, señor. He venido en otras ocasiones.

***

De niño, Conor no pasaba todas las horas del día enfrascado en sus estudios. También empleaba su tiempo en hundirse hasta las axilas en barro y algas. Escalaba acantilados, construía presas y, de vez en cuando, robaba huevos de los nidos de los frailecillos, que se desplazaban con andares de pato sobre las rocas planas, como si fueran juguetes de cuerda.

A veces, semejantes aventuras le hacían saltarse la hora límite para regresar a casa, y cuando se daba esta circunstancia, Conor espiaba por las ventanas para comprobar si Declan había llegado, o para ver de qué humor se encontraban sus padres.

Ahora ocupaba el mismo lugar que entonces, sentado a horcajadas en una gárgola de desagüe situada a tres metros del suelo y al lado contrario de la plaza desde la vivienda de los Broekhart. De la boca de la gárgola goteaba el agua salada del oleaje marino, pintando vetas blancas en los retorcidos labios de piedra. El solo hecho de escalar la muralla le provocaba punzadas de nostalgia de su hogar.

«No me cuesta encontrar los puntos de apoyo en la piedra. Subo por la muralla como si la hubiera escalado ayer mismo».

En el hogar de los Broekhart reinaba la oscuridad y la calma, salvo por una única vela junto a la ventana de la cocina. No había señal de sus padres.

«Debe de ser tarde».

Conor sintió una honda desilusión, aunque también cierto alivio. El nudo que tenía en el estómago era aún mayor que cuando se escapó de la prisión a bordo del globo de aire caliente. Sabía que de haber visto a sus padres hundidos en la miseria le habría resultado imposible no aventurarse al interior de la casa y dejar la verdad al descubierto.

«Mi madre y mi padre me odian; pero es un odio aparente. Imaginario. En el fondo, todavía me quieren».

En el hogar de los Broekhart una sombra hizo su aparición en la cocina. Conor notó que el pulso le bombeaba en la frente.

«Quizá mi madre no consigue conciliar el sueño; las pesadillas la persiguen, como a mí».

En efecto, era su madre. Catherine Broekhart pasó caminando con suavidad junto a la ventana de la cocina, con el cabello desarreglado por el sueño. Entornaba los párpados y agitaba las manos en el aire hasta que sus ojos se adaptaron a la repentina luz.

«Mi madre. Ay, sí; es mi madre».

La simple visión derribó las barreras que Conor había levantado alrededor de su alma. Había llegado la hora de poner fin a la cruel charada de Bonvilain. El mariscal, y no Conor, sería el culpable de las consecuencias.

Hizo un movimiento para bajarse de la gárgola y, de pronto, se quedó inmóvil. Su

padre acababa de entrar en la cocina, y no estaba solo. Llevaba en brazos a un niño con el cabello enmarañado, de poco más de un año de edad, que impulsaba hacia fuera el labio inferior en señal de disgusto.

«Un niño. Mi hermano».

Su padre no estaba tan desmoralizado como Conor había previsto. Declan Broekhart esbozaba una familiar sonrisa mientras acunaba al crío y le cubría con la manga de su bata. Empezó a hablarle y, a través de la ventana abierta, Conor reconoció su voz, aunque no pudo distinguir las palabras.

«Mi padre es feliz».

Catherine llenó un vaso de agua para su hijo y el matrimonio le prodigó toda clase de carantoñas. Luego los tres se sentaron ante el fuego mientras el pequeño bebía. Poco a poco, el enfado del niño fue remitiendo, a medida que el recuerdo de su pesadilla era reemplazado por la presencia de sus cariñosos padres.

En el exterior, a lomos de la gárgola, Conor tuvo la impresión de que le despellejaban, como si le arrancaran los últimos vestigios de Conor Broekhart.

«Un niño. Un hermano».

Las cosas no eran tal como las había imaginado. Por lo que parecía, él mismo era el único que sufría. Sus padres habían vuelto a encontrar la felicidad con su nuevo hijo.

El frío de la gárgola de piedra se le extendió por los muslos y le subió hasta el pecho. El salado oleaje bajaba por la muralla formando una cortina de agua que le empapaba la casaca y le llegaba a la piel de los hombros.

«Tienen una buena vida —pensó—. Han vuelto a ser felices».

Conor entendió que no podía dejarse ver ni revelar la verdad.

«Bonvilain los mataría sin dudarlo un segundo. Y sería por mi culpa».

Conor apartó la mirada de la ventana y se colgó de la gárgola para bajarse.

«Soy Conor Finn», se dijo mientras caminaba hacia el puerto con paso rápido y decidido.

«El aviador remonta el vuelo otra vez. Dos bolsas de diamantes más y, después, a Norteamérica».

***

FORLORN POINT

Linus Wynter estaba atareado cuando Conor llegó a la torre. Había cambiado el dormitorio por completo para adaptarlo a su gusto y conveniencia. Sobre la lumbre había chocolate caliente, junto a un guiso de tocino y patatas, y el músico estaba

cosiendo la manga de su esmoquin.

—Es medianoche —señaló Conor mientras entraba por la puerta con la ayuda de la escalera.

Linus se dio unas palmaditas en la sien.

—Para mí siempre es de noche, muchacho. Duermo cuando tengo sueño.

Conor bajó la vista en dirección al sótano.

—¿Por qué te molestas en cambiar de sitio los muebles? Nos marchamos dentro de unos días, ya te lo he dicho.

—¿Dentro de unos días? Pero si tu preciosa máquina voladora no está terminada.

Cuando Conor no se encontraba remendando las alas del planeador, pasaba cada minuto construyendo el aeroplano que había diseñado en la prisión, con un motor de gasolina y un tren de aterrizaje retráctil.

—Me queda poco para terminarla. En cualquier caso, si es necesario, puedo llevarla por barco a Norteamérica.

—No estamos ligados el uno al otro —argumentó Linus, pegando la aguja a su dedo para encontrar la costura descosida—. Puede que me quede aquí para salvar a tu familia.

—Mi familia no necesita que nadie la salve. Mis padres viven en un palacio, con su nuevo hijo.

Linus hizo una pausa ante el comentario. Se quedó escuchando la respiración de Conor y luego caminó cuidadosamente hasta él y le agarró de los hombros.

—Qué alto estás —comentó, sorprendido—. Victor pronosticó que crecerías mucho. Eres de huesos largos, como decía el francés. De modo que ahora tienes un hermano pequeño. Estupenda noticia. ¿No te gustaría conocerle antes de zarpar?

Conor notó un velo de lágrimas en los ojos.

—Me… Yo… Desde luego, me gustaría, claro, pero qué significaría para el niño… para mi…

—Venga, dilo —le animó Linus—. Es tu hermano.

—¿Qué significaría para mi hermano? —soltó Conor de sopetón—. Bonvilain le asesinaría. Si mi padre se enfrenta al mariscal, los matará a los tres.

Dio la impresión de que Linus le lanzaba una mirada furiosa, como si pudiera ver a través del pañuelo de seda que le tapaba los ojos.

—¿Y qué me dices de Isabella? En el pueblo corren rumores acerca de que ha revocado los impuestos y los tributos a las importaciones. Se está convirtiendo en una auténtica reina. ¿Cómo crees que Bonvilain va a responder a eso?

Conor se secó las lágrimas.

—Ahora es la reina, y cuenta con gente para protegerla. Decía que me amaba; sin embargo, creyó que yo había colaborado en el asesinato de su padre.

—No es eso lo que dicen. En el pueblo también hablan de Conor Broekhart. Fue

un héroe, dicen. Murió tratando de proteger a su rey.

Conor soltó un bufido.

—Esa es la historia oficial. Bonvilain dijo que mi «implicación» en el asesinato se ocultaría para perdonar la vida a mi familia. Ese fue su «regalo» a los Broekhart.

—Y tú sabes de buena tinta que Isabella estaba incluida en ese engaño.

Semejante pensamiento le resultó inesperado. ¿Y si Isabella no estuviera al tanto? ¿Y si creyera que su joven pretendiente había muerto aquella noche?

«No lo pienses. Es demasiado doloroso; además, no va a cambiar las cosas».

Conor se sentó en el banco de trabajo y se tapó la cara con los puños cerrados.

—Por favor, Linus, basta ya. No soporto pensar en lo que ha podido ocurrir o no. Mi conexión con los Broekhart ha quedado cortada de raíz. No se me puede achacar la culpa. Bonvilain es demasiado poderoso. Y yo soy Conor Finn.

—Finn, claro. El apellido que Bonvilain te regaló.

«Amor, familia, felicidad. Lujos que se pagan con la muerte. Permanece vivo y tu familia vivirá».

—Estoy vivo. Y permaneceré vivo.

Linus soltó una risa seca.

—¿Permanecerás vivo, dices? Sí, claro; por eso te lanzas a diario desde lo alto de una torre.

—Hice una promesa a Otto Malarkey.

—Entonces, eres capaz de arriesgar la vida por un puñado de diamantes, pero no por tu familia o tu honor. Me parece que Victor quedaría muy decepcionado con su pupilo.

Conor se levantó de un impulso.

—Deja ya de sermonearme. No eres mi padre.

—Tienes toda la razón, muchacho —repuso Linus con voz tranquila mientras su expresión de enfado iba desapareciendo—. No soy tu padre.

Sin una palabra más, Conor se volvió de espaldas, se colocó el planeador plegado bajo el brazo y subió la escalera que conducía al tejado.

Serpientes en la hierba

Conor y Linus apenas se dirigieron la palabra al día siguiente, con la excepción de unos cuantos saludos emitidos con gruñidos. El norteamericano se chocaba a propósito contra algunos muebles con la esperanza de suscitar algún interés por parte de Conor, pero resultó inútil. O bien el joven no oyó los quejidos, o prefirió ignorarlos.

«El corazón se le debió de endurecer en Little Saltee —pensó Wynter—; pero ahora, al ver a su hermano pequeño, se le ha convertido en piedra».

Llegó la noche y el ambiente de tensión continuaba, sin embargo, cuando Conor preparó el motor para poner en marcha el túnel de viento, Linus sintió la obligación de tomar la palabra.

—Conor, no puedes volar esta noche. El viento es demasiado fuerte.

Conor no se volvió para mirarle.

—No eres mi padre, ¿recuerdas? Además, no es verdad que el viento sea demasiado fuerte. Sopla unos cuantos grados más al sur de lo que me gustaría, pero puedo maniobrar para esquivarlo.

—¿Y la luna? Esta noche habrá luna llena.

Conor se abotonó su casaca negra y examinó el panorama que le rodeaba. Apenas se veía una nube en el cielo. La luna reluciente se reflejaba sobre amplios tramos de la superficie del océano, que parecía bailar con la luz. Era una noche completamente clara.

—El cielo está encapotado —espetó con brusquedad mientras se colocaba debajo del planeador, que se hallaba colgado de un soporte situado en lo alto—. ¿Te importa bajar el planeador?

Linus, ya familiarizado con la distribución del tejado, contó los pasos hasta un cabestrante sujeto con tornillos a la pared.

—¿Preparado?

Conor levantó los brazos, listo para introducirse en el arnés.

—Venga, bájalo. Hay que girar la manivela cinco veces.

—Ya lo sé. Igual que ayer. ¿Me tomo la molestia de preparar la cena?

—Sí. Lamento lo de anoche; no estaba de humor para cenar.

—Te advierto que no tendrás comida recién hecha. Calentaré las sobras de ayer.

—¿También el chocolate caliente? Me arrepentí de no tomarlo. En el tejado hace frío.

Linus sonrió.

—A veces, las rabietas se pagan caras.

El planeador se le asentó en la espalda. Conor se abrochó el arnés al pecho y tiró de las correas que le rodeaban las piernas. Bajó un brazo y palpó la manivela del

arnés, como el pistolero que comprueba la culata de su pistola.

—He preparado las hélices —dijo Linus.

Conor punteó una de las bandas de caucho.

—Tirantes, sí señor. Bien hecho.

—Mi sentido de la tirantez es sobresaliente —bromeó Wynter mientras bloqueaba el cabestrante—. ¿Por qué no esperas, Conor? El viento no es favorable. Huelo la sal.

Conor se abotonó la casaca de vuelo hasta la barbilla y luego se colocó los anteojos. Una vez disfrazado, su conducta cambió por completo. Se mantenía más erguido y se sentía más audaz; ya no era un muchacho, sino un hombre.

—No puedo esperar, Linus. Otra noche, no. Recogeré mis diamantes y pondré punto final a esta vida. Norteamérica aguarda. Podemos montar un negocio entre los dos. Yo volaré mis planeadores y tú te dedicarás a probar la tirantez de las cosas.

La sonrisa de Wynter tenía un tinte de tristeza.

—Todavía no estoy preparado para regresar a casa, muchacho. Nicholas me trajo a esta parte del mundo para llevar a cabo una tarea, y tengo la intención de terminarla. Aun a riesgo de parecer melodramático, no descansaré mientras Bonvilain se siga saliendo con la suya. Me arrebató a los mejores hombres que he conocido. Y me temo que esta noche puede llevarse a otro.

Conor sacó el sable y lo balanceó para comprobar su peso.

—No temas por mí, Linus. Teme más bien por todo aquel que esta noche se interponga en mi camino —introdujo el arma blanca en su vaina y luego se aseguró de que ambos revólveres estaban cargados—. Ah, otra cosa. ¿Te importa apagar el túnel antes de irte a la cama?

***

Conor se agachó en el túnel de viento y fue lanzado hacia la noche. Linus le oyó entrar en la corriente de aire y escuchó el crujido de la madera y el estampido posterior.

«Regresa con vida, muchacho —pensó—. Eres su única esperanza».

Y luego: «Tal vez prepare la cena de nuevo. Quizá haga mis famosos pastelillos de sémola. Un aviador se merece una buena comida. Hasta un chocolate caliente recién hecho».

Conor contuvo el aliento mientras el viento del túnel hinchaba las alas del planeador y lo impulsaba en dirección a las estrellas. Ese primer momento de estruendo y potencia resultó tan confuso como de costumbre. Era imposible diferenciar el cielo o las estrellas de sus propios reflejos. El aire le apaleó el torso con puños fantasmales hasta que el planeador se alineó en la dirección del viento.

Entonces llegó el momento del vuelo propiamente dicho, cuando la corriente lo

elevó, el planeador crujió hasta adquirir la tensión necesaria y fue propulsado al máximo, alejándose de la tierra.

«Un instante de felicidad. Sin nada que hacer, salvo estar en paz».

Conor descubrió que, con el transcurso de cada vuelo, este breve trecho le entusiasmaba cada vez más. Era la calma que precede a la tormenta, lo sabía; sin embargo, mientras planeaba con el viento a la espalda, olvidaba sus preocupaciones, tan prosaicas como las de la mayoría de los humanos.

Las corrientes térmicas lo elevaron hasta una altitud superior a la que nunca había volado. La tierra se extendía allá abajo como si de un mapa viviente se tratara. Veía cumbres blancas que se estiraban en perezosos meandros a lo largo de kilómetros de costa, como los contornos de un mapa. Varias barcas se mecían gentilmente sobre el mar negro y plata; los pescadores aprovechaban la marea nocturna y las aguas en calma. A Conor le pareció escuchar un coro de exclamaciones procedente de uno de los botes. ¿Le habrían visto? Daba igual. A partir de aquella noche, el misterioso aviador no volvería a volar. La siguiente vez que remontara el vuelo sería en calidad de libre ciudadano norteamericano, con documentos que lo demostraban, gracias a Zeb Malarkey. Enviaría por barco el planeador, separado en piezas que luego se montarían en Nebraska, o Wyoming, o acaso California. El estado de América del Norte que se encontrara a mayor distancia de las islas Saltee. Conor empujó con fuerza la barra de dirección, trazando un amplio arco con el planeador. Había llegado la hora de concentrarse en su trabajo, o pasaría de largo Little Saltee. Dos arriates de salicores más, dos bolsas más. Entonces, Otto podría comprar su libertad y aún quedaría una pequeña fortuna para una vida segura en Norteamérica.

GREAT SALTEE

Billtoe y Pike se hallaban tumbados tras el risco que se elevaba sobre el puente de Sebber. A su alrededor habían colocado varios instrumentos cortantes ennegrecidos de hollín.

—Esa hacha de carnicero es mi preferida —dijo Pike con una nota de afecto—. Sirve para toda clase de carne: de pez, de ave o humana. También es capaz de fracturar algún que otro hueso, claro que sí.

Billtoe estaba deseando discrepar.

—Tu hacha es incómoda. Hay que levantar el brazo demasiado. Yo tengo tiempo de sobra para atacar y perforar un pulmón con esta preciosidad —afirmó, dando un toquecito con la uña a un largo punzón para hielo de aspecto letal.

—A mí me encanta mi espada; se llama Mary Ann y es una maravilla —dijo una ronca voz con acento irlandés a espaldas de ambos.

—Silencio, imbécil —siseó Billtoe—. El aviador puede llegar en cualquier

momento.

—Eras tú el que estaba hablando —replicó el hombre, dolido.

—Estaba «susurrando» —corrigió Billtoe. Luego se dirigió a Pike—: ¿Por qué has traído a este idiota?

—Sólo pude reunir a tres hombres entre los guardianes de la prisión —explicó Pike—. Y dijiste que necesitaríamos por lo menos media docena para atrapar al aviador. Así que recogí a Rosy en la taberna. Se ha tomado un cuarto de cerveza, nada más.

Billtoe no estaba satisfecho.

—Ya has visto al aviador. Mide dos metros, como poco, y va armado hasta los dientes. Hacen falta ojos avispados y manos rápidas para cogerle, y no estúpidos irlandeses borrachos con la nariz colorada.

Rosy soltó un bufido.

—Irlandés estúpido lo serás tú, Arthur. Además, soy capaz de descuartizar a cualquiera que se me ponga por delante. Vamos, reconócelo: ese aviador tuyo no es más que un fantasma, una de tus alucinaciones.

Billtoe se mordió el labio inferior, haciendo temblar el rastrojo que le poblaba la barbilla.

—¿Una alucinación, dices?

—Ya sabes. Imaginaciones de tu mente. Te persigue un fantasma, por aquella vez que te metiste en un barril.

—Se lo has contado, Pikey —dijo Billtoe con tono de reproche.

—Tú mismo me lo contaste en la taberna —repuso Rosy entre risas—. Le contaste a todo el que te quiso escuchar lo del diablo, y lo del pobre Billtoe de niño, metido en un barril. No existe ningún aviador. Estoy aquí por los cinco chelines que me habéis prometido, sólo por eso. En todo caso, ¿a qué vienen tantos cuchillos? Una bala bastaría.

—Necesitamos objetos que corten, cara de remolacha, cerebro empapado de cerveza —espetó Billtoe, furioso—. Si pegamos un tiro, los centinelas de la muralla se nos vendrán encima como moscas al estiércol. Y nos quedaríamos sin el botín del aviador.

—Si es que existe, claro.

Billtoe asió la empuñadura del punzón para hielo.

—De acuerdo, Rosy. Si no existe el aviador, ¿por qué no le dices a ese tipo que vuela por el cielo, justo encima de ti, que no es más que una alucinación inventada por mi cerebro?

Rosy levantó la vista, convencido de que sólo vería estrellas. Lo que divisó hizo que se pusiera a dar zarpazos en la hierba en busca de su espada, que era una maravilla.

—Dios nos guarde —murmuró, al tiempo que se santiguaba con la mano libre—. Un hombre con alas.

—Conque una alucinación, ¿eh? —resopló Billtoe. Luego, guardó silencio y sujetó la hoja de un puñal entre los dientes.

***

Conor había conseguido desenterrar las últimas bolsas, pero le había salido caro. Los rayos de luna plateados le iluminaban las alas hasta el punto de que éstas parecían farolillos chinos.

Un centinela le había visto planear por encima de la muralla exterior de Little Saltee, y al ser uno de los pocos tipos fornidos de la isla, había decidido perseguir lo que había tomado por un albatros. Siguió los pasos de su presa hasta la huerta de salicores, donde cayó en la cuenta de su equivocación y rodeó una de las alas del planeador, justo cuando el extraño aviador estaba inclinado para extraer una especie de bolsa. Sólo un ligero temblor de la mano del guardia libró al desconocido de una bala en los sesos.

El disparo hizo estallar una piedra a los pies de Conor, haciendo saltar una esquirla que fracturó la lente izquierda de sus anteojos.

Reaccionando a toda prisa, Conor se deshizo de las alas con dos tirones del cinturón del arnés. Luego, se giró a la velocidad del rayo hacia su atacante, empuñando sus armas.

—La rendición o la vida, monsieur —dijo en voz alta, apuntando los revólveres.

El guardián no acababa de decidir si prefería rendirse o morir, o acaso un término medio. La idea de rendirse no le resultaba agradable, si bien tampoco le apetecía una batalla a media noche contra un aviador francés. Esos tipos ya eran lo bastante peligrosos sin llevar alas, como su propio abuelo había aprendido en Waterloo.

Para cuando hubo barajado sus opciones y resuelto utilizar su arma de fuego, el aviador de negro se le había echado encima, saltando de piedra en piedra con la agilidad de un gato, según el centinela juraría más tarde. Y gruñendo, además, como un lobo hambriento. Un híbrido francés entre gato y perro, que hacía piruetas con dos pistolas y llevaba a la cintura dos sables que le tintineaban en los muslos.

—Bonsoir, monsieur —dijo el aviador, y, acto seguido, golpeó al atónito guardia en la coronilla.

Conor ya estaba examinando su planeador antes de que el guardia se desplomara. El panel superior izquierdo se había perforado; pero del orificio no salían desgarrones, pues el calor de la bala había sellado los bordes. Si conseguía remontar el vuelo, el velamen aguantaría hasta llegar al puente de Sebber.

Introdujo los brazos en las correas y luego movió los hombros para encajarse el

arnés, lo amarró con fuerza y salió corriendo hasta la escalera más cercana para ascender a la muralla. Las puntas de las alas arañaban la piedra, y Conor se reprendió a sí mismo por no haberlas forrado de cuero. La escalera canalizaba desde lo alto el viento, que hacía vibrar las alas, impulsándole hacia abajo; pero Conor luchó contra la corriente y se fue abriendo camino con la cabeza por delante hasta el escalón superior.

El disparo había despertado a todos los guardianes que se encontraban durmiendo en las barracas, y se congregaban ahora en la escalera formando un andrajoso ejército. Sujetaban los rifles y los pantalones al mismo tiempo, mientras trataban de zafarse de los sueños que aún tenían en la cabeza. La visión de Conor hizo creer a varios de ellos que seguían dormidos.

Uno de los guardianes disparó un tiro; pero fue a lo loco, y demasiado alto. Sus compañeros se quedaron mirando hacia arriba con expresión estúpida, haciendo caso omiso unos de otros hasta que se enredaron entre sí y cayeron hechos un ovillo. Conor aprovechó la confusión reinante para subirse al parapeto y saltar al vacío, atrapando tanto aire como le resultaba posible.

«Un poco de viento —imploró—. Una corriente de aire, por pequeña que sea».

Júpiter escuchó sus plegarias y le envió un obsequio: una corriente ascendente que hinchó las alas y le impulsó hacia arriba, por encima de las cabezas de los guardianes. Éstos fruncieron el ceño y prorrumpieron en gritos; después, se quedaron mirando en silencio. Dos de ellos pensaron en apuntar su arma, pero el que podría haber acertado el tiro fue alcanzado accidentalmente por el otro, que apretó el gatillo demasiado pronto. En un abrir y cerrar de ojos, el aviador había desaparecido en el cielo nocturno, engullido por las tinieblas como la piedra que se hunde de noche en el mar.

Durante un prolongado instante, ninguno de los presentes en lo alto de la muralla articuló palabra. De pronto, empezaron a parlotear frenéticamente, y cada uno explicaba su propia versión de lo sucedido. Incluso el hombre herido cotorreaba con los demás, sin tener en cuenta la sangre que iba formando un charco a sus pies. Se trataba de una historia que contarían en muchas ocasiones, y era necesario que quedara ahora bien fundamentada. Había que atar las palabras con firmeza alrededor del hueso, antes de que la luz del día hiciera que el acontecimiento pareciera inverosímil.

Un hombre del aire, decidieron. Sí, era Airman. ¿Acaso no existían rumores de una criatura parecida en Great Saltee?

«Hemos visto a Airman. Mide más de dos metros y tiene ojos enormes y redondos que lanzan fuego».

La historia había comenzado. La noticia empezaba a propagarse.

El hecho de que se propaguen las noticias no es lo que más suele convenir a los

ladrones y contrabandistas.

***

Empujado por el viento favorable, Conor planeó en dirección a Great Saltee mientras el corazón le golpeaba en el pecho. Le hervía la sangre, y sabía que era peligroso.

«Los hombres corren riesgos cuando la fiebre de la batalla los domina —había comentado Victor en cierta ocasión—. He visto morir de una forma estúpida a muchos hombres inteligentes».

«Mantén la calma. Tranquilízate».

No había tiempo para la calma. De pronto, el aire se agitó y Conor se vio obligado a forcejear contra su nave para mantenerse suspendido en lo alto. Great Saltee surgió de pronto en la superficie del mar, como si hubiera efectuado un giro para encontrarle. Conor inclinó hacia abajo el morro de la nave, manteniéndolo en esa posición en contra de la resistencia del aire. El viento le tiraba de los anteojos y se colaba a través del orificio de bala en una de las alas.

En una noche como aquélla, Conor estuvo tentado de creer que los hombres no estaban hechos para volar.

Descendió en un ángulo pronunciado, con velocidad e inclinación excesivas.

«Tendré suerte si mis tobillos sobreviven al golpe», pensó mientras apretaba los dientes, preparándose para el impacto.

Aunque su visión quedaba reducida por culpa de la lente agrietada y el estado de los elementos, Conor divisó el esquife en el puente de Sebber, y también vio a los hombres agazapados tras el risco, esperándole.

«Serpientes en la hierba —pensó sin rastro de temor, totalmente dispuesto a enfrentarse en combate. Movió la barra de dirección hacia la izquierda para tomar tierra en medio del grupo—. Más vale caer sobre blando».

***

Rosy trataba de salir corriendo cuando Conor se estrelló contra él, clavando ambas botas sobre los hombros del aterrorizado individuo. Escuchó el crujido de un hueso al partirse, y el hombre salió rodando cuesta abajo por la ladera de la roca al tiempo que lanzaba aullidos ensordecedores. Los demás se levantaron de un salto y formaron un descuidado círculo alrededor de Conor. Ninguno atacó; todos evaluaban a su adversario.

«Estos hombres no entienden los principios de funcionamiento de mi planeador —pensó Conor—; por lo tanto, para ellos soy un fantasma, o una criatura extraña.

Pero no durará mucho; en seguida se darán cuenta de que mis alas son de tela y de que estoy tan exhausto que me falta la respiración. Entonces, me matarán de un tiro».

O tal vez no. Ninguno de los hombres había empuñado arma alguna, aunque se veían las hojas de muchas de ellas.

«Claro. No habrá disparos. Con el ruido, los centinelas de la muralla se nos echarían encima, y estos bandidos no han venido aquí para arrestarme».

Uno de los cinco hombres que quedaban dio un paso adelante, blandiendo un punzón para hielo.

—Tanoz loz tiamantez —dijo. Luego, se quitó el puñal de entre los dientes—. He dicho que nos des los diamantes, Airman.

«Diamantes. ¡La bolsa que se le había caído! Había dejado un rastro».

—Billtoe —gruñó Conor, con la voz endurecida por el odio.

El carcelero se echó a temblar.

—¿Quién eres? ¿Por qué yo, precisamente? Nunca me he metido con ningún gabacho.

«Billtoe será el primero en caer —pensó Conor—. Al menos, tendré esa satisfacción».

Sus manos volaron a las fundas gemelas que llevaba a la cadera y sacó dos sables de combate.

—En garde —dijo, y se arrojó hacia delante. Un soplo de brisa atrapó el planeador, alargando la zancada de Conor, y Billtoe, que se consideraba a una distancia segura, de pronto se encontró cara a cara con Airman.

Trató de efectuar un movimiento que a veces empleaba en peleas de taberna, un malicioso puyazo con su punzón para hielo, pero al instante su arma fue desplazada a un lado por un golpe de su adversario.

—Qué vergüenza, monsieur —dijo Airman—; a quién se le ocurre traer un utensilio de cocina para una lucha de espadas.

Conor empezó a dar sablazos por doquier, y la hoja acabó por clavarse en el muslo de Billtoe. El carcelero soltó un alarido y se sujetó la herida. Había dejado de ser una amenaza. Emplearía las dos manos para impedir que la sangre le brotase de la pierna.

«Ni siquiera ahora siento ganas de matarle —cayó en la cuenta Conor—. Sólo existe una persona a la que podría asesinar».

Escuchó un rumor a sus espaldas; dos hombres avanzaban hacia él.

«Son demasiado precavidos. El extraño uniforme los asusta».

Una brisa fortuita hizo batir las alas y Conor aprovechó la fuerza del viento para impulsarse hacia arriba. Los dos hombres pasaron por debajo y Airman descendió sobre ellos, golpeándolos con las botas y las hojas de sus dos sables. Ambos fueron despachados en seguida. Ninguno llegó a morir; pero, a partir de entonces, los dos

alimentarían una cierta reticencia a la hora de participar en emboscadas a medianoche.

Quedaban otros dos individuos. Mientras uno de ellos se estremecía, el otro trazaba cautelosos círculos con los pies, midiendo su tiempo, aguardando un momento de debilidad. Se trataba de Pike, quien no parecía inclinado a batirse en retirada.

—Tú primero, colega —indicó, empujando a su aterrado compañero en dirección a Conor.

El desafortunado sujeto apenas tuvo tiempo de soltar un chillido antes de que Conor le dejara inconsciente de un golpe fortuito con la empuñadura del sable.

—Sólo tú y yo, Airman —dijo Pike, exhibiendo una sonrisa despreocupada.

Examinó a Conor, se fijó en su postura, en su musculatura y en las armas que portaba en la mano y al cinto.

—Al diablo con las precauciones —dijo, llevándose la mano a la pistola—. Me arriesgaré a que me oigan los centinelas de la muralla.

Pero Conor fue más rápido al cambiar el sable que empuñaba en la mano derecha por un revólver.

—Los guardias oirán mi disparo, o ninguno, monsieur. Usted decide.

Pike ya estaba decidido a actuar, de modo que, para recuperar su atención, Conor disparó un tiro que le pasó rozando la oreja. El carcelero cayó de rodillas, momentáneamente ensordecido, y el arma se le cayó de la mano.

—Un tiro de advertencia. El siguiente abrirá un agujero.

Era inútil hablar. Pike no le oía; en cambio, tanteó la hierba con los dedos hasta encontrar su pistola.

—Suéltala —ordenó Conor—. Te llevo ventaja.

Pero Pike no podía oír, o no quería, y levantó el arma con claras intenciones.

Conor le disparó en el hombro, y la bala forrada de cobre hizo que el guardián cayera en diagonal sobre el risco, chillando como una lechuza.

Disparos y chillidos, y para colmo, de noche. Semejantes ruidos atraerían sin duda la atención de los centinelas. Conor saltó por encima del risco y se agazapó al otro lado. En la muralla, por encima de su cabeza, se apagaron tres lámparas. Era el protocolo habitual. A la primera señal de disturbios, los guardias se sumían en la oscuridad para evitar convertirse en blancos. A continuación, media docena de bengalas de advertencia llegaron formando un arco desde lo alto, e iluminaron la bahía con una potente luz roja.

Había llegado la hora de marcharse a toda prisa, antes de que las bengalas bajasen lo suficiente como para alumbrar el esquife. Conor tiró hacia abajo de las alas y, doblado hacia delante, corrió hasta la barca. No había tiempo para plegar el planeador con el debido cuidado, y varias de las varillas de madera se quebraron al meterlo bajo

el asiento.

«No importa. Tengo varillas de sobra en la torre. Sería más difícil reemplazar mis costillas si se astillaran por un disparo».

Empujó la embarcación con fuerza y la quilla fue arañando la piedra y la arena hasta llegar al agua.

Escuchaba gritos a sus espaldas a medida que los guardias salían en tromba por una puerta fortificada y corrían por el sendero de la costa. Algunos iban a caballo. El aullido de los perros de caza hacía eco sobre el mar en calma.

«¡Perros! Los centinelas no han perdido tiempo en soltar a sus sabuesos».

Conor se subió al esquife de un salto y con el impulso lo empujó hacia el mar, alejándolo del peligro. De un tirón, sacó el mástil de su soporte y lo tumbó sobre la cubierta. Así, la silueta de la barca no destacaría tanto desde la orilla. El agua fría se colaba por la proa, salpicándole en el rostro, lo que le reconfortaba. Le retumbaban en los oídos los latidos de su corazón, como si fueran grandes tambores que sonaran en la distancia.

«Lo que quiero es ser científico. Hacer daño no me procura placer».

«¿Ni a Billtoe? ¿No disfrutaste al provocarle esa herida?».

Conor optó por ignorar la pregunta. Ya se encargaría otro día de los mecanismos de su mente.

«Volverás a ser científico, en Norteamérica. Una nueva vida, nuevos inventos; un hogar, amigos y acaso otra chica que no te recuerde a Isabella».

Conor devolvió la atención a los remos. No podía pensar en las chicas sin que una visión de Isabella le estallara en la mente.

De modo que se concentró en el océano. Tenía la seguridad de encontrarse a salvo. La pequeña pero resistente embarcación le fue empujando sobre la corriente. El esquife le había prestado un buen servicio. Ahora, Great Saltee era poco más que un oscuro montículo que iba retrocediendo.

Billtoe le había llamado Airman. Semejante nombre no duraría mucho.

El planeador yacía sobre el tablaje de la barca, con las alas dobladas torpemente, como si fueran las de un pájaro herido.

«No importa. Todo ha terminado. El misterioso Airman no volverá a volar».

La torre Martello quedaba ahora visible en la costa irlandesa, y una luz brillaba junto a una ventana del piso superior. El faro que le guiaba a casa.

Conor sonrió.

«Linus me ha perdonado», pensó.

Y luego: «Ojalá haya preparado chocolate caliente».

Red enmarañada

Dos horas más tarde, Arthur Billtoe se encontraba en el despacho del mariscal Bonvilain, sentado en un cajón de fruta y tratando de mantener cerrada la herida que le atravesaba el muslo. Tenía los pantalones empapados, y pequeños borbotones de sangre se le escapaban entre los dedos al ritmo del latido del corazón.

El mariscal Bonvilain efectuó su entrada en la estancia, y los borbotones surgieron a mayor velocidad.

—Lamento lo del cajón de fruta, Arthur —se disculpó Hugo Bonvilain mientras tomaba asiento detrás de su escritorio—, pero el brocado de mis butacas me importa bastante más que tu vida. Lo comprendes, ¿verdad?

—C-c-claro, mariscal —tartamudeó Billtoe—. Estoy sangrando, señor. Creo que la herida es grave.

Bonvilain agitó una mano como para restarle importancia al comentario.

—Sí, luego nos ocuparemos de eso. Ahora, quiero hablar de esta criatura.

Del cajón del escritorio sacó una libreta y, girándola, la empujó en dirección al carcelero. Era la libreta de Pike, abierta por una página en la que se veía un boceto del aviador surcando el aire.

—Le llaman Airman y, por lo visto, vuela.

Billtoe sabía por experiencia que, en casos así, siempre era mejor aducir ignorancia.

—Estábamos dando un paseo y, de pronto, se abalanzó sobre nosotros. Me quedé de piedra.

—Mmm. Entonces, ¿fue una coincidencia? Estabais en el puente de Sebber, por pura casualidad, expuestos a los disparos de los centinelas de la muralla, cuando este tal Airman descendió de los cielos, ¿correcto?

Billtoe asintió con entusiasmo.

—Sí, así fue exactamente. Ha ido usted al meollo de la cuestión, como de costumbre.

—Y dime, ¿cuándo dibujó Pike este boceto? ¿Antes o después de que le dispararan? No entiendo cómo pudo hacerlo en ninguno de ambos momentos —Bonvilain se inclinó hacia delante; su masa corporal arrojaba una sombra sobre Billtoe—. ¿No será que me estás mintiendo, Arthur?

La sangre seguía manando entre los dedos del carcelero.

—No, señor, mariscal; jamás le mentiría.

Bonvilain exhaló un suspiro; al parecer le divertía aquel juego del gato y el ratón.

—Estás tejiendo una red tan enmarañada que acabará por atraparte. Lo mejor es que te cuente lo que, en mi opinión, has estado haciendo últimamente. Cuando haya terminado, añades los detalles que yo haya pasado por alto. ¿Qué te parece, Arthur?

Billtoe asintió con un gesto, como si de veras su propia opinión tuviera importancia.

—Veamos. En primer lugar, me empiezas a dar ideas acerca de globos aerostáticos y huertas de salicores. Luego, llegan informes de un aviador que desentierra objetos en los bancales de la huerta; según Pike, eran diamantes.

—Pike delira —objetó Billtoe—. Es la fiebre producida por la bala.

Bonvilain levantó un dedo.

—No es momento para embustes, Arthur. Estás sangrando, ¿te acuerdas? Y no he terminado de hablar.

—Lo siento —masculló Billtoe.

—El caso es que eres demasiado ignorante y careces de la visión necesaria para que esta idea de los diamantes se te haya ocurrido a ti…

—Exacto —aprobó Billtoe, no poco aliviado—. Ignorante y sin visión, ése soy yo.

—Por lo que deduzco que quienquiera que haya tramado semejantes planes te ha manipulado. Y sólo conozco una persona en Little Saltee a quien le fascine volar —en este punto, la actitud afable de Bonvilain se tornó fría y amenazadora—. Ten cuidado con lo que dices ahora, Billtoe, porque si tu respuesta no me complace, no vivirás lo bastante para morir de esa herida que tienes en la pierna… ¿Era Conor Broekhart el inventor de estas ideas?

—¿Quién? —preguntó Billtoe. Una expresión de genuino desconcierto le cruzaba el rostro.

—Finn. Conor Finn.

La poca sangre que le quedaba a Billtoe en el rostro se esfumó de repente. Siempre había sabido que llegaría el momento. Sólo le quedaba una baza por jugar.

—Sí, mariscal —respondió avergonzado—. Me vendía las ideas a cambio de mantas y cosas así. A mí me parecía un engaño sin importancia.

Bonvilain soltó un gruñido.

—Hasta que se escapó en aquel globo, el día de la coronación. Con tu ayuda, claro está.

—No, señor —replicó Billtoe mientras apretaba con fuerza los bordes de su herida—. Finn está encerrado en el ala del manicomio, según ordenó usted. Conor Finn no se escapó, nada de eso —en la pausa de Billtoe se apreciaba una nota de culpabilidad—. Aunque puede que ahora tenga un aspecto un poco diferente a la última vez que usted le vio. Estos años han sido difíciles para el pobre muchacho, trabajando en la campana y con las palizas que usted encargó. No me sorprendería que no reconociera al joven Conor Finn.

Bonvilain entrelazó los dedos y los apretó hasta que las yemas se volvieron transparentes y, luego, se pasó los nudillos por la frente. Sabía lo que había ocurrido,

por descontado que lo sabía. Y la culpa era suya.

«Debería haber arrojado a Conor Broekhart por la ventana hace años. Me equivoqué al dejarle con vida, por si alguna vez le necesitaba para controlar a su padre. Qué redes tan enmarañadas tejemos los humanos…».

Bonvilain admitió para sí que le gustaba la idea de tener un testigo de su genialidad. El confinamiento de Conor Broekhart tenía que haber sido mil veces más angustioso al saber que su padre le consideraba un asesino.

El mariscal esbozó una tensa sonrisa. Era un buen plan, claro que sí. Sólo que ciertas circunstancias increíbles lo habían echado por tierra. Airman, el hombre del aire, nada menos. Resultaba imposible estar preparado para eventualidades que aún estaban por inventar.

Conor Broekhart podría ser un genio, pero la astucia de Hugo Bonvilain era sobresaliente. Aquella situación le daba la posibilidad de poner a prueba su valía. Tenía que pensar deprisa, pero el germen de un nuevo plan ya empezaba a echar raíces en la mente del mariscal. Habría que cometer asesinatos, lo que en realidad no suponía un problema, salvo que podría necesitarse un crimen al más alto nivel, y cuando uno se embarca en semejantes regicidios debe aparentar la más pura inocencia. Las familias reales europeas no aprobaban el hecho de que los plebeyos liquidasen a sus monarcas. Y la desaprobación por parte de la realeza, por lo general, adquiría la forma de inminentes buques de guerra y anexiones de territorio. Hugo Bonvilain no tenía la intención de compartir sus diamantes o su situación de poder con nadie, en particular con la buena amiga de Isabella, Victoria, reina del Imperio británico.

Los Bonvilain se habían esforzado durante siglos para alcanzar el estatus del que él mismo gozaba en la actualidad, por lo que no tenía la intención de hacer el equipaje ante el primer obstáculo con el que se topaba.

Bonvilain recordó la noche en la que murió su padre. Despotricaba éste de la lepra de la que se había contagiado en una peregrinación a Jerusalén. Buena parte de lo que decía carecía de sentido, pero hubo momentos en los que sus ojos adquirían la más absoluta claridad.

—Hemos estado podando —le había dicho al joven Bonvilain—. ¿Sabes a qué me refiero, Hugo? Llevamos siglos podando a los Trudeau. Se reproducen como conejos, Dios los maldiga; pero hemos colocado la corona en la cabeza adecuada, manteniendo así la independencia de las Saltee. Tienes que terminar la tarea. Eres el último en la línea de los servidores, y el primero en la línea de los señores Bonvilain. Prométeme que lo harás, Hugo. Prométemelo.

Y el moribundo se aferró con sus manos vendadas al brazo de su hijo.

—Te lo prometo —había respondido Hugo, incapaz de mirar el desfigurado rostro de su padre.

De pronto, se le ocurrió a Bonvilain que estaba balanceándose en su asiento y que llevaba un rato con los nudillos apretados contra la frente, lo que podía resultar un tanto extraño. Se inclinó hacia atrás y se ajustó el peto blanco con la cruz roja de los templarios sobre su uniforme azul marino.

—Te he dicho lo que pienso, Arthur. ¿Alguna objeción?

—No, mariscal. Ninguna.

—Me alegro. ¿Algo más que quieras contarme sobre nuestro Airman?

Billtoe lanzó el anzuelo al interior de su cabeza en busca de alguna información pertinente que el mariscal pudiera agradecer.

—Mmm… eh… ¡Ah, sí! Habla francés, me llamó «mesié».

Bonvilain golpeó la superficie de madera con ambos puños, haciendo que los artículos de escritorio saltaran por los aires.

Francés. Eso lo confirmaba. En un error de cálculo, había confesado a Conor Broekhart su fobia hacia los franceses. Parecía que el muchacho tenía sentido del humor. Debía librarse de él lo antes posible. Lo último que necesitaba era un aviador vengativo que fuera volando por ahí, robándole los diamantes y socavando sus planes.

—Entonces, Arthur, ¿mantienes que Conor Finn sigue languideciendo en su celda?

Billtoe tragó saliva; la nuez de la garganta le subía y le bajaba a toda velocidad.

—Aparte de eso de «languideciendo», que no sé lo que significa, sí, señor. Está en su celda.

—Bien. Quiero hablar con él.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Sí, ahora. ¿Acaso te plantea algún problema?

—No, ningún problema —el rostro de Billtoe estaba contorsionado por el dolor y la desesperación—. Sólo que estoy sangrando mucho, mariscal. Hay que coser la herida; si no, igual me muero antes de llegar a la isla en el ferry.

Bonvilain dirigió la mirada a la chimenea. Las crepitantes llamas mostraban tonos azules y anaranjados, y un sable en miniatura, utilizado a modo de atizador, colgaba de un gancho junto al cubo de carbón.

—Tienes razón, Arthur —repuso con voz alegre—. Es hora de cerrar esa herida.

***

Sultán asintió con un despreocupado cabeceo al tiempo que jugueteaba con su espléndido mostacho.

—Sí, mariscal. ¿Puedo preguntar a quién «tal vez» envenenemos?

—A mí mismo, lamento decir —respondió sir Hugo.

Sultán no dio muestras de sorpresa.

—Entiendo que también a otros.

—Sí, claro —confirmó Bonvilain con la mirada distante—. También a otros.

Bonvilain subió a bordo del ferry con el capitán Sultán Arif, su oficial de confianza. Billtoe se encontraba agazapado en la popa. De vez en cuando, hurgaba la cicatriz de carne derretida que tenía en el muslo y parecía sorprenderse cada vez que, al tocarla, le dolía. Perdió el conocimiento en varias ocasiones durante la breve travesía, e invariablemente se despertaba lloriqueando como un niño y mascullando la palabra «barril».

Bonvilain descubrió que no estaba en absoluto nervioso ahora que había considerado las novedades de la noche. De hecho, le estimulaba el reto de mantener su posición; de mejorarla, incluso. Al fin y al cabo, Conor Broekhart no era más que un muchacho con una cometa, mientras que Hugo Bonvilain era un estratega militar con un ejército a sus espaldas. Por lo visto, el joven Conor tenía cierta reticencia a la hora de acabar con la vida de otra persona, mientras que Bonvilain tomaba el asesinato como una consagrada herramienta política de plena validez.

El mariscal se inclinó para hablarle a Sultán al oído.

—Tal vez tengamos que envenenar a alguien en un futuro próximo. Ve preparando tus pociones.

LITTLE SALTEE

Un prisionero ocupaba la celda de Conor Finn, pero no era Conor Finn.

—Y dime, si es que puede saberse, ¿quién es este hombre? —preguntó Bonvilain, señalando al aterrorizado granuja acurrucado en un rincón, lejos de la luz de la lámpara.

Billtoe sabía que le habían pillado.

—No me mate, Su Señoría —suplicó, al tiempo que se hincaba de rodillas y agarraba los faldones del peto de templario de Bonvilain—. Perdóneme la vida, se lo ruego. No sé cómo ha podido escaparse el muy canalla. Estaba aquí tan tranquilo y, de repente, desapareció. Debe de haber sido cosa de magia. Puede que me hipnotizara.

Bonvilain no apartó al carcelero de una patada por el momento, pues le complacía ver cómo aquel hombre se arrastraba.

—Lo que aún no sé, Arthur, es si realmente has sido el cómplice de Finn. Tú le ayudaste a escapar, y eras su contacto a la hora del contrabando, ¿no es verdad?

—Oh, no, señor, mariscal —farfulló Billtoe—. No he conspirado con nadie. Me falta inteligencia para eso.

—No estoy seguro. Este plan tuyo del sustituto podría haber funcionado en el

caso de otro prisionero. Tuviste mala suerte al perder a Finn, precisamente.

—Eso es, señor. Maldita mala suerte; ni una pizca de cooperación por parte del muy canalla.

Bonvilain decidió que la situación requería un despliegue de cólera; a fin de cuentas, Sultán estaba observando.

—¡Me has mentido, Billtoe! —exclamó. Sus gritos hacían eco en la diminuta celda—. ¡Me has robado mis diamantes!

De un tirón, el mariscal arrancó el peto de los dedos de Billtoe y luego le propinó una imponente patada que hizo que el carcelero saliera disparado hacia el camastro y fuera a chocarse contra la pared de detrás. Una placa de barro y suciedad se agrietó y se desprendió. Billtoe yacía en el suelo, hecho un bulto, como un saco de lavandería del que se sale la ropa sucia.

—Buen golpe, mariscal —aprobó Sultán—. Justo en la barbilla. Ha salido rodando como una rueda de carreta. ¿Quiere que le remate?

—No —respondió Bonvilain—. Prefiero algo más poético. Quizá nuestro amigo Arthur necesite un poco de tiempo para reflexionar sobre sus defectos.

Le distrajo un extraño resplandor que llegaba desde el fondo de la celda. Billtoe había desconchado con la frente un pegote de barro en la pared, y extraños garabatos de aspecto fantasmal brillaban debajo.

Movido por la curiosidad, Bonvilain se acercó y se inclinó para examinarlos.

—Coral, me figuro —musitó—. Al viejo Heck el Errante le habría encantado.

Pero aquellas marcas habían sido realizadas por la mano del hombre. Eran diagramas y ecuaciones. Alguien había tratado de tapar las anotaciones con barro, pero éste no había acabado de pegarse por completo a la superficie de la pared, en la que se veía con toda claridad el dibujo de un planeador. Bonvilain le dio un golpecito con un dedo enguantado.

—Hola, Airman —susurró—. Por lo que se ve, conseguiste un laboratorio a mi costa.

Sacó una pistola del cinturón y, con la empuñadura, rascó la pared. Otra placa de barro se agrietó y se desprendió, dejando al descubierto que el planeador se había lanzado desde el tejado de una torre.

—Me has dejado una pista de tu paradero y, probablemente, otros secretos valiosos.

Tumbado en el suelo, Billtoe gemía sin cesar.

—¿Me van a ejecutar ahora, señor? ¿Es ése mi destino?

—Por el momento, no —respondió Bonvilain mientras se incorporaba—. Tengo un trabajo para ti, Arthur. Tu destino inmediato consiste en eliminar la suciedad de estas paredes y luego transcribir todas las anotaciones y dibujos que encuentres debajo.

—Ah, gracias, señor —dijo Billtoe al tiempo que lágrimas de alivio le goteaban de la nariz—. Haré que uno de los reclusos se ponga manos a la obra ahora mismo. Será lo primero que haga.

—No has entendido bien, Arthur —indicó Bonvilain, que agarró con el puño la solapa del guardián, le arrancó la casaca a tirones y le fue empujando hasta el fondo de la celda—. No vas a supervisar el trabajo en calidad de carcelero; lo harás tú mismo, como preso que ahora eres.

Bonvilain se volvió hacia el joven que había ocupado la celda durante casi un año.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Claude de Ville Montgomery, Su Majestad —respondió el joven con prontitud —, aunque todo quisqui en la trena me llama Spog.

Bonvilain parpadeó varias veces. La vida nunca dejaba de sorprenderle.

—El prójimo este, Billtoe, me dijo que cuando me preguntaran, sobre todo usted, me hiciera pasar por Conor Finn. El muy tarado trató de arrancarme la lengua, pero mire… —Spog abrió la boca de par en par, dejando al descubierto dos únicos dientes y una lengua gris.

—Gracias… eh… Spog. Y dime, ¿te ha tratado mal el señor Billtoe?

Spog contorsionó el rostro en señal de disgusto.

—De pena, el muy canalla. Me pegaba, me escupía. Y me tiraba del pelo, y eso no es de caballeros, como digo yo.

—En ese caso, te ha llegado el turno para vengarte —dijo Bonvilain arrojándole la casaca del carcelero—. Ahora, tú eres el guardián y él, el preso. Ojo por ojo, diente por diente, ya sabes. Su vida es tuya y la tuya, suya.

Spog recibió el anuncio con la serenidad más absoluta, como si el rumbo de su fortuna cambiara a diario.

—Soy el hombre que busca, Su Alteza —dijo, con un gesto que recordaba vagamente a un saludo militar—. ¿Qué le parece si torturo un poco a este guardián, que ya no lo es?

—Soy un decidido partidario de la tortura —aprobó Bonvilain—. Fortalece el carácter.

Spog sonrió; sus dientes parecían los postes de una puerta en el hueco de la boca.

—Se sentirá orgulloso, Su Señoría.

El mariscal dio un respingo.

—Limitémonos al tratamiento de «mariscal», ¿te parece?

—Sí, señor, Su Señoría.

La consciencia de Billtoe le flotaba en la cabeza como los espíritus que sobrevuelan el caldero de una bruja; aun así, se las arregló para captar lo esencial de lo que había sucedido.

—¿Es que… es que ahora soy un preso? —preguntó con un grito ahogado, al tiempo que se abalanzaba sobre el camastro.

Bonvilain dio una palmada en el hombro de Spog.

—Hágase cargo de su prisionero, señor Montgomery —indicó—. Yo no mantengo un trato directo con delincuentes.

Los ojos de Spog emitieron un destello de vengativa malicia.

—Sí, señor… Su Señoría. Un placer. Igual prefiere usted apartar los ojos.

Bonvilain se cruzó de brazos.

—Tal vez más tarde; ahora no.

Billtoe retrocedió para alejarse de su nuevo carcelero. Al chocar contra la pared del fondo de la celda, con los codos empezó a descascarillar el barro de la misma, dejando a la vista amplias zonas cubiertas de diagramas y cálculos.

El resplandor verde del coral iluminaba el primer atisbo de horror en el rostro de Arthur Billtoe. El sufrimiento que había contemplado en tantos otros recaía ahora sobre él.

Bonvilain guiñó un ojo a Sultán.

—Ya te lo dije. Prefería algo más poético.

FORLORN POINT

Debido al ajetreo de la noche, en la que no sólo había librado una pelea, sino dos, Conor no pudo dormir más que una hora. Su sueño estuvo gobernado por carceleros que en lugar de manos tenían hojas de acero y en lugar de ojos, diamantes. Había algo más, sin embargo, que se agitaba en un segundo plano, reclamando atención. Un fugaz recuerdo de Conor, a los nueve años, remando con su padre en Fulmar Bay.

«Mira la hoja del remo —le había dicho Declan Broekhart—. Observa cómo corta la superficie. Lo que tienes que hacer es ir recogiendo el agua, y no deslizarte a través de ella».

Entonces, en el sueño, Declan hizo un comentario que no había mencionado en la vida real.

«La misma teoría se aplica a las hojas de una hélice. De esta manera, tu aeroplano podría remontar el vuelo».

Conor se incorporó en la cama, de pronto completamente despierto. ¿Qué era? ¿En qué había estado pensando? El sueño empezaba a fragmentarse. El remo, sí. Tenía que ver con los remos. ¿Cómo podía un remo ayudar a volar a un aeroplano?

En realidad, era evidente. El remo tenía una hoja, igual que la hélice.

«Mira cómo corta el agua…».

¡Pues claro! El remo no se introducía en el agua en posición plana. Se colocaba en ángulo para reducir la resistencia y maximizar la propulsión. El mismo principio

que imperaba desde tiempo inmemorial debía aplicarse a la hélice. Al fin y al cabo, ésta venía a ser un ala giratoria. Cuando por fin el aeroplano ascendiera por los aires, la hélice tendría que absorber la potencia del motor y superar la resistencia aerodinámica del aparato. Había que tratarla como a un ala y, por lo tanto, darle la forma necesaria.

«Las hélices planas no funcionan —pensó Conor, vistiéndose a toda velocidad—. Deben formar un ángulo, y es preciso que las hojas tengan la forma adecuada para que se produzca el ascenso».

Para cuando Linus hubo conseguido subir las escaleras pertrechado con beicon, pan y café caliente, Conor estaba cincelando la segunda hoja de su nueva hélice.

—Ah —dijo Linus—. Una hélice nueva.

Semejante comentario provocó que Conor se quedara momentáneamente inmóvil.

—Eres ciego, ¿no? ¿Cómo es posible que sepas lo que estoy haciendo?

Linus colocó sobre un banco la bandeja con el desayuno.

—Tengo poderes mágicos, muchacho. Aparte de eso, llevas la última hora hablando solo en voz alta. Ascenso, resistencia, propulsión, todas esas cosas tan interesantes. Los ciegos no estamos necesariamente sordos, no sé si te has percatado.

El científico que Conor llevaba dentro deseaba continuar el trabajo, pero el hambriento joven lo apartó de la valiosa hélice en dirección al suculento desayuno.

Con la satisfacción propia del cocinero, Linus escuchó cómo Conor devoraba la comida.

—Compré el pan recién hecho en el pueblo. La gente está entusiasmada con las historias de esa criatura a la que llaman Airman. Por lo visto, anoche mató a veinte hombres en la isla.

—He oído que mide más de dos metros —comentó Conor, con la boca aún llena de pan.

Linus tomó asiento en el banco, a su lado.

—No es una broma. Estás en peligro.

—No hay por qué preocuparse, Linus. La breve carrera de Airman ha llegado a su fin. No más vuelos para mí. A partir de hoy, sólo experimentos científicos.

Linus le robó una loncha de beicon.

—Quizá deberías pensar en buscar una chica. Ya tienes edad, ¿sabes?

Conor no pudo evitar que Isabella le viniera a la memoria.

—Una vez hubo una; o podía haberla habido. Volveré a pensar en las chicas cuando lleguemos a Norteamérica.

—Cuando tú llegues a Norteamérica. Me propongo quedarme aquí y conspirar contra Bonvilain. Hay otros que piensan como yo.

—Hablas en serio —cayó en la cuenta Conor con tristeza—. Confiaba en que cambiarías de opinión.

—No. Perdí a mis amigos. Ambos los perdimos.

Conor no deseaba remover las ascuas de una discusión habitual.

—Muy bien —dijo, empujando su plato a un lado—. La torre es tuya, y también habrá dinero en abundancia. Pero me marcho. En Norteamérica hay aviadores como yo, ansiosos por surcar el cielo.

—Entiendo. ¿Y cuándo te vas?

—Tenía planeado partir hoy mismo, pero ahora estoy impaciente por probar esta hélice nueva. Es una maravilla, ¿qué te parece?

Linus Wynter se dio un golpecito en el antifaz para dormir de terciopelo con el que ahora cubría las cuencas vacías de sus ojos.

—Tendré que fiarme de ti. Por cierto, encargué que me enviaran este antifaz desde el Savoy. ¿Te he contado alguna vez que en cierta ocasión me alojé en ese hotel?

—Hagamos un trato —propuso Conor—. Hoy me llevo el aeroplano a la playa de Curracloe. Tardaré dos días en montarlo y otro más en ponerlo a prueba. Cuando vuelva, enviamos mi equipo por barco a Nueva York y nos vamos a Londres, primero en ferry y, luego, en tren. Nos pasamos una semana a cuerpo de rey en el Savoy, sin hablar de revoluciones ni de experimentos científicos. Después, revisamos la situación.

—La oferta es tentadora —admitió Linus—. Algunas de las suites del hotel tienen piano. Los dedos me cosquillean de sólo pensarlo.

—Cerremos el trato, entonces. Una semana para nosotros solos y, luego, volvemos al mundo. Por separado, tal vez; pero rezo para que lo hagamos juntos.

—Yo también rezo por eso.

—Entonces, estamos de acuerdo. El Savoy.

Linus extendió una mano.

—El Savoy.

Estrecharon las manos para cerrar el trato.

***

Bonvilain y Sultán desembarcaron de incógnito, con el rostro oscurecido gracias a sendos sombreros de ala ancha elaborados con paja de toquilla. Sus uniformes de las Saltee no les otorgaban autoridad en territorio irlandés, y era poco probable que vestidos de civiles llamaran la atención. Los gamberros del pueblo antes molestarían a militares de otros territorios que a desconocidos de aspecto peligroso. De hecho, algunos de los jóvenes de Kilmore lo pasaban en grande mofándose de los soldados rasos del ejército de las Saltee, quienes tenían instrucciones precisas de no responder a las provocaciones. Bonvilain y Sultán no estaban sujetos a tales preceptos. Se

abstuvieron de hacer gestos abiertamente hostiles y se comportaron con gentileza; aun así, los muchachos de la localidad que se encontraban en el puerto tuvieron la impresión de que divertirse con aquella extraña pareja les conduciría a disgustos tan inmediatos como duraderos.

Pasearon por el muelle y se adentraron en las humeantes profundidades de Wooden House.

—He visitado tabernas en todo el mundo —comentó Hugo Bonvilain, agachando la cabeza bajo el dintel—, y todas tienen una característica en común.

—¿Los borrachos? —dijo Sultán Arif, empujando a un marinero dormido que le interrumpía el paso.

—Eso también. Pero la venta de información es el factor común en el que estaba pensando. Ese desgraciado, por ejemplo…

El mariscal señaló un hombre solitario que apoyaba los codos en la barra y clavaba la mirada en un vaso vacío.

—Un candidato perfecto. Vendería su alma por otro trago.

Se acercó furtivamente al hombre y pidió al tabernero que le sirviera una botella de whisky.

—¿Le conozco? —preguntó el tabernero.

—No, no me conoce —respondió Bonvilain con tono animado—. Y le recomiendo que siga siendo así. Vamos, deje aquí la botella y váyase a atender sus asuntos a otra parte.

Casi todos los buenos taberneros desarrollan un instinto acerca de sus clientes y las particularidades de éstos. El propietario de Wooden House no era una excepción. No formularía más preguntas, pero comprobaría que su pistola estaba cargada, no fuera a ser que aquel cliente tan sonriente que le resultaba vagamente familiar y su alegre acompañante dieran rienda suelta al alboroto del que sin duda eran capaces.

Bonvilain abrió la botella y se giró hacia el hombre solitario que contemplaba su vaso.

—Bueno, caballero, da la impresión de que un buen trago no le vendría mal. Desde luego, confío en que así sea, porque no tengo la intención de ingerir ni una gota de esta bebida alcohólica que, por el olor, se diría que ha pasado por los respectivos estómagos de varios gatos.

Con un dedo, el hombre empujó su vaso a lo largo de la barra.

—Le haré un favor; se lo quitaré de las manos.

—Muy noble por su parte, amigo mío —repuso Bonvilain, llenando el vaso hasta el borde.

—No somos amigos —puntualizó el hombre, malhumorado a pesar de su golpe de suerte—. Todavía no.

***

Media botella más tarde eran amigos, y Bonvilain dirigía la conversación como si su interlocutor tuviera un timón clavado en la nuca.

—Estúpidas lámparas de gas —protestó el hombre—. ¿Qué tienen de malo las velas? Una vela no se rompe, ni explota. Cuentan que una explosión de gas destruyó una ciudad entera en China; no se salvo nadie, excepto los gatos, que son inmunes al gas.

Bonvilain cabeceaba con gesto comprensivo.

—Gas. Terrible sustancia. Y con respecto a los extranjeros que compran nuestros edificios…

—Estúpidos extranjeros —espetó el hombre con vehemencia—. Van por ahí, comprando nuestros edificios. Menudo puñado de engreídos. ¿Sabía usted que los ingleses son dueños al cien por cien de todas las casas importantes de los alrededores? O demás, aún.

—Y les encanta vivir en las torres, como si fueran los amos de todos nosotros.

—Es verdad —acordó el hombre, para entonces borracho como una cuba—. Por ejemplo, ese idiota de Forlorn Point. Tiene contratado a un músico ciego que le limpia la casa y le prepara la comida.

Bonvilain se sintió extremadamente interesado en ese idiota.

—Un chico así ni siquiera debería ser dueño de una torre —apuntó.

Otra ronda de whisky volvió a llenar el vaso.

—¡No! Maldita sea. No está bien. Un chico como ése debería estar en el campo, cortando heno, como todos a su edad. Pero ¿qué hace él? Compra montones de tela; encarga toda clase de piezas mecánicas. ¿Qué está construyendo ahí arriba? Quién sabe. Es como el doctor Frankenstein, se lo digo yo. No sé lo que hará, pero el ruido que sale de esa torre es capaz de resucitar a un cerdo muerto.

El hombre se acabó la bebida de un trago; la crudeza del alcohol le produjo una conmoción que le recorrió el cuerpo, desde el estómago a los globos oculares.

—Y no me diga usted que las langostas no se están volviendo cada vez más listas. El mes pasado cogí una langosta y le juro que trataba de hablarme; abría y cerraba las pinzas y agitaba las antenas para decirme algo.

El tabernero dio unos golpecitos en la barra con los nudillos.

—Puedes cerrar el pico, Ern. Se han marchado.

—Da igual —repuso Ern, apretando la botella contra su pecho con ademán protector—. En cualquier caso, no me gustan los tipos que llevan sombrero. Nunca te fíes de un hombre con la cabeza cubierta.

El tabernero tuvo el tacto de no señalar que el propio Ern iba tocado con una

vistosa gorra.

***

Bonvilain y Sultán encontraron Forlorn Point en cuestión de minutos. El antiguo mojón de piedra del ejército británico situado al borde de la carretera les ayudó en buena medida.

—Forlorn Point, «Collado Solitario». Eligieron bien el nombre —observó Arif mientras colocaba su mochila sobre el tocón de un árbol. Del interior, seleccionó dos revólveres gemelos y varios cuchillos, que se colocó en el cinturón—. Imagino que no vamos a pedir refuerzos.

—Como de vez en cuando es el caso, Sultán, estás en lo cierto —respondió Bonvilain—. Se trata de una torre Martello; ya podríamos traer un buque de batalla, que seguiríamos sin poder entrar. Tenemos que proceder con cautela. Primero, la diplomacia; a continuación, la astucia y, en último término, la violencia, si es que fuera necesaria.

Pasaron por encima de los destrozados restos de la tapia y atravesaron el recinto, con cuidado de no engancharse las botas en las traidoras enredaderas que salían como serpientes del pedregoso suelo.

—No parece gran cosa —comentó Sultán, arrancando un pedazo de musgo de la pared de la torre.

Bonvilain asintió.

—Ya lo sé. Ingenioso, ¿verdad?

Una rápida vuelta alrededor de la torre confirmó que, en efecto, sólo había una entrada: una puerta de madera situada a la altura de la cabeza.

—Apuesto a que la puerta no es tan débil como aparenta —masculló Bonvilain.

Sultán pegó la mejilla a la pared.

—Las piedras vibran a causa de un generador, mariscal —señaló—. Oigo música clásica. Da la impresión de que hubiera una orquesta completa ahí adentro.

—Es un fonógrafo —repuso Bonvilain con acritud—. Un invento muy moderno. A Conor Broekhart siempre le han gustado los cachivaches.

—Bueno, ¿y cómo entramos? ¿Arrojamos piedras a la puerta?

«Es la torre de ese tal Airman —pensó Bonvilain—. Él entra y sale por el tejado».

—Sí, yo me encargo —dijo a su capitán.

—Lo de tirar piedras siempre se le ha dado bien. Y yo, ¿qué hago?

—Busca en esa bolsa tuya, a ver si te has traído la ballesta.

Los ojos de Sultán lanzaron un destello.

—No hace falta buscar. Siempre la llevo conmigo.

***

Linus Wynter disfrutaba de la Oda a la alegría de Beethoven mientras freía en la sartén unos tradicionales pastelillos de sémola. Su ingrediente secreto era el pimentón picante, pero, claro, la limitada despensa de Conor carecía de pimentón, por lo que Linus se vio obligado a reemplazarlo por curry en polvo. Cierto era que rebajaba su estándar culinario habitual, aunque resultaba poco probable que Conor protestara después de dos años de comidas en Little Saltee. En cualquier caso, el joven se había marchado a la playa de Curracloe hacía tan sólo cinco minutos, y para cuando regresara los pastelillos de sémola no serían más que un lejano recuerdo.

El fonógrafo era una maravilla científica. Conor le había explicado el proceso por el que una orquesta podía transferirse a una lámina circular de cera; pero, honradamente, Linus no se había esforzado gran cosa en entenderlo. La aguja producía chirridos y había que cambiar el disco cada pocos minutos; aun así, la música era deliciosa.

A pesar del chirrido de la música y el chisporroteo de los pastelillos de sémola en la sartén, Linus escuchó voces amortiguadas que llegaban del exterior. En un primer momento dio por sentado que se trataba de algunos jóvenes del pueblo que acudían a fisgonear, pero luego escuchó la palabra «mariscal», y su leve curiosidad se tornó en un nudo de miedo que le apretaba el estómago.

Bonvilain los había encontrado.

Wynter nunca había sido un gran tirador, pero de todas formas notó un cierto consuelo al enroscar los dedos en la culata del rifle de repetición oculto bajo la encimera.

«Tengo que esperar a que Bonvilain abra la boca y haré todo lo posible por cerrársela para siempre».

Segundos después, una piedra se estrelló contra la puerta, seguida en rápida sucesión por tres más. La última emitió un sonido metálico al chocar contra una banda de acero.

—Me lo imaginaba —dijo una voz—. Una puerta reforzada.

Linus comprobó la recámara con el pulgar y se abrió paso a trompicones a lo largo de la pared hasta llegar a una tronera.

«Cargada y preparada. Diga algo más, mariscal Bonvilain».

Y Bonvilain dijo algo más.

—Conor Broekhart, ¿por qué no bajas aquí para que, por fin, pueda matarte? Más vale ir directamente al grano.

Linus disparó seis tiros en dirección a la voz.

«Puede que Dios favorezca a los virtuosos», pensó mientras los disparos hacían

eco en las paredes curvas de la torre y el humo de la descarga se le metía por la tráquea y le producía accesos de tos.

—De modo que Conor no está en casa y el criado ciego aprieta el gatillo —dijo Bonvilain—. Para tu información, acabas de herir de muerte a la columna detrás de la que me refugiaba.

«O acaso el diablo cuida de los suyos», concluyó Linus, cubriéndose la nariz y la boca con un trapo mojado que cogió del fregadero.

«Tengo que avisar a Conor. No deben apresarle. Lanzaré las bengalas de advertencia».

A Conor le preocupaba dejar a Linus solo en la torre, a pesar de que el norteamericano había sobrevivido sin su ayuda a guerras y calabozos durante cincuenta años, de modo que había instalado en el tejado un conjunto de bengalas de advertencia. Las mechas de las bengalas descendían hasta varios puntos del interior de la torre y estaban cubiertas con fundas de azufre. No había más que dar un tirón a la funda para encender la mecha. Las mechas estaban conectadas de tal modo que, si una prendía, las demás también lo harían.

La más cercana se encontraba en lo que llamaban, en broma, el salón: una colección de sillas apiñadas alrededor de la chimenea, donde Linus había instalado un alambique de ginebra.

«Quince pasos desde la tronera hasta el salón. Un escalón hacia abajo. Un banco junto a la pared. Hago el mismo recorrido cien veces al día».

Linus tosió para liberar sus pulmones de los últimos restos de humo e inició su breve trayecto con sumo cuidado. Sería una lástima fracasar por culpa de un esguince de tobillo. Tenía tiempo de sobra. Bonvilain se mostraría reacio a entrar por la puerta, ya que podría haber un arma apuntada en esa dirección.

«Camina lento pero seguro».

De pronto, una lluvia de disparos que rebotaban contra la puerta y hacían que los remaches de metal repicasen como las campanas sumió a Linus en la confusión. Desconcertado, cayó al suelo a cuatro patas.

«¿Acaso el mariscal ha perdido la cabeza? La puerta está reforzada; él mismo lo dijo. ¿Por qué iba a disparar?».

La respuesta era evidente, y a Linus se le ocurrió casi de inmediato.

«No trata de matarme; lo que intenta es distraerme. El mariscal no está solo…».

Una superficie fría, afilada y metálica le presionó en el cuello.

—Dejaste abierta la puerta del tejado, amigo —dijo una voz con marcado acento extranjero. Linus supo al instante de quién se trataba. Era Sultán Arif, el mortal subalterno de Bonvilain—. Tú mejor que nadie deberías saber que, a veces, los problemas vienen de arriba —añadió.

«Tengo que prender la mecha».

Linus se abalanzó en dirección al salón, lo que le costó un profundo corte de la espada en el cuello, pero no consiguió escapar de Sultán Arif. El capitán agarró al ciego como si éste fuera un cachorro enrabietado y tiró de él para ponerlo de pie.

«No te desorientes. Conoce tu posición».

Con tantas distracciones que le asaltaban los sentidos, la tarea resultaba complicada. El cuello le dolía y por la espalda le bajaba un reguero de sangre. El eco de los disparos aún no se había apagado, y Sultán le había hecho girar con brusquedad. Linus se encontraba completamente desorientado.

«Concéntrate. ¿Dónde estás?».

Al final, Sultán le facilitó las cosas.

—Bajaremos de la torre para reunimos con nuestro superior, ¿te parece? —dijo al tiempo que empujaba a Linus a través de la estancia. Wynter escuchó el chirrido de los cerrojos y notó la bocanada de aire fresco en el rostro.

«Estoy en la entrada», pensó, mientras con los dedos iba palpando el marco de la puerta.

La voz de Sultán le atronaba en el oído.

—Lo tengo, mariscal —dijo a gritos—. El ciego está solo. Veo que aquí hay una escala de cuerda; voy a desatarla.

—No seas pesado, Sultán; lánzale de un empujón —apremió Bonvilain—. No hay nada más divertido que ver a un ciego caerse.

Sultán exhaló un suspiro. Se trataba de un trabajo indigno, carente de honor; pero el sentido del honor no era una virtud que el mariscal tuviese en alta estima.

—Relájate, amigo. Los huesos en tensión acaban por romperse.

El cuero de la chamarra de Arif produjo un leve crujido cuando éste dobló el brazo para propinar el empujón. Linus esperó el momento adecuado. Cuando Sultán le impulsó al vacío, lanzó un alarido lo bastante estridente como para enmascarar el sonido de la funda de azufre que acababa de arrancar de la mecha que rodeaba el marco de la puerta.

***

Linus soltó un grito al recobrar la consciencia, pues al estrellarse de cabeza contra el suelo había visto algo. Fue un destello de luz que sólo duró un instante; ahora volvía a reinar la oscuridad. Le costaba respirar por el peso de la bota que le pisaba el pecho.

—Me acuerdo de ti —dijo Bonvilain—. Tocabas el piano para el rey. Un espía ciego, muy ingenioso. Bueno, amigo mío, tus días de concertista han terminado. Y también los de espía, ahora que lo pienso.

—Maldito seas, Hugo Bonvilain —espetó Linus con voz áspera y valiente—. En

el infierno hay un hoyo reservado para los de tu calaña.

El mariscal soltó una carcajada.

—No lo dudo; por eso mismo trato de retrasar todo lo posible mi adiós de esta vida. La tuya, sin embargo, es inminente, a menos que respondas a mis preguntas.

La risa de Linus tenía un tinte de amargura.

—Mátame, Bonvilain. Si tu prisión no consiguió someterme, tú tampoco lo conseguirás.

—¿Sabes una cosa? Me parece que tienes razón. Creo que te rebelarías contra mí hasta el último aliento. Nunca entenderé a la gente con principios, como tú. Sultán tiene unos cuantos, pero es capaz de ignorarlos si la situación así lo requiere. En realidad, no te necesito. Broekhart regresará y yo le estaré esperando, tan sencillo como eso.

—Puede que no sea tan sencillo —argumentó Linus.

En ese momento, las mechas entrelazadas propulsaron hacia el cielo media docena de bengalas que, al explotar, iluminaron las oscuras nubes con un resplandor de tonos rosa y rojo.

Bonvilain observó el lento descenso de los proyectiles con maliciosa consternación.

—Bengalas de advertencia. Hay que ver lo escurridizo que resulta este joven Broekhart. Lo juro, a veces me parece que me he pasado la vida tratando de sepultarle.

—La ayuda está en camino —dijo Linus, falto de aliento—. Avisarán a los bomberos.

Bonvilain meditó unos segundos, golpeándose la frente con los nudillos. Luego llamó a Sultán.

—Tráeme pluma y papel de la torre. Voy a clavar una invitación muy especial en la cabeza de este hombre.

—No me entusiasma asesinar a un hombre ciego, mariscal —repuso Sultán con voz serena.

—Ya hemos hablado de eso, capitán —siseó Bonvilain con el tono de un padre que no quiere que sus hijos le escuchen—. En tus días de soldado raso no tenías tantos escrúpulos.

—Era la guerra. Eran militares. Éste es un anciano ciego.

—Tráeme la pluma —insistió Bonvilain.

—No llegué a desplegar la escala de cuerda.

—¿Desplegar? ¿Desplegar? ¿Qué pasa, es que te crees William Shakespeare? Entonces, dispara otro gancho y sube otra cuerda —añadió, furioso.

Sultán hizo un gesto de cabeza en dirección al pueblo.

—Tardaré varios minutos; no creo que tengamos tiempo.

Bonvilain frunció el ceño con ademán engreído.

—Esto es demasiado, Sultán. Confío fervientemente en que este anciano te clave un puñal entre las costillas. Me inclinaré sobre tu cuerpo moribundo sólo para decir: «Te lo advertí».

Sultán hizo una profunda reverencia como muestra de que su lealtad hacia el mariscal seguía en pie.

—Demasiado tarde para reverencias, buen hombre. Me has decepcionado, y mucho.

—Mis disculpas, mariscal.

—Sí, claro; disculpas. Muy útiles, sí. Por lo menos, hazme el favor de atar a este espía a la columna.

—Cómo no, mariscal.

Sultán levantó al prisionero del suelo y, de un empujón, lo apoyó contra el pilar de la verja. Linus notaba cómo la cuerda le iba atando las piernas y el torso, con tanta fuerza que le quemaba la piel. Escuchaba a su alrededor las pisadas de Sultán, que daban vueltas y más vueltas, mareándole.

«Mareado y ciego. Qué injusta es la vida».

Al menos seguía vivo, aunque, con Bonvilain de por medio, sin lugar a dudas tenía que haber una condición.

—Muy bien, hombre ciego —dijo a su izquierda la voz del mariscal, en tono suave y burlón—. Te has ganado un aplazamiento. Entrega este mensaje al aviador, a ese que llaman Airman. Dile que mañana por la noche voy a reunir a unos cuantos invitados. Será un pequeño banquete para conmemorar la vida de Conor Broekhart, lo que encuentro tan divertido como irónico, pues será el tercer aniversario de su muerte. Familiares y allegados, nada más. Se celebrará un brindis especial en el que se servirá vino de una añada potente. «Muy» potente. Dará la impresión de que los rebeldes han conseguido infiltrarse en la cocina. Una tragedia.

Linus no tenía alientos para protestar.

—No dejes de decirle a Conor que por su culpa voy a tomarme todas estas molestias —prosiguió Bonvilain, hundiendo los dedos en el hombro de Linus—. Si hubiera permanecido donde le dejé, nada de esto sería necesario; pero se escapó, y luego me robó, así que su hermano va a quedarse huérfano. ¿Sabes? Puede que me quede con la tutela del niño. Puedo criarle como si fuera hijo mío. Un pequeño mariscal.

Bonvilain se rió entre dientes, disfrutando de su perverso sentido del humor.

—Ah, cuánto me querría la gente. El noble Bonvilain adopta al hijo de otro hombre.

Linus consiguió articular una breve frase.

—Nadie te quiere, Bonvilain.

—Tienes razón —convino el mariscal—. Y a lo mejor piensas que me disgusta, pero no. Lo cierto es que encuentro cuanta satisfacción necesito en los bienes materiales.

Con una inclinación de cabeza, Sultán se colocó en la línea de visión de Bonvilain.

—Mariscal, esas bengalas podrían haber llamado la atención.

Bonvilain se sintió decepcionado. Seguro que los aldeanos acudían a investigar las explosiones. No disponía de más tiempo para recrearse en la situación. Una lástima, le divertía tanto, y había tan pocas ocasiones… Bueno, la idea de envenenar a la reina y al matrimonio Broekhart le hacía mucha ilusión. Además, con un poco de suerte, Conor también se incluiría en el paquete. Aunque no se diera el caso, Bonvilain sería nombrado primer ministro sobre la marcha, circunstancia que nadie podría cambiar.

—Me figuro que los irlandeses se encargarán de desatarte —comentó—. Aun así, no huyas. Quédate aquí para comunicar mi mensaje, o tu amo no tendrá la oportunidad de perder la vida tratando de desbaratar mis planes.

Bonvilain propinó a Linus una fuerte bofetada en la mejilla.

—Después, pásate el resto de tu vida preguntándote cuándo te mataré. Como ya sabemos, no me «verás» llegar.

Linus mantuvo el labio superior tieso y el ceño fruncido, pero respiraba por la nariz con dificultad y, si la cuerda no le hubiera sujetado, se habría derrumbado.

«Me odio por sentir este pánico. He sido testigo de guerras y plagas. He vivido en las tinieblas, con el miedo al dolor siempre presente. Pero ¿pánico? Nunca, hasta ahora».

—Maldito seas, mariscal —sollozó con tono desafiante—. Que el diablo te arrastre al infierno.

Pero por el vacío del aire y la forma en que su voz se desplazaba supo que estaba solo. Bonvilain se había marchado para encargarse de los preparativos de su fiesta.

***

«Debería estar contento —pensó Conor Finn—. Mi plan ha salido bien y vuelvo a ser un científico, con los fondos suficientes para continuar mis experimentos hasta un futuro lejano. Al menos, debería sentir un poco de satisfacción».

Pero no podía librarse del pensamiento de que aquélla no era su vida. Merodeaba por los márgenes de ésta como si tuviera prohibida la entrada. Y en algún lugar, fuera de su alcance, otra vida verdadera le estaba esperando.

«Todo me irá mejor lejos de aquí. No puedo empezar de nuevo cuando, cada vez que levanto los ojos, veo las islas Saltee en el horizonte».

Conducía su carreta, tirada por una yegua, por la costa de Wexford. De allí tomaría rumbo a la playa de Curracloe, a ocho kilómetros de distancia. Ya era mediodía, pues había tardado más de lo previsto en bajar las alas desde el tejado por el muro de la torre. Tendría que dormir en la playa una noche más, acaso dos, en función de las condiciones meteorológicas.

En el trayecto también tardaría más tiempo del que esperaba. Sólo habían viajado un kilómetro desde Kilmore y la yegua ya estaba cansada por el peso de la carga: alas, motor, cola, cuerpo y, por descontado, la nueva hélice. Demasiado para un animal tan viejo. Tendría que pensar en cambiarlo en los muelles de Wexford.

Se acordó de Linus y soltó una carcajada.

«Estoy comparando a Linus con una yegua vieja. No le haría mucha gracia».

Con Linus Wynter en mente, volvió la cabeza para mirar atrás en busca de bengalas, como ya había hecho en una docena de ocasiones durante el viaje.

«Como si Linus me necesitara. Como si Linus necesitara un…».

Las bengalas estallaron en las alturas. Todas a la vez, por lo que parecía. Hacían piruetas en dirección a la tierra dejando rastros de color rosa, como las varillas de un paraguas fantasmal.

«Linus tiene problemas».

Debía tener relación con el encuentro de la noche anterior. No podía tratarse de una coincidencia.

Conor apartó el vehículo del camino y se adentró en una zona boscosa. La yegua protestó, rehuyendo las ramas bajas, pero Conor siguió su rumbo y por fin encajó la carreta entre dos troncos. Los árboles salpicaron una lluvia de agujas de pino sobre el joven y el animal.

En cuestión de segundos, Conor había desenganchado a la yegua y la apremiaba por la carretera de la costa, de regreso a la torre. Con aquel animal existían dos opciones. Podía hacer que corriera a paso corto y rápido, o bien lento y largo. Conor optó por lo primero; algo en su interior le decía que si optaba por el paso largo llegaría demasiado tarde.

***

Cuando Conor alcanzó la torre, encontró a su único amigo atado a la columna, con el rostro y el cuello plagados de contusiones. Su primer pensamiento fue: «Está muerto. Lo he perdido otra vez». Pero luego el herido tosió.

—¡Linus! —exclamó Conor, sujetando al norteamericano, vencido hacia delante —. Estás vivo.

Wynter pareció sorprendido.

—Conor. No he oído ningún caballo.

—La yegua se desplomó a las afueras del pueblo. Me figuro que le falló el corazón.

A toda prisa, cortó las cuerdas y, manteniendo a su amigo apoyado en el pilar, le ayudó a sentarse.

—Sobrevivirás —aseguró Conor al tiempo que realizaba una rápida comprobación en busca de huesos rotos—. Pero no hay un centímetro de piel que no tenga heridas o moratones. Te encantará saber que tu sangre es azul; siempre sospeché que pertenecías a la realeza.

—Conor, escúchame —dijo Linus, con la garganta descarnada y quemada por la cuerda—. Ha sido Bonvilain.

Conor se cayó de espaldas, sobre la hierba.

—¿El mariscal en persona? ¿Ha estado aquí?

—Él y su sabueso, Arif. Dejé el tejado abierto para que saliera el humo de la sartén. Fui un estúpido. Se marcharon, pero sólo porque creían que los vecinos acudirían alertados por las bengalas. Les podría haber contado que llevas Dios sabe cuántas semanas lanzando bengalas, y que los habitantes del pueblo están aburridos de verlas. Se lo podría haber contado, pero no lo hice.

—¿Qué dijo Bonvilain? —le exigió Conor—. Dímelo, Linus.

Linus exhaló un profundo suspiro. En su rostro se apreciaban cicatrices de dolor y de tristeza.

—Sabe que eres Airman, el aviador. Ha hecho planes para asesinar a tu familia y a Isabella. Seguramente con veneno, en una cena, mañana por la noche. Un banquete en honor de Conor Broekhart.

Conor se puso en cuclillas sobre la hierba, mudo de asombro por la noticia. Era el peor giro en los acontecimientos de todos los posibles.

«Ha hecho planes para asesinar a tu familia».

«¿Qué puedo hacer? ¿Qué se puede hacer?».

Linus le leyó el pensamiento.

—Ahora tienes que olvidarte de Norteamérica, Conor. Ha llegado la hora de entrar en acción.

—Ya lo sé. Tienes razón. Pero ¿qué debo hacer? —preguntó Conor.

—Es un problema. Bonvilain sabe que vas a acudir. Dónde y cuándo, exactamente. Estarán vigilando el mar y el cielo, esperando la llegada de Airman.

—Podría rendirme —soltó Conor de sopetón, con un gesto de desesperación en el semblante—. De ese modo, el mariscal no tendría que asesinar a nadie. Sus secretos estarían a salvo.

Linus mostró su desacuerdo con vehemencia.

—¡No! Es demasiado tarde para eso, Conor. Bonvilain no sabe con quién has hablado o qué ejército puedes haber reunido con los diamantes robados.

—Pero ¿por qué me anuncia lo del banquete? ¿Para atormentarme, acaso?

—Para atraparte, más bien —corrigió Linus—. Todos sus enemigos mueren en una sola noche, asesinados por el ser misterioso al que llaman Airman. Culparte de asesinato es un método que Hugo Bonvilain ya ha empleado antes.

Conor permaneció sentado, inmóvil como una estatua, clavando la mirada en las piedras como si pudieran revelarle la solución a tan terrible dilema. Un soplo de brisa le pasaba entre los dedos y la luz del sol le calentaba la cabeza, pero aquellos detalles cotidianos no significaban nada para él. ¿Conseguiría alguna vez una vida «normal»?

—¿Conor? —dijo Wynter, arrastrándose hacia delante, alargando una mano y dando palmadas en el aire—. ¿Estás bien?

Conor no respondió; sólo se escuchaba su respiración acelerada. Linus comprendió que tendría que asumir el mando él mismo.

—Debemos abandonar la torre —declaró, tratando de adoptar un tono dinámico y competente—. Cargamos en la carreta lo que podamos y nos marchamos esta noche. Aunque Bonvilain envíe soldados en tu busca, puede que no logren encontrar a Conor Finn.

Se escuchó un leve susurro en la maleza cuando Conor se puso de pie. Si Linus pudiera haber visto los ojos de su joven amigo, le habría impresionado la determinación que en ellos ardía.

—¿Conor Finn? —dijo Airman—. Conor Finn ha muerto. Mi nombre es Conor Broekhart y debo hablar con mi padre.

Más pesada que el aire

Conor sabía que sólo existía una manera de terminar con aquella pesadilla. Tenía que poner al descubierto que el mariscal era un asesino. La huida a Norteamérica ya no era una opción; sus seres queridos estaban amenazados por Bonvilain. Si se enfrentaba a su enemigo, los Broekhart y la monarquía tendrían al menos la posibilidad de sobrevivir.

«Es lo que mi padre desearía. Me odia, sí, pero la verdad conseguirá que sus sentimientos cambien».

Ahora se daba cuenta de que debía haberse hecho notar aquella noche en Great Saltee, cuando vio a su hermano pequeño; pero sus padres parecían felices a pesar de su ausencia. Se les veía a salvo. Aceptarle de nuevo como parte de la familia los habría puesto en peligro a todos.

«Suposición incorrecta, lógica defectuosa».

Establecer contacto con su familia en aquellos precisos momentos resultaba prácticamente imposible. Bonvilain le aguardaba, y habría dado instrucciones a los centinelas de la muralla para disparar sin previo aviso, a la mayor velocidad posible. Sabían que Conor solía desplazarse en planeador o por barca, de modo que tales eran los medios de transporte que esperaban. Pero tal vez existía una tercera opción.

En Kilmore, Conor adquirió un caballo a un precio exorbitante y, montado a pelo, cabalgó hasta el lugar del bosque donde había escondido la carreta, cargada hasta los topes. Llegó justo a tiempo, pues allí se encontró con media docena de niños del pueblo subidos en lo alto de la lona alquitranada y tirando de las cuerdas, como si fueran pequeños monos entrometidos. Conor contempló la posibilidad de ahuyentarlos, pero al fin decidió aprovechar su presencia. Ofreció a cada uno de ellos la asombrosa recompensa de un diamante en bruto a cambio de su colaboración y silencio. Ni que decir tiene, la oferta fue aceptada, ya que un solo diamante equivalía al salario de un año de un trabajador adulto.

A pesar de la ayuda de sus nuevos aprendices, transcurrieron varias horas de sudores, empujones y gruñidos hasta que consiguieron sacar la carreta de entre los dos troncos, e invirtieron un periodo de tiempo similar en llevarla de vuelta a la carretera.

—Ahora, chicos —dijo Conor a sus tropas, una vez que el caballo estuvo enganchado y preparado para la marcha—, chocolate caliente para todos si llegamos al puente de San Patricio antes del anochecer.

Con entusiasmo, los niños arrimaron sus respectivos hombros a la carreta. Chocolate caliente, diamantes y un cargamento misterioso: se sentían como príncipes en una cruzada.

***

El puente de San Patricio era un prolongado brazo de tierra cubierto de guijarros que discurría en forma de curva desde la costa irlandesa en dirección a las Saltee. Contaba la leyenda que cuando San Patricio perseguía al diablo para expulsarle de Irlanda consiguió, por fin, atraparle en las montañas de Saltee.

Satanás dio dos enormes mordiscos en las laderas para formar un sendero, y huyó a toda velocidad hasta llegar al condado de Wexford, perseguido a corta distancia por San Patricio, quien le lanzaba piedras y rocas que recogía por los prados.

El diablo se vio obligado a lanzarse al agua en Kilmore, y fue nadando hasta el mar abierto mientras las piedras salpicaban el agua a su alrededor. Aquellas piedras formarían el puente de San Patricio. Un par de ellas golpeó al demonio en la cabeza, lo que provocó que los pedazos de montaña se le cayeran de la boca y fueran a dar al mar. El más pequeño de los pedazos se convirtió en Little Saltee; el de mayor tamaño, en Great Saltee.

Conor nunca había dado crédito a semejante historia, pues achacaba la aparición de las islas a la erosión del litoral y las corrientes marinas; pero aquel día, mientras contemplaba las oscuras y abruptas islas, resultaba fácil creer que eran producto del demonio.

Conor y su tripulación llegaron al prado situado por encima del puente de San Patricio cuando quedaba una hora de luz solar. Un sinuoso sendero conducía hasta el propio puente, pero resultaba demasiado peligroso para recorrerlo en una carreta tirada por un caballo. Habría que transportar el material a pie.

Conor se subió a la carreta y empezó a lanzar órdenes como el general que se dirige a sus tropas.

—Cargad con todo hasta abajo. Colocad las piezas sobre el puente, que no rocen el agua.

El cargamento era frágil, además de secreto, de modo que se requerían el máximo cuidado y silencio.

En el momento en que Conor retiró la lona, quedó a la vista que el material consistía en alas, motor, hélice…

Uno de los chicos, el cabecilla de la reducida banda, dio un paso adelante, mitad aterrorizado y mitad incrédulo.

—Señor, ¿no será usted Airman, el aviador que le dio una buena paliza a los guardianes de la prisión?

Conor se fijó en el brillo de los ojos de la pandilla, que denotaba el ansia de una aventura extraordinaria.

—Pues sí, soy Airman, y necesito vuestra ayuda. ¿Qué decís, muchachos?

El cabecilla reflexionó la respuesta en nombre del grupo.

—De acuerdo, señor Airman —dijo—. Un hermano mío cumple cadena perpetua en Little Saltee. No hizo más que robar unas cuantas guineas, y puede que rompiera algún que otro hueso. Así que, venga, empezamos a cargar.

Sus compañeros prorrumpieron en vítores y salieron disparados a la carreta, deseosos por llegar al sendero en primer lugar.

«Confío en que su entusiasmo persista —pensó Conor—. Queda por delante una larga noche de trabajo».

Los niños son criaturas inconstantes y, hacia medianoche, tres de ellos se marcharon acuciados por el hambre, o por pura travesura, o acaso porque sus padres los llamaban para que volvieran a casa. Los otros tres se quedaron y terminaron de acarrear las piezas del aeroplano hasta el puente de San Patricio. Conor ignoraba si lo habían acordado con sus respectivas familias o si estaban allí sin autorización, aunque no disponía de tiempo para hacer averiguaciones.

Envió a uno de los crios a llevar un mensaje a Linus, y un rato después llegó el norteamericano con comida y lámparas de aceite. Poco a poco, fue bajando por el empinado sendero. Daba pasos inciertos con sus larguiruchas piernas, como un artista callejero que camina con zancos por primera vez.

Los niños recogieron leña y encendieron hogueras alrededor del espacio donde Conor se afanaba entre piezas de motor, botes de grasa, manivelas, muelles, pistones, piezas de muselina sin tratar, rollos de alambre, cuencos de pegamento, robusto papel marrón y una extraña hélice con forma curva. Lentamente, fue montando el aeroplano.

El cabecilla del grupo, que respondía al insólito nombre de Uncle, es decir, «tío», hizo gala de un sorprendente talento para la mecánica y resultó de un valor incalculable a la hora de recoger herramientas e, incluso, decidir cuáles se necesitaban.

—Únele, necesito una llave inglesa. La mediana.

—Creo que la pequeña irá mejor, Airman.

Por descontado, Uncle tenía razón. Para celebrarlo, se encendió un cigarrillo.

Conor se puso a explicar sus innovaciones con objeto de concentrarse en el trabajo y quitarse de la cabeza el recuerdo de su familia.

—Los motores a vapor son demasiado pesados para los aeroplanos. Para elevar un motor a vapor, se necesita otro de mayor tamaño. Victor, mi maestro, apuntó la idea de un motor de gas comprimido, o de gasolina, que es mejor, pero sigue siendo demasiado pesado. Entonces, me acordé del aluminio.

—¿No es un metal muy escaso? Como el oro, ¿no?

—Lo era, sí. Hace cincuenta años resultaba tan difícil producirlo que en las ferias se exhibían barras de aluminio; pero ahora se consigue con el proceso Bayer. Aunque

no abunda, al menos se puede encontrar. El cárter y la camisa de agua están fabricados en su totalidad de aluminio. Este motor es lo bastante ligero para elevarse con el aeroplano, y genera por lo menos diez caballos de potencia.

—Eso esperas —dijo el joven.

—Sí, eso espero. Eh… Uncle.

—¿Sí, Airman?

—Odio tener que decirlo, pero hueles fatal. ¿Es que no te lavas?

Uncle apagó el cigarrillo con el tacón de una bota.

—Pues no, Airman. Sostengo la opinión de los egipcios con respecto al lavado corporal: es perjudicial para el alma.

Salió el sol, trayendo consigo un nuevo día, y los cinco operarios de la cuadrilla se encontraban apiñados alrededor de un brasero, compartiendo una cazuela de chocolate caliente. Todos se encontraban exhaustos, pero ninguno quería abandonar. A media mañana, el reducido grupo estaba de nuevo trabajando a toda máquina, ya que los niños que se habían tomado la noche anterior libre no tuvieron reparos a la hora de hacer novillos de nuevo con tal de ver volar a Airman.

—Recoged las piedras más grandes que veáis en el puente y apartadlas a un lado. Necesito una pista lisa.

Se trataba de una labor sencilla, y Uncle se la encomendó a sus compañeros, menos expertos que él.

—Es inútil pedir a esos zoquetes que ayuden con la mecánica —explicó—. Apartar piedras es el trabajo que les va. No necesitan más que unos ojos bien abiertos y una espalda resistente. Cada diez minutos o así, les digo que son unos genios.

Conor asintió con exagerada seriedad. La colaboración de Uncle estaba resultando de un valor incalculable.

Mientras los otros limpiaban la pista, Conor fijó con pernos las alas, fabricadas con varillas de fresno curvadas con vapor y forradas de muselina sin tratar.

Ahora se distinguía claramente la forma del aparato. Un par de alas de diez metros de envergadura. Un cuerpo esbelto y alargado que recordaba a una barca de río de fondo plano, con el motor de aluminio montado detrás de la hélice, a la que ahora Conor había dado una nueva forma.

—Nunca he visto una hélice así —comentó Uncle, quien, al parecer, era un experto en todas las materias—. ¿Qué tal funcionó en las pruebas?

—¿Qué pruebas? —gruñó Conor mientras apretaba la última tuerca en la hélice.

Linus seguía proporcionándoles comida y bebida y, cuando a los niños les flaquearon las fuerzas, sacó un silbato de hojalata del bolsillo y empezó a tocar alegres melodías folclóricas inglesas y escocesas. Sin apenas darse cuenta, los chicos recobraron el ritmo de trabajo.

La tarea consumió buena parte del día, pero por fin el aeroplano estuvo preparado

en el terreno de roca, descansando sobre tres ruedas como un gigantesco pájaro durmiente. Era tal maravilla que durante varios minutos la pequeña banda se mantuvo en silencio, contemplando la aeronave, fijándose en cada curva, en cada puntal.

En el ambiente también flotaba una sensación de miedo, y ninguno de los miembros de la cuadrilla se atrevía a poner un dedo en el aparato, por temor a despertar al pájaro. El único que no parecía asustado era Linus Wynter. Hizo que Conor le condujese hasta la hélice del aeroplano y luego realizó un exhaustivo examen al conjunto del aparato.

—Victor habría estado orgulloso —comentó.

—Eso espero —repuso Conor—. La teoría le pertenece tanto como a mí; por eso mismo he hecho esto…

Conor arrancó una tira de papel del morro de la nave y colocó la mano de Linus sobre lo que el papel escondía. El norteamericano notó bajo sus dedos escamosas marcas de pintura seca que formaban un nombre: La Brosse.

Wynter sonrió con tristeza.

—Le habría gustado a ese pavo real francés. Estoy en condiciones de afirmar que si mis conductos lacrimales funcionaran, me echaría a llorar —se secó la nariz y, de un tirón, juntó las solapas de su esmoquin—. Debería haber compuesto algo especial. Un aria de despedida.

—Aún queda tiempo. Necesito al menos treinta metros de pista para despegar, así que no puedo emprender el vuelo hasta que baje la marea.

Uncle escuchó el comentario, más que nada porque estaba pegado al codo de Conor, aguzando el oído.

—Dime una cosa, Airman. Si necesitas treinta metros para despegar, ¿cuántos necesitas para aterrizar?

La pregunta era oportuna, pero Conor no parecía inclinado a responder. Se volvió y caminó a grandes pasos hacia las rocas planas, evitando las miradas inquisitivas que le seguían.

—Es complicado —masculló—. Razones técnicas. Aún he de terminar unos cálculos —entonces, como para poner punto final a la cuestión, añadió—: A ver, ¿dónde están esas varillas de fresno? Tengo que hacer algunas reparaciones.

Uncle encendió otro cigarrillo.

—Conozco bien Great Saltee. Si Airman necesita el mismo espacio para aterrizar que para despegar, no va a encontrarlo en esa isla. Todo espacio llano en Great Saltee tiene una casa en medio. El único sitio donde tal vez pudiera aterrizar sería a las puertas del palacio, en Promontory Square, la plaza de Promontory Fort —Uncle soltó una carcajada ante la locura de semejante ocurrencia—. ¡Imagínate! Si el mariscal Bonvilain fuera una araña tejedora, Promontory Square sería su telaraña. Lo que convertiría a Airman…

—En la mosca —concluyó Linus con un suspiro.

GREAT SALTEE

Al mariscal Hugo Bonvilain le embargaba una emoción poco frecuente en él. Al fin y al cabo, aquel día iba a ser trascendental, no sólo para él, sino para todos los Bonvilain que se habían visto obligados a dar coba a un estúpido monarca. Aquel día, todos los sacrificios por parte de su familia quedarían justificados. Habían tardado siglos en concluir la tarea, pero por fin los Bonvilain estaban a punto de suplantar a los Trudeau.

Cuando Sultán Arif llegó a media tarde al despacho de Bonvilain, encontró al mariscal fuera de sí a causa de la expectación. Bonvilain se encontraba de pie, junto a la ventana, batiendo las palmas con rapidez al ritmo de un vals de Strauss que un solitario violinista interpretaba en un rincón.

Sultán se aclaró la garganta para hacer notar su presencia.

—Ah, capitán. Has venido —dijo Bonvilain, encantado—. Menudo día, ¿eh? Histórico, y todo eso. Me encanta Strauss, ¿a ti no? La gente me toma por un hombre de Wagner, pero el hecho de que mis deberes sean a veces un tanto lúgubres no quiere decir que deba gustarme el compositor alemán. No, cuando he tenido un día difícil, Strauss es mi hombre. Haré venir una orquesta austríaca para mi juramento como primer ministro.

Sultán quedó sorprendido por semejante falta de discreción, y lo indicó con la expresión de su semblante.

—Bah, no te preocupes por ése —dijo Bonvilain, señalando al músico con el pulgar—. Al pobre tipo le atropello hace años una carreta tirada por un caballo, y lo dejó sordo y ciego. Toca el violín de memoria. Me lo ha mandado el kaiser alemán Guillermo; ha llegado esta mañana. Yo me digo que es un presagio. Hoy, nada puede salir mal.

Sultán empezó a ponerse nervioso. Todo cuanto tenía que ver con el mariscal salía siempre mal, sobre todo para otras personas.

—Si Dios quiere, todo transcurrirá según lo previsto.

—¿Cómo iba a ser de otra forma? —preguntó Bonvilain, apartándose del balcón —. La reina y sus fieles seguidores no tardarán en morir. No hay heredero, de modo que seré nombrado primer ministro. Ese chico de los Broekhart, ese tal Airman, sin duda tratará de llevar a cabo un rescate, y entonces también nos haremos con él. Incluso aunque no acudiera, una vez que Isabella haya desaparecido, Conor no será más que un fugitivo contrariado.

El mariscal se sentó a su escritorio y alisó la superficie de fieltro con la palma de la mano.

—Ahora, hablemos del veneno.

Sultán Arif colocó un bote de tinta con tapón de corcho sobre el escritorio. Estaba a medio llenar de un polvo amarillo pálido.

—Es acónito en polvo, también llamado veneno de lobos, y viene de los Alpes —explicó—. Hay que añadir la cantidad que cabe en un dedal a una copa de vino, o esparcirla sobre la comida. Minutos después, la víctima nota un extraño cosquilleo en las manos, seguido de dolor en el pecho, ansiedad extrema, pulso acelerado, náuseas, vómitos y, finalmente, muere por parada respiratoria.

—Finalmente —ronroneó Bonvilain—. Me gusta —recogió el bote y lo sujetó a la luz como si de ese modo sus cualidades mortales resultaran más aparentes—. Y ahora, Sultán, es fundamental que yo parezca inocente en este asunto, ya lo sabes. Tengo que sufrir con los demás, y sólo mi fortaleza me salvará. Mi envenenamiento no puede ser fingido. El propio médico de la reina tiene que confirmar que me encuentro a las puertas de la muerte.

—En ese caso, debe beber únicamente la mitad de su copa —respondió Sultán—. Eso supone la mitad de un dedal de acónito. Sufrirá en la misma medida que los demás, pero sin la parada respiratoria.

Bonvilain cogió una licorera de cristal tallado y sirvió coñac en un vaso.

—¿Medio dedal, dices? ¿Estás seguro? ¿Apostarías mi vida por ello?

—A regañadientes —repuso Sultán.

—Tengo una idea —declaró Bonvilain, añadiendo un pellizco de polvo al coñac —. ¿Y si probamos la medida con el músico? —una expresión de tristeza le ensombreció el semblante—. Pero, claro, tú sientes gran afecto por los ciegos, y yo estoy ansioso por seguir escuchando su repertorio.

Sultán notó que una gota de sudor le bajaba por la espalda.

—No hace falta probarlo, mariscal. Hemos utilizado este método con anterioridad.

—No conmigo. Quiero que lo pruebes tú; eso me tranquilizará.

—Pero tardaría varias horas en recuperarme —protestó Sultán con un hilo de voz —. Hoy va a necesitarme.

—En efecto, capitán; voy a necesitarte —confirmó Bonvilain, ofreciéndole el vaso—. Para esto es para lo que te necesito.

—¿Y si llega Airman?

—Si ese mocoso llega, me encargaré de él. Mira, Sultán, he estado en unas cuantas campañas. Sé manejar una espada. Te pido que bebas esto, capitán. ¿Vas a negarte otra vez?

Sultán estaba atrapado en su opulenta jaula. Los retratos de los mariscales Bonvilain a lo largo de los siglos le clavaban la mirada, retándole a desobedecer.

«Podría matarle —pensó—. Al menos, podría intentarlo».

Pero se trataba de una batalla de la mente, y Sultán ya la había perdido. Llevaba años obedeciendo órdenes del mariscal.

«He hecho cosas peores que ésta. Mucho peores».

Sultán Arif pensó en el daño que había infligido en nombre de las Saltee, en las vidas que había arruinado, en los hombres que aún padecían en prisión.

Alargó la mano, cogió el coñac y se lo bebió de un trago.

—¡Bravo! —exclamó Bonvilain—. Cuidado con el vaso; es de un cristal muy valioso.

Sultán dejó caer el vaso sobre el escritorio y aguardó a que el veneno hiciera efecto. El entumecimiento de las extremidades era el primer síntoma tras la ingestión del acónito. Cuando notó un cosquilleo en los dedos, se quedó mirándolos como si pertenecieran a un desconocido.

—Se entumecen —indicó.

—¡Magnífico! —exclamó Bonvilain—. Ya empieza a funcionar.

Sultán sabía de muy buena tinta el sufrimiento que le aguardaba durante las próximas horas. Padecería el dolor de los condenados y sólo con suerte viviría para olvidarlo.

—Interpreta algo triste —gritó Bonvilain al violinista, si bien el músico no podía oírle—. El capitán necesita un poco de ambientación.

Una hora más tarde, Sultán agarraba la alfombra con las uñas. Tenía los pulmones en llamas y cada bocanada de aliento se le clavaba como un puñal. Bonvilain se colocó en cuclillas delante de él y chasqueó los dedos para llamar su atención.

—Y ahora, capitán —dijo con tono alegre—, la próxima vez que te pida que mates a un ciego, lo matas. ¿Estamos?

Puede que Sultán hiciera un gesto de asentimiento, o tal vez se dejó llevar por otro espasmo. En cualquier caso, Bonvilain supo que su subordinado había aprendido la lección.

PUENTE DE SAN PATRICIO

Anochecer y marea baja: había llegado la hora de volar. El puente de piedra estaba libre de obstáculos en la mayor medida posible, y el motor se encontraba preparado para el despegue. Nada impedía la partida de Conor, salvo su propia inquietud.

Se sentó sobre las rocas planas y escudriñó el cielo en busca de pájaros.

—¿Escuchas algún murciélago? —preguntó a Linus, que se recostó a su lado, estirando sus largas y delgadas piernas hasta tocar la arena.

—¿Murciélagos?

—Sí, eso es. Si esta zona fuera una guarida de murciélagos, podrían atascar la

hélice.

Linus se mantuvo en silencio durante un rato.

—No. No hay murciélagos. Pero algo acecha ahí arriba, en el risco. Escucho pies que se arrastran por el suelo. Un montón de pies.

Conor se levantó y alargó el cuello para ver de qué se trataba. Los habitantes del pueblo formaban una línea al borde del risco que recordaba a la dentadura de una boca gigantesca; con el transcurso de los segundos, más espectadores iban completando los huecos en la fila y apiñándose alrededor. Miraban hacia abajo, con la esperanza de divisar al célebre Airman.

—Ha venido Kilmore al completo —protestó con un gruñido.

—¡Cómo! ¿Acaso esperabas que después de regalar diamantes y construir en la playa una máquina voladora más pesada que el aire nadie se fuera a enterar? Eres el gran Airman, dispuesto a enfrentarse a Bonvilain, quien no goza de muchas simpatías.

—Mira, están encendiendo antorchas. Llevan lámparas.

Linus se dio unos golpecitos en la sien.

—No veo, muchacho. Soy ciego, ¿te acuerdas? Bueno, en todo caso, no creo que un poco de luz te venga mal.

—¡Dios santo! —exclamó Conor—. Tienes razón. Las luces me ayudarán a despegar.

—Pues, entonces, invita a esa buena gente a que baje hasta aquí. A fin de cuentas, dentro de unas horas nada de esto importará. La reina sabrá la verdad, Bonvilain será desterrado y tú volverás a ser sir Conor, señor de las islas Saltee.

—No necesariamente —argumentó Conor—. Existe un final alternativo.

Linus se levantó, sacudiéndose los fondillos del pantalón.

—Esta noche no, mi joven amigo. Los planetas están alineados, las runas mágicas se han lanzado y yo he encontrado un trébol de cuatro hojas en la hierba. Esta noche, después de tres años, Conor Broekhart regresa de entre los muertos.

—Puede que así sea —repuso Conor—. Pero ¿hasta cuándo?

GREAT SALTEE

Sean Broekhart, de dos años de edad, estaba tumbado en su cama, si bien no parecía dispuesto a conciliar el sueño.

—Creo que tiene fiebre —observó Catherine Broekhart, colocando el dorso de la mano sobre la frente del niño—. Tal vez debería quedarme en casa.

—Quedar en casa —convino Sean con una sonrisa.

Declan estaba de pie, junto a la puerta. Ataviado con su uniforme, se le veía ancho de espaldas.

—El niño está perfectamente, cariño. Se está desarrollando por momentos. Si fuera un poco más fuerte, le alistaría en el ejército sin pensarlo. Mira, si no te apetece ir al banquete, dímelo. No hace falta involucrar al pequeño Sean en tus estratagemas.

Catherine enderezó la hilera de medallas que su marido lucía en el pecho.

—Te lo he estado diciendo desde que llegó la invitación. Este repentino deseo del mariscal de organizar una fiesta en memoria de Conor es muy extraño, ¿no te parece?

Declan frunció la frente. Había cambiado mucho en las últimas semanas; ahora se notaba más parecido al hombre que antes fuera que en los últimos años. Tres, para ser exactos. Y aunque todavía estaba agradecido por lo que Hugo Bonvilain había hecho por Conor y por los Broekhart, le preocupaban los métodos del mariscal, sobre todo el férreo dominio que ejercía sobre Little Saltee. Recientemente, los hombres de Declan habían empezado a contarle espantosas historias acerca de la prisión.

—No es extraño, es algo natural. Hugo también tiene remordimientos. Al fin y al cabo, sus hombres tendrían que haber estado custodiando al rey. Ahí residía el problema con Nicholas; se negaba a vivir sometido a vigilancia. Era demasiado confiado.

—Habla con Isabella, Declan. Ella espera que lo hagas.

—¿Es que ya has comentado el asunto con la reina?

Catherine agarró a su marido por el brazo.

—Ella me lo comentó a mí. Isabella también está preocupada. Necesita un aliado al que los soldados escuchen. Eres el único que puede desafiar a Bonvilain.

Declan no deseaba aceptar semejante carga.

—El mariscal es mi superior; además, se ha portado muy bien con nosotros.

—No es mi intención herirte, Declan, pero estos últimos años tu mente ha estado ocupada en otras cosas. Has estado ciego ante las injusticias que se cometen a diario en las islas Saltee. El sueño de Nicholas consistía en crear para su pueblo un lugar como Utopía. Isabella ha heredado ese sueño de su padre, que no es precisamente el de Hugo Bonvilain. Lo que él quiere es convertirse en primer ministro; siempre ha sido su mayor deseo.

Declan admitió los hechos como si fueran rayos de luz que entraran por las rendijas de una pesada cortina.

—He oído rumores. Tal vez deba investigar lo que está ocurriendo.

Catherine le apretó el brazo.

—Una cosa más. Puede que no sea la noche más indicada para mencionarlo, pero ¿cómo iba a ser Victor Vigny un traidor?

—En sus habitaciones encontraron cartas en las que se detallaban las defensas de las islas. Mis propios hombres acompañaban a Bonvilain cuando encontró los cadáveres.

—Conozco todas las pruebas, pero también conocía a Victor. Él nos salvó, ¿te

acuerdas?

—Se salvó a sí mismo —replicó Declan. A continuación, con tono amable, añadió —: Victor era espía, Catherine. Son una especie que se caracteriza por la frialdad. Vimos en él lo que él quería que viéramos.

Los ojos de Catherine se cuajaron de lágrimas.

—Prométeme que apoyarás a Isabella, no importa cuál sea su decisión. Tu lealtad para con ella es lo primero.

—Desde luego que sí; es mi reina.

—Muy bien —concluyó Catherine mientras se secaba los ojos—. Ahora, tengo que prepararme. ¿Por qué no le cuentas una historia a tu hijo, a ver si se duerme antes de que llegue la niñera?

El pequeño Sean captó la palabra.

—Historia, papá —dijo a gritos—. Historia, historia, historia.

Declan dio un apretón a la mano de su mujer antes de que ésta abandonara el dormitorio.

—He vuelto, Catherine. Cuidaré de todos nosotros, y también de la reina.

Tomó asiento en la cama de Sean. Como de costumbre, no le resultaba posible mirar a su hijo pequeño sin acordarse del mayor; pero hizo un esfuerzo por apartar la expresión de tristeza de su rostro y dirigió una sonrisa al pequeño.

—Bueno, Sean Broekhart, ¿qué pasa? ¿No tenemos sueño esta noche?

—No sueño —respondió Sean con tono beligerante, tirando de la manga de su padre con sus diminutos dedos.

«Es tan pequeño. Tan frágil».

—Seguro que una de mis historias conseguirá que te duermas. ¿Cuál te gustaría escuchar? ¿La del ejército del capitán Crow?

—Crow no —repuso Sean, proyectando hacia fuera el labio inferior—. Conor. Historia de Conor. Hemano de Sean.

Declan se quedó desconcertado. Hasta entonces, el niño nunca había mencionado a Conor y, por alguna razón, Declan jamás había contado con que ese momento llegaría.

—Historia de Conor —insistió el niño, aporreando la pierna de su padre.

Declan exhaló un suspiro.

—Muy bien, pequeño mío. Una historia de Conor. Hay muchas historias sobre tu hermano, porque era una persona especial que hizo muchas cosas sorprendentes durante su vida. Pero su hazaña más famosa, por la que le otorgaron la medalla de oro en el consejo de ministros, fue el rescate de la reina Isabella. Aunque, claro, en aquellos días no era reina, sino sólo una princesa.

—Princesa —repitió Sean, satisfecho.

—Aquella tarde de verano, Conor e Isabella se habían cansado de recorrer una

chimenea en desuso y decidieron lanzar un ataque pirata por sorpresa a los aposentos privados del rey…

Y así, Declan Broekhart narró la historia de la torre en llamas. Cuando llegó al final, con el salvamento de la princesa, besó en la frente a su hijo dormido y salió del dormitorio notando el corazón curiosamente más ligero.

PUENTE DE SAN PATRICIO

«Esto es un disparate —pensó Conor—. Una auténtica locura. Hay un montón de cosas que pueden salir mal».

Quizá el motor resultara demasiado pesado, a pesar de la carcasa de aluminio. No había probado la hélice nueva, ni siquiera en el túnel de viento, y cabía la posibilidad de que rompiera en dos el morro del aeroplano con la misma facilidad con que lo impulsaba. La muselina sin tratar era más ligera que la tratada, pero tal vez no desviase las corrientes de aire en la medida necesaria para producir la elevación. La dirección era, en el mejor de los casos, rudimentaria, y no permitiría un giro superior a los veinte grados, lo que incluso podría llegar a arrancar las alas. ¿Y si las puntas de las alas no mantenían el equilibrio necesario para el despegue?

«Son tantas cosas».

El puente de San Patricio se había convertido en una especie de catedral. Los lugareños habían bajado por el escarpado sendero para presenciar de cerca el espectáculo, y ahora la mayoría se apiñaba en el anfiteatro natural que se encontraba por encima del farallón de roca. Mientras esperaban, se acomodaron lo mejor que pudieron, abrieron sus cestas de comida y se pusieron a charlar amigablemente. Otros vecinos del pueblo se colocaron en línea a ambos lados del puente y sujetaron sus lámparas en alto, iluminando la pista para Airman.

«Más expectativas —pensó Conor—. Como si no tuviera bastante con derrocar a un alto mando militar, ahora soy el centro de entretenimiento de un pueblo entero».

Dio una última vuelta alrededor de La Brosse, acercando una lámpara de aceite a la parte inferior de las alas en busca de rasgones y alisando protuberancias. No había necesidad de retrasar la partida.

—Es la cuarta vez que haces una «última» inspección, si mis oídos no me engañan —dijo Linus desde las sombras—. Vete, Conor, o perderás la marea.

—Sí, desde luego; tienes razón. Tengo que marcharme, ahora mismo. Todo el mundo debe de tomarme por estúpido. Tantos preparativos para un viaje tan corto.

Linus dio un paso adelante para colocarse a la luz de la lámpara. El resplandor le alumbraba desde abajo, proyectando sombras fantasmales en su enjuto rostro.

—Estás confundido, muchacho. Es un viaje trascendental, histórico.

Conor se abotonó su casaca de aviador.

—Me temo que no pasará a la historia. No habrá un registro oficial, ni fotografías. Ninguna hazaña se reconoce sin la presencia, al menos, de un miembro de la Royal Society. Todas las semanas aparece un chiflado asegurando que ha conseguido volar.

Linus levantó un brazo en dirección a los espectadores, como el director de orquesta que da las gracias a su público.

—Todos los hombres, mujeres y niños aquí presentes recordarán el resto de su vida lo que está a punto de ocurrir en esta playa, sin importar lo que los libros de historia puedan decir. La verdad nunca morirá.

Conor se ajustó los anteojos y se colocó la gorra.

—Linus, si ocurre algo… alguna desgracia, encuentra una forma de ponerte en contacto con mi padre sin correr riesgos. Tiene que conocer la verdad.

Linus asintió con un gesto.

—Encontraré la manera, muchacho. Este viejo espía aún guarda unos cuantos ases en la manga; pero, en todo caso, tengo fe en ti.

Conor subió la escalera de pocos peldaños que conducía al lugar destinado al piloto, y se colocó cuidadosamente sobre el banquillo de madera.

Algo prendido a su chaqueta emitió un ruido metálico al chocar contra el armazón. Era la A con alas a ambos lados.

—Me figuro que ya no necesito esto —dijo Conor mientras se desabrochaba la insignia—. Bonvilain sabe muy bien quién soy.

La lanzó por encima de la cabeza de Linus en dirección al niño conocido con el nombre de Uncle.

—Ahí tienes un recuerdo. Cuando la gente no se crea que esto haya pasado, al menos tú sabrás que no tienen razón.

Uncle sacó brillo a la letra alada frotándola contra su camisa.

—Gracias, Airman. Confiaba en conseguir los anteojos, pero me imagino que los necesitarás.

—Por desgracia, sí. Pero si consigo volver, te los regalaré a cambio de un último favor.

—¡Lo que sea! —exclamó el niño, que ya se imaginaba contoneándose por el muelle de Kilmore con aire garboso y los anteojos colocados encima de la frente—. Mientras no tenga que ver con el agua y el jabón.

—No, nada de higiene corporal. Necesito que dos chicos altos de tu pandilla se coloquen junto a las puntas de las alas. Tienen que ser fuertes y capaces de correr a mucha velocidad.

Uncle convocó a los dos chicos más altos de la banda y los colocó tal como Conor había indicado.

—Son tan torpes que hacen que el tonto del pueblo parezca Sherlock Holmes —confió Uncle a Conor—. Si quieres, no dejarán de correr hasta caerse al agua —luego

se dirigió a los dos muchachos—: Corred bien rápido, ¿eh, chicos? Sujetad bien las alas, tienen que estar niveladas. Si hacéis lo que os digo, os cambiaré esos diamantes por dos barras de caramelo.

—De acuerdo, Uncle —dijo uno.

—¡Caramelo! —exclamó el otro, que se parecía mucho al primero.

—Que se detengan antes de llegar al agua —dijo Conor mientras se ajustaba los anteojos—. Lo que necesito es que corran junto al aparato y mantengan las alas equilibradas. En cuanto el aeroplano despegue, se sueltan. ¿Sabrán hacerlo?

—Pues claro que sí; no son idiotas —dijo Uncle—. Perdón, sí son idiotas, aunque no tanto.

Conor asintió.

—Y ahora escúchame, Uncle. Si las cosas me van mal esta noche, quiero que te quedes con el señor Wynter; te pagará un buen salario.

—¿Me obligará a bañarme?

—No, debatirá el asunto contigo hasta que decidas lavarte por propia voluntad.

—Ah, es uno de ésos. Perfecto. Lo haré por ti, Airman. Aunque puede que tenga que asesinar al señor Wynter mientras duerme.

—Muy bien.

«Mientras hablo con este chico estoy malgastando el tiempo. Es hora de despegar».

Conor introdujo los pies en sendos bloques de madera y se levantó, inclinándose hacia delante para agarrar la manivela del motor. Éste siempre había funcionado en las pruebas llevadas a cabo en la torre, colocado encima de una piedra; pero tal era la naturaleza de las cosas. Los motores funcionan hasta que uno los necesita.

Al segundo intento arrancó. Tosió como un perro enfermo en un primer momento; a continuación, soltó un rugido. La multitud prorrumpió en ovaciones, y Conor sintió ganas de hacer lo propio. Una vez completada la primera fase, si sus cálculos no fallaban, las vibraciones no romperían el aeroplano en pedazos, al menos durante un tiempo.

Tras un inicial estallido de entusiasmo, el motor se asentó a unos diez caballos de potencia, poniendo en movimiento la revolucionaria hélice de Conor al tiempo que enviaba los gases de escape en tromba en dirección al piloto. El aeroplano rebotó y se encabritó, ansioso por ponerse en marcha, como un animal salvaje atado a una soga.

«No puede funcionar. No tengo control de la velocidad. El armazón no puede durar más de cinco minutos».

Demasiado tarde para las dudas. Sí, demasiado tarde.

Conor se puso el arnés y, acto seguido, soltó la palanca de freno. El avión dio un impulso hacia delante y chocó contra la superficie de roca.

Por el rabillo del ojo, vio que Uncle apremiaba a uno de los corredores

golpeándole con una fusta. Con una mano, Conor se abrochaba el arnés al pecho mientras que con la otra forcejeaba para mantener derecha la caña del timón.

«Idiota. Deberías haberte abrochado el arnés antes de soltar el freno».

El océano se aproximaba cada vez más deprisa, y Conor no había alcanzado la velocidad suficiente. Dando tirones con el torso, apremió al aparato a que avanzara mientras trataba de hacer caso omiso del humo, y también del aceite que le salpicaba en la cara y los anteojos.

«Deberías haber fijado un tubo de escape al cuerpo del avión. ¿En qué estabas pensando?».

A ambos lados del camino, los faroles pasaban de largo a toda prisa; borrosas líneas de luz que se confundían entre sí. Tenía que esforzarse al máximo para desplazarse en línea recta. La vibración era espantosa; le sacudía la columna, le hacía rechinar los dientes y provocaba que los ojos se le pusieran en blanco.

«Este aparato necesita amortiguación. Almohadillas de tela, o muelles».

No era el momento para nuevas ideas. El aeroplano, aunque recién nacido, ya comenzaba a morir. Empezaron a saltar los remaches, la tela se rasgó y las varillas soltaban gruñidos.

Quedaban minutos para que el motor, a base de sacudidas, lo destrozara en pedazos como un perro cuando sacude una muñeca de trapo.

Con los pies, Conor consiguió encontrar los pedales y empujó hacia delante, sesgando las alas. El aeroplano se elevó levemente, pero de inmediato cayó a tierra. Conor volvió a empujar y, en esta ocasión, el ascenso fue superior y la vibración aminoró. Ya no notaba que el choque contra cada piedra se transmitiera a través de la madera hasta su trasero, lo que no dejaba de ser un alivio.

El agua surgía negra y amenazante ante sus ojos y, luego, bajo sus pies. Conor se dio cuenta vagamente de que los dos corredores que le acompañaban caían al océano con sendos chapoteos. Segundos después, se encontraba en el aire.

«Estoy pilotando una máquina voladora —pensó—. ¿Puedes verme, Victor? Lo conseguimos».

GREAT SALTEE

El mariscal Bonvilain había organizado la cena en sus propios aposentos, lo que resultaba de lo más inusual. Ninguno de los invitados había estado antes en las habitaciones del mariscal, y jamás se había oído que hubiera invitado a nadie allí.

La torre de Bonvilain estaba separada del palacio, situada más hacia el sur, junto a la muralla. Su familia había ocupado esta residencia desde su construcción. Contaba con la distinción de ser el edificio más alto de Great Saltee, y su elevada silueta se recortaba contra el horizonte, gris e imponente, como recordatorio del poder del

mariscal. A menudo se le veía en el balcón, con un telescopio de bronce pegado al ojo, vigilándolo todo, provocando que la isla al completo se sintiera culpable.

El comedor, decorado con seda oriental y biombos pintados, resultaba suntuoso. La mesa era circular y estaba rodeada de gruesos almohadones, ya que se encontraba a escasa distancia del suelo.

Cuando la reina Isabella y el matrimonio Broekhart fueron acompañados hasta la estancia, les dio la impresión de que acababan de entrar en otro mundo.

Catherine estaba especialmente sorprendida.

—Es tan… tan…

—¿Refinado? —dijo Hugo Bonvilain, quien de pronto apareció desde detrás de un biombo. En lugar de su habitual y severo uniforme azul marino con el peto de los templarios llevaba una túnica japonesa.

Bonvilain se fijó en los sorprendidos rostros de sus invitados.

—Es una túnica Yukata Tatsu. En japonés, tatsu significa «dragón», que encarna los turbulentos y poderosos elementos de la naturaleza. Pasé un año en Japón, el sesenta y nueve, en calidad de guardaespaldas del emperador Meiji, antes de que mi padre muriera y me pidieran que regresara. El emperador insistió en que me trajera parte de los objetos que conforman un hogar japonés. Muy pocas veces los he sacado del almacén donde se guardan, pero ésta es una ocasión especial y se me ocurrió que a mis invitados les agradaría encontrarse con un mariscal más relajado.

De los integrantes del reducido grupo, Catherine fue la primera en recuperarse de la sorpresa.

—Mariscal, tiene usted un aspecto impresionante.

—Gracias, Catherine, muy amable. Confío en que a nadie le importe sentarse en los almohadones.

Ninguno de los presentes puso reparos, si bien los almohadones no son precisamente los asientos más cómodos para quienes llevan al cinto sables de ceremonia, ni para quienes lucen elegantes vestidos.

—Gracias a Dios que los polisones han pasado de moda —comentó Catherine a la reina—, o estaríamos rodando por el suelo como bolos.

El menú, servido por un único criado de piel arrugada por la edad, consistía principalmente en pescado y arroz.

—Coco es también el cocinero —explicó Bonvilain—. Me lo traje de un restaurante de Londres con la promesa de una cocina en condiciones. Es portugués, pero sabe elaborar cualquier plato que se le pida. La comida japonesa es una de sus especialidades.

Transcurrió una hora con notable lentitud, a pesar de varias explicaciones relativas a temas culturales por parte del mariscal. Por fin, la paciencia de Catherine llegó a su límite. Emitió un leve resoplido y retorció la servilleta como para

estrangularla.

Declan dio un respingo. Conocía bien aquel resoplido. Se avecinaban problemas.

—La comida es espléndida, mariscal —comentó Catherine—, pero no creo que nos hayamos reunido aquí sólo para cenar y mantener conversaciones triviales. Su invitación era poco precisa, por lo que me gustaría saber cómo se propone conmemorar la vida de Conor.

El rostro de Bonvilain era una máscara de pesar y comprensión.

—Tiene razón, Catherine. Reconozco que he estado eludiendo la raison d'étre de esta noche: Conor, su hijo. El héroe de las islas Saltee. Pensé que podíamos compartir nuestros recuerdos de aquel valiente joven y luego, tal vez, hacer un brindis. Reservo desde hace tiempo una botella de un vino especial.

Fue una representación convincente y el mariscal reflexionó que, si la situación así lo requiriera, podría soltar una lágrima.

—Pero ¿por qué ahora, precisamente? —insistió Catherine—. He de admitir que estoy un poco confundida, mariscal.

Bonvilain no se vio en la necesidad de responder gracias al sonido de una corneta que llegaba desde la muralla.

Declan se levantó de un salto.

—¡Es la llamada a las armas! —exclamó. El rey Nicholas había insistido en que los cornetas de las Saltee aprendieran las señales del ejército norteamericano.

—No hay de qué preocuparse —dijo Bonvilain, precipitándose hacia el balcón—. Me advirtieron de que podría presentarse.

—¿Quién? —se interesó la reina.

—Un enemigo del estado, Majestad —explicó Bonvilain al tiempo que miraba por su telescopio de bronce—. Ese que se hace llamar Airman.

—Airman —repitió Declan—. Me han llegado rumores acerca de él. Hugo, ¿quieres decir que es una amenaza real?

—Es real —respondió Bonvilain, concentrando la mirada en el visor—, pero no supone una amenaza, en absoluto. No es más que un francés con una cometa. Ven a verlo. Las lentes de este aparato son fabulosas.

Catherine se sujetó al brazo de su marido para dejar de temblar. Aquella conversación sobre vuelos y franceses le había traído a la mente a Victor Vigny.

—¿Un francés en una cometa? —preguntó con voz tensa.

—Ah, Dios santo, ya lo entiendo —repuso Bonvilain, fingiendo estar conmocionado—. Justo como Victor Vigny, el asesino. No me extrañaría que este Airman fuera uno de sus acólitos. Un curioso híbrido entre científico y revolucionario perturbado. No debería haberle mencionado. Qué insensible por mi parte. Por favor, permanezcan en el interior. La guardia de la muralla le abatirá a tiros.

Declan agarró a Bonvilain por el codo y le condujo a un aparte.

—¿Dispararle, mariscal? Pero si acabas de decir que no supone una amenaza.

Bonvilain inclinó la cabeza y habló en voz baja.

—No es una verdadera amenaza, pero mis hombres han encontrado un taller de granadas.

Declan se puso blanco como el papel.

—¡Granadas! Mariscal, soy capitán de la guardia de la muralla. ¿Por qué no se me ha comunicado?

—Capitán. Declan. Mis informantes en Irlanda me lo hicieron saber hace apenas dos horas. Tenía la intención de sacar el asunto a colación después de la cena, pero seamos sinceros… la idea de un francés que lanza granadas a bordo de un planeador parece un tanto absurda, propia de una publicación sensacionalista. En cualquier caso, esta noche el viento sopla en dirección a la costa irlandesa, de modo que es imposible que ese demente llegue hasta aquí por el aire.

En ese mismo instante, un sordo ruido mecánico hizo eco en el canal. El aleteo que producía pasó de un registro apenas audible a otro estrepitoso; el aparato renqueaba de manera alarmante.

—Tal vez Airman no dependa del viento —aventuró Declan, cogiendo el telescopio de su soporte—. Conor decía siempre que algún día el hombre construiría un aeroplano propulsado a motor.

—Propulsado a motor —dijo Bonvilain entre dientes—. Era listo, Conor, ¿eh?

Declan bajó la vista a la muralla. La guardia había apagado las luces y se había congregado junto a la tercera torre. Varios centinelas se habían subido al parapeto y señalaban hacia el cielo. Dos de ellos sujetaban telescopios que dirigían hacia arriba, a treinta grados al noreste. Declan se llevó el telescopio del mariscal a un ojo y lo orientó en aquella dirección. Por un momento no vio nada más que el oscuro cielo y las estrellas; pero, entonces, algo cruzó como un relámpago su campo de visión. No se trataba de un pájaro. Era demasiado grande para ser un pájaro.

Declan desplazó el telescopio rápidamente, atrapando el objeto en su círculo de visión. Lo que vio le dejó sin respiración.

«Una máquina voladora. Tengo ante mis ojos el sueño de Conor hecho realidad».

El aeroplano no destacaba por su elegancia, pero volaba. Daba sacudidas en el aire dejando a su paso enormes regueros de humo. Bajo la luz de la luna, Declan divisó al piloto sentado detrás del motor, con los hombros encogidos mientras forcejeaba con los controles de la nave. Su rostro oscurecido por los anteojos y el hollín contrastaba con la blancura de unos dientes apretados.

—Le veo —dijo ahogando un grito—. Veo a Airman. Está volando.

Catherine corrió hacia el balcón y, elevando la mirada al cielo, se inclinó sobre la barandilla.

—Dios santo. Ojalá Conor pudiera haberlo visto —se volvió hacia su marido—.

No puede ser una casualidad. Tienes que hablar con ese piloto.

A espaldas de ambos, se escuchó dos veces el agudo pitido de un silbato. Acto seguido, los centinelas de la muralla se desprendieron de sus respectivas capas, haciéndolas girar como si fueran matadores de toros. Tres equipos armados con ametralladoras Gatling levantaron sus respectivas armas y las colocaron en los soportes de la muralla. Quienquiera que fuese Airman, avanzaba directamente hacia una cortina de fuego.

Bonvilain aún tenía el silbato entre los labios.

—Ya he dado la orden. Catherine, no tenía elección. Puede que el intruso transporte granadas. Mi primer deber es para con la reina. Declan, lo entiendes, ¿verdad?

Catherine se giró hacia su marido, con los ojos ardientes, esperando su apoyo; pero no lo consiguió.

—El mariscal tiene razón —admitió Declan, si bien le pesaba reconocerlo—. Una nave aérea no identificada se aproxima a la isla. El piloto puede ir armado. No queda más remedio que abrir fuego.

—Va a bordo de una cometa con motor —replicó Catherine, cuya mirada denotaba sufrimiento por la traición de Declan—. La muralla tiene más de un metro de grosor. Aunque llevara cañones sobre las alas, no podría entrar en la torre.

Declan no estaba dispuesto a dejar de cumplir con su deber.

—Este hombre ha conquistado las alturas; quizá sea también capaz de conquistar nuestra muralla. Me han llegado rumores de la existencia de granadas llenas de gas venenoso. No podemos poner en peligro la vida de la reina —cogió la mano de Catherine entre las suyas—. Isabella no debe morir, ¿lo comprendes?

Catherine escrutó el rostro de su marido en busca de un significado más profundo de sus palabras, y lo encontró.

«La reina no puede morir porque, si muere, Bonvilain se convertiría en primer ministro».

—Muy bien, Declan. Lo comprendo —repuso Catherine sin entusiasmo—. La reina debe vivir; por lo tanto, Airman tiene que morir —soltó la mano de su marido y abandonó el balcón—. No tengo estómago para ser testigo de este asesinato. Disfrute de su victoria, mariscal.

«Por descontado que lo haré», pensó Bonvilain, quien, en voz alta, respondió:

—Señora, la muerte de otra persona nunca es motivo de alegría. He participado en muchas batallas, pero, aunque la causa fuera justa, siempre he llegado a la conclusión de que podían haberse evitado. En esta ocasión, por triste que resulte, no existe alternativa.

Con una media sonrisa teñida de tristeza, el mariscal se colocó el silbato entre los labios y sopló una última vez.

Más abajo, en la muralla de Great Saltee, los centinelas al cargo de las Gatling accionaron la manivela de su ametralladora, lanzando hacia el cielo mil cartuchos por minuto con el sistema de cañones rotativos del arma. Las balas se precipitaban hacia Airman dejando tras de sí un rastro de humo gris.

«Nadie es capaz de sobrevivir a semejante asalto —pensó Declan—. Nadie en absoluto».

Bonvilain estaba pensado exactamente lo mismo.

Era una batalla de vectores contra la ley de la gravedad. Los soportes de las Gatling sólo permitían una cierta elevación, y aunque las ametralladoras tenían un alcance de casi dos mil metros, por el momento Airman se encontraba demasiado arriba para poder acertar; pero la gravedad también pasó a convertirse en su enemigo. Su frágil nave no podía mantenerse indefinidamente en las alturas; cuando se desplomara, los disparos la triturarían, convirtiéndola en confeti.

El estruendo y la conmoción de las ametralladoras resultaban alarmantes. Daba la impresión de que la isla al completo se agitaba. Era fácil imaginar la muralla reducida a polvo tras semejante ataque. Las recámaras arrojaban alargadas columnas de humo y, cuando los muchachos encargados del agua enfriaban los cañones de las armas introduciéndolos en cubos, nubes de vapor se elevaban en el aire.

Declan nunca había visto las Gatling en acción en el campo de batalla, pero tenía entendido que una sola ráfaga podía despedazar a un hombre. Ahora, el ambiente estaba tan cargado de plomo como para derrotar a un ejército al completo. El cielo se veía encapotado por la munición, que recordaba a un compacto enjambre de abejorros de metal decidido a perseguir el mismo blanco.

Declan levantó el telescopio para contemplar a Airman por última vez. Incluso desde la distancia, se podía apreciar que se encontraba en un serio aprieto. Regueros de aceite caliente le cubrían el rostro y los anteojos. Con ambas manos, forcejeaba con un timón vertical y de las alas se iban soltando tiras que aleteaban tras el aeroplano como las cintas de las celebraciones del primer día de mayo.

Declan bajó el telescopio.

«Ha desaparecido. Nunca conoceremos su verdadero propósito».

Instantes después, Airman perdió su batalla contra el control de la nave y la altitud. El motor empezó a sufrir espasmos, emitió varios gruñidos y, por fin, se paró. Entonces, se escucharon unos ecos mientras la nave caía en espiral y los soldados dejaban de disparar, aguardando.

La espera no fue larga. Cuestión de segundos. Se lanzó una breve orden desde la muralla y las manivelas de las Gatling se accionaron otra vez. Dieciocho cañones comenzaron a escupir fuego y una nueva avalancha de tiros salió disparada al cielo en tinieblas. Las cápsulas vacías tintineaban al caer sobre el parapeto como monedas que se arrojan a un mendigo.

Las balas atravesaron las alas y el cuerpo del aeroplano, frenando en parte su descenso. El impacto fue terrible. El frágil armazón de la nave se hizo astillas y las alas se rasgaron hasta desaparecer. Una ronda de disparos tras otra fue golpeando el motor hasta que éste explotó con un estallido de color naranja. Lenguas de fuego lamían las varillas y las cuerdas, recortando la silueta de la nave en la oscuridad del firmamento.

No se escuchó un chapoteo.

EL CIELO NOCTURNO

Conor pilotaba su máquina voladora por encima de Great Saltee. Un salvaje viento de costado le atacaba por la proa, inclinándole hacia estribor, y se fijó en un conjunto de luces que brillaban en la tercera torre. Las luces, que indicaban la presencia de centinelas, se fueron apagando una a una, y el estómago de Conor se encogió de miedo.

«Ahora soy yo el blanco».

Por un momento no se apreció más que un ajetreo a oscuras junto a la tercera torre; luego, destellaron puntos de fuego y una oleada de disparos estalló en dirección a las alturas. Segundos más tarde, Conor escuchó el aullido de las balas, el grito frustrado de las mismas al pasar por debajo de él.

El pánico le burbujeaba en el pecho hasta tal punto que estuvo tentado de saltar al vacío.

«Espera. Espera. Tienes que pasar la torre de Bonvilain». El motor renqueaba, palpitando irregularmente como un corazón defectuoso, perdiendo su batalla contra los cielos. Ambas alas estaban hechas jirones; las garras del viento arrancaban tiras de muselina del armazón. Bajo los pies de Conor, el pedal se había soltado de su soporte e, inservible, se agitaba de un lado a otro. «Casi estoy en posición. Unos cuantos metros más». Una segunda ráfaga de disparos estalló en su dirección, y notó que las balas más elevadas alcanzaban el tren de aterrizaje, provocando que las ruedas girasen a toda velocidad. Se encontraba al alcance de tiro. Había llegado la hora de decir adiós a La Brosse. Pronto quedaría destruido todo testimonio de su vuelo.

Conor sabía que el mariscal jamás le habría permitido llegar con vida a Great Saltee, de modo que el truco consistía en persuadir a Bonvilain de que Airman había muerto. Se trataba de un auténtico reto. Como experto tramposo, Bonvilain era un hombre al que costaba engañar.

«Pero no entiende nada de aviación. En el cielo, yo soy el amo».

Conor llevaba el arnés de su planeador sujeto con una correa adicional que le enganchaba a la máquina voladora. El resto de las correas, como de costumbre, le

sujetaban al planeador, que llevaba plegado sobre la espalda. Las varillas golpeaban contra su casaca de aviador, y la tela ondulaba por efecto del viento. Linus lo había reparado y ahora era más resistente que nunca.

«Un vuelo más, viejo amigo».

Era difícil alargar el brazo hacia abajo entre tanta confusión; en realidad, era difícil distinguir qué dirección era hacia arriba y cuál hacia abajo, de modo que Conor fue pasando una mano por su cuerpo hasta encontrar la correa atada a la cintura. Tiró con fuerza hacia arriba para liberar la hebilla y se soltó. El aeroplano se quedó oscilando alrededor de su torso, pero no se desprendió, ya que aún estaban unidos por el impulso y la fuerza de la gravedad. Las balas hacían astillas la madera que le rodeaba las piernas; si no conseguía desprenderse de la máquina voladora, su propio invento se convertiría en su ataúd.

Con un movimiento tantas veces practicado, Conor alcanzó la palanca con muelles que tenía a un costado. Dio un rápido tirón y las alas del planeador se desplegaron, se extendieron bajo las estrellas como un enorme pájaro nocturno y actuaron como un potente freno, elevando a Conor y separándole del aeroplano, ahora condenado a la desaparición.

Observó cómo el artefacto volador se alejaba, inmerso en el enjambre de relucientes balas. Su fabulosa invención fue arrasada por completo. No quedó nada de ella, salvo fragmentos en llamas y un triturado corazón de metal.

El motor explotó, disparando al aire piezas del tamaño de un puño que giraban en la oscuridad.

«Mi máquina, destruida. No habrá lugar en la historia para La Brosse».

A gran distancia por debajo, en Great Saltee, una neblina de humo envolvía la muralla y, a través de ella, Conor detectó el apagado resplandor de los globos eléctricos.

«Han vuelto a encender las luces porque creen que están a salvo».

Conor pendía del cielo, tratando de orientarse. La torre de Bonvilain se distinguía por el resplandor rectangular de una puerta abierta. Isabella y sus padres se encontraban en aquella torre, en peligro de muerte. Tal vez fuera demasiado tarde.

«Directo a la madriguera del león», pensó Conor. Acto seguido, inclinó hacia abajo el morro del planeador, en dirección a la luz.

LA TORRE DE BONVILAIN

El mariscal Bonvilain abandonó el balcón y entró en el comedor, exhibiendo en el semblante un exagerado gesto de pesar. A sus espaldas, las últimas llamas de destrucción se iban apagando poco a poco en el cielo. Desde la parte baja de la muralla llegaron los sonidos de acaloradas felicitaciones y el siseo del vapor que se

elevaba de los relucientes cañones de las armas.

—Lástima —dijo, con la cabeza gacha—. Ese hombre tenía mucho que enseñar al mundo.

Si antes en la reunión había imperado un taciturno estado de ánimo, ahora éste había dejado paso a la cólera. Bonvilain paseó la vista para observar el rostro de sus invitados y cayó en la cuenta de que se aproximaba una crisis.

—No había otra manera, señoras… Declan. Como mariscal, no podía permitir un asalto a la muralla.

Isabella se encontraba de pie junto a la chimenea; sus ruborizadas mejillas contrastaban con su vestido de cuello alto y color marfil.

Bonvilain se sintió intranquilo por aquella expresión de la reina, hasta ahora desconocida para él. Desde la coronación, la confianza de Isabella había ido en aumento; ahora, cometía la temeridad de lanzarle una mirada furiosa. Justo después de que el mariscal, supuestamente, le hubiera salvado la vida.

«Sinceramente, prefiero a la antigua Isabella —pensó—. Aturdida, doblegada por el sufrimiento; así es como me gusta mi soberana».

Ninguno de los presentes tomaba la palabra, y todos contemplaban a Bonvilain con el mismo gesto de indignación.

«Han estado hablando entre ellos —pensó el mariscal—, mientras yo me hallaba en el balcón».

—¿Estamos todos afligidos? —preguntó con aire inocente—. ¿Cierro la ventana?

Nadie habló. Bonvilain se percató de que la reina acopiaba valor para soltar un discurso.

—Será mejor que tome asiento —indicó el mariscal con voz calmada, dejándose caer sobre un almohadón con las piernas cruzadas—, no vaya a ser que las rodillas me flaqueen. ¿Tenéis algo que decir, Majestad?

Isabella dio un paso hacia delante; su vestido casi conseguía ocultar el temblor de sus piernas.

—Mariscal, el deshollinador ha encontrado un objeto en las habitaciones de mi padre.

Eran las primeras palabras que la joven reina pronunciaba en toda la velada.

—¿Ah, sí? —repuso Bonvilain con tono animado, si bien en su fuero interno le invadía el desconcierto. En la posición en la que se encontraba, las sorpresas agradables brillaban por su ausencia.

—En efecto, mariscal; así es —Isabella sacó de su bolso un pequeño volumen encuadernado en piel y se lo colocó junto al corazón—. Es el diario de mi padre.

Bonvilain decidió echarle arrojo a la situación.

—¡Vaya! Es maravilloso, Majestad. Una manera de tener cerca al rey Nicholas.

—No es tan maravilloso para usted —continuó Isabella, agarrando la mano de

Catherine como apoyo moral—. Mi padre sospechaba de sus actividades, mariscal. Explicó por escrito que abusa de su poder para conseguir una fortuna personal. Que mantiene una red de espías en territorio irlandés. Que es sospechoso de complicidad en una docena de asesinatos. La lista continúa.

—Entiendo —dijo Bonvilain, al tiempo que trataba de urdir un plan a toda velocidad.

«Ahora será difícil conseguir que beban el vino envenenado. No les inspiro confianza».

A Isabella ya no le temblaban las piernas, y su tono era el propio de la realeza.

—¿Entiende usted? Me parece que no, mariscal. ¿Sabía que mi padre tenía la intención de encerrarle en prisión? ¿Sabía que planeaba revisar de principio a fin la estructura de poder en las islas Saltee, que iba a inaugurar un Parlamento?

Bonvilain consiguió mantener su expresión afable, pero estaba seguro de que un conflicto se le venía encima.

«Típico —pensó—. Asesinas a un enemigo y otros tres ocupan de repente su lugar».

—¿Me permite que le lea un párrafo?

Bonvilain asintió con un gesto.

—No me corresponde permitir o prohibir, Majestad.

—Tomaré su respuesta por un sí —replicó Isabella con una sonrisa forzada. Soltó la mano de Catherine Broekhart para abrir el diario del rey—. «Hugo Bonvilain es un azote —leyó la reina—. Su poder es formidable y abusa de él a la menor oportunidad. En cuanto reúna pruebas de sus delitos, pasará el resto de su vida contemplando las paredes de la celda a la que a tantos hombres ha condenado, y sufrirá como ellos. Pero he de ser precavido: el mariscal es capaz de cualquier cosa, por rastrera que sea, y estoy convencido de que si conociera mis planes daría los pasos necesarios para impedirlos. No me asusta mi propia muerte, pero Isabella debe mantenerse a salvo. Ella es toda mi vida».

La voz de la reina estuvo a punto de quebrarse, pero al agarrar de nuevo la mano de Catherine su tono volvió a recuperar fuerza.

Bonvilain se golpeó las rodillas con las palmas de las manos.

—En fin, son muchas acusaciones —declaró—. Resulta evidente que ese diario es una falsificación, obra de uno de mis enemigos.

«Tengo que conseguir que beban. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo?».

—Conozco la escritura de mi padre —replicó Isabella con firmeza.

—No me cabe duda; pero un falsificador experimentado es capaz de engañar a ojos más perspicaces que los vuestros. Encargad que un experto de vuestra elección examine el diario. Insisto en ello. Esas páginas suponen un grave insulto al trabajo de toda mi vida, y exijo que mi nombre quede limpio…

—No he terminado —interrumpió Isabella—. Queda despojado de su cargo inmediatamente. Declan… el capitán Broekhart ocupará su lugar.

Bonvilain mantuvo taponada la rabia que bullía en su interior.

—Sin duda, Declan sería un mariscal excelente. Apruebo por completo vuestra elección, pero considero que merezco una oportunidad para…

—¡Basta ya! —ordenó la reina en un tono que no admitía discusión—. Permanecerá bajo arresto domiciliario hasta que se investiguen sus asuntos.

En silencio, Bonvilain se maldijo a sí mismo. Había proporcionado a la reina el foro perfecto para lanzar su ataque. Tenía a varios hombres ocultos en un compartimento secreto, en aquel mismo comedor, pero bajo semejante escrutinio resultaba complicado alargar la mano hasta la parte posterior de cierto tapiz y tirar de una palanca escondida.

«Todo depende de ese vino envenenado. Si se tratara sólo de la reina, podría obligarla a beberlo; pero Declan Broekhart me atravesaría con su sable de ceremonia. En cuanto a su mujer, si las miradas fueran puñales, ya estaría muerto».

Un enorme alivio brilló en los ojos de Isabella, cuyos hombros se encorvaron ligeramente al desaparecer la tensión que le atenazaba el cuerpo. La perspectiva de tal confrontación la había aterrorizado desde el descubrimiento del diario. Había planeado su discurso palabra por palabra y, al fin, se había alzado con la victoria, al igual que su padre.

—Y ahora, Hugo Bonvilain —dijo—, creo que deberíamos concluir lo que nos ha reunido aquí esta noche. Hagamos un brindis por nuestro querido Conor Broekhart.

Bonvilain se mordió el labio.

«Gracias, espíritus de la ironía. Después de todo, los dioses tienen sentido del humor».

La expresión de Bonvilain denotaba desagrado.

—No creo que… dadas las circunstancias…

Catherine dio un paso adelante y sacó del cubo de hielo la botella preparada por Bonvilain.

—Mi opinión es que nos invitó a su casa en un claro intento por adular a Isabella y a Declan; pero tanto mi marido como yo deseamos honrar a nuestro hijo, así que usted levantará su copa con nosotros.

—Esto es absurdo —gruñó Bonvilain—. Pero, claro, no desearía causar disgusto a mi reina.

Mientras Declan abría la botella y servía el vino, Bonvilain se levantó y paseó de un lado a otro con postura desgarbada, murmurando por lo bajo y lanzando miradas de odio. El vivo retrato de un bravucón herido, muy alejado del de un intrigante a punto de dar su golpe más sonado.

Levantaron en el aire las copas de fino cristal; Bonvilain colocó la suya a media

asta. Tras una sonrisa de aprobación por parte de Catherine, Isabella procedió a brindar.

—A Conor, mi mejor amigo; mi príncipe y mi salvador. Cuida de mi padre.

Los ojos de Catherine se cuajaron de lágrimas y a Declan se le escapó un gemido. Bonvilain se esforzó por no reírse, si bien le resultaba difícil.

«¿Qué cuide de tu padre? Si me salgo con la mía, tú misma cuidarás de él».

Bonvilain aguardó a que sus invitados bebieran, pero no lo hicieron. Durante unos instantes, abandonó su expresión de amargura para observar sus rostros detenidamente. Todos miraban su copa con crecientes sospechas.

«Quizá el vino esté envenenado. Tal vez sea ése el motivo por el que Bonvilain nos ha traído aquí».

Sólo existía una manera en la que el anfitrión pudiera despejar semejantes recelos.

«Ah, qué le vamos a hacer. La velada termina para mí. Hasta la mañana, lo que me espera es el inodoro».

—Por el chico de los Broekhart, al que tanto añoro —dijo, y se bebió media copa de un trago.

—Por Conor, mi hijo —añadió Declan—. El cielo está de suerte por tenerle —y el capitán Broekhart se dispuso a beber.

Pero antes de que pudiera tan siquiera mojarse los labios, una sombra oscura se desprendió de la noche en tinieblas y se abalanzó sobre Hugo Bonvilain. Una criatura oscura y con alas.

Conor entró por la ventana a la velocidad del rayo y se precipitó contra Bonvilain. Los dos se desplomaron sobre la mesa baja. Varias piezas de vajilla y de cubertería salieron volando por los aires y, al instante, ambos quedaron enredados en el mantel bordado de oro. Sólo las alas de Conor permanecían a la vista; debía de parecer una gigantesca polilla atraída por los brillantes motivos del mantel.

Declan reaccionó con rapidez, arrojando su copa a un lado y rodeando con los dedos la empuñadura de su sable de ceremonia. De ceremonia, sí; pero tan afilado como una cuchilla.

«Es Airman —pensó—. Ha venido a matar a la reina».

La situación con Bonvilain tendría que posponerse hasta que se libraran de aquel enemigo común. Agarró un trozo de mantel, se inclinó hacia abajo y tiró con todas sus fuerzas para apartar de la mesa a la pareja enzarzada en la lucha. Salieron rodando por el suelo, aún batallando, aunque los golpes de Bonvilain eran débiles y poco eficaces.

Airman asestó varios puñetazos en la cara de su enemigo, hasta que los ojos de Bonvilain se desenfocaron.

Declan agarró al intruso por el cuello de la casaca, pero fue demasiado lento. Airman se giró en redondo y habló con tono de urgencia:

—¿Habéis bebido? ¿Habéis brindado con vino?

«Extraña pregunta de labios de un asesino —reflexionó Declan—. Pero no es momento de distracciones; redúcelo y luego medita sus palabras».

Giró su sable, con intención de dejar a Airman inconsciente con la parte plana de la hoja, y se encontró con que el enemigo apartaba a un lado el arma con ademán indiferente.

—El brindis. ¿Habéis bebido?

Algo en la actitud del desconocido inquietó a Declan, que tuvo la impresión de estar a punto de cometer una terrible equivocación. Era la cara, o acaso la voz. Había algo, desde luego. Decidió no golpearle, ahora asaltado por la incertidumbre.

Catherine no albergaba semejantes dudas. No veía el rostro de Airman. Desde donde se encontraba, sólo veía a su marido y, de espaldas, al hombre que le atacaba. Se subió las faldas del vestido y propinó una consistente patada al costado del intruso, seguida por un brioso golpe con un florero que tenía a mano.

Conor se tambaleó hacia un lado, chorreando agua y cubierto de narcisos.

—Un momento —dijo, falto de aliento, mientras se desembarazaba del arnés y las alas del planeador—. No…

Pero no le dieron respiro. Isabella sacó un sable de samurai de una vitrina y adoptó frente a él una postura de esgrima.

—En garde, monsieur —dijo la reina, y a continuación lanzó un ataque devastador. Conor desenvainó su sable justo a tiempo para defenderse de la primera estocada.

—Isabella —jadeó Conor, desorientado por completo—. Tienes que parar.

La reina no se encontraba de humor para detener nada.

—Pararé cuando estés muerto, asesino.

Por fortuna, Conor se las arregló para realizar una contrarrespuesta, la cual le proporcionó el segundo que necesitaba para recobrar el equilibrio.

Isabella había mejorado en la práctica de la esgrima desde que ambos concluyeran sus clases con Victor, pero aún se detectaban signos de las enseñanzas del francés.

—Has estudiado bien a Marozzo —jadeó—. Victor estaría orgulloso.

La hoja del sable de Isabella tembló ligeramente y, luego, se quedó inmóvil.

¿Qué significaba aquello? ¿Quién era aquel hombre que mencionaba el nombre de Victor?

Declan colocó a su mujer y a la reina a sus espaldas y levantó su sable, preparado para la batalla.

—Descubra su rostro, señor —exigió—. Le concedo cinco segundos antes de empezar un duelo a muerte. Y esa muerte será la suya.

Conor giró el brazo con lentitud y, acto seguido, clavó la punta de su arma blanca

en el suelo de madera.

—Muy bien; pero, antes, tengo que saber si habéis bebido el vino del brindis.

—No terminamos el brindis —replicó Declan—. Y ahora, quítese esos anteojos, señor.

De pronto, Conor agachó los hombros y dio la impresión de que estaba a punto de derrumbarse, pero en seguida se irguió. Tiró hacia abajo del cuello de su casaca, dejando la barbilla al descubierto, y se subió los anteojos hasta la frente. Su rostro estaba negro por el hollín y el aceite, pero sus ojos estaban limpios, y un rizo de cabello rubio se le había soltado de la gorra de cuero.

Quienes le observaban se quedaron atónitos. Lo que estaban viendo era imposible.

—Padre, sé que juraste matarme si nos volvíamos a encontrar —dijo Conor con tono pausado—, pero hay cosas que desconoces. Victor no mató al rey, y yo tampoco tuve nada que ver. Fue Bonvilain.

—Conor —dijo su madre con un hilo de voz—. ¿Estás vivo?

Declan cayó hincado de rodillas como si le hubieran propinado un puñetazo en el estómago. Le costaba respirar y las lágrimas le corrían por el rostro.

—Mi hijo vive. ¿Cómo es posible?

De repente, Conor entendió la magnitud del engaño de Bonvilain.

«Mis padres me creían muerto. Bonvilain nos contó mentiras diferentes».

Isabella fue la primera persona de las allí presentes en salir lanzada en su dirección. Le abrazó con fuerza y le besó en la mejilla. Las lágrimas de ambos se entremezclaban.

Conor la sujetó junto a sí, embriagado por la fuerza de las emociones dirigidas a él. Había esperado desconfianza, furia; pero no cariño.

—Eras tú el ocupante de la celda —gimió Declan—. Dije que te mataría. Te maldije.

Catherine frotó la espalda de su marido, pero no fue capaz de mantenerse apartada de su hijo. Salió disparada hacia Conor y le rodeó la cara con las manos.

—Oh, Conor. Te has convertido en un hombre —dijo—. A los diecisiete años, ya eres tan alto como tu padre.

Conor se sorprendió vagamente al recordar que, en efecto, tal era su edad. Conor Finn pasaba de los veinte años.

En el rostro de Declan Broekhart apareció de pronto una terrible expresión de cólera.

—Bonvilain es el culpable de todo, y juro por Dios que pagará por ello.

«¡Bonvilain!»

En el torbellino de emociones, Conor había olvidado a Hugo Bonvilain. Se dio la vuelta con cierta dificultad, aún abrazado a su madre y a la reina. Sólo encontró un

charco de sangre en el lugar donde Bonvilain había caído. De un tirón, extrajo su arma del suelo de madera y, al recorrer la estancia con la vista, descubrió que su viejo enemigo se deslizaba silenciosamente junto a la pared, en dirección a la puerta.

—Padre —dijo Conor elevando la voz—. Tenemos que atrapar a Bonvilain.

Al caer en la cuenta de que su huida se había echado a perder, Bonvilain metió el brazo detrás de un tapiz y tiró de la palanca oculta. La chimenea se deslizó hacia un lado por medio de un mecanismo de poleas y dejó al descubierto un apiñado grupo de soldados de la Orden de la Sagrada Cruz.

Bonvilain sonrió. Tenía la boca ensangrentada y varias mellas en la dentadura.

—Mi última línea de defensa —dijo, escupiendo saliva de tono carmesí. Luego se dirigió a sus hombres—: Matad a las mujeres. Son impostoras.

Se trataba de una astuta orden cuyo objetivo consistía en que Declan y Conor se alejaran de Bonvilain para defender a Isabella y a Catherine. Los soldados salieron a trompicones del reducido espacio mientras desenfundaban puñales y sables. No portaban armas de fuego, pues alertarían a los centinelas de la muralla, quienes acudirían de inmediato.

Por suerte, el espacio era tan estrecho que los hombres tenían el cuerpo rígido y se encontraban ligeramente mareados, lo que supuso una ventaja para los Broekhart.

Y supieron aprovecharla, pues arrinconaron a la media docena de miembros de la Sagrada Cruz y los condujeron de regreso a su escondite.

—Vigila al mariscal —dijo Conor a Isabella, elevando la voz.

—Ya no es mariscal —repuso la reina, mientras levantaba el sable de samurai—. He aprendido a descuartizar a un hombre en tres pedazos —le dijo a Bonvilain—. Un paso adelante, y se lo demostraré.

Bonvilain se pellizcó el puente de la nariz. En condiciones normales, se habría lanzado sobre aquella mocosa y le habría aplastado la mano que sujetaba el sable, pero el veneno del vino empezaba a hacerle efecto. Los dedos le cosquilleaban y en las tripas notaba un volcán a punto de entrar en erupción. Necesitaba alejarse de allí antes de que los síntomas más potentes aparecieran.

El camino hacia la puerta estaba bloqueado por los Broekhart. El pasadizo secreto era un tumulto de piernas, brazos y espadas en movimiento, y la única otra salida era el balcón.

Bonvilain tropezó con las alas que Conor había abandonado en el suelo y prosiguió su camino hacia el balcón, al que se asomó en un frenético intento de encontrar algo o alguien que pudiera salvarle.

«Es increíble. Hugo Bonvilain necesita que le rescaten. Qué embarazoso».

Más abajo, los centinelas de la muralla desmontaban las ametralladoras Gatling, al parecer sin darse cuenta de la conmoción que estaba teniendo lugar veinte metros más arriba. Era evidente que no habían reparado en la criatura gigantesca con forma

de pájaro que se había adentrado en los aposentos del mariscal.

Bonvilain notó que el estómago le daba sacudidas a medida que el veneno le retorcía las entrañas.

«Tengo que escapar. Necesito una forma de bajar de la torre».

¡Allí! Sultán Arif atravesaba el patio con un macuto de lona en una mano y otro colgado a la espalda.

«¿Adónde demonios va ese estúpido?».

—¡Sultán! —gritó—. Capitán Arif. Tienes que ayudarme. ¡Ya!

Sultán aminoró el paso, pero no se detuvo.

—Me marcho a casa, Hugo —respondió a gritos y sin darse la vuelta—. Tengo que expiar muchos pecados.

Por primera vez en muchos años, Bonvilain experimentó una cólera verdadera.

—¡Vuelve ahora mismo! —exigió, golpeando la barandilla de hierro—. No tengo tiempo para tus rabietas. Mándame una cuerda con la ballesta.

Una vez más, Arif desobedeció.

—Si ha bebido el vino, mariscal, mejor será que mantenga la calma —aconsejó Arif al tiempo que apretaba el paso en dirección a la verja—. El corazón acelerado transporta el veneno por las venas a mayor velocidad.

—Miserable traidor —rugió Bonvilain—. Nos volveremos a encontrar, no lo dudes.

—Sé muy bien dónde nos encontraremos —susurró Sultán, dándole la espalda a Bonvilain para siempre.

«El corazón acelerado transporta el veneno por las venas a mayor velocidad».

Bonvilain cayó en la cuenta de la verdad de tales palabras cuando un espasmo le sacudió el cuerpo y empezó a vomitar bilis por encima de la barandilla.

«Tranquilízate, Hugo. Aún queda tiempo».

Agitando el puño en dirección a Sultán una última vez, Bonvilain regresó al comedor, donde Declan y Conor Broekhart se encontraban luchando a brazo partido contra los soldados de la Sagrada Cruz. Tres de los hombres habían sido derribados y estaban inconscientes, o bien se agarraban las heridas. En ese momento, a Declan Broekhart le clavaron una hoja en el hombro, por lo que tuvo que dejar a su hijo solo en la lucha.

Catherine arrastró a su marido a un lado mientras la reina Isabella mantenía su sable dirigido a Bonvilain.

«Esta chica se está volviendo un fastidio. ¿Por qué la habré dejado vivir tanto tiempo?».

Bonvilain entendió ahora que sus planes habían resultado excesivamente enrevesados.

«Esta gente tiene que morir, pero además necesito encontrar un lugar seguro

donde recuperar fuerzas. En territorio irlandés tengo dinero y hombres que me apoyan».

Con una amplia estocada, Conor empujó hacia atrás a los tres miembros restantes de la Orden de la Sagrada Cruz y acto seguido sacó una pistola del cinturón, la inclinó hacia abajo y disparó dos veces. Un par de soldados se desplomaron sobre el suelo con la espinilla destrozada.

«¡Disparos! —pensó Bonvilain—. Entre el ruido y la mención del veneno en el patio, la guardia de la muralla acudirá corriendo. Tengo que marcharme».

El veneno le había alcanzado las extremidades inferiores; le clavaba agujas en los dedos de los pies y le provocaba calambres en los músculos.

Al otro lado de la estancia, Conor Broekhart forcejeaba con el último soldado, un enorme escocés que empuñaba una espada corta y ancha. Era uno de los mercenarios de Bonvilain, un asesino veterano. Por un instante, Bonvilain albergó una chispa de esperanza; luego, Conor esquivó la estocada del formidable escocés y, con la cazoleta del sable, le tumbó de espaldas en el suelo.

Airman empujó al último soldado hasta introducirle en el hueco. Luego, metió la mano por detrás del tapiz y encerró a los seis hombres, cuyos lamentos se escuchaban desde detrás de la chimenea.

—A tu espalda, hijo —advirtió Declan, apretando los dientes—. El mariscal.

Conor se giró hacia Bonvilain. Tres años de odio brillaban en los ojos del muchacho, quien parecía una figura sacada de la pesadilla de un niño. Un hombre de negro, empuñando una espada ensangrentada y con los labios hacia atrás, formando una horrible mueca.

—Bonvilain —dijo con extraña serenidad.

Por lo general, Hugo Bonvilain habría disfrutado de la oportunidad de intercambiar comentarios ingeniosos, seguidos de un mortal combate contra aquel cachorro; pero ahora su organismo ardía por dentro a causa del acónito. Notaba la lengua inflamada y las piernas se le combaban bajo el peso del cuerpo.

«No tardaré en perder el juicio. Tengo que escapar ahora».

Isabella dio un paso adelante.

—Responderá por sus crímenes, Hugo Bonvilain. Su reinado ha concluido. No tiene escapatoria.

Bonvilain se dobló hasta la cintura, gruñendo como un jabalí. Agarró el arnés de Conor y arrastró el planeador hasta el balcón.

—Voy a escapar —masculló, mientras del labio flácido le goteaba saliva—. Me iré volando. Soy Airman.

Conor le siguió, apuntándole con la pistola.

—Bonvilain, se lo advierto.

El mariscal se las arregló para soltar una risa seca.

—Conor Broekhart. Siempre en mi camino. En París, cuando ordené que derribaran a tiros el globo de tu padre. Cuando prendí fuego a la torre del rey. Incluso ahora. Puede que tengas poderes mágicos, como dice la gente.

Era difícil entender sus palabras; de sus labios desencajados salían pequeñas burbujas de saliva y de sangre. El mariscal balanceó el cuerpo y se encaramó al parapeto del balcón.

—Apártate, o jamás conocerás mis secretos.

Conor suspiraba por rematar a Bonvilain, pero un ligero toque de Isabella se lo impidió.

—Conor, no. Tengo que saber todo lo que ha hecho. Hay muchos asuntos que enmendar —Isabella se volvió hacia el mariscal—. Baje de ahí —ordenó—. Su reina se lo exige.

Bonvilain se puso de pie con dificultad y, con movimientos torpes, se colocó el arnés alrededor de los hombros.

—Yo no tengo reina, ni dios, ni patria —mascculló, ajustando el cinturón del pecho con dedos de goma. Tendría que servir; carecía de la destreza necesaria para abrochar el resto de las hebillas—. Lo único que poseo es mi astucia.

Con una determinación nacida del odio, Bonvilain introdujo la mano en la túnica para coger el puñal que llevaba a la cintura, con la intención de atacar. Conor percibió el destello de la hoja al salir de entre la seda.

«¡Isabella! Incluso ahora trata de matar a Isabella».

Conor levantó su pistola, pero Declan Broekhart fue más rápido, a pesar de su hombro herido. Arrojó su sable como si fuera una lanza, con tanta fuerza que atravesó el chaleco de cota de malla de Bonvilain y se le clavó en el corazón.

Bonvilain suspiró, como a quien le aburre el libro que está leyendo; luego, dio un paso atrás y saltó desde el parapeto al vacío de la noche. Una corriente ascendente hinchó las alas del planeador y arrastró a Bonvilain por encima del patio ante los incrédulos ojos de los centinelas de la muralla y de cientos de habitantes de la isla, los cuales se habían levantado de la cama al escuchar el estruendo de las ametralladoras Gatling.

Bonvilain se quedó suspendido en el aire unos instantes; la sangre que goteaba pintaba remolinos sobre las losas de piedra. Luego, un viento de costado empujó el planeador, abalanzándolo sobre el mar.

Conor observó cómo desaparecía, cayendo en picado hacia el frío océano. La silueta del sable sobresalía de su corazón muerto. Con él se evaporó la pesadilla en la que se había convertido su vida.

Ninguno de los presentes podía apartar los ojos del cuerpo de Bonvilain, llamativo incluso en la muerte. Fue alejándose de la tierra y empezó a descender hasta rozar la superficie del mar con los pies. Conor deseaba ser testigo de cómo se

hundía para asegurarse de que todo había terminado, pero no lo consiguió. Bonvilain desapareció de la vista antes de que el océano lo reclamara para sí.

En el patio reinaba la consternación. Los centinelas aporreaban en la puerta de acceso de la muralla, y un gentío se arremolinó en la base de la torre.

Declan Broekhart cogió a Isabella de la mano y la condujo hasta el parapeto del balcón.

—La reina está a salvo —comunicó, levantando la mano de Isabella—. Larga vida a la reina.

El grito que la multitud exclamó al unísono denotaba una mezcla de alivio y de sincero afecto.

—¡Larga vida a la reina!

Un tiempo separados

GREAT SALTEE. *Un mes más tarde*

Isabella había adquirido la costumbre de recorrer la muralla todas las mañanas, al amanecer. Consideraba que el hecho de ver a la reina de cerca animaba a sus súbditos. A los pocos días, ya saludaba por su nombre a todos aquellos con quienes se encontraba.

Conor a menudo se unía a su reina en los paseos matinales, y la mañana anterior a su partida hacia la Universidad de Glasgow para licenciarse en Ciencias se encontraron bajo lo que había sido la torre de Bonvilain.

Isabella estaba de pie, con los codos apoyados en el parapeto, contemplando un grupo de barcas de pesca situadas a un kilómetro de la costa; las pequeñas embarcaciones se mecían sobre las agitadas corrientes del canal.

—Jamás encontrarán a Bonvilain —comentó Conor—. La cota de malla le arrastró hasta el fondo del mar. Ahora sirve de alimento a los cangrejos.

Isabella asintió.

—Al no encontrar el cadáver, se convierte en una especie de fantasma. Dicen que se le ha visto en París, y también en Dublín. Leí en el Times de Londres que sobrevive en Whitechapel, como asesino a sueldo.

Ambos guardaron silencio un minuto, intentando convencerse de que realmente habían visto morir a Bonvilain.

—¿Qué piensas hacer con esta torre? —preguntó Conor por fin, dando una palmada a la pared de piedra.

—Voy a establecer un mercado de diamantes —respondió Isabella—. Parece absurdo que, estando aquí la mina, el comercio se lleve a cabo en Londres.

—Estás haciendo grandes cambios.

—Hay muchas cosas que cambiar. Little Saltee, por ejemplo. ¿Sabías que sólo catorce de los prisioneros son nativos de estas islas? La mayoría de esos pobres desgraciados proceden de Irlanda o de Gran Bretaña. Bueno, pues se va a acabar. Cerraré la prisión y contrataré a una empresa profesional para la explotación de la mina.

Conor miró la «S» que llevaba marcada a fuego en el dorso de la mano.

«Little Saltee siempre estará conmigo. Ha marcado mi cuerpo y mi mente».

—¿Qué será de los presos? —preguntó.

—Un juez revisará cada caso. Sospecho que la mayoría de los reclusos ha superado su periodo de condena. Habrá que compensarlos de alguna manera.

—Te agradecería que fueras indulgente con un tal Otto Malarkey. No es tan temible como parece.

—Cuente con ello, sir Conor.

—Serás una reina excelente.

—Mi padre era el hombre de ciencia; yo soy la mujer de negocios. En cuanto a ti, podrías ser el científico de la corte… cuando regreses.

—¿Te lo ha contado mi madre?

Isabella le tomó del brazo y pasearon juntos por la muralla.

—Catherine me ha contado lo de Glasgow. Se supone que te lo tengo que quitar de la cabeza.

—¿Y cómo lo harías?

—Podría ordenar que te ahorcaran.

Conor sonrió.

—Como en los viejos tiempos. A veces, lamento que los viejos tiempos hayan pasado.

Isabella se detuvo en uno de sus lugares favoritos en la muralla. Era un saledizo que miraba a la costa irlandesa, donde siglos atrás los canteros habían construido un asiento de piedra. Desde aquel mirador, en diferentes momentos a lo largo de la mañana, se veía cómo el sol iluminaba la vidriera de la torre de la iglesia. A medida que el sol se trasladaba, daba la impresión de que la figura de San Christopher, representada en la vidriera, también se movía ligeramente.

Isabella se acomodó en el asiento de piedra y tiró de Conor para que se sentara a su lado.

—Yo también añoro los viejos tiempos. Pero no es demasiado tarde para nosotros, ¿verdad, Conor?

—Confío en que no —respondió él.

—Entonces, te esperaré —declaró Isabella, y su vena más desenfadada emergió a la superficie—. ¿Volará hasta casa para visitarme, sir Airman?

—No ostento más título que el de sir. Tal vez sea demasiado vulgar para una reina.

—Eso se soluciona con facilidad. Con un pinchazo de mi alfiler del sombrero, te conviertes en un príncipe.

—¿Alfiler de sombrero? ¿Es eso legal?

—Puede hacerse con otro objeto diferente, siempre que haya sangre y sufras un gran dolor.

Conor tomó la mano de Isabella entre las suyas.

—Creo que sufriré un gran dolor hasta que regrese.

—En ese caso, estudia mucho, consigue tu título universitario y vuelve a casa rápidamente. Tu reina te necesita. Yo te necesito.

Entonces, se besaron por primera vez mientras el sol de la vidriera pintaba un arco iris en sus rostros y el barullo del mercado matinal se elevaba desde la plaza, a

los pies de la muralla.

***

Conor se había despedido de todo el mundo. Había besado a su madre y zarandeado a su hermano pequeño cabeza abajo. No le quedaba más que ponerse en marcha.

Bajó caminando hacia el puerto una soleada mañana, vigilando al chico que empujaba a trompicones una carretilla con su equipaje. El mar estaba en calma y un pequeño barco a vapor resoplaba amarrado al embarcadero.

Una reducida multitud se había congregado en el muelle y Conor sonrió cuando vio en qué consistía la atracción. Linus Wynter deleitaba a los pasajeros con la improvisada interpretación de un aria de El regreso del soldado.

El músico ciego interrumpió la canción al escuchar las pisadas de Conor.

—Ya era hora de que aparecieras, muchacho. He tenido que ponerme a cantar para evitar que el capitán soltara amarras.

—Aprovechas cualquier excusa, Linus —dijo Conor, lanzando un chelín al chico de la carretilla—. ¿Has cerrado bien el laboratorio?

—Nuestra torre está en buenas manos. Uncle se ha instalado a vivir allí con un par de sus «zoquetes», como él los llama.

—¿Qué tal huele Uncle?

—No muy bien, la verdad. Sólo nos queda esperar que se caiga al mar con una pastilla de jabón en el bolsillo.

Conor atravesó de un salto el metro de agua que le separaba del barco de vapor.

—¿Crees que Escocia está preparada para tu genialidad?

Linus esbozó una amplia sonrisa y se ajustó las gafas de cristales tintados que Conor había diseñado para él.

—Los escoceses son famosos por su afición a la música. Robert Burns era un poeta del pueblo, como yo. Glasgow me acogerá con los brazos abiertos, estoy convencido. Dentro de seis meses seré el preferido de la ciudad.

—¿Acaso ahora ves el futuro, amigo mío?

Linus tanteó el aire hasta encontrar el hombro de Conor.

—Otras personas miran arriba y abajo, a derecha e izquierda —declaró—; pero los hombres como nosotros son diferentes. Nosotros somos visionarios.

Fin



EOIN COLFER, nació y creció en Wexford, Irlanda. Tiene cuatro hermanos, Paul, Eamon, Donal, y Niall. De niño asistió a la escuela Wexford Christian Brothers School. Su padre, Billy, era maestro de escuela primaria, así como artista e historiador. Su madre, Noreen, era una profesora de teatro. Desde la primaria demostró gran pasión por la escritura, leyendo libros sobre vikingos inspirado por sus lecciones de historia, cuando cursaba sexto grado de primaria escribió su primer trabajo: una obra de teatro sobre vikingos en la que todos los personajes morían, menos él. En 1986, Colfer se recibió como maestro de escuela, pero continuó escribiendo en su tiempo libre.

Luego de dejar la escuela, obtuvo su grado en la Universidad de Dublín y calificó para maestro de primaria, regresando a su trabajo en Wexford. Se casó en el año 1991 y junto con su esposa, Jackie, pasaron cuatro años trabajando en Arabia Saudí, Túnez e Italia.

Su primer libro Benny y Omar, basado en sus experiencias en Túnez, fue publicado en 1998. Y luego fue traducido a varios idiomas. En el 2001, fue publicado el primer libro de la serie Artemis Fowl, lo que le permitió abandonar su trabajo como maestro y dedicarse de tiempo completo a la escritura. Actualmente, Eoin Colfer vive en Irlanda con su esposa y dos hijos.

Una de sus frases más conocidas es "Continuaré escribiendo hasta que la gente pare de leer o me quede sin ideas. Por suerte, nada de esto ocurrirá pronto" Cuando Eoin Colfer está de gira presentando un libro, no habla sobre éste. Él confesó que en sus giras anuncia que el nuevo libro está a la venta y luego comienza a contar

historias cómicas sobre su infancia.